

Tienes que sentirlo



V A L E N C I A C F
| 9 | 9 · 2 0 | 9 · ∞

100 años, 100 historias

Fran Guaita



100 años, 100 historias

Primera edición, 2019

- © de la presente edición:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE RADIODIFUSION, S.L.U.
- © Todos los nombres comerciales, marcas o signos distintivos
de cualquier clase contenidos en la obra están protegidos por la Ley.
- © Fran Guaita
Lydia García García

Imprime: BY PRINT PERCOM SL www.byprint.es

Queda prohibida la reproducción, distribución, comercialización, transformación, y en general, cualquier otra forma de explotación, por cualquier procedimiento, de todo o parte de los contenidos de esta obra sin autorización expresa y por escrito de sus autores.

Impreso en Valencia, España

PRÓLOGO

∞ RADIO DE PAPEL

Como señaló mi buen amigo Vicente Montesinos en el prólogo de un libro que escribí hace unos años, mi recomendación es que se salten estas páginas introductorias, que pasen directamente a la sustancia del texto, al plato principal, y dejen de lado el aperitivo y la guarnición. Si algún valencianista temerario no atiende a mi consejo, que lo haga bajo su responsabilidad porque lo bueno viene a continuación.

Conocí a Fran Guaita en los primeros años del siglo. Sinceramente no recordaba el momento exacto, pero alguien me lo ha soplado. Fue en 2001 y en *Ràdio 9*. Provenía del diario Superdeporte, acababa de integrarse en la redacción de deportes de la emisora autonómica y yo era uno de los participantes, me gusta poco la palabra tertuliano, en el programa *La taula esportiva* que, bajo un enfoque muy valencianista, repasaba la actualidad deportiva cada media noche con gran éxito tanto de audiencia como por su capacidad para generar opinión. Eran tiempos más que dulces para el club de Mestalla, que vivía el mejor momento de su historia, inaugurado con el título de Copa del Rey de 1999 y clausurado con el galardón como mejor equipo del Mundo en 2004. Casi nada.

Allí nos juntábamos algunos periodistas veteranos, pero en la redacción había gente joven, sangre nueva para el oficio periodístico, capaz de hacer una radio próxima y desenfadada en la que el humor (*L'altra taula*) era un ingrediente fundamental. Ahora, con este texto ya impreso, no

puedo rectificar, pero recuerdo que en un principio me pareció que a Fran le gustaba, sobre todo, el baloncesto en general y la NBA en particular. Contaba que al acabar el programa, de madrugada, se metía entre pecho y espalda algún que otro partido. Creo que le hacían tilín los *Lakers*. Poco a poco, me di cuenta de que su afición por la canasta no le restaba un ápice de conocimiento del fútbol y en especial del Valencia. Pronto tuve la impresión de que tenía tres virtudes, ninguna de ellas menor, para hacer información radiofónica: sabía de fútbol, su voz transmitía calidez y convicción a través del micrófono y disponía de buenas fuentes. Alguna cosa más se puede ofrecer para hacer radio deportiva, pero no demasiadas.

Colaboré en aquella *Taula* desde su puesta en marcha hasta 2010 y la compartí con muchos compañeros de profesión, bajo la dirección en la primera etapa de Josep Rovira y, a continuación, de Damià Vidagany, dos excelentes conductores del programa. En los últimos años fue Fran Guaita quien llevó la batuta. A sus tres virtudes iniciales añadió como director la capacidad para mantener un magnífico ritmo radiofónico. Hace casi una década acabó aquella etapa y poco después se marchó a la Cadena Ser para ser, si cabe, todavía mejor. Nuestro trato dejó de ser tan frecuente en lo personal, aunque yo le escuchaba y supongo que él le echaba un vistazo al teletipo de vez en cuando.

Ahora, casi dos décadas después de aquel 2001, Fran Guaita nos presenta una gran iniciativa que se suma a la buena y amplia literatura existente sobre el Valencia CF, aunque en esta ocasión bajo un formato diferente, novedoso: el de la radio de papel. Con motivo del centenario de la fundación del Valencia CF en 1919, el autor de estas páginas se puso a bucear en los recuerdos, a buscar documentos en la fonoteca, a contactar con protagonistas, con sus familias y con todos los que han sentido cerca los latidos del primer siglo de vida del club para conformar piezas únicas y monográficas sobre un centenar de los más grandes. Esos documentos sonoros, con un guion tejido por Fran para que el valencianista vibrara con las semblanzas de jugadores, entrenadores o directivos, están en este libro: cien monografías, a cual mejor, que se reproducen en estas páginas gracias a las declaraciones del momento y a lo que muchos han sido capaces de relatar y recordar en primera persona o en boca ajena. Todos los capítulos son entrañables, mucho más allá del peso que cada uno de sus protagonistas haya tenido en la historia del club. Recuerdo, entre otros y un poco al azar, los de Alfredo di Stéfano, Jesús Martínez, Arturo Tuzón o Amedeo Carboni.

Hemos tenido la oportunidad de hablar largo y tendido sobre algunos de aquellos futbolistas a los que Fran no vio jugar y a los que sí tuve la oportunidad (simple cuestión de fecha de nacimiento) de disfrutar. Su ansia

por conocer lo que no había visto personalmente siempre ha sido grande y gracias a ello, lo que nos ofreció en sus monografías, escuchadas en el coche, a través de internet o en casa a la hora de merendar o cenar, se ha convertido en un libro que permite repasar con tranquilidad las experiencias y recuerdos de imprescindibles del Valencia y saborear muchas de las vivencias que conforman la memoria histórica de una entidad guiada desde 1919 por la voluntad de querer gracias a que unos jóvenes, unos visionarios, dieron el primer paso para que un club con el nombre de Valencia se convirtiera en la entidad civil más importante de la ciudad, la provincia y de otros puntos de la Comunitat Valenciana donde se sienten sus colores.

Valga la frase tópica de que son todos los que están, pero no están todos los que son. Su autor es un periodista con oficio y con las ideas muy claras sobre lo que personalmente ha vivido, además de mostrar una gran sensibilidad hacia lo que ocurrió antes de tener uso de razón futbolística. Así me lo contó: *Hay un capítulo especial, el de Daniel Solsona. Yo no lo vi jugar, pero era el que más le gustaba a mi padre. Siempre ha dicho que fue un fenómeno.* Si han sido capaces de llegar hasta aquí, pasen página, lean y disfruten.

Alfonso Gil

INTRODUCCIÓN

∞ 100 AÑOS, 100 HISTORIAS

Conscientes de la trascendencia de un acontecimiento único como el Centenario del VCF, en Radio Valencia Cadena SER decidimos realizar una firme apuesta editorial con el único objetivo de estar a la altura de la importancia del momento. Referente indiscutible para la sociedad civil valenciana durante un siglo, el club de Mestalla, que nació en el Bar Torino hace ahora cien años gracias a la determinación y el impulso de dos jóvenes emprendedores -Octavio Augusto Milego y Gonzalo Medina-, cumple su primera centuria manteniendo su esencia fundacional: erigirse en permanente alternativa al poder establecido.

El libro que tiene entre sus manos es un compendio elaborado con grandes dosis de alma, ilusión y esfuerzo. Tres virtudes que supieron aunar todos y cada uno de los cien protagonistas cuyas semblanzas irán desfilando en las siguientes páginas. La relación de figuras elegidas, por cierto, corresponde a un simple deseo subjetivo del autor. No hay una pretensión de designar a los mejores o los más importantes aunque, obviamente, son todos los que están. Cada aficionado del Valencia, muy probablemente, establecería una elección diferente. Ahí reside la grandeza de la institución. Pero, eso sí, la totalidad de personajes que dan vida a la obra tienen, además de la futbolística, una historia personal que relatar. La boda cancelada de Gonzalo Medina, el drama personal de Guillermo Gorostiza, la muerte desgarradora

de Vicente Peris en Mestalla, el viaje sorpresa del padre de Enrique Saura a la final de la Recopa en Bruselas o los inicios de David Albelda como delantero goleador son solo algunos ejemplos del verdadero espíritu del trabajo. Que los actores principales abrieran su corazón, dejando, por momentos, el fútbol al margen.

‘100 años, 100 historias’ plasma en papel el exhaustivo recorrido por el siglo de vida del murciélago que hemos realizado en la antena de Radio Valencia Cadena SER entre el 15 de octubre y el 18 de marzo. Acudiendo a fuentes directas autorizadas, documentación escrita, sonora y videográfica, además de las extensas entrevistas realizadas, el libro ahonda en las raíces y la piel de un centenar de personajes tan significativos como fascinantes. Su carácter, determinación y sentimiento radiografía el ADN de uno de los mejores equipos de Europa: el Valencia Club de Fútbol.

Fran Guaita

PRÓLOGO. Rádio de Papel	3
INTRODUCCIÓN DEL AUTOR	6
CAPÍTULO 1. LOS FUNDADORES	
001. Octavio Augusto Milego y Gonzalo Medina	12
CAPÍTULO 2. PRIMEROS ÍDOLOS	
002. Eduardo Cubells	18
003. Arturo Montes	22
CAPÍTULO 3. EL VCF CAMPEÓN DE LOS 40	
004. Ignacio Eizaguirre	26
005. Silvestre Igoa	29
006. Vicente Seguí	32
CAPÍTULO 4. LA DELANTERA ELÉCTRICA	
007. Epifanio Fernández	36
008. Edmundo Trabanco	39
009. Amadeo Ibáñez	44
010. Vicent Asensi	47
011. Guillermo Gorostiza	50
CAPÍTULO 5. GLORIOSA FINAL EN EL 54	
012. Tonín Fuertes	56
013. Manuel Badenes	59
CAPÍTULO 6. EL CLUB SE INTERNACIONALIZA: LA COPA DE FERIAS	
014. Juan Carlos Quincoces	64
015. Daniel Mañó	67
CAPÍTULO 7. LA LIGA DEL 71	
016. Ángel Abelardo	72
017. Jesús Martínez	75
018. Antón Martínez	79
019. Óscar Rubén Valdez	82
020. José Vicente Forment	85
CAPÍTULO 8. LA SENYERA, HEYSEL Y EL FOREST	
021. José Luis Fernández Manzanedo	90
022. Ángel Castellanos	93
023. Manuel Botubot	96
024. Enrique Saura	99
025. Rainer Bonhof	102
026. Carlos 'El Lobo' Diarte	105
027. Darío Felman	108
028. Pablo Rodríguez	111
CAPÍTULO 9. SOLO FUE UNA PESADILLA	
029. José Manuel Sempere	116
030. Quique Sánchez Flores	119
031. Javier Subirats	122
032. Carlos Arroyo	125
CAPÍTULO 10. REGRESO A EUROPA	
033. José Manuel Ochotorena	131
034. Paco Camarasa	134
035. Fernando Giner	137
036. Eloy Olaya	141
CAPÍTULO 11. EL VCF DE BENÍTEZ	
037. Amedeo Carboni	147
038. Mauricio Pellegrino	151
039. Miroslav Djukic	155
040. Carlos Marchena	158
041. Miguel Ángel Angulo	161
042. Vicente Rodríguez	165
CAPÍTULO 12. BIENVENIDOS AL SIGLO XXI	
043. Dani Parejo	172
044. David Silva	175
045. Carlos Soler	179
CAPÍTULO 13. SOCIEDADES ILIMITADAS	
046. Roberto Gil	185
047. Paquito	188
048. Waldo	191
049. Guillot	195

CAPÍTULO 14. DEFENSAS DE ÉPOCA	
050. Juan Ramón.....	202
051. Álvaro Pérez.....	206
052. Salvador Monzó.....	208
053. Juan Cruz Sol.....	211
054. Pepe Carrete.....	214
055. Fabián Ayala.....	217
CAPÍTULO 15. PRESIDENTES DEL MURCIÉLAGO	
056. Julio de Miguel.....	222
057. Paco Roig.....	225
058. Pedro Cortés.....	229
059. Manuel Llorente.....	233
CAPÍTULO 16. DIRIGENTES PARA LA ETERNIDAD	
060. Don Luis Casanova.....	238
061. Don Luis Colina.....	242
062. Don Vicente Peris.....	245
063. Don Arturo Tuzón.....	249
CAPÍTULO 17. ÍDOLOS DE MESTALLA	
064. Faas Wilkes.....	254
065. Daniel Solsona.....	256
066. Lubo Penev.....	259
067. Pablo Aimar.....	262
CAPÍTULO 18. ¿POR QUÉ TE VAS?	
068. Pedja Mijatovic.....	268
069. Gaizka Mendieta.....	272
070. Kily González.....	277
CAPÍTULO 19. MOMENTOS PARA EL RECUERDO	
071. Carlos Pereira.....	282
072. Fernando Morena.....	286
073. Miguel Tendillo.....	289
074. Roberto Fernández.....	293
075. Juan Sánchez.....	296
076. Miguel Ángel Ferrer 'Mista'.....	300
CAPÍTULO 20. NUESTROS SÍMBOLOS	
077. Jaime Hernández Perpiñá.....	306
078. Enrique Martín.....	309
079. Española.....	312
080. Jaume Orti.....	315
CAPÍTULO 21. HOMBRES DE CLUB	
081. Carlos Iturraspe.....	320
082. Bernardino Pérez Elizarán 'Pasieguito'.....	323
083. Manolo Mestre.....	327
084. Salvador González Marco, 'Voro'.....	331
CAPÍTULO 22. ENTRENADORES HISTÓRICOS	
085. Jacinto Quincoces.....	338
086. Alfredo Di Stéfano.....	341
087. Luis Aragonés.....	345
088. Claudio Ranieri.....	348
089. Héctor Cúper.....	351
090. Rafa Benítez.....	354
CAPÍTULO 23. LEYENDAS	
091. Antonio Puchades.....	360
092. Pepe Claramunt.....	365
093. Mario Alberto Kempes.....	369
094. Ricardo Arias.....	373
095. Fernando Gómez.....	376
096. Claudio 'Piojo' López.....	380
097. David Albelda.....	383
098. Rubén Baraja.....	388
099. Santi Cañizares.....	392
100. David Villa.....	396
AGRADECIMIENTOS	399

CAPÍTULO 1

LOS FUNDADORES

∞ Octavio Augusto Milego Y Gonzalo Medina



Autor desconocido / Archivo familia Milego



Autor desconocido / Archivo familia Medina

001

∞ OCTAVIO AUGUSTO MILEGO Y GONZALO MEDINA

Para entender el proceso que desencadenó la fundación del Valencia en marzo de 1919, tenemos que trasladarnos a la primera semana de ese mismo año. En concreto, al día de Reyes, el 5 de enero. El Deportivo Español, uno de los clubes de la ciudad de Valencia, sufre un trágico giro del destino: la muerte de Luis Bonora, uno de sus jugadores, después de un partido en Elche, a causa de una fractura de tibia que se le complicó en el viaje de regreso a casa. El fallecimiento de Bonora, prometedor estudiante de Arquitectura de tan solo 21 años, provoca un drama en la ciudad y origina la disolución del Deportivo Español.

En ese equipo militaban los dos hombres que impulsaron la creación del Valencia Football Club, nombre original de la entidad: Octavio Augusto Milego y Gonzalo Medina.

Tras el luctuoso suceso en Elche, Milego -profesor de Literatura- se desplaza a Madrid para opositar a una cátedra (que acabaría ganando) de Lengua y Literatura Española. Ese viaje resultaría determinante para el nacimiento del club de Mestalla porque, como explica Octavio Milego -hijo-, *“se fue a hacer unas oposiciones a Madrid y estuvo viendo jugar al Real Madrid. En ese momento volvió a nacer en él la idea de fundar el Valencia”*. Medina, por su parte, estudiaba para convertirse en funcionario de obras públicas y se trasladaba de forma habitual a Barcelona. Allí se hablaba de los logros de jugadores blaugrana como Samitier, Sancho o Alcántara.

A pesar del ambiente de hostilidad contra el fútbol que se había generado en Valencia como consecuencia de la muerte de Luis Bonora, ambos deciden reunir a sus amigos y antiguos compañeros en Salesianos, Deportivo Español y otros equipos de la ciudad para impulsar de forma definitiva la creación de un nuevo club. Las asambleas se producen en un bar ubicado en la antigua bajada de San Francisco: el Bar Torino.

Tras varias reuniones marcadas por el tesón y la ilusión sin cortapisas de Milego y Medina, ambos logran su objetivo. En un libro de actas comprado en una papelería cercana, un grupo de jóvenes -algunos todavía estudiantes- elaboran el documento fundacional del Valencia FC el 1 de marzo de 1919. Octavio Augusto Milego, Gonzalo Medina, los hermanos Pascual y Julio Gascó, Fernando Marzal y Andrés Bonilla -tesorero y diseñador del primer escudo del murciélago- fueron los socios fundadores del club que el 18 de marzo de 2019 cumplirá un siglo de vida.

Tras la fundación, había que designar un presidente. La tradición romántica ha explicado que, para elegir entre Milego o Medina, se lanzó una moneda al aire. Pero Octavio Milego -hijo- explica que, a pesar de las reticencias de su padre, poco dado a protagonismos, sus compañeros en aquella primera junta manipularon la moneda para impedir que el azar les jugara una mala pasada. Tenían muy claro que Milego, el responsable además de la elaboración de los estatutos de la entidad, debía ser el primer presidente del Valencia. *“Se decide con el lanzamiento de una moneda al aire. Pero él me contó que la moneda estaba trucada. Mi padre tenía más estudios que los demás, aunque debe quedar claro que no quiero hacer de menos a sus compañeros. Él simplemente tenía mayor formación”.*

Toda la documentación presentada en Gobierno Civil fue aprobada el 18 de marzo de 1919, en plenas Fallas. Había nacido el Valencia.

Pronto se producen, claro, los primeros fichajes. El portero Marco, del Godella, un brillante extremo izquierdo, Gómez Janeda, que también había pertenecido al Deportivo Español, los centrocampistas Aliaga y Llobet y el delantero centro, Colomer, procedente del Algirós, son algunos de ellos. Precisamente del Algirós llega también Eduardo Cubells, que con el tiempo se convertiría en la primera gran leyenda del club. Otra de las incorporaciones realizadas, en este caso desde el Levante, es la de Luis Fernández, quien aseguraba años después que el único deseo del nuevo grupo de jugadores *“era apoyar todas las propuestas de los fundadores. Porque nuestras ganas eran las de jugar, después de mucho tiempo sin poder hacerlo. Para ello nos ayudó mucho Gonzalo Medina. Se movió de verdad para que el club se pusiera en marcha”.*

Gonzalo Medina, a pesar de no ostentar la presidencia, fue igualmente importante. Dirigió la comisión organizadora del club y fue un hombre determinante para el crecimiento y desarrollo del Valencia. Al igual que Milego, arriesgó parte de su patrimonio para arrendar a título personal el campo de Algirós -primer terreno de juego en la historia de la entidad- a la familia Miquel, propietaria del solar sobre el que se levantó la instalación deportiva.

Medina incluso llegó a prestarle al Valencia 25.000 pesetas -una fortuna en aquella época- que tenía ahorradas para su boda, ante el disgusto de su prometida, Jacobita Zapater. Otro de los socios fundadores, Don José Llorca, que no aparece en el acta fundacional por imperativo legal ya que en 1919 tenía 15 años, calificaba a Gonzalo Medina como un *“espíritu generoso, que vertió en el club todos los ahorros que tenía guardados para su boda”*.

El campo de Algirós, por cuyos terrenos arrendados pagaba la junta valencianista 100 pesetas al mes, se estrena a principios de diciembre de 1919 con dos partidos consecutivos -se aprovechaban así los viajes de equipos que venían de fuera- los días 7 y 8 ante el Castalia de Castellón. En el primero, el marcador acaba en empate a cero. Pero en el segundo, un gol de Eduardo Cubells certifica el triunfo (1-0) del Valencia. La recaudación de los partidos -37'50 y 28'60 pesetas respectivamente- fue considerada un éxito y el colegiado de ambos encuentros fue, curiosamente, Octavio Augusto Milego. Hombre polifacético e incansable, además de aprobar la cátedra de Literatura y crear una entidad centenaria había tenido tiempo de superar el curso de árbitro nacional. Ambos equipos acabaron, por cierto, satisfechos con sus decisiones sobre el terreno de juego. La ciudad de Valencia había recuperado el fútbol. Para siempre.

Milego, Medina, los hermanos Gascó, Marzal, Bonilla... y Llorca, el más joven. Fueron los pioneros de un club que, casi un siglo después, sigue alimentando los sueños de millones de personas: el Valencia.

CAPÍTULO 2

PRIMEROS ÍDOLOS

∞ Eduardo Cubells
Arturo Montes



Cromo de Cubells campeón regional 1923. Archivo F. Rius

002

∞ EDUARDO CUBELLS

El primer gran ídolo de masas en la historia del Valencia nació el 23 de febrero de 1900 en el barrio de Algirós. Eduardo despierta al fútbol siendo muy niño, observando cómo, en los solares que enfrentaban con el domicilio familiar de los Cubells, unos marineros ingleses acostumbraban a pasar su tiempo de esparcimiento practicando el *foot-ball*. A pocos metros de ese terreno entonces yermo, iba a levantarse, dos décadas después, el primer campo de juego del club valencianista.

Alumno del Colegio de los Hermanos Maristas, Eduardo Cubells pasa por diferentes equipos -Hispania, Rat Penat, Algirós o Deportivo Español, entre otros- antes de recalar finalmente en el Valencia FC, coincidiendo con su fundación en marzo de 1919. Jugador cerebral, de enorme personalidad y visión de juego, debuta el 7 de diciembre. En un doble enfrentamiento contra el Castalia de Castellón que sirve para inaugurar Algirós, Cubells consigue el tanto de la victoria valencianista en el segundo de los partidos.

Por sus evidentes dotes de mando y carácter sobre el terreno de juego, llega al club ya con el sobrenombre de '*Cucala*', en referencia al oficial español nacido en Alcalá de Xivert que militó en el bando carlista durante la Tercera contienda civil. Esa capacidad de organización le convierte de forma innata en líder y entrenador improvisado de una plantilla que, en enero de 1920, iba a participar por primera vez en el Campeonato Regional. En ese torneo anota cinco goles, cuatro de ellos en una tarde

de inspiración contra el Gimnástico el 3 de junio. El Valencia se impone por 6-1, triunfo que le permite concluir la competición en segundo lugar.

Con el paso del tiempo, el club va dotándose de una estructura cada vez mayor y sigue realizando incorporaciones tanto para la plantilla como para el cuerpo técnico. En la última temporada sin un entrenador como tal -1922/23-, teniendo como presidente a Don Ramón Leonarte Ribera, llega la gran primera conquista de Campeonato Regional. El Valencia logra el triunfo en todos los partidos, con goleadas sonadas contra el Castellón (8-1), Gimnástico (4-6) o Atlético Valencia (9-1). En los siete partidos que disputa, Eduardo Cubells anota 19 tantos. Infalible. Letal.

Este extraordinario nivel goleador, añadido a su inteligencia para los cambios de juego, su destreza en el golpeo de cabeza y la facilidad para materializar lanzamientos desde el punto de penalti le convierten en el primer futbolista en la historia del Valencia convocado por la selección española. Debuta como internacional el 17 de mayo de 1925 en una victoria de España contra Portugal (0-2). Después se enfrentaría a Suiza, Italia (partido celebrado en Valencia), Austria (triunfo en Viena de La Roja por 0-1, con gol de Eduardo Cubells) y Hungría.

Convertido en futbolista de dimensión internacional, no apaga su sed de títulos con la entidad del murciélago. El Valencia encadena campeonatos regionales en 1925, 1926 y 1927 con Cubells al frente. Teniendo en cuenta las dificultades para contabilizar datos de la época, los historiadores y la estadística de principios del siglo XX estiman que Eduardo llegó a marcar 220 goles en 243 partidos como jugador valencianista.

La temporada siguiente, con 28 años, el club le entrega la baja. Incapaz de defender otro escudo que no fuera el del Valencia, decide incorporarse a la secretaría técnica del equipo, creada meses atrás. Las funciones de la dirección deportiva en aquel momento estaban más centradas en colaborar con el entrenador a la hora de realizar las alineaciones. Pero, con el tiempo, se convertiría en una estructura fundamental dentro de los equipos, con el objetivo esencial de descubrir y recomendar jugadores para la plantilla.

Hombre de club con enormes conocimientos y capacidad de decisión, asume el cargo de entrenador del Valencia en marzo de 1943. La campaña siguiente, dirige a aquel equipo legendario de la 'Delantería Eléctrica' al título de Liga, superando en seis puntos al segundo clasificado, el Atlético Aviación. Además, el club de Mestalla se proclama subcampeón de Copa.

Mito eterno para la afición, Eduardo Cubells tuvo su partido de homenaje ese mismo verano. El coliseo valencianista se llenó hasta la bandera el 2 de julio de 1944, en un enfrentamiento con el Sevilla resuelto con triunfo valencianista (4-2) con dos goles de Epi y otros dos de Vicente Hernández. Antes del encuentro, el que fuera jugador fundacional recibe la distinción del Ayuntamiento de Valencia como *'Hijo Predilecto de la Ciudad'*.

Tras abandonar el banquillo en junio de 1946, el presidente, Don Luis Casanova, le otorga el cargo de asesor técnico, confiando de forma absoluta en su criterio. No en vano, del trabajo coordinado entre Cubells, Luis Colina y el máximo dirigente procede la creación de ese imbatible Valencia de la década de los cuarenta. Eduardo llega incluso a ser nombrado vicepresidente, en una época en la que coincide en los despachos de la entidad con Luis Casanova Irazo, hijo del gran presidente, quien nos define así a Cubells: *"Todo lo que sé de fútbol lo aprendí de él. Era el técnico que más sabía. Había sido un gran futbolista, el primer internacional del club. Y tenía un gran olfato para descubrir talentos"*.

Don Eduardo Cubells Ridaura, jugador fundacional, líder en el campo, goleador despiadado, primer internacional en la historia del murciélago, entrenador campeón de Liga y secretario técnico avezado, falleció el 13 de marzo de 1964. Se marchaba el Valencia mismo, en esencia. Uno de los pioneros. El hombre por el que, siempre después de los fundadores, debe comenzar la historia.

003

∞ ARTURO MONTES

Antes de cumplirse un año de la fundación del club, el Valencia FC ya tenía un ídolo que encandilaba a la pasional afición del murciélago, que aumentaba en número con el paso de las semanas. Eduardo Cubells se había convertido en la referencia de los seguidores por su carisma, dotes de mando y capacidad goleadora. Pero, en el comienzo de la temporada 1920/21, la entidad sufre un importante contratiempo: la marcha de Guerendiain, su delantero centro. El irundarra tiene que regresar a su localidad natal y deja a la plantilla huérfana de mordiente ofensivo. Para resolver el problema, Pepe Marín -*Marinet*-, jugador valencianista, propone el fichaje del que después se sabría -en aquella época no había Internet ni Twitter- que había sido nueve del Sagunto. Un tanque que respondía al nombre de Arturo Montesinos Cebrián. Aunque pasaría a la leyenda de Alirós y Mestalla como Montes.

Marín conservaba en la retina el potente golpeo del aspirante a delantero del Valencia, al que habían descubierto por casualidad. Acompañando a un amigo para que realizara las pruebas de acceso al club en Alirós, Montes, desde fuera del terreno de juego, devolvía balones sin aparente esfuerzo y los enviaba de portería a portería. De elevada estatura y robustez, Arturo Montesinos había nacido el 12 de julio de 1900 en el barrio de Benicalap. Enamorado del fútbol desde muy pequeño, había jugado previamente en el Colegio de los Salesianos de Valencia y en el Sagunto. Delantero de área, tenía unas características muy diferentes a las de Eduardo Cubells, un jugador más completo. Pero Montes igualaba -e incluso podía decirse que en ocasiones superaba- la facilidad de aquel para ver portería.

Días después de completar su fichaje, Arturo Montes debuta con el Valencia. El 27 de junio de 1920, el equipo de Algirós se impone 2-0 al Gimnástico en partido amistoso. Como ocurriría en infinidad de tardes durante los siguientes años, los goleadores fueron Montes y Cubells. Esa facilidad de ambos para ver portería y convertirse en protagonistas de la mayoría de encuentros genera una rocambolesca situación en el entorno valencianista, dividido desde muy pronto en un permanente debate entre *montistas* y *cubellistas*. Amigos íntimos fuera del terreno de juego, ambos mantenían un pique ocasional dentro del campo que a veces les llevaba a excesos individuales, para desesperación del respetable y de Anton Fivber, primer entrenador en la historia del club que debuta en julio de 1923. Dos meses antes, por cierto, se había producido la inauguración del nuevo campo de Mestalla. El 20 de mayo, con gol -cómo no- de Montes, el Valencia se imponía (1-0) al Levante. Buena parte de la responsabilidad de la mudanza de la entidad a un nuevo recinto la tienen Montes y Cubells. La afición estaba dividida entre uno y otro, pero no fallaba a la hora de acudir al campo para ver jugar al equipo.

Polémicas al margen, la llegada de Arturo Montesinos mejora notablemente el fervor competitivo del grupo, que en 1921 está a punto de proclamarse campeón regional. En su debut oficial, Montes anota dos de los goles del Valencia en el triunfo ante el Stadium por 4-1. De los dieciséis tantos conseguidos por el equipo en esa competición, ocho fueron del potente delantero de Benicalap.

Haciendo idéntica salvedad que en el caso anterior de Cubells -no era sencillo computar todos los datos estadísticos a principios del siglo XX-, los historiadores reflejan unos registros realizadores de Montes que impresionan. 323 goles en 317 partidos, incluidos los compromisos amistosos, siendo el Levante -al que le hizo 27 tantos- el rival que mejor se le daba. Precisamente tras un triunfo ante el conjunto granota, el 14 de enero de 1923, lograba el Valencia el primero de los cuatro campeonatos regionales (1923, 1925, 1926, 1927) que conquistó teniendo en sus filas a Arturo Montesinos. Convocado por la selección española para un compromiso internacional contra Austria, rechazó estar en la lista al saber que no iba a formar parte del once inicial, circunstancia que motivó su exclusión definitiva para siguientes convocatorias.

El paso de las temporadas, como le sucedería a Eduardo Cubells, le hizo bajar en sus prestaciones. Además, sufre un atropello en la ciudad que le obliga a jugar con molestias durante su última campaña en activo. En junio de 1928, a pesar de las protestas de los aficionados valencianistas, Montes y Cubells reciben la baja por parte del club antes de cumplir la treintena. Se cierra así la etapa de los dos primeros grandes ídolos en la historia del Valencia. Los pioneros.

CAPÍTULO 3

EL VCF CAMPEÓN DE LOS 40

∞ Ignacio Eizaguirre
Silvestre Igoa
Vicente Seguí

004

∞ IGNACIO EIZAGUIRRE

Hasta la llegada de Santi Cañizares a Mestalla en 1998 no había debate. Ignacio Eizaguirre, por unanimidad en el entorno, había sido el mejor portero en la historia del Valencia. Con la estatura y elasticidad perfectas, Ignacio era un portento de reflejos y tremendamente seguro en las salidas. Tanto, que infundía un enorme respeto en los atacantes rivales. Meterle un gol a Eizaguirre se convertía en una proeza. Así lo describía el mítico delantero valencianista Tonín Fuertes, que fue su compañero y rival: *“Le hice un gol aquí en Mestalla y lo recordaré toda la vida. Porque para mí ha sido el mejor portero del mundo”*.

Ignacio Eizaguirre fue, además, uno de los primeros jugadores mediáticos del club. Innovador en la vestimenta, sus poses dinámicas se convirtieron en un filón para los fotógrafos de la época. Su flequillo alzado con fijador, su media sonrisa y sus manos entrelazadas forman parte del imaginario colectivo de Mestalla.

Nacido en San Sebastián, hijo del portero Agustín Eizaguirre -que fue medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920-, Ignacio hizo sus primeras paradas en las secciones infantiles y juveniles del Arenas de la Concha. Firma con la Real Sociedad en 1936, pero la Guerra Civil aplaza su debut en Segunda División hasta 1939. Siempre atento a las promesas emergentes procedentes de Euskadi, Luis Colina -director deportivo de aquel Valencia que iba a ganarlo todo- decide acometer su fichaje después de presenciar varios partidos del conjunto donostiarra en la temporada 1939/40.

Colina llega rápidamente a un acuerdo con el padre del jugador, pero la Real Sociedad, que se había quedado a las puertas del ascenso a Primera y pretendía volver a intentarlo con Eizaguirre bajo palos, no iba a ponerlo fácil. Ignacio fue declarado en rebeldía por el conjunto *txuriurdin*, como nos cuenta su nieto Iñaki: *“Tuvo problemas administrativos para firmar con el Valencia. Aquí -en San Sebastián- había una normativa respecto al fútbol formativo que le impedía irse. Era un sistema muy restrictivo, y tuvo que esperar un año para jugar”*.

Cumplido el período de inhabilitación, Ignacio Eizaguirre debuta con el Valencia el 21 de diciembre de 1941 en Chamartín. Encaja cinco goles y el entrenador, Ramón Encinas, elige a Pío como portero titular en la siguiente jornada. Hasta que el 25 de enero de 1942 -antes de un partido en San Mamés- se produce una de esas anécdotas que cambian la historia.

Su compañero de posición, Pío, sufre un cólico intestinal como consecuencia de una abundante ingesta de longanizas y morcillas la noche antes del encuentro. Fue el padre de Eizaguirre quien -sin segundas intenciones- llevó el cargamento de embutido desde la carnicería que regentaba en San Sebastián. Como Pío pasó la noche vomitando a causa de la *fartà*, Ramón Encinas puso de inicio a Ignacio, que ya no desaprovechó la ocasión. El Valencia ganó en Bilbao y, después, de forma consecutiva a Barça y Deportivo de La Coruña.

La segunda vuelta del equipo, con Eizaguirre de titular en todos los partidos, fue asombrosa. Y profusa en goles. Cuatro al Barça, cinco al Granada, seis al Castellón y ocho al Sevilla. A falta de dos jornadas, el Valencia ya era campeón de Liga, la primera de las seis que ha conseguido en un siglo de historia. Lo mismo sucedería dos temporadas después, en 1944. Ese año y el siguiente, además, el guardameta vasco consigue el Trofeo Zamora, que le acredita como el menos goleado en Primera.

Su extraordinario rendimiento en Mestalla abrió a Ignacio Eizaguirre las puertas de la selección española, con la que fue titular en quince de los dieciséis partidos que disputó el combinado nacional entre 1945 y 1950, el año del Mundial de Brasil. Allí, España consiguió la cuarta plaza y el portero del Valencia disputó el primer encuentro contra Estados Unidos y el último contra Suecia. Tras la fase final mundialista, Ignacio Eizaguirre toma la decisión de dejar Mestalla para regresar a casa, a la Real Sociedad. En sus nueve temporadas en la entidad valencianista, firmó una hoja de servicios magnífica: las tres primeras Ligas en la historia del club, una Copa y dos Trofeos Zamora.

Pero Don Ignacio nunca se marchó del todo de Valencia. Y Valencia siempre permaneció en las entrañas de Don Ignacio. En las de él y en las de su familia. Como nos explica Iñaki Eizaguirre, en las reuniones familiares cada domingo, su abuela -Doña Carmen- *“hacía unas paellas para chuparse los dedos. Aprendió a cocinarlas en Valencia y las hacía buenísimas. Esas paellas eran un clásico todos los fines de semana”*.

Un mito viviente para el entorno, Eizaguirre era reclamado casi de forma anual por alguna peña del club. Nunca decía que no a una llamada de los aficionados, aunque era él quien decidía el modo en el que tenía que venir a la *terreta*. Su nieto asegura que, cuando le enviaban un billete de avión, *“lo devolvía rápidamente, aduciendo que las peñas tenían un presupuesto muy limitado y no podían gastarse ese dinero con su viaje. Se bajaba a la estación de autobuses, se metía en uno y pasaba ocho horas en autobús para viajar a Valencia. ¡Y te estoy hablando ya de cuando tenía más de ochenta años!”*. Genio y figura.

Don Ignacio se marchó al cielo de los grandes porteros el 1 de septiembre de 2013. Un mes después, en la previa de un partido de Liga entre Valencia y Real Sociedad, Mestalla le tributó un merecido homenaje. Se había marchado un símbolo de la grandeza del club en su mejor década, la de los cuarenta. Ese equipo era mucho más que la ‘Delantería Eléctrica’. Empezando por la portería.

005

∞ SILVESTRE IGOA

A la sombra de la 'Delantero Eléctrica' que ha trascendido al paso de las décadas envuelta en mística, el Valencia de los cuarenta -posiblemente, el mejor de la historia- contaba en su plantilla con jugadores excepcionales. Uno de ellos fue el vasco Silvestre Igoa. Nacido en el barrio donostiarra de Añorga el 5 de septiembre de 1920, debuta en el equipo de Los Luises, en San Sebastián. Al cumplir la mayoría de edad, se compromete con el Beti Alai, que disputaba sus encuentros en la mismísima playa de La Concha. Allí se convierte en uno de los mejores futbolistas de la ciudad, hasta que estalla la Guerra Civil y debe incorporarse a milicias.

Caprichos del destino, le corresponde realizar el servicio militar en el pueblo valenciano de Catarroja. Precisamente en un partido amistoso entre el conjunto de dicha localidad de l'Horta Sud y un grupo de soldados, llama la atención del presidente del Catarroja CF y recibe una propuesta de contrato en firme. Al tercer encuentro que juega en categoría regional, el Valencia acomete su fichaje. Futbolista rápido y polivalente, podía desenvolverse con soltura en cualquiera de las posiciones de ataque. Además, tenía una capacidad de salto prodigiosa que le permitía hacer goles de cabeza todas las temporadas.

Igoa debuta con el equipo de Mestalla en partido oficial el 19 de octubre de 1941 en un empate (1-1) contra el legendario Athletic de Zarra y Gaínza. En ese primer año en el club, la competencia en su demarcación es alta y,

por su juventud, tan solo disputa otros seis encuentros. A pesar de ello, tiene tiempo de mostrar indicios de una calidad excelsa y consigue sus dos primeros goles en la Liga. El 29 de marzo de 1942, el Valencia empata en Vigo (3-3) con doblete de Silvestre Igoa y un tanto de Vicente Asensi.

En su segundo año en la entidad, más adaptado, crece en importancia de la mano del nuevo entrenador, el que fuera integrante fundacional del murciélago Leopoldo Costa 'Rino'. Alcanza la cifra de diecinueve participaciones con el equipo y logra siete goles. Pero será a partir de la temporada 1943/44, bajo la dirección del legendario Eduardo Cubells, cuando Igoa se convierte en un futbolista de primer nivel nacional. En la Copa, iba a ser el mejor jugador del Valencia que, ya campeón de Liga, se planta en la gran final de Montjuic contra el Athletic el 25 de junio de 1944. Hasta ese encuentro, ve portería en las eliminatorias previas ante Zaragoza, Deportivo de la Coruña y Sabadell. Al conjunto catalán le endosa el primer *hat trick* de su carrera el 4 de junio de 1944.

Titular indiscutible a partir de 1943, juega de inicio las tres finales de Copa que el Valencia iba a perder de forma consecutiva entre 1944 y 1946. Todas ellas en Montjuic. Dos contra el Athletic y una ante el Real Madrid. Sin lugar a dudas, la gran espina para Silvestre Igoa y para todos sus coetáneos. Un grupo de jugadores excelentes que, eso sí, pudieron resarcirse ganando la Liga del 47 y la Copa en 1949. Títulos en los que el extremo vasco tuvo una incidencia absoluta. En el primer caso, contribuyendo con ocho goles y disputando todos los partidos. En la competición del KO -doblegando, por fin, al Athletic- formando parte de la alineación titular designada por Jacinto Quincoces.

Convertido en una de las piezas básicas del gran Valencia de finales de los cuarenta, llega la llamada de la selección española. Igoa debuta como internacional el 21 de marzo de 1948 en una victoria contra Portugal (2-0). Su rendimiento en Mestalla sigue *in crescendo* y, tras finalizar segundo en la carrera por el Pichichi en la temporada 1949/50 con veintidós goles -solo por detrás de Zarra-, es uno de los convocados para el Mundial de Brasil. Y no solo eso. En la fase final mundialista completa cinco encuentros, marcándole a Estados Unidos y a la selección anfitriona. A la conclusión de dicha competición era, junto a Puchades, la gran estrella de Mestalla.

Lo que la directiva valencianista desconocía era que Igoa tenía un acuerdo cerrado con la Real Sociedad desde diciembre de 1949. Al regresar de Brasil, se marcha de vuelta a Donosti sin despedirse de ninguno de sus compañeros. Ni siquiera de la familia Monzó, que le había elegido como padrino de Voro, su primer retoño. Silvestre estaba repitiendo el movimiento

que había realizado Epi un año antes y el que estaba a punto de hacer Ignacio Eizagurre, dejando al Valencia sin tres futbolistas esenciales en los éxitos cosechados en aquel tiempo.

En el conjunto txuriurdin, a pesar de llegar en el mejor momento de su carrera, nada fue como en Mestalla. Igoa completó seis temporadas, pero únicamente pudo lograr un subcampeonato de Copa en 1951. Colgaría las botas, eso sí, tras un éxito rotundo: contribuir al ascenso del Granada a Primera en 1957. Menos de una década después, con tan solo 48 años, Silvestre Igoa fallecía en su Añorga natal tras sufrir un derrame cerebral. No eligió el modo más elegante de marcharse del Valencia, pero el tiempo debe hacerle justicia. Hablamos de un futbolista maravilloso, una verdadera estrella que fue capaz de brillar incluso a la sombra de los delanteros eléctricos.

006

∞ VICENTE SEGUÍ

Apagado el fulgor de Guillermo Gorostiza, un valenciano descarado y habilidoso iba a irrumpir en el primer equipo en los inicios de la temporada 1946/47. Seguí, nacido en Valencia el 13 de diciembre de 1927, había pertenecido al CD Cuenca, germen del Mestalla que vería la luz a mediados de la década de los cuarenta. Extremo puro de los de antes, siempre pegado a la cal buscando el desborde por fuera, debuta en partido oficial de la mano de Luis Casas Pasarín. En la primera jornada de Liga, un 22 de septiembre del 46, el conjunto valencianista se impone al Sabadell (1-0) con gol de Mundo.

Esa campaña, que iba a concluir con inolvidable alirón en Mestalla tras una maravillosa carambola, Vicent Seguí juega cinco partidos en Primera, desapareciendo de las alineaciones a partir de la séptima jornada para dar entrada al atacante Vicente Giraldós. Con tan solo diecinueve años, el club toma la decisión de mandarle al filial para que continúe su proceso de formación.

El siguiente año, comienza compitiendo en Segunda con el CD Mestalla pero, el 7 de diciembre de 1947, de nuevo Pasarín recurre a su velocidad y desborde para el partido de Liga en Mestalla contra el Real Madrid. El Valencia gana 4-2 y, gracias a una actuación destacada, permanece ya de forma definitiva en la primera plantilla. Dos semanas después, por cierto, anota su primer gol en la máxima categoría del fútbol español durante un recital valencianista ante el Celta (7-1) el 21 de diciembre.

La llegada al club de uno de sus mejores entrenadores históricos, Don Jacinto Quincoces, supone el espaldarazo definitivo que necesitaba para consagrarse en la élite. Desde la jornada inaugural de la temporada 1948/49 -en la que, por cierto, marca de nuevo culminando la goleada del equipo ante el Espanyol (4-1)- hasta su salida de la entidad en 1959, Vicent Seguí es uno de los futbolistas más regulares y competitivos de la plantilla. A pesar de la explosividad de su juego, no sufrió lesiones de importancia durante toda su carrera y promedió más de veinticinco partidos anuales. Precisamente en 1949, forma parte de la alineación titular en la final de Copa contra el Athletic, decidida con gol del valencianista Epi en el minuto 71. Ese triunfo copero iba a suponer el segundo de los tres títulos que pudo levantar con el murciélago en el pecho.

Indiscutible jugador de banda, disfrutaba atacando permanentemente con el balón pegado al pie, superando rivales con un diabólico cambio de ritmo imposible de codificar para los defensas de la época, más rudos y fuertes que rápidos y con cintura. Cuando llegaba a la portería rival no se andaba con exquisites ni florituras. Con un golpeo seco a la base del palo hacía primar la efectividad ante la pompa. En un tiempo en el que la estrategia todavía no se trabajaba en demasía, sus saques de esquina enroscados suponían una bendición para grandes rematadores de cabeza como Mundo o Igoa.

Tras la derrota en la final de Copa del 52 a causa de la inoportuna lesión de Asensi, el Valencia -con Seguí en el once titular- pudo vengarse del Barça en 1954. Quincoces le alinea aquella tarde en Chamartín ubicado en ataque junto a Mañó, Fuertes y Badenes. El equipo de Mestalla protagoniza una de las mejores actuaciones de su historia, superando con autoridad al conjunto culé por 3-0.

Iba a ser el último título de Seguí como valencianista. Después de trece temporadas de rendimiento óptimo, el club le entrega la baja buscando revitalizar una posición que tuvo un único dueño desde 1948. A pesar de las numerosas incorporaciones que intentó la secretaría técnica para dotarle de competencia, ninguno era capaz de quitarle el puesto, en un fenómeno que la prensa de la época tildó como la 'Maldición Seguí'. Al año siguiente firmó en el Levante junto al mítico Pasieguito. Allí cerraría su carrera profesional.

Tras varias temporadas matando el gusanillo en categoría regional, Vicent decide colgar las botas y busca una salida profesional con los ahorros que había ido acumulando en sus años de futbolista, adquiriendo una licencia de taxi que mantendría hasta su fallecimiento el 4 de julio de 1988. Campeón de Liga y dos veces campeón de Copa, Seguí disputó 306 partidos oficiales con el Valencia, haciendo 101 goles. El heredero de Guillermo Gorostiza dejó el listón altísimo, marcando el camino, además, para futuros puñales de Mestalla, como Óscar Rubén Valdez o Vicente Rodríguez.

CAPÍTULO 4

LA DELANTERA ELÉCTRICA

∞ Epifanio Fernández
Edmundo Trabanco
Amadeo Ibáñez
Vicent Asensi
Guillermo Gorostiza

007

∞ EPIFANIO FERNÁNDEZ

Luis Casanova, Eduardo Cubells y Luis Colina, el triángulo perfecto en torno al que nació el mítico Valencia de la década de los cuarenta, supieron detectar y aprovechar el excelente nivel de los futbolistas vascos de la época. Tres de los cinco componentes de la 'Delantería Eléctrica' procedían de Euskadi. Uno de ellos fue Epifanio Fernández, 'Epi'. Extremo derecho de enorme calidad y capacidad asociativa, con inusitada facilidad para poner centros de primeras y pisar área, fue el complemento perfecto para equilibrar las diabluras de 'Bala Roja' Gorostiza en la izquierda. Disputó nueve temporadas y 281 partidos en Mestalla, consiguiendo 115 goles.

Nacido en San Sebastián el 23 de abril de 1919 -el mismo año que el Valencia-, Epi comienza a jugar al fútbol como tantos niños donostiarras: en las inmediaciones de la playa de La Concha. De los terrenos de Ondarreta, unas instalaciones muy por encima de la media en aquella época, iban a salir numerosos jugadores de Primera. Allí, Epifanio Fernández forma parte de equipos infantiles como el Sagrado Corazón, el Euzko-Gaztedi y el Baskonia de Amara. En edad juvenil llama la atención de numerosos ojeadores y, con tan solo dieciséis años, entra en la disciplina del Donostia FC, denominación de la Real Sociedad entre 1931 y 1940.

Es precisamente 1940 el año clave para entender cómo el Valencia intenta realizar la incorporación de Epi. En aquel momento, la Copa se disputaba una vez acabada la competición de Liga. En la temporada 1939/40, el

equipo de Mestalla -entrenado por Ramón Encinas- se deshace del San Andrés en primera ronda por un resultado global de 11-3. Su siguiente rival, en octavos de final, iba a ser la Real Sociedad. La ida se disputa en territorio valencianista el 23 de mayo de 1940 y, a pesar del triunfo local por 3-1, Luis Colina queda fascinado por el rendimiento del interior derecho realista, Epi. Sus primeras sensaciones quedan ratificadas en el encuentro de vuelta. El 26 de mayo, en Atocha, el equipo donostiarra y el Valencia empatan (4-4). Epifanio Fernández anota dos goles. Su siguiente partido oficial ya iba a ser con el murciélago en el pecho.

Epi se desplaza a Valencia junto a sus padres para negociar el fichaje. La preocupación de los Fernández, por encima del dinero o las temporadas de contrato, estaba centrada en el cuidado de su hijo. Ambos insisten al presidente que se ocupe personalmente del chaval, que acaba de superar la veintena. Algo que para Don Luis Casanova no suponía ningún esfuerzo añadido, tal y como el máximo dirigente explicaba posteriormente: *“Me gustaba pasar tiempo con los jugadores, conocer sus preocupaciones, que sintieran el apoyo del club de forma constante. No fui un presidente de los que siempre están en el palco. Siempre que podía, bajaba al banquillo a ver los partidos con ellos”*.

Bajo la protección del presidente y, sobre todo, de la numerosa comuna vasca del vestuario (Eizaguirre, Juan Ramón, Mundo, Gorostiza), la adaptación de Epi al club es rapidísima y se nota en su rendimiento. En su primera temporada, marca once goles en partido oficial. Nueve en Liga y dos en Copa, competición en la que el Valencia se iba a proclamar campeón. Su primer tanto llega el 3 de noviembre de 1940, en un encuentro disputado en Mestalla con victoria (3-1) ante el Atlético de Madrid.

La campaña siguiente sería incluso mejor para Epifanio Fernández, autor de dieciséis dianas. Una excelente contribución para que el club conquistara la primera Liga de su historia. Cada uno de los integrantes de la plantilla que había disputado todos los compromisos ligeros recibe 5.000 pesetas de prima. Algo que era habitual en el método de gestión del presidente. Como nos cuenta su hijo, Luis Casanova Iranzo: *“Mi padre era así. Siempre decía que acabó recuperando todo el dinero que le había prestado al Valencia, pero vete a saber. Él era muy partidario de primar por su cuenta a los jugadores cuando ganaban un título o un partido importante”*.

Tanto destaca en Mestalla que Epi acaba siendo convocado por la selección española. Debuta en un empate a dos contra Portugal, en partido disputado en Lisboa -en el once le acompaña el también valencianista

Guillermo Gorostiza- el 12 de enero de 1941. Epifanio Fernández fue internacional un total de quince ocasiones, todas ellas defendiendo el escudo del murciélago. Marcó cuatro goles.

Su temporada más prolífica desde el punto de vista realizador fue la de 1943/44, en la que el Valencia logra la segunda Liga de su historia. Epi alcanza la cifra de dieciocho tantos. En el tercer título liguero (1947), el extremo vasco completa los veintiséis partidos que en aquel momento suponía la Primera División. Fue una competición decidida en la última jornada, con tremenda emoción. El equipo de Mestalla comenzaba la última jornada tercero, con 32 puntos, igualado con el segundo clasificado -el Atlético de Madrid- y a un punto del líder, el Athletic de Bilbao. El Valencia hizo los deberes, doblegando al Sporting (6-0) con un gol de Epi. Y sus rivales pincharon, respectivamente, en el Metropolitano contra el Real Madrid (2-3) y en La Coruña (3-3). En el estadio valencianista se desató la locura cuando Luis Colina fue informado -vía telefónica- del marcador final en ambos encuentros. Nos lo cuenta Luis Casanova Irazo: *“En el vestuario casi se mueren todos de los nervios. Porque además en aquella época las conferencias telefónicas llegaban con mucho retardo y hubo que esperar varios minutos después de que terminara nuestro partido. Acabamos todos llorando de alegría”*.

Esa Liga iba a ser el penúltimo título de Epi como jugador del Valencia. Su despedida, apoteósica, se produciría tras la final de Copa de 1949. En las horas previas al encuentro, el extremo donostiarra comunica al capitán, Mundo, su firme decisión de volver a La Real Sociedad. Edmundo Suárez, que le llamaba ‘Chapete’ de forma cariñosa, le exige máximo rendimiento y Epifanio Fernández promete marcar al menos un gol. Dicho y hecho. En el minuto 26 de la segunda parte, un solitario tanto del vasco posibilita el triunfo del equipo de Mestalla (1-0) ante el Athletic de Bilbao. Esa plantilla podía, al fin, sacarse la espina tras las dos finales perdidas ante los leones en Montjuic en 1944 y 1945.

Tras esa final, y aprovechando que se concentraba en París con la selección, Epi abandona el Valencia para no volver. El club, que tenía derecho de retención sobre el jugador, rápidamente le envió telegramas y realizó un escrito de protesta ante la RFEF. Pero las quejas fueron estériles. Epifanio Fernández firmó ese mismo verano por la Real Sociedad. Dejó para la historia, eso sí, una hoja de servicios impoluta: tres Ligas, dos Copas y 115 tantos. Víctima de un cáncer de garganta, falleció el 23 de junio de 1977. Desde entonces, regatea y hace goles en el cielo de los extremos.

008

∞ EDMUNDO TRABANCO

En casi un siglo de vida del Valencia, ningún jugador ha conseguido anotar más goles que Edmundo Suárez Trabanco, 'Mundo'. Jugador mítico, líder de la legendaria 'Delantería Eléctrica', el máximo realizador en la historia del club llegó a Mestalla con veintitrés años -tras la Guerra Civil- para convertirse en un símbolo que trascendió al paso de las generaciones. Alto, corpulento, era un titán. Dominador del juego aéreo, de disparo potente, consiguió 269 goles en 287 partidos oficiales durante las once temporadas que defendió el escudo del murciélago.

Edmundo Suárez nació en Barakaldo, provincia de Vizcaya, el 22 de enero de 1916. Alumno de los Salesianos, juega desde niño en el equipo del colegio. Y lo hace con la oposición de su padre y gracias a la complicidad de su madre, que le regala sus primeras botas de fútbol. Sin embargo, la muerte prematura del cabeza de familia obliga a Mundo a trabajar como tornero antes de cumplir la mayoría de edad.

Tras un breve paso por el Kakaleku, el encargado del taller en el que desempeña su labor profesional le anima a probar suerte en el Lejona de Las Arenas -actualmente Leioa-, en el área metropolitana de Bilbao. Allí destaca como uno de los mejores goleadores de la provincia y, en 1935, con diecinueve años, ficha por el Athletic de Bilbao. Viaja con los leones a una gira en México e incluso llega a debutar en Lasesarre en un partido del campeonato regional disputado en noviembre de 1935. Pero no convence al



El delantero Mundo. Marca/Colección F. Rius

técnico inglés William Garbutt y el Athletic le cede al Barakaldo el 21 de julio de 1936. Tres días después estallaría la Guerra Civil.

Mundo se alista en el ejército, donde no entra con excesivo buen pie. Como explica su nieto, Arturo Ballester, en el batallón del que forma parte se realiza una prospección buscando voluntarios para crear un equipo de fútbol. *“Mi abuelo dio un paso al frente diciendo que jugaba en el Athletic, pero la respuesta de su coronel fue darle un bofetón. No le creyó”*.

Destinado en Valencia a las órdenes del general Aranda, Edmundo es reclutado finalmente por el Recuperación de Levante -equipo de la época formado por militares- con el objetivo de disputar diferentes partidos amistosos. En uno de ellos, el 18 de junio de 1939, ese grupo de soldados se impone a Osasuna de Pamplona por 3-0. Mundo llama la atención de Luis Colina, uno de los grandes directores deportivos en la historia del club de Mestalla. Junto a otros compañeros de vestuario -Álvaro, Botana y Poli- ese mismo verano se convierte oficialmente en jugador del Valencia.

Para ello iban a desempeñar un papel determinante dos hombres: Antonio Cotanda, presidente de la Federación Valenciana de Fútbol, y Alfredo Giménez Buesa, comandante jefe del batallón en el que estaba destinado Mundo y presidente del Valencia. Ambos realizan los trámites necesarios para invalidar la cesión del jugador al Barakaldo procedente del Athletic. Alegan que la operación no tenía validez por haberse realizado durante el conflicto bélico. De esa forma, Mundo es libre para comprometerse con la entidad valencianista.

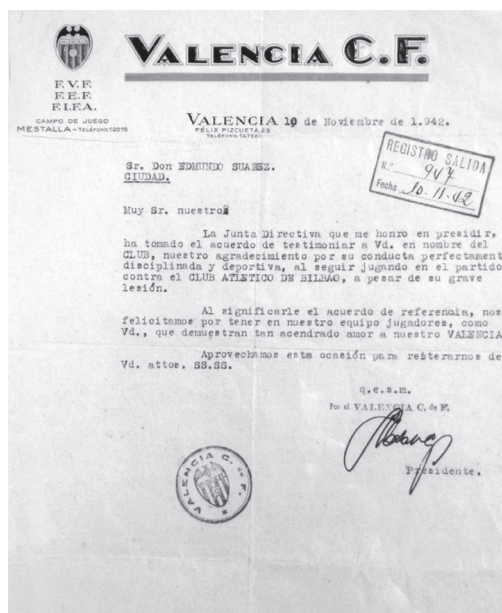
Su debut en partido oficial se produce el 3 de diciembre de 1939. El Valencia se impone 0-3 al Betis en Heliópolis. El primer tanto de Mundo en Liga llega en la jornada 4, el 24 de diciembre, culminando la remontada del equipo de Mestalla ante el Hércules (2-1). En esa primera temporada en el club, contribuye con catorce tantos a la permanencia en Primera. En Copa, el conjunto valencianista -relativamente novato en la élite- está a punto de jugar la final. En la eliminatoria de semifinales contra el Espanyol, Edmundo Suárez marca en la ida y en la vuelta. Pero, el 23 de junio de 1940, la lesión del guardameta Pío en el encuentro de vuelta obliga al delantero Amadeo a situarse bajo palos y la eliminación es inevitable.

La suerte cambiaría al año siguiente. Tras deshacerse de Athletic de Bilbao, Sevilla y Celta, el Valencia consigue el primer título de su historia. El 29 de junio de 1941, en Chamartín, el conjunto dirigido por Ramón Encinas se impone 3-1 al Espanyol. Mundo firma su primer gran partido histórico, anotando dos goles en la gran final de Copa. Acaba de nacer el mítico

equipo que lo ganó todo en la década de los cuarenta. En esa edición de la Copa del 41, Mundo firma nueve tantos en siete partidos, cuatro de ellos la tarde del 25 de mayo, en la ida de cuartos de final contra el Sevilla. En una tarde mágica, el Valencia protagoniza una de las goleadas de la temporada, superando 8-1 al club hispalense.

Esos marcadores abultados iban a ser una constante en los tiempos de la 'Delantería Eléctrica'. Como lo iban a ser los partidos en los que Mundo marcaba tres o más goles. Los datos son exorbitantes. El delantero vasco consiguió diecinueve *hat tricks* sumando encuentros de Liga y Copa. Además, hizo cuatro goles en seis ocasiones y, en un partido contra el Betis disputado el 28 de febrero de 1943 (8-3 para el Valencia) logró seis tantos. Bestial.

Su estrecha relación con Don Luis Casanova, al que siempre admiró profundamente, multiplicó su implicación, convirtiéndose en un referente del vestuario. En más de una ocasión saltó al campo estando lesionado. En una de ellas, como relata su nieto, Arturo Ballester *"sufría una fractura de tibia y, según contaba él, llevaba nueve metros de venda. Pero se apostó con el médico que salía y marcaba dos goles. Salió... y los marcó"*. Heroicidades de ese estilo motivaron que recibiera en su domicilio cartas firmadas por el presidente en las que el club le agradecía sus esfuerzos sobre el terreno de juego.



Archivo personal Arturo Ballester

La aportación goleadora de Mundo fue determinante en las dos primeras Ligas conseguidas por el Valencia en 1942 y 1944, años en los que además logró alzarse con el Trofeo Pichichi, marcando 27 tantos en cada una de las temporadas. El club de Mestalla volvería a proclamarse campeón de Liga en 1947, tras una última jornada de infarto con goleada (6-0) al Sporting de Gijón. Precisamente en ese encuentro, se produjo una divertida anécdota que el propio Edmundo Suárez relataba así: *"En el último tanto que marcamos, Méndez, el delantero centro del Sporting, se dirigió hacia nosotros para decirnos que*

no marcáramos más goles. Al terminar el partido, requerido por mí, me dijo que había acertado el pleno de la Quiniela, como así fue en efecto". El boleto de la Quiniela se había puesto en marcha, efectivamente, en septiembre de 1946. Y además de pronosticar sobre los siete partidos de Primera, los apostantes tenían que acertar los goles de cada equipo. Es evidente que Méndez -que esa tarde vaticinó un 6-0 a favor del conjunto valencianista- no tenía demasiada fe en su propio club.

El gran capitán de ese Valencia campeón fue el mítico Juan Ramón, fascinado con el rendimiento de la 'Delantera Eléctrica'. En especial, con el de Mundo: *"Aquello era el no va más. Metían goles los cinco. Pero es que Mundo metía goles con los dos pies, con la cabeza, con el pecho y con todo. Y a veces metía a dos defensas y al balón dentro de la red"*.

Ausente, precisamente, Juan Ramón, el destino le permitió a Edmundo Suárez un último momento de gloria. El 29 de mayo de 1949, tras asistir a Epi en la jugada que significó el gol del triunfo del Valencia en la gran final ante el Athletic (1-0), Mundo fue el responsable de levantar al cielo de Chamartín la Copa, su último título como jugador valencianista. A la conclusión de la siguiente temporada (1949/50), se produjo su gran disgusto como futbolista: con 34 años, el equipo de su corazón decidió no renovarle el contrato. El delantero vasco firmó entonces en el Alcoyano, club en el que colgaría las botas en junio de 1951.

Ese mismo año arrancarían una dilatada carrera como entrenador, coronada con otro título de campeón de Copa con el Valencia en 1967. Mundo supo sacar partido de aquella plantilla en la que descollaban Claramunt, Paquito y Roberto, logrando además una cuarta posición en Liga en 1968 que clasificaba al club para competiciones europeas. Sintiéndose un valenciano más, abrió en pleno corazón de la ciudad -calle Juan de Austria- 'Casa Mundo', un emblemático bar que sigue operativo, a pleno rendimiento y convertido en un museo permanente del mítico delantero.

Edmundo Suárez falleció en Valencia el 14 de diciembre de 1978. Nació en Barakaldo pero eligió vivir y morir entre nosotros, rodeado de su mujer, Pepita, de sus tres hijas -Rosa, Pepa y Begoña- y de una familia maravillosa. Defendió el escudo del murciélago durante once temporadas, consiguiendo tres Ligas, dos Copas y dos trofeos de máximo goleador, además del título de Copa como entrenador en 1967. Se marchó al cielo de los pichichis dejando un legado imborrable y unos registros goleadores que, muy probablemente, jamás serán superados.

009

∞ AMADEO IBÁÑEZ

Muy pocos jugadores en la historia del Valencia pueden presumir de haber ocupado todas las demarcaciones sobre el terreno de juego durante su trayectoria en el primer equipo. Uno de ellos es Amadeo, componente de la inolvidable 'Delantera Eléctrica' que encendía Mestalla durante la década de los cuarenta. Una época socialmente dura, de posguerra, carestía y dificultades en la que acudir al estadio a ver jugar a aquel equipo valiente y desatado era uno de los pocos alicientes para un sector muy significativo de la población. Amadeo Ibáñez fue un atacante completísimo y versátil, que ocupaba el centro de la delantera hasta la llegada de Mundo. Reciclado a interior, fue una pieza clave en el engranaje ofensivo valencianista. Tenía de todo: regate, visión de juego, llegada y, por supuesto, gol. Durante las 14 temporadas que perteneció a la entidad, fue tres veces campeón de Liga y dos campeón de Copa, disputando 385 partidos y marcando 161 goles. Unos números tremendamente brillantes.

Tras pertenecer a la disciplina del San Valero, el Atlético Valencia y el Gimnástico, Amadeo ficha por el Valencia en 1935. Coincidiendo con una etapa de sequía del delantero José Vilanova, el entrenador Ramón Balsa le da la oportunidad de debutar en el primer equipo. Juega de inicio en Mestalla en un partido del Campeonato Supraregional y aprovecha la confianza del técnico: marca tres goles en la victoria del equipo (6-1) ante el Real Murcia. Esa portentosa actuación provoca que repita como titular en la primera jornada de Liga. Ibáñez no consigue ver portería, pero el estadio

valencianista vuelve a ser testigo de otra gran goleada, un 5-0 al Sevilla. En esa campaña de estreno, Amadeo disputa doce encuentros oficiales, firmando cinco tantos, el primero de ellos en el mes de noviembre durante un partido en Santander.

La temporada siguiente, en la que el Valencia se proclama campeón regional, le sucede como a la mayoría de su coetáneos: el estallido de la Guerra Civil corta de forma brusca su progresión como futbolista de primer nivel. Finalizado el conflicto bélico, se producen en el seno de la plantilla importantes modificaciones. El fichaje de varios jugadores procedentes del Recuperación de Levante, fundamentalmente Mundo, le obliga a desplazar su posición en el flanco de ataque para que el delantero vasco jugara más centrado. A pesar de ello, no pierde el sitio en el once inicial. Un auténtico todoterreno, Amadeo llega a ocupar todas las posiciones en el campo por necesidades del guión. Incluida la portería, durante un partido en el que se lesiona el guardameta Pío.

Superada la fase de adaptación de los nuevos integrantes de la plantilla, tras la primera temporada en la que la 'Delantero Eléctrica' está conjuntada y a pleno rendimiento -1940/1941-, el Valencia conquista el primer título nacional de su historia. Amadeo Ibáñez es titular el 29 de junio de 1941 en Chamartín. El equipo de Mestalla se impone 3-1 al Espanyol. Así recordaba el delantero valenciano aquel partido: *"Fue un momento histórico para el club porque era la primera vez que se conseguía un título nacional. Nos enfrentábamos a un gran rival, como era el Espanyol. Y la verdad es que jugamos un gran partido, con mucha calidad. En la mayoría de las finales, por la tensión y los nervios, no se ve un nivel de juego tan alto como el que el Valencia tuvo aquella tarde"*.

Amadeo Ibáñez repetiría titularidad en la final de Copa de 1945, uno de sus mejores encuentros. A pesar de la derrota final ante el Athletic de Bilbao (3-2), consigue uno de los goles y asiste a Mundo en la jugada del otro tanto valencianista. Además de las dos Copas que figuran en su palmarés (1941 y 1949), el componente destacado de la 'Delantero Eléctrica' fue igualmente importante en los equipos campeones de Liga en 1942, 1944 y 1947, logrando 17 goles en Liga sumando las tres temporadas.

Leal al club de su corazón, pudo marcharse en varias ocasiones al Real Madrid. Pero jamás quiso escuchar las ofertas que realizaba Santiago Bernabéu, como nos cuenta el hijo del presidente valencianista en aquel momento, Luis Casanova Irazo: *"Era un tiempo en el que los futbolistas sentían al club y al escudo. Bernabéu venía todos los veranos a por Amadeo, pero él no quería marcharse. No hubiera podido jugar en otro equipo"*.

Tras casi 400 partidos con el murciélago en el pecho, Amadeo cuelga las botas después de un amistoso en Gibraltar en el que el Valencia se impone por 1-6. Dejando, por cierto, una curiosidad en su hoja de servicios. Hombre educado, persona correctísima, solo fue expulsado una vez en toda su carrera. Precisamente en su última temporada como jugador -1950/1951-, el colegiado aragonés Arqué Martín le enseña la roja directa en el minuto 59 durante un enfrentamiento contra el Barça en Les Corts. La imagen del delantero valencianista, ya veterano, abandonando el terreno de juego entre lágrimas causó un tremendo impacto en el mundo del fútbol.

Después de retirarse, Amadeo Ibáñez siguió formando parte de la disciplina de Mestalla. Haciendo prácticamente de todo. Fue segundo entrenador y delegado del primer equipo. Desempeñando esta última función, el Valencia se proclama campeón de Liga en 1971. Tras el encuentro definitivo en Sarrià, ya recuperado de la tensión y de la emoción, realiza las siguientes declaraciones durante la entrevista que le realiza el maestro Jaime Hernández Perpiñá: *"Me cuesta muchísimo hablar. Nada más acabar el partido me he puesto a llorar, como seguro les ha pasado a todos los valencianistas. Hemos sufrido muchísimo, mucho más que en mis años como jugador, pero ya ha terminado todo y, felizmente, la Liga es para el Valencia"*.

A finales de los setenta, Amadeo sigue en la entidad, en este caso como entrenador del Mestalla. Tras un mal arbitraje en un partido con el filial, fallece de forma repentina en noviembre de 1979. Una semana después, el estadio valencianista guarda un solemne minuto de silencio antes de un Valencia 5 - Espanyol 1. Curiosamente, el Espanyol. El equipo contra el que Ibáñez había abrazado la gloria consiguiendo el primer título en la historia del club en 1941.

Se marchaba un mito de Mestalla. Y un valenciano hasta el tuétano, capaz de hacer detenerse el autobús nada más llegar a Contreras, llevando la Copa en volandas, para besar el suelo de la terreta al regreso de Madrid tras uno de los muchos triunfos del equipo. Un genio irrepetible.

010

∞ VICENT ASENSI

Hubo un tiempo en el que el Valencia era el mejor equipo de España, el que contaba con los mejores jugadores, deseados cada verano por Real Madrid y Barcelona. Uno de ellos era Asensi. Genio camaleónico, un seguro de vida para todos sus entrenadores, fue retrasando la posición con el paso de las temporadas. Pero siempre jugaba. Por ello cuenta en su palmarés con tres Ligas y tres Copas.

Nacido en Alcúdia de Crespins el 1 de diciembre de 1919, a Vicent le sucede como a la práctica totalidad de su coetáneos. La Guerra Civil interrumpe su evolución como futbolista, aunque durante el conflicto sigue perseverando en su sueño de triunfar. El propio jugador lo explicaba años después: *“En guerra, yo jugué en el amateur del Gimnástico y Valencia. Al terminar, se disputó en Mestalla el primer amistoso, contra Osasuna, en el que Colina quiso vernos a Llácer y a mí”*. El asunto no cuaja y esa temporada acaba en el Burjassot, donde impresiona con una producción ofensiva excepcional, llegando a hacerle ocho goles al Cieza en una tarde de locura.

Con exhibiciones así, provoca la llamada del Real Betis, dispuesto a pagar por su fichaje. La intervención del presidente del Valencia, el comandante en jefe Alfredo Giménez Buesa, iba a resultar providencial para evitar que se marchara a Sevilla. Con evidente influencia, llegó a amenazar a Asensi con mandarle a África a cumplir con el servicio militar si fichaba por el Betis.

Luis Colina interviene y Asensi firma por el club de Mestalla en el verano de 1940: *“Me pagaron 12.000 pesetas de ficha por dos temporadas y 500 ó 600 pesetas de sueldo mensual”*. En la quinta jornada de Liga, el 27 de octubre de 1940, un acontecimiento histórico: por primera vez juega de inicio la ‘Delantero Eléctrico’, los cinco. El Valencia se impone en el Renato Bardín de Alicante (0-2) con goles de Mundo y Amadeo. Arrancaba una era inolvidable.

En esa temporada inicial, Asensi marca dieciocho goles, diez de ellos en partido oficial. El más importante de ellos, en una tarde grabada a fuego en el imaginario colectivo valencianista. El 29 de junio de 1941, en Chamartín, el Valencia logra su primer título nacional al doblegar al Espanyol (3-1) con dos goles de Mundo y uno de Asensi, rematando desde el suelo para batir a Martorell. Adelantado a su tiempo, Vicent juega esa final con una cinta blanca en el pelo, para evitar que el flequillo le molestara durante el encuentro.

Esa Copa que levanta Juan Ramón supone el inicio de una década maravillosa, marcada por los títulos y la gloria. Después, en 1942 y 1944, Mestalla grita dos Ligas que el equipo obtiene con holgura. Asensi, que había empezado actuando como interior zurdo, va matizando su posición en el campo. En la temporada 1943/44 completa dieciséis partidos. En alguno de ellos, el genio Eduardo Cubells ya le hace jugar más cerca de la defensa, pero sigue rindiendo de forma excepcional.

El crecimiento de Igoa y el cambio táctico al dibujo WM le obligan a adaptarse finalmente a una nueva demarcación, en la que tiene que atacar menos y defender más. Lo hace de forma tan brillante que incluso llega a ser convocado por la selección española. Debuta con La Roja el 6 de mayo de 1945. En Riazor, España supera a Portugal (4-2) y Asensi disputa los noventa minutos.

Con escasa propensión a romperse, mantiene una media de más de treinta partidos en las doce temporadas que pertenece a la disciplina de Mestalla. En la recta final de la década de los cuarenta, ya ocupa casi de forma definitiva la zona de retaguardia, formando junto a los míticos Juan Ramón y Monzó.

Delantero, interior, defensa... esa polivalencia le permite ser uno de los convocados de la selección española para el Mundial de 1950, junto a los también valencianistas Eizaguirre, Puchades e Igoa. Viaja como defensa titular diestro, pero sufre una lesión muscular en tierras brasileñas y solo puede aparecer en el último encuentro contra Suecia, actuando en la zaga junto a Parra y Alonso. El cuarto puesto conseguido por España fue,

durante décadas, el mayor triunfo de La Roja en un Mundial.

Tuvo muy pocas lesiones durante su carrera, pero todas llegaron en momentos importantes. Sobre todo, la que sufrió en la final de Copa de 1952. El 25 de mayo, en Chamartín y ante 80.000 espectadores, Asensi, inconfundible en las imágenes de la época con una cinta blanca en la testa, es el capitán de un Valencia que busca la tercera Copa de su historia. A la media hora, el equipo gana 2-0 al Barça tras doblete de Badenes. Vicent, acompañado en la línea defensiva por Monzó y Suñer, sale al campo tocado y se rompe. En una época en la que solo se podía cambiar por problemas físicos al portero, juega cojo durante casi una hora. El conjunto valencianista acabaría perdiendo 4-2.



Asensi. Miguel Ángel López Egea/ Colección F. Rius

Tras esa lesión, ya no volvería a jugar ningún partido con el Valencia. Jacinto Quincoces define un bloque en el que Asensi no dispone de minutos. Negándose a ponerse otro escudo que no fuera el del murciélago, en la temporada 1953/54 toma una decisión que define su grandeza: enrolarse en las filas del Mestalla para ayudar al equipo a conseguir la permanencia en Segunda. Es, de largo, el futbolista más veterano de una plantilla junto a la que disputa dieciocho encuentros.

Una vez retirado de forma definitiva, el club, como no podía ser de otra forma, le tributó un merecido homenaje. Vicent Asensi saltó al terreno de juego entre lágrimas para despedirse de su gente. Ponía así punto final a una carrera portentosa, siempre en el Valencia: 417 partidos, 67 goles, tres Ligas y tres Copas. La impresionante hoja de servicios del primer *todocampista* en la historia del murciélago.

011

∞ GUILLERMO GOROSTIZA

El vértigo y la gambeta de la 'Delantero Eléctrica' corrían a cargo de un rapidísimo extremo zurdo a la vieja usanza que respondía al nombre de Guillermo Gorostiza. Con potente disparo y enorme habilidad, era además un consumado especialista en los lanzamientos desde el punto de penalti. Tenía tanta confianza en su golpeo desde los once metros que a veces incluso indicaba al portero rival el lugar por el que iba a tirar. En el Valencia fue campeón de Liga en 1942 y 1944 y campeón de Copa en 1941, marcando 110 goles en 175 partidos. Alma libre de aventurero, corazón loco, vivió deprisa y más de noche que de día.

Guillermo nace en Santurce, Vizcaya, el 15 de febrero de 1909. Hijo de uno de los médicos más importantes de Bilbao, crece en el seno de una familia acomodada. Pero Gorostiza no es un buen estudiante. Pasa por diferentes colegios, pero lo que le gusta es jugar al fútbol y salir de fiesta. Así que su padre decide ponerlo a trabajar en los astilleros navales de Sestao. Cuando se entera de que compagina el torno con los partidos en el Chavarri sestaoarra, lo envía a Buenos Aires. Allí reside un tío suyo y la idea inicial es que se centre y olvide el balón y sus devaneos nocturnos. Pero el remedio resulta peor que la enfermedad. En Argentina sale más de lo que entra y su familia lo embarca de vuelta a casa.

Regresa a España justo a tiempo para cumplir con el servicio militar, que realizará con la Armada en Ferrol. Será en el Racing ferrolano donde por



Gorostiza. Marca/Colección F. Rius

fin se dará a conocer como futbolista. En la competición de Copa de 1928, le hace goles al Deportivo Alavés y al equipo que le acabaría fichando la temporada siguiente: el Athletic de Bilbao.

En San Mamés se convertiría en un ídolo de dimensión nacional, bajo el alias de 'Bala Roja'. Corría tan rápido la banda que, desde la distancia, la rojiblanca del Athletic parecía solo roja. De ahí el sobrenombre. En Bilbao abraza la gloria, ganando cuatro Ligas, cuatro Copas y dos trofeos Pichichi, en 1930 y 1932. Su rendimiento le convierte en un fijo de la selección española desde el mes de junio de 1930.

Cuando estalla la Guerra Civil, Gorostiza milita en las filas del *Euzkadi*, un equipo impulsado por el lehendakari José Antonio Aguirre con el objetivo de dar a conocer la situación del País Vasco en el extranjero. Pero deserta a las pocas semanas y se alista en el tercio requeté Ortiz de Zárate. En esa guerra viviría un drama personal que después le perseguiría toda su vida: la muerte de uno de sus hermanos, como el propio Guillermo Gorostiza le confesaría al director de cine, Manuel Summers, en el documental 'Juguetes rotos': *"Éramos cuatro hermanos y los cuatro estábamos en tierra, mar y aire. De esa guerra tengo clavado en el alma a mi hermano José Manuel que, con veinte años, se quedó en Villanueva de Córdoba"*.

Al concluir el conflicto bélico, regresa al Athletic. Pero no es capaz de encontrar el rumbo personal. El fallecimiento de su hermano le afecta tremendamente y se emborracha con frecuencia. Esta vida disoluta y la irrupción de Gaínza motivan su traspaso al Valencia. Luis Colina está seguro de poder reconducirlo junto a Eduardo Cubells y el entrenador, Ramón Encinas. Entre los tres convencen al presidente, Luis Casanova, y la operación con el equipo vasco se cierra en el verano de 1940 por 55.000 pesetas.

El fichaje supone un éxito indiscutible a pesar de la edad de Gorostiza -al que ya apodaban 'El viejo Goros'-, que llega a Mestalla con 31 años. En su debut, Guillermo marca, precisamente contra el Athletic, y posibilita el empate final (2-2). Fue el primero de los veintinueve goles que hizo esta temporada, en la que iba a llegar el primer título en la historia del club, la Copa de 1941.

En el camino hasta la final de Chamartín contra el Espanyol, el Valencia elimina, por este orden, a Athletic, Sevilla y Celta. Nos detendremos, sobre todo, en las eliminatorias protagonizadas por Gorostiza contra los dos últimos rivales. Dentro y fuera del campo. En la ida de los cuartos de final, que se disputa en Mestalla, el conjunto local supera al Sevilla 8-1, con cuatro dianas de Guillermo Gorostiza. Ya en semifinales, el murciélago se impone en la ida en Vigo (1-2) con goles de 'Bala Roja' y Epi. 'El viejo Goros' repite en la vuelta con dos tantos en la goleada (4-0) del Valencia.

Ese rendimiento estelar dentro del campo contrasta con sus devaneos etílicos. Entre una eliminatoria y otra, desaparece varios días. El equipo abandona el hotel en Sevilla sin rastro de Gorostiza y llega a Vigo sin él. Asensi explicaba la secuencia al maestro Jaime Hernández Perpiñá en su libro 'La gran historia del Valencia': *"Él le pegaba al vino o al coñac. Era una especie de droga para él, no lo podía evitar. Más noble no podía ser, pero tenía que beber. Yo le he visto estar quince días sin probar el alcohol y no poder jugar ni enviar una*

pelota a veinte metros. Sin embargo, en otras ocasiones, como una vez en Vigo, llegar mal el sábado por la noche y hacer un partido enorme al día siguiente. Era un perdut. En vez de 'Bala Roja', yo le llamaba bala perdida".

A pesar de esas peligrosas costumbres nocturnas y su edad (33 años), el rendimiento de Guillermo Gorostiza incluso mejora en la temporada 1941/42, en la que el Valencia consigue la primera Liga de su historia. Es la campaña del estallido de la 'Delantero Eléctrica'. Entre los cinco, hacen 81 de los 85 goles que marca el equipo ese año en Primera División: Epi (11), Amadeo (9), Mundo (26), Asensi (14) y Gorostiza (21). Brutal.

Entre ese título de Liga y el siguiente en 1944, Guillermo aparece en una de las películas más taquilleras del momento, 'Campeones', en la que comparte escena con el galán de la época Carlos Muñoz y con otros jugadores míticos como Ricardo Zamora o Jacinto Quincoces. En la ficción, da vida -curioso- a un futbolista amante de la juerga y la buena vida.

La última oportunidad de conseguir un título con el Valencia le llega en la final de Copa de 1946. Gorostiza marca de penalti, una de sus especialidades, pero su gol no le sirve al equipo para doblegar al Real Madrid en el escenario maldito de Montjuic. Ese fue su último encuentro defendiendo la casaca valencianista.

Después, aventuras discretas e infructuosas en el Barakaldo, el Juvencia asturiano, el Logroñés (del que fue jugador-entrenador) y... el abismo. Ya en la década de los sesenta, abandonado por su familia y arruinado, tuvo que buscar amparo y comida en el sanatorio de Santa Marina, ubicado en el Monte Artxanda de Bilbao. Allí concedería su última entrevista a Manuel Summers en el citado documental 'Juguetes rotos', reconociendo, al borde del llanto, su delicadísima situación: *"Tengo una madre, tengo un hermano... y no tengo nada. Teniendo lo que tengo, no tengo nada. Y le ruego no me pregunte nada más sobre eso. Porque no le voy a contestar"*.

Iba a ser su última aparición pública. Meses después, el 24 de agosto de 1966, fallece víctima de una afección pulmonar, complicada por su adicción al alcohol. Bajo la almohada de su cama, la monja que le asistía descubre la única pertenencia que le quedaba: una pitillera de plata, regalo de Don Luis Casanova, grabada con la siguiente inscripción: *"Del Valencia CF a Guillermo Gorostiza, el mejor extremo izquierdo del mundo de todos los tiempos"*. Así murió Goros, aferrado a los recuerdos. A esa pitillera de plata que era lo único que le quedaba. El final más triste para una vida de película.

CAPÍTULO 5

GLORIOSA FINAL DEL 54

∞ Tonín Fuertes
Manuel Badenes

012

∞ TONÍN FUERTES

¿Me creerían si les digo que hubo un tiempo en el que el Mestalla, filial del primer equipo, llevaba al estadio más gente que el propio Valencia? ¿Me creerían si les digo que ese Mestalla ascendió a Primera? Vayamos con su historia, en la que brillaba por su capacidad goleadora un delantero rápido y avisado nacido en 1929 en el barrio de Benimàmet. Su nombre era Antonio, aunque pasó a la historia del club como Tonín. Tonín Fuertes.

Es muy posible que un porcentaje significativo de los aficionados que acuden cada fin de semana al Antonio Puchades a ver los partidos del filial desconozcan los orígenes del Mestalla. Sus raíces se hallan en un equipo *amateur* fundado en 1925 que en septiembre de 1944 pasó a ser completamente dependiente del Valencia. Así contaba la historia el mítico periodista e historiador del club valencianista, Jaime Hernández Perpiñá: *“Todos los directivos influyentes de la época estaban embelesados con un equipo, el Cuenca, que tenía un bloque de jugadores jóvenes muy interesantes. Entonces las altas jerarquías del Valencia se plantearon trasladarlo íntegramente al club. Le pusieron el nombre de Mestalla”*.

Mientras todo esto sucedía en la entidad del murciélago, Tonín Fuertes ya maravillaba con su facilidad para ver puerta en un equipo de aficionados en Burjassot, la Peña Alegre. Fue allí donde le descubrió Rino, figura importante en la historia del Valencia, que en ese momento desempeñaba la labor de ojeador. Fuertes explicaba años después de su retirada cómo el técnico del

club se presentó en casa para pedir a sus padres *“que dejara de trabajar en los astilleros y fichara por el Valencia. Me incorporé al club de mi vida cuando solo tenía 15 años”*.

A pesar de completar varios entrenamientos y jugar diferentes amistosos con el Valencia de la ‘Delantero Eléctrica’, Fuertes perteneció a la disciplina del CD Mestalla un total de seis años. En 1947, tres campañas después de su fundación, el filial conseguía el ascenso a Segunda, categoría que mantuvo sin demasiados apuros hasta que llegó 1951, momento en el que iba a hacer historia.

Antes, al comenzar la temporada 51/52, el club iba a tomar una decisión sorprendente. En contra de la opinión de Jacinto Quincoces, entrenador del primer equipo, que quería al delantero a sus órdenes, Eduardo Cubells pide a Tonín Fuertes que no suba al Valencia para acabar esa Liga con el filial. La decisión fue acertada. El Mestalla, entrenado por el genio Carlos Iturraspe, concluyó la competición segundo, clasificándose para disputar la liguilla de ascenso. En dicha ronda, acabó campeón, imponiéndose a Sporting de Gijón, Racing de Santander, Alcoyano, Logroñés y Ferrol. El filial del Valencia había logrado convertirse en equipo de Primera División.

Era 29 de junio de 1952 y, por primera vez en la historia de la Liga, un filial ascendía. Pero, al día siguiente, el club iba a renunciar. Lo hizo a través de un comunicado que llevaba la firma del presidente, Don Luis Casanova: *“El Mestalla ha cumplido con su obligación de jugar y ascender. Pero tener dos equipos en la misma categoría hubiera sido empezar la Liga con cuatro puntos de ventaja. Eso hubiera sido jugar sucio y la honorabilidad del Valencia no puede permitirlo”*. La medida no fue bien acogida por todo el entorno. De hecho, provocó, por ejemplo, las dimisiones de Federico Blasco, presidente del CD Mestalla, y Gonzalo Medina, socio fundacional del club que abandonó su cargo en la Peña Deportiva Valencianista, importantísimo organismo que reunía a un porcentaje muy significativo de abonados de la entidad.

Tras el ascenso frustrado, Fuertes regresó al primer equipo en la temporada 52/53, en la que el Valencia fue subcampeón de Liga a tan solo dos puntos del Barça. Al año siguiente, 1954, Tonín es determinante para la consecución del título de Copa. En una de las mejores finales en la historia del murciélago, el equipo entrenado por Don Jacinto Quincoces se impone 3-0 al Barça. Y eso que no llegaba al partido como favorito, como nos cuenta Antonio Fuertes: *“El Barcelona tenía un equipo fenomenal: Ramallets, Biosca, Segarra, Kubala, Basora... Y aunque nosotros habíamos ganado todos los partidos de las eliminatorias, en casa y fuera, nos daban muy pocas opciones de ganar”*. En

contra de los pronósticos, el Valencia se proclama campeón en una final marcada por la actuación estelar de Tonín Fuertes. El delantero de Benimàmet consigue dos goles y asiste a Badenes en el otro tanto valencianista.

Hombre de club, Fuertes jamás se planteó abandonar la entidad a pesar de convertirse en uno de los goleadores de moda en la década de los cincuenta. Solo cuando el Valencia optó por no renovarle en 1959 se marchó al Elche, para jugar en Segunda. Aunque siguió cobrando del club de Mestalla durante varias temporadas. En una decisión que hoy sería inimaginable, Tonín Fuertes -al igual que sucedió con varios de sus compañeros de vestuario en aquel tiempo- aceptó percibir su ficha a quince años para ayudar a Don Luis Casanova, que había arriesgado parte de su patrimonio personal en la remodelación de Mestalla.



Cromo de Fuertes. Bayer /Colección F. Rius

Fuertes se marchó al cielo de los grandes goleadores la noche de Reyes de 2015. Dos días después, el club le rindió tributo en la previa de un partido de Copa contra el Espanyol. El murciélago consiguió la victoria de milagro con un tanto de Negredo a falta de cuatro minutos. Seguro que Tonín, valencianista hasta el tuétano, tuvo algo que ver desde allí arriba...

013

∞ MANUEL BADENES

Formando sociedad con Tonín Fuertes y, aprovechando que Faas Wilkes no podía jugar la Copa al ser extranjero, el otro gran héroe en la gran final de 1954 fue Manuel Badenes. Un delantero centro a la antigua usanza nacido en Castellón el 30 de noviembre de 1928. Rematador nato, con buen dominio de ambas piernas y la portería entre ceja y ceja, todavía hoy sigue siendo el sexto máximo goleador en la historia del Valencia.

De esos niños que van a todas partes con el balón pegado al pie, Manuel inicia sus andanzas futboleras, atención, militando en dos equipos a la vez. Dos conjuntos radicados en sendos barrios castellonenses, el Jari Jauja -con el que juega por las mañanas- y el Peña Ribalta, del que es máximo referente ofensivo por las tardes. Con sus goles a jornada completa, Badenes se convierte en un futbolista tremendamente llamativo para el CD Castellón que, con dieciséis años, le ofrece una ficha en categoría *amateur*. Pero su nivel realizador va en aumento y, antes de cumplir la mayoría de edad, debuta en Primera División.

El 3 de noviembre de 1946, el equipo de Castalia se impone (4-0) al Sabadell y Manuel Badenes, que ese día se estrena en al élite, consigue el tercer tanto albinegro. A pesar de que en esa temporada de debut únicamente llega a disputar once encuentros, el Barça intuye en él materia prima de delantero importante y cierra su fichaje en el verano de 1947.

En Les Corts forma parte de la plantilla culé que se proclama campeona de Liga en 1948 y 1949, pero su aportación es intermitente y, a la conclusión de su segundo año en Barcelona, se marcha cedido al Real Zaragoza aprovechando que tenía que cumplir con el servicio militar a orillas del Ebro. En Segunda, juega veinticuatro partidos anotando veintiún tantos, pero el conjunto maño no puede conseguir el deseado ascenso y Badenes regresa al Barça en 1950. Justo en el momento en que el Valencia busca con determinación un recambio de garantías para el legendario Mundo, al que la entidad acababa de entregar la baja.

Manuel, eterno suplente barcelonista, asume el reto sin complejos. Y cumple con creces. Durante sus seis temporadas en Mestalla, su promedio realizador sobrecoge. 147 goles en 145 partidos. De ese total, firma 89 tantos en Liga, registros solo superados por el mencionado Mundo, Waldo, Kempes, Fernando Gómez Colomer y David Villa.

De todos sus momentos defendiendo el escudo del murciélago, el más destacado se produce el 20 de junio de 1954, durante la final de Copa contra el FC Barcelona en el estadio de Chamartín. El Valencia, dirigido brillantemente por Don Jacinto Quincoces, golea (3-0) y Badenes logra el segundo tanto, el de la tranquilidad, mediada la segunda parte. Ese partido supone, en palabras de su socio en la delantera aquella tarde, Tonín Fuertes, la mejor final en la historia del club: *“Hicimos un partido maravilloso. El Barcelona era un gran equipo, pero les podíamos haber metido hasta cinco goles. No ha habido otra final como aquella que ganó el Valencia con total superioridad”*.

El delantero castellonense también fue indiscutible protagonista de otra final de Copa. También contra el Barça, por cierto. Dos años antes, en 1952, el equipo dirigido por Quincoces se adelantaba en el marcador con doblete de Badenes a la media hora de la primera parte. Si no llega a producirse la lesión del capitán valencianista, Vicent Asensi, antes del descanso, el Valencia tendría un trofeo más en sus vitrinas.

A pesar de que no reportó ningún título para la entidad, la temporada 1954/55 fue la de mayor productividad de Manuel en Mestalla. Actuando en punta junto a Fuertes y Wilkes, el ariete firma veintidós tantos en Liga. Con dos actuaciones estelares. El 14 de noviembre de 1954, le marca cuatro goles al Hércules en una victoria del Valencia por 8-2. Meses más tarde, también en Mestalla, vuelve a anotar cuatro dianas en la goleada valencianista ante el Deportivo de la Coruña (4-0).

Concluida la campaña siguiente (1955/56), Badenes deja el club enfadado. Su hermano Virgilio apenas había tenido minutos en el filial y ya no se sentía cómodo en la ciudad. Su siguiente destino sería Valladolid, donde permanecería dos temporadas. Y después otras dos en el Sporting de Gijón, para acabar colgando las botas tras pasar por CD Castellón y Oliva. En esa trayectoria posterior al Valencia, un hecho destacado. Compartiendo trofeo con Di Stéfano y el valencianista Ricardo Alós, Manuel se proclama Pichichi en 1958 anotando diecinueve tantos en Pucela. Paradojas del fútbol, su excelente rendimiento individual no fue suficiente para impedir el descenso a Segunda del conjunto albivioleta.

Tras una larga enfermedad, Manuel Badenes Calduch se marchó al cielo de los grandes delanteros el 26 de noviembre de 2007. Falleció en su Castellón natal, donde -siendo niño- ayudaba a su padre en el negocio familiar haciendo recados con el balón cosido al pie. Del mismo modo en el que encaró defensas toda su carrera: con la cabeza arriba, con determinación, pensando únicamente en el gol. A la sombra de la mística de Wilkes y el simbolismo y la grandeza de la pareja Puchades-Pasieguito, aquel Valencia de mediados de los cincuenta contaba con un artillero excepcional, uno de los grandes de su historia: Manuel Badenes.

CAPÍTULO 6

EL CLUB SE INTERNACIONALIZA: LA COPA DE FERIAS

∞ Juan Carlos Quincoces
Daniel Mañó

014

∞ JUAN CARLOS QUINCOCES

Si observan la fotografía que acompaña al capítulo, descubrirán al capitán del Valencia en la fila superior. Es el tercero empezando por la izquierda, situado entre Piquer y Manolo Mestre. Se trata del mítico defensor Quincoces II, encargado de levantar las dos primeras Copas de Ferias de la historia valencianista en 1962 y 1963. Ambas descansan en las vitrinas de Mestalla.

Su llegada al club se produce exactamente una década antes del primer título europeo. En julio de 1952, Juan Carlos ficha por el Mestalla procedente del San José de Vitoria, su ciudad natal. Llega avalado por su tío, Don Jacinto, en ese momento entrenador del primer equipo del Valencia. Un defensor absoluto de la cantera que, por el hecho de ser su sobrino, siempre le apretó más que al resto, como reconocería años después: *“En mis seis años en el club, pasé al primer equipo quince o veinte jugadores del filial. Solves, Mañó, Fuertes, Sendra, Sócrates o a mi sobrino Juan Carlos, a quien exigí más que a nadie”*.

Firmado con tan solo dieciocho años, tiene cerradas las puertas del primer equipo. Así que el club decide cederlo al Catarroja. Allí se foguea antes de pasar al CD Mestalla, con el que, a las órdenes de Carlos Iturraspe y del legendario defensa y capitán del Valencia, Juan Ramón, crece en experiencia en Segunda. Disputa la práctica totalidad de los partidos entre 1952 y 1954, erigiéndose en líder de la zaga. Central de envergadura, rápido, contundente, tenía incluso la capacidad de actuar como lateral.

Tras completar con éxito su proceso de formación, Quincoces II debuta en partido oficial con el primer equipo en la última jornada de la temporada 53/54. El Valencia, con gol de Pasieguito, empata (1-1) ante Osasuna. En aquella época, la Copa se disputaba una vez acabada la Liga. Llegando en buen estado de forma a ese tramo de la competición, Juan Carlos se mantiene como titular en la primera eliminatoria. El rival es la Real Sociedad de Ignacio Eizaguirre y Epi. Ganando ambos encuentros (2-5 en Anoeta y 4-1 en Mestalla), el conjunto valencianista se clasifica para semifinales.

En vista del buen rendimiento defensivo del equipo ante la Real, Jacinto Quincoces mantiene la línea de tres que forman Monzó, Sócrates y su sobrino Juan Carlos para medirse al Sevilla, al que el Valencia supera (0-1) con gol de Seguí en la ida disputada en Nervión el 6 de junio de 1954. Una semana después, otra victoria valencianista en Mestalla (3-1) supone la clasificación

para la gran final contra el Barcelona, en la que el murciélago -con Quincoces II de nuevo como titular- acabaría proclamándose campeón. En su sexto partido oficial, conseguía su primer título.



La espera para lograr el siguiente, eso sí, fue larga. Antes, consolidado como indiscutible en la línea de retaguardia del club blanquinegro, fue internacional. Su debut en la selección se produce el 26 de mayo de 1957. En partido de clasificación para el Mundial de Suecia, España se impone (4-1) a Escocia en el Santiago Bernabéu. Repetiría con La Roja en otras siete ocasiones, la última contra Italia en febrero del 59.

Dos años después, gracias a las gestiones de Vicente Peris y los directivos Enrique Villalonga y Rodolfo Bacharach, el Valencia consiguió acceder a la Copa de Ferias, competición creada por la FIFA para dar cabida a los clubes que no podían disputar la Copa de Europa. Juan Carlos Quincoces es titular en defensa -junto a Mestre y Piquer- en el primer compromiso internacional en la historia del club. El 15 de septiembre de 1961, en Mestalla, el conjunto dirigido por Domingo Balmanya se imponía (2-0) al Nottingham Forest inglés con doblete de Waldo.

Ese triunfo iba a ser el presagio de una impecable trayectoria continental. Eliminando a auténticas potencias de la época como Inter de Milán o MTK de Budapest, el Valencia iba a disputar la gran final -a doble partido- contra el Barcelona. La imagen que encabeza el capítulo corresponde, precisamente, a esa noche: el 8 de septiembre de 1962. En la fila superior, Ricardo Zamora, Piquer, Quincoces II, Mestre, Sastre, Chicao y Ginesta. Agachados, Ricardo de la Virgen, Héctor Núñez, Ribelles, Waldo, Guillot y Nando Yosú.

Dos horas después del momento de la instantánea, Mestalla se frotaba los ojos. Con tres tantos de Guillot, dos de de Nando Yosú y uno de Héctor Núñez, el Valencia completaba una goleada de escándalo que le dejaba a las puertas de su primer título europeo. La vuelta en el Camp Nou fue un mero trámite. Tras el empate definitivo (1-1), Sir Stanley Rouss, presidente de la FIFA, hacía entrega a Juan Carlos Quincoces del trofeo de campeones de la Copa de Ferias.

El defensa vasco, capitán respetadísimo por el vestuario al cumplir su décima temporada en la entidad, repetiría momento de gloria en la siguiente campaña. Tras eliminar, por este orden, a Celtic de Glasgow, Dunfermline, Hibernian FC y Roma, el equipo de Mestalla superaría en la gran final al Dinamo de Zagreb. El formato de la competición seguía contemplando un desenlace a doble partido. La ida se disputó en territorio balcánico, con triunfo valencianista por 1-2 (Waldo y Urriaga). En Valencia, otra victoria: 2-0, esta vez gracias a los tantos de Daniel Mañó y Héctor Núñez. Ante el delirio del estadio, y bajo un espectacular castillo de fuegos artificiales -la escenografía y ambientación que tanto cuidaba Vicente Peris-, Quincoces II volvía a verse las caras con el señor Rouss. Campeones.

Esta es la historia de Juan Carlos Quincoces. Gran capitán del primer Valencia que reinó Europa a principios de la década de los sesenta. Defensa espigado, bravo e incombustible, que llegó a encadenar 143 partidos oficiales consecutivos en Mestalla, 126 de ellos de Liga. En su hoja de servicios, una Copa y dos Copas de Ferias. Después de una larga enfermedad, falleció en su domicilio de Pamplona el 28 de noviembre de 2002 convertido en leyenda valencianista.

015

∞ DANIEL MAÑÓ

En el mismo pueblo que a Puchades, Sueca, descubrió Carlos Iturraspe a uno de los grandes extremos de banda derecha que ha tenido el Valencia a lo largo de sus cien años de historia. El que fuera jugador del club durante más de una década se dedicaba, ya retirado, a detectar talentos para el primer equipo valencianista. En La Ribera, por cierto, se los conocía a todos, puesto que allí se desplazaba con asiduidad en tren para ver a su novia. Por sus regates eléctricos y la capacidad de desbordar por fuera, Daniel Mañó era la sensación del campo 'El Infantil' e Iturraspe recomendó su incorporación inmediata a la entidad de Mestalla a principios de 1950.

Dicho y hecho. El 9 de septiembre, coincidiendo con la jornada inaugural de la temporada 50/51 en Segunda División, *Manyonet* -apelativo cariñoso que recibiría, con el tiempo, por parte de la afición- debuta en partido oficial. El filial se impone al Córdoba (2-0) con doblete de Sócrates. En la alineación titular, además de Daniel y el autor de los goles, jugadores como Sendra -también de Sueca- o Pla, que después darían el salto al primer equipo.

Futbolista de la absoluta confianza de Iturraspe, en su segunda temporada disputa todos los encuentros de una campaña histórica en la que el Mestalla llega a conseguir el ascenso a Primera, que después quedaría invalidado en los despachos por decisión del presidente Don Luis Casanova. Precisamente ese año, Mañó protagoniza una tarde memorable

en el estadio de la Balompédica Linense. Desatado y en un estado de forma primoroso a sus veintiún años, el extremo de Sueca marca cuatro goles en la goleada del filial (0-6).

Recitales como ese provocan que Jacinto Quincoces tome la determinación de plantear al club la conveniencia de hacer jugar a Daniel en el primer equipo. La petición surte efecto y, finalizada la temporada 1953/54, *Manyonet* aparece en los onces iniciales para las eliminatorias de cuartos de final y semifinales de Copa ante Real Sociedad y Sevilla respectivamente. Cabe recordar que, durante aquellos años, las eliminatorias coperas no se distribuían como en la actualidad, intercaladas entre jornadas ligueras. Las rondas decisivas de la competición del KO se disputaban una vez había concluido la Liga, con la única intención de dotar al trofeo de un mayor protagonismo.

Tras deshacerse de donostiarras y sevillanos con cuatro victorias en cuatro partidos, el Valencia consigue la clasificación para la gran final de la Copa del Rey, en la que iba a superar con contundencia al Barça (3-0) gracias a dos goles de Tonín Fuertes y uno de Manuel Badenes. En la narración de la época, se hizo legendaria una expresión utilizada por el periodista del NO-DO (acrónimo de Noticiarios y Documentales) para describir como Daniel regateaba desde banda derecha para generar uno de los tantos valencianistas: "*La maña de Mañó*".

Además de sus inagotables recursos para el desequilibrio en el extremo derecho, el jugador de Sueca tenía carácter. Hombre temperamental, arengaba al equipo desde su demarcación en momentos delicados, liderando al grupo dentro del césped. Una virtud añadida que le hizo contar con la confianza de todos sus técnicos durante la década de los cincuenta, en la que promedió más de veinte partidos oficiales todos los años excepto en uno, 1958. Una grave lesión de rodilla le hizo perderse media temporada después de una victoria ante el Zaragoza en Mestalla (3-1) el 8 de diciembre de 1957.

Como le sucedería a buena parte de las estrellas de la constelación valencianista, Daniel Mañó no tuvo el respeto merecido por parte de los diferentes seleccionadores nacionales coetáneos a su tiempo. El de Sueca solo fue internacional en una ocasión, compartiendo once inicial con grandes leyendas como Ramallets, Kubala o Gento. El 18 de mayo de 1955, España empataba ante Inglaterra (1-1) en Chamartín. *Manyonet* disputó los noventa minutos.

Pero lo mejor estaba por venir. Tras desaparecer progresivamente de las

alineaciones titulares del Valencia en el cambio de década -habían llegado jugadores de ataque como Héctor Núñez o Fichá, además de la sociedad formada por Waldo y Guillot-, Daniel no tiene reparos a la hora de reforzar al Mestalla en Segunda. Eran años en los que no había límite de edad para pertenecer a la plantilla de un filial.

Precisamente al verle rendir en Segunda -Mañó le hace goles a Tenerife, Murcia, Cádiz y Levante- durante la temporada 1962/63, el entrenador del primer equipo, Alejandro Scopelli, le convoca para disputar las eliminatorias de cuartos de final y semifinales de la Copa de Férias ante el Hibernian escocés y la Roma. El extremo suecano es titular contra el equipo italiano, formando línea de ataque junto a Héctor Núñez, Guillot y Waldo, y el Valencia se impone con contundencia (3-0).

Como la fórmula funciona, Mañó repite en la gran final. El 26 de junio de 1963 iba a poner el broche de oro a su excelsa carrera como valencianista. A falta de veinte minutos, aprovechando una genial asistencia de Waldo, Daniel conseguiría el primer gol de un partido que el Valencia acabaría ganando (2-0) tras otro tanto de Héctor Núñez. Mestalla gritaba campeones por segunda temporada consecutiva.

Aquel triunfo, como todos los de Mañó, lo festejó de forma especialmente emotiva su gran amigo Antonio Puchades, ya retirado. Además de leyendas del murciélago, ambos formaban una pareja imbatible jugando al *chamelo* en el *casinet* de Sueca.

CAPÍTULO 7

LA LIGA DEL 71

∞ Ángel Abelardo
Jesús Martínez
Antón Martínez
Óscar Rubén Valdez
José Vicente Forment

016

∞ ÁNGEL ABELARDO

Ángel Abelardo es un hombre récord. Posee el Trofeo Zamora con el mejor promedio entre todos los porteros del Valencia que han logrado alzarse con el galardón: Ignacio Eizaguirre, Gregorio Vergel, José Luis Fernández Manzanedo, José Manuel Ochotorena y Santi Cañizares. Ninguno finalizó una temporada con un 0'63 de goles encajados por partido. Abelardo lo consiguió, además, en un año histórico: 1971. El equipo, dirigido de forma magistral por Don Alfredo Di Stéfano, iba a proclamarse campeón de Liga. La temporada siguiente a esa, otro registro excepcional: dejar la portería imbatida durante casi 700 minutos. Una marca que se mantendría intacta hasta que Diego Alves la pulverizó en 2015.

Cancerbero de tremendos reflejos, rápido, ágil y elástico, Ángel Abelardo nace en Sotrandio, provincia de Asturias, una de las zonas de mayor explotación de carbón en España, el 3 de septiembre de 1944. El primer deporte que practica con cierta seriedad iba a resultar determinante para su posterior crecimiento como portero de primer nivel. *“Empecé jugando al balonmano. Ahí pude desarrollar una parte importante de todas las facultades que luego me sirvieron en el fútbol”*.

Sus intervenciones en esos primeros partidos de balonmano que disputa le convierten en una de las sensaciones del deporte regional asturiano. El Alcázar, un equipo de fútbol de la localidad de Langreo, le ofrece la posibilidad de cambiar de balón y no lo duda. Juega allí una temporada y, al

verano siguiente, se compromete con el club de su pueblo, el Sotrondio, que milita en Tercera División. Con apenas dieciséis años es titular indiscutible y, además, recibe la llamada de la selección española juvenil. Tan solo dos temporadas después, ya firma su primer contrato profesional. En 1963, antes de cumplir los diecinueve años, es uno de los integrantes de la plantilla del Langreo, en Segunda División. Mantiene una intensa competencia con el gallego Amador y disputa doce partidos de Liga.

Es precisamente en el Langreo donde iba a descubrirle el Valencia. Uno de los integrantes de la legendaria 'Delantería Eléctrica' es el primero en ponerse en contacto con Abelardo, como recuerda el portero asturiano: *"Viene un día Amadeo, que era ayudante de Mundo, después de un partido en Lérida y me dice si me gustaría fichar por el Valencia. Le respondí que me encantaría. Ya negociaron los clubes y, la primera vez que vine aquí a Valencia a conocer la ciudad, dije que me quedaba pagaran lo que pagaran"*.

Fascinado con la seriedad del club y las formas del gerente, Vicente Peris, asume con tranquilidad la primera temporada en blanco. Tiene mucha competencia: Ricardo Zamora y el tinerfeño Ñito. Pero, durante el segundo año en Mestalla, todo cambia. Mundo, responsable de su fichaje, le otorga la titularidad en la segunda vuelta de la temporada 1966/67. Se estrena el 18 de enero de 1967 en Elland Road contra el Leeds, en partido correspondiente a los cuartos de final de la Copa de Ferias. Cuaja una actuación soberbia en el empate valencianista (1-1) con gol de Claramunt.

Dos meses después, el día de San José, el Valencia se impone 6-0 al Zaragoza con Ángel Abelardo bajo palos. A partir de esa tarde, ya lo jugará todo en Liga y Copa. En esta última competición iba a ser pieza clave para que el equipo de Mestalla fuera campeón. Desde la eliminatoria de cuartos contra el Real Madrid, con un penalti lanzado por Gento que, sin saberlo Abelardo hasta hace muy poco, es histórico: *"Un día viendo en la tele un programa de esos que debaten sobre fútbol, le preguntan a la audiencia quién había sido el único portero que le había parado un penalti a Gento. ¡Resulta que era yo!"*. Tras esa eliminatoria en la que Abelardo es decisivo, el Valencia se deshace del Elche en semifinales. En la final, con el asturiano bajo palos, campeones. El 2 de junio de 1967, con goles de Paquito y Jara, el equipo de Mestalla se impone a uno de sus clásicos oponentes coperos, el Athletic de Bilbao.

Esa Copa del 67 no iba a ser el único éxito de Ángel Abelardo en Mestalla. En 1971, su mejor año en el Valencia, iba a alzarse con el título de Liga. Y eso que la temporada no comienza bien. En las primeras cuatro jornadas, el equipo dirigido por Di Stéfano pierde contra Real Madrid y Sevilla y empató contra el Granada.

A pesar del mal inicio, la segunda vuelta fue tremendamente brillante. Hasta la tarde decisiva en Sarrià, el 18 de abril, el Valencia solo pierde un partido y Abelardo deja la portería a cero en nueve ocasiones. El portero asturiano consigue, además, el Trofeo Zamora encajando, atención, diecinueve goles en treinta partidos. No fue el único trofeo individual que recibió ese año. Ángel todavía se emociona al recordar que Don Alfredo Di Stéfano le entregó a la conclusión de la temporada *“un detalle personal para reconocer el trabajo que habíamos realizado para ser campeones. Lo conservo con mucho cariño. Era un hombre fascinante, maravilloso”*.

Ese equipo, liderado por el entrenador argentino, pone en funcionamiento una novedosa fórmula, casi en desuso por aquel entonces: el fuera de juego. Los registros defensivos de récord se mantienen la temporada siguiente (1971/72). Entre Ángel Abelardo (lesionado del menisco en la tercera jornada y ausente hasta diciembre) y el vasco Juan Luis Meléndez, la portería del Valencia, que acaba subcampeón de Liga, se mantiene imbatida 664 minutos.

Tras el fallecimiento de Vicente Peris, el hombre que le fascinó en Mestalla desde el primer día, Abelardo comienza a rumiar la salida. Descontento con la gestión del nuevo gerente, José María Zárraga, toma la decisión de volver a casa a la conclusión de la temporada 73/74. *“Fue todo muy rápido. El señor Zárraga no había hecho las cosas muy bien, apareció la opción del Sporting de Gijón y no me lo pensé. Era uno de los equipos de mi tierra”*.

Fue un simple hasta luego. Ya retirado, regresó a Mestalla para enseñar, aprender y, sobre todo, disfrutar formando parte del cuerpo técnico que dirigía Luis Aragonés a mediados de la década de los noventa. Esta es la historia de Ángel Abelardo. Portero rapidísimo, hábil con los pies, adelantado a su tiempo, sus reflejos permitieron reinar a aquel Valencia que no era el equipo más caro ni, probablemente, el de más talento. Pero era un bloque perfecto. Un grupo compacto ideado por Vicente Peris al que Don Alfredo Di Stéfano supo exprimir al detalle. Portero incluido.

017

∞ JESÚS MARTÍNEZ

Es muy probable que, por su marcado acento argentino, haya poca gente en el entorno valencianista que conozca con precisión los orígenes de Jesús Martínez. Nacido en Cangas de Foz, provincia de Lugo, sus padres tuvieron que emigrar a Mar de Plata (Argentina) junto a sus dos hermanos -Gloria y Moncho- cuando él solo tenía dieciocho meses. Allí, al otro lado del charco, creció al fútbol entre potreros y academias hasta que el Valencia acometió su fichaje en el verano de 1968. Central polivalente, técnico y con gran sentido de la anticipación, formó una defensa que pervive en la memoria del valencianismo junto a Sol, Aníbal y Antón. Fue campeón de Liga en 1971 y, pasado el tiempo, el director deportivo que, entre muchos otros, fichó a Claudio López.

El pequeño de la casa todavía no tenía uso de razón cuando sus padres subieron a toda la familia a ese vuelo con destino a Argentina. Como le ocurriría a tantos españoles en la posguerra, buscaban un futuro mejor. Así nos lo explica Jesús: *“No tengo recuerdos de aquello porque apenas era un bebé, pero lo que sí sé es que íbamos en un avión de la compañía ‘La Fama’ y que tardamos dos días y pico en llegar porque fuimos de Galicia a Madrid, de Madrid a Dakar, de Dakar a Río y de Río a Buenos Aires”*.

Sus padres montan un restaurante y trabajan, literalmente, de sol a sol. Aunque el padre de Jesús saca tiempo para llevar a su hijo a que desarrolle la que, desde muy pequeñito, es su gran pasión: jugar al fútbol. *“Mi papá*

trabajaba de siete de la tarde a siete de la mañana y mi mamá de siete de la mañana a siete de la tarde. Estuvieron años y años así. Además, en aquella época Mar del Plata tenía una vida nocturna muy grande, con un casino muy importante que estaba veinticuatro horas abierto. Pues, aún así, mi padre, cuando dejaba el trabajo, tenía los santos cojones de llevarme, con siete, ocho y nueve años, a jugar al fútbol donde me tocaba ir cada fin de semana”.

Jesús Martínez alterna los estudios con los partidos en el Kimberley, su primer equipo, hasta que, durante un torneo entre empresas cementeras, iba a descubrirle en exjugador mítico, en aquel momento técnico de La Academia: *“El presidente de Cementos Loma Negra, una empresa enorme, tenía un hijo con el que hice mucha amistad. Y fui con ellos a jugar el ‘Torneo de la Sierra’. Ese equipo en el que jugué tenía como entrenador a José Santiago, racinguista que había sido un jugador importantísimo. Jugamos el torneo en enero y en marzo me llama para preguntarme si quiero jugar en Racing. Arreglaron todo con mi club en ese momento, que era Peñarol, y fiché”.*

Su paso por Racing, con el que se compromete a principios de 1968, iba a ser fugaz. Ese mismo verano, durante una gira europea de La Academia, el Valencia -que buscaba recambios en defensa tras la retirada de Manolo Mestre- lo descubre. Pero, antes de cerrar el traspaso con el conjunto de Avellaneda, Jesús Martínez disputa dos partidos a prueba contra Huracán. En ambos confirma la impresión de los técnicos de Mestalla y Vicente Peris llega a un acuerdo para su fichaje.

A su llegada a la ciudad, viviría durante ocho meses en la Pensión Mundo, en plena Juan de Austria, la calle que hoy en día sigue viéndole pasear del brazo de Marinella, su eterna compañera de vida: *“Viví aquí cincuenta años. El que me quiera encontrar porque le deba dinero, porque haya hecho algo malo... con venir aquí me encuentra. Creo que puse el primer ladrillo del Edificio Apolo y aquí sigo”.* La incorporación de Jesús Martínez tiene un efecto positivo inmediato. En su primera temporada en Mestalla, disputa veintiocho partidos oficiales, sumando Liga y Copa de Ferias. Aunque tiene recursos para actuar en el centro del campo, ese Valencia cuenta en la parcela ancha con Paquito, Roberto y, sobre todo, Claramunt. El futbolista que más le impresiona de todos los que conoce -como jugador- en España: *“Amigo mío, con todos los respetos para Puchades, al que no vi jugar, yo digo que como Claramunt no hubo otro. Claramunt era de antes, de durante y de mañana. Un jugador que yo nunca había visto”.*

En su primera temporada como valencianista, el equipo acaba quinto en Primera y se clasifica para jugar Copa de Ferias. En la segunda, juega la final

de Copa, que pierde (3-1) el 28 de junio de 1970 en el Camp Nou. Pero la campaña histórica será la tercera: 1970/71. Veinticuatro años después de su último título, el Valencia iba a proclamarse campeón de Liga. El entrenador de esa plantilla era Don Alfredo Di Stéfano. Una persona inolvidable para Jesús Martínez: *“Atajaba mejor que Abelardo, de central jugaba bastante mejor que yo y de delantero ni hablemos. Fue muy lindo compartir aquellos años con él. Ahora, por viejo, me doy cuenta de lo importante que fue”*.

Aquel equipo era un reloj de precisión defensivamente hablando. En treinta partidos de Liga -hablamos de un tiempo en el que la Primera División tenía dieciséis equipos-, el Valencia tan solo encaja diecinueve goles. La línea defensiva explotaba el fuera de juego a la perfección: *“Cuando llegué a España todavía se jugaba con tres stoppers y un libre. Pero viene Di Stéfano, que además se encuentra con dos centrales sudamericanos que no teníamos ni idea de marcar al hombre porque en nuestro país jugábamos en línea. Alfredo aplicó el fuera de juego y era un espectáculo cómo lo hacíamos. Si no dejábamos al rival en fuera de juego diez o quince veces por partido, no lo dejábamos ninguna”*.

Jesús completa otras siete campañas en el club, llegando a erigirse en uno de los referentes del vestuario. Su gran rendimiento, además, le convierte en internacional absoluto, disputando cuatro partidos con España, incluido el famoso desempate contra Yugoslavia en la fase de clasificación para el Mundial de Alemania en 1974. Cumplida la treintena, se marcha de Mestalla para regresar a Argentina y colgar las botas en el equipo del que había salido, el Kimberley de Mar del Plata.

Su salida fue solo un ‘hasta luego’. En marzo de 1994, Jesús Martínez es nombrado director deportivo valencianista coincidiendo con la etapa de Paco Roig en la presidencia. Fueron años complejos, de transición en el vestuario. El Valencia está a punto de ganar la Liga en 1996 y, además, llega un porcentaje significativo de los jugadores que después serían fundamentales para conseguir títulos como Carboni o Angloma. Aunque, sin lugar a dudas, el fichaje que marca la trayectoria de Jesús fue el de Claudio López: *“Me siento muy orgulloso, por ejemplo, de haber traído a Carboni. Recuerdo que Jesús Barrachina le decía siempre entre risas si había hecho el Imsero. Y Carboni jugó diez años más. Lo mismo con Angloma, Milla, Zubizarreta. Eran hombres, gente honrada, profesional... Pero, claro, lo del Piojo López fue espectacular”*.

En esa etapa como director deportivo, una espina clavada. Que no tiene nada que ver con la negociación por ninguna estrella del momento. Un ejercicio de honradez del que, con el tiempo, se ha acabado arrepintiendo:

“Mi hijo jugaba igual o mejor que cualquier delantero del Mestalla. Pero yo, por ser tan boludo, no tuve los santos cojones de firmarlo porque creía que no debía hacerlo por ética. Sin tener derecho, le castigué a no poder jugar en el Valencia. Me moriré con esa espina”.

Esta es la historia de Jesús Martínez Rivadeneira. Raíces galegas, alma de argentino, corazón valenciano. Defensa cerebral, inteligente, con gran salida desde atrás y campeón en aquel equipo infranqueable. El alquimista que trajo al Piojo y a buena parte de los veteranos que después lo ganarían casi todo. El alcalde de la calle Juan de Austria. Ahí sigue, hecho un dandy. Traje oscuro, pelo cano engominado, con el bastón a mano siempre que no tiene cerca a Marinella, su eterna media naranja. Un sabio cercano. Encantado de conocerle un poco más, querido.

018

∞ ANTÓN MARTÍNEZ

Para explicarles quién fue el lateral zurdo del Valencia campeón en Sarrià es obligatorio empezar hablándoles de una historia de amor. Una maravilloso cuento de hadas en el que un soldado y una enfermera voluntaria en la Guerra Civil entrelazan sus vidas. Un relato basado en hechos reales que nos cuenta el propio Antón: *“Mi padre resultó herido en el frente y mi madre fue la enfermera que se encargó de curarle durante semanas. Él era de Barbate y ella de Bilbao. Cuando se recuperó de las heridas y ya acabó la guerra, fue a Vizcaya a declararse y se casaron”*.

De esa unión nacería, el 19 de octubre de 1944, Antonio Manuel Martínez Morales. El feliz alumbramiento se produciría en el País Vasco, para que la madre se sintiera más tranquila rodeada de los suyos. Pero, en cuanto hubo pasado la cuarentena, la familia se trasladó a tierras gaditanas. Allí crecería Antón, que nunca tuvo demasiada afición por los estudios. A punto de alcanzar la mayoría de edad, compagina su primer trabajo como aprendiz de carpintero con divertidas *pachangas* en la playa de Barbate.

Precisamente en uno de esos partidos entre amigos le iba a cambiar la vida. *“Jugamos un torneo en verano. Era en la playa porque en aquella época no teníamos ni campo de fútbol para este tipo de campeonatos. Total, que el torneo coincide con las fiestas del Carmen. Ese día, en el mes de julio, se jugaba también un amistoso entre el equipo de mi pueblo y*

un rival al que se contrataba. Aquel año fue el Algeciras. Me eligen mejor jugador del torneo en la playa y el premio era poder alinearme con el Barbate en el partido contra el Algeciras”.

Antón estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno. Viendo ese partido, un ojeador de la zona de Andalucía, bien relacionado con el Betis, que le hace una oferta en firme a los pocos días teniendo todavía edad juvenil. Antes de aceptar, el defensa gaditano le plantea la situación a su padre. *“Él era una cabeza de familia de los de antes, le gustaba tenernos a todos recogidos, cerca. Pero, ante la posibilidad de llegar a ser un jugador de primer nivel, me dijo que aceptara, que tratara de aprovechar el tiempo y labrarme un futuro”.*

Tras una temporada en el juvenil verdiblanco y dieciocho meses en el Triana (filial del Betis), debuta en el primer equipo el 3 de enero de 1965 en un empate (1-1) contra el Atlético de Madrid. Antón, zurdo cerrado, había empezado jugando de central en Barbate, pero con el tiempo se reciclaría a la posición de lateral. En esa demarcación persigue su fichaje el Valencia, hasta que lo acaba consiguiendo.

El ejecutivo que le plantea la operación es Vicente Peris, que se convertiría -como le ocurriría a Sol, Waldo y a tantos otros- en su padre deportivo. *“Nos reunimos y me pareció una persona tremendamente seria, honesta. Me aseguró que en Mestalla iban a recibirme con los brazos abiertos, que estaban muy interesados en mi fichaje. Para mí, el Valencia era dar un salto enorme y le contesté rápidamente que aceptaba”.*

Encantado con la idea de recalar en Mestalla, Antón acepta la propuesta y, durante los cuatro primeros meses -llegó al club a mitad de temporada-, cobra la misma ficha que tenía en Heliópolis. En ese momento, el dinero era completamente secundario. Su debut se produce el 16 de febrero de 1969 en un empate contra el Espanyol (2-2). A partir de esa tarde, será un fijo de las alineaciones del Valencia. En verano, Antón se reúne con Peris y Julio de Miguel para revisar su contrato. *“Me llaman a la sede del club y me dicen que están contentos con mi rendimiento. Cuando me comunicaron la cantidad que iba a ganar casi me vuelvo loco. En aquel momento (hace una pausa porque se emociona), como siempre que subía un escalón en mi trayectoria, me acordé de mi padre y del consejo que me dio para que me labrara un futuro. Lo había conseguido”.*

El lateral zurdo de Barbate devuelve con creces la confianza de los dirigentes valencianistas. Disputa todos los partidos de la temporada 1970/71, formando la mejor defensa de Primera y consiguiendo dos

tantos. Uno de ellos -contra el Sabadell- fue determinante para que el Valencia acabara siendo campeón de Liga. El 4 de abril de 1971, en la Nova Creu Alta, el tiempo se agotaba con un inquietante empate a cero en el marcador. Hasta que Antón hizo el gol de su vida: *“Ya íbamos locos porque se nos escapaba el título. En el último minuto, subo la banda, tiro una pared con Paquito y, sin pensármelo, le pego un zapatazo tremendo con la derecha -que era la pierna mala mía-. El balón entró por la escuadra de Martínez. Yo no podía creérmelo”*.

Al regreso, en el aeropuerto de Manises, la gloria. Héroe por un día. *“Cuando salimos de la terminal había un grupo de aficionados como locos conmigo. Me cogieron a hombros entre varios y me llevaron en volandas hasta el autobús. Te lo estoy contando y todavía me emociono”*. Dos semanas después, el Valencia se proclamaría campeón de Liga en Sarrià. Escuchando a través de la radio, desde Barbate, llorando de alegría, su padre: *“Era mi fan número uno y no se perdía ni un partido nuestro. Nunca le estaré lo suficientemente agradecido por el hecho de haber renunciado a su forma de ver las cosas y dejar que intentara conseguir mi sueño de ser futbolista de primer nivel”*.

Esta es la historia de Antonio Manuel Martínez Morales, garra y coraje en el carril del tres del murciélago. Siete años dejándose el alma en Mestalla. Uno de los integrantes de aquella defensa de gladiadores en la que formaba junto a Sol, Aníbal, Jesús Martínez, Vidagany y compañía. El héroe con aquel rechazazo impensable en la Nova Creu Alta hizo historia en el Valencia. Una historia dedicada a su padre, el soldado herido que encontró el amor en aquella enfermera que le salvó la vida. Ellos fueron el origen de todo.

019

∞ ÓSCAR RUBÉN VALDEZ

El 22 de julio de 1970, en los terrenos de Benimar, el Valencia iniciaba los entrenamientos de una temporada que, sin que nadie lo supiera en aquel momento, iba a ser histórica. No había grandes cambios en la plantilla con respecto a la campaña anterior. Los refuerzos fueron tres jugadores que procedían del filial -el portero Cota, Enrique Claramunt y Forment-, Sergio y Pellicer. El club, eso sí, tenía nuevo entrenador. Una de las grandes estrellas del fútbol mundial que, ya retirado, vivía sus primeros años en los banquillos: Alfredo Di Stéfano.

Aquel día de comienzo de pretemporada, sin embargo, el plantel no estaba completo. Don Vicente Peris andaba enfrascado en una compleja negociación burocrática para cerrar la última operación del verano: el fichaje de Óscar Rubén Valdez, un extremo zurdo que procedía del Platense argentino. Su documentación, en la que figuraba como oriundo, tardó varias semanas en resolverse. ¿Quién era y cómo jugaba ese futbolista que estaba a punto de recalar en Mestalla? Nos lo define su compañero y gran amigo en aquella plantilla, Jesús Martínez: *“Era un fenómeno. Un futbolista de aquel tiempo y del actual. Ahora podría haber jugado en los grandes equipos de Europa, como pasaba con Claramunt. Técnico, hábil, rápido, siendo pequeño tenía un salto de cabeza espectacular. Un jugador de todas las épocas”*.

El asunto se alargó más de lo debido pero, por fin, en la quinta jornada de Liga se produjo el deseado estreno. Fue en Gijón, ante el Sporting, y Valdez

confirmó el acierto que suponía su contratación. Extremo de endiablada rapidez, corría con la pelota pegada al pie y la cabeza arriba, siempre con una gambeta preparada para desbordar por fuera. Esa tarde en El Molinón fue una pesadilla para la defensa asturiana, que no pudo pararle en ningún momento. Marcó un gol legal que le fue anulado minutos antes del descanso y, ya en la recta final del encuentro, sirvió la asistencia para el único tanto de la tarde, obra del central paraguayo Aníbal. Su debut supuso, por tanto, una alegría inmensa para el valencianismo.

Óscar Rubén, en cualquier caso, llegaba de un fútbol muy diferente al español. El ritmo de juego, el sistema táctico, la ubicación y la forma de marcar de las defensas... Todo era completamente opuesto a lo que el eléctrico atacante nacido en Buenos Aires había aprendido en Argentina. Por ello tuvo que acometer un proceso de reciclaje y adaptación en sus primeras semanas en el Valencia, como él mismo cuenta: *“Llegué aquí con muchísimos sentimientos entremezclados: ilusión, ambición, ganas de trabajar. Comencé de cero. Tenía que demostrar un buen nivel y tenía que aprender. Las dos cosas a la vez”*.

Mientras avanza en ese proceso de aprendizaje, el rendimiento de Valdez no desciende. De hecho, dos semanas después -asentado como titular con Di Stéfano- vuelve a ser determinante en un triunfo del Valencia, esta vez en el Camp Nou. El equipo de Mestalla se impone 0-2 gracias a un tanto de penalti de Pepe Claramunt, consumado especialista desde los once metros, y otro de Óscar Rubén, en extraordinaria jugada personal.

En su temporada de debut, el extremo bonaerense anota nueve tantos en partido oficial. Cinco de ellos en Liga. Todos, por cierto, en situaciones determinantes. El segundo iba a llegar en Sevilla, el 17 de enero de 1971, para sellar un empate (2-2). El tercero en plenas Fallas (14 de marzo), para abrir una espectacular goleada al Athletic de Bilbao (4-0) que colocaba al Valencia líder a falta de cinco jornadas. Y los dos últimos, también en Mestalla, en la penúltima jornada -antes del viaje a Sarrià- contra el Elche. El conjunto dirigido por Alfredo Di Stéfano conseguía el triunfo en el derbi autonómico (3-0) gracias a los tantos de Valdez en los minutos 20 y 39.

Lo que sucedió la semana siguiente en el estadio del Espanyol ya forma parte de la historia. Una historia, por cierto, que no pudo completar Óscar Rubén. Aquejado de molestias musculares, se perdió el mítico partido en el que el Valencia ganaba la Liga más de dos décadas después. En cualquier caso, su contribución al título fue determinante, disputando dieciocho encuentros en Primera División.

Su año de estreno en la ciudad estuvo a punto de acabar con un impresionante doblete. Gracias, entre otros aspectos, al acierto ofensivo del argentino en la recta final de la temporada. En Copa, Valdez consigue ver puerta en octavos, cuartos y semifinales contra Betis, Málaga y Sevilla. El extremo zurdo también marcaría en la gran final. El 4 de julio de 1971, el Valencia caía en la prórroga (4-3) tras un encuentro memorable ante el Barça en el Santiago Bernabéu. Óscar Rubén anotaría el empate a tres en el minuto once de la primera parte de la prórroga con un remate increíble desde el primer palo a la salida de un saque de esquina.

Goles espectaculares como el de la final de Copa en 1971 le abren las puertas de la selección española, con la que debuta el 23 de mayo de 1972 en un España-Uruguay que se disputa en Madrid conmemorando la inauguración del Vicente Calderón. El comienzo de Valdez con La Roja no puede ser mejor. A los ocho minutos, y a través de un libre directo desde la frontal, consigue el tanto inicial del encuentro que finalizaría con victoria local (2-0).

Después de ese estreno estelar, Valdez se convertiría en un fijo en la selección durante la primera mitad de los setenta, llegando a disputar nueve partidos en los que marca cinco goles. En las siguientes campañas en el Valencia, fue uno de los principales recursos ofensivos de la mayoría de entrenadores. Aunque el club perdió el rumbo tras la muerte de Vicente Peris y no fue capaz de conseguir ningún título.

En el verano de 1978, Óscar Rubén emprendió una aventura maravillosa para colgar las botas en su país de origen. Una peripecia en la que le acompañó uno de sus mejores amigos. Jesús Martínez: *"En 1979, cuando terminamos en el Valencia, fuimos a Mar del Plata. El Kimberley, club en el que yo me inicié, jugaba el campeonato nacional de Argentina. Fueron unos meses bárbaros, Rubén siempre será un amigo extraordinario"*.

Esta es la historia de Óscar Rubén Valdez. Gambeta, vértigo, libres directos y cabezazos en tardes de gloria. Un repertorio interminable al servicio del murciélago. Campeón de Liga y subcampeón de Copa con el Valencia. Una de las grandes zurdas de Mestalla en cien años de historia.

020

∞ JOSÉ VICENTE FORMENT

El siglo de vida del Valencia está jalonado de goles inmortales: Epi y su toque sutil para batir a Lezama en la final de 1949, Tendillo rescatando al club del descenso con un cabezazo al palo largo en la última jornada de la temporada 82/83, Roberto Fernández picando abajo un balón muerto para una remontada épica contra el Real Madrid en 1992, la obra de arte de Gaizka Mendieta en la final de Copa contra el Atlético de Madrid en 1999 o Fabián Ayala pidiendo calma tras volar en Tierra Santa y sentenciar la Liga en 2002. Menos conocido que todos ellos, aunque igualmente importante, el legendario gol de Forment. ¿No conocen la historia? Pasen y lean.

Nacido en Almenara, provincia de Castellón, el 31 de mayo de 1947, José Vicente Forment empieza a jugar al fútbol en su pueblo, siendo niño. Una época en la que la mayoría de localidades en la Comunidad Valenciana no disponían de un estadio como tal. El que fuera delantero del club de Mestalla entre 1970 y 1974 recuerda que hizo sus primeros goles *“en un solar al que nos íbamos a jugar a las afueras siempre que aparecía la posibilidad, después del colegio o en el fin de semana. No teníamos otro sitio para hacerlo”*.

Forment destaca entre los adolescentes de Almenara y, con dieciséis años, decide presentarse a las pruebas de selección que cada temporada realizaba el Valencia. En aquel tiempo no existía la Ciudad Deportiva de Paterna, por lo que los aspirantes tenían que demostrar sus aptitudes *“en el campo municipal de Sedaví, donde jugaba el juvenil. Todos los veranos lo*

organizaban y un año fui para ver qué tal. Días después, me llamaron para hacer otra prueba y ya me quedé definitivamente”.

Delantero inteligente, con gran movilidad y facilidad para el gol, sus dos primeros entrenadores en el club de Mestalla y en la selección valenciana fueron dos símbolos de la época: Salvador Monzó, defensa imponente en tiempos de la ‘Delantería Eléctrica’, y Vicent Morera, gran centrocampista de Valencia y Levante. Tras completar su etapa como juvenil de forma notable, la entidad valencianista busca una cesión para Forment. Primero en el Requena y después en el Castellón. En el conjunto castellonense cuaja un año excepcional en Segunda la temporada 1969/70, contribuyendo a la permanencia albinegra con once tantos. Su gran rendimiento hace que Don Alfredo Di Stéfano tome la decisión de incorporarlo a la primera plantilla del Valencia en el verano de 1970.

Esa Liga supone una proeza inolvidable para José Vicente. Con veintitrés años, cuenta con la absoluta confianza del entrenador argentino y disputa veintiséis partidos, de los treinta que tenía en ese momento la Primera División. Las aspiraciones del equipo en el mes de septiembre no eran precisamente acabar siendo campeón pero, mediada la campaña, el vestuario se da cuenta de que puede hacer algo grande, como nos recuerda Forment: *“La idea era como siempre, pues estar ahí, cuartos o quintos. Pero llegó un momento que ya nos dimos cuenta de que íbamos a pelear el título hasta el final. Alfredo nunca nos dijo nada de ser campeones, pero sí nos repetía mucho que le podíamos ganar a cualquiera”.*

El principal alquimista del éxito fue Di Stéfano. Supo ganarse a la plantilla desde el primer día, aunque a veces los entrenamientos se alargaban más de lo previsto. José Vicente explica que el técnico se vestía de corto en ocasiones para disputar los *partidillos* de entre semana. Pero cuando el equipo en el que formaba Don Alfredo iba perdiendo, *“en lugar de durar media hora los partidos, nos pasábamos hora y pico jugando. Hasta que empataba o ganaba su equipo. Era un fenómeno”.*

Y llega el gran día en la carrera de Forment. 28 de marzo de 1971. En la recta final de la segunda vuelta, a falta de cuatro jornadas para la conclusión de la temporada, el Valencia recibe al Celta de Vigo en Mestalla siendo líder, con un punto más que Atlético de Madrid y Barcelona. El equipo de Di Stéfano se adelanta a la media hora con un tanto de Enrique Claramunt, pero el paraguayo Gabriel Lezcano empató para el conjunto gallego en el inicio de la segunda parte. Aquel Celta, quinto esa jornada -después acabaría clasificándose para competiciones europeas-, necesitaba el empate para mantenerse arriba. Tras media hora de asedio local, el Valencia dispone de

un córner a favor en el último minuto. José Vicente Forment nos cuenta qué sucede en esa acción: *“Saca Sergio. Barrachina y Sol habían subido a rematar y se fueron al segundo palo. Yo decidí ir al primero y tuve la suerte de que la pelota vino allí. Me anticipé al portero y a un defensa para hacer el 2-1. Fue la locura”*.

En Mestalla, el delirio. Los jugadores del Valencia abrazándose en medio de una incesante lluvia de almohadillas que retrasa la reanudación del encuentro y el júbilo final cuando Gómez Platas decreta la conclusión de la contienda. En el post partido, una historia que define a la perfección la grandeza de Di Stéfano. Habla Forment: *“El lunes tuvimos libre y el martes llego al club tan contento porque la prensa hablaba de mi gol. Me lo cruzo en el pasillo y pensaba que iba a darme un abrazo o algo. ¡Pues aún me tiró la bronca porque en el partido contra el Celta había caído en dos fueras de juego y me habían anulado dos goles!”*.

Ese tanto de cabeza, providencial, fue determinante para que el Valencia fuera campeón tres semanas después en Sarrià. Al regreso a casa después de cantar el alirón, durante la parada para reponer fuerzas en el parador de Benicarló, un momento digno de una película de Berlanga: la aparición de las fuerzas vivas de Almenara. *“Estando en plena comida, aparecen el cura y el alcalde del pueblo para pedirle a Don Vicente Peris que el autobús se detuviera en Almenara. Y allí que fuimos. Todos mis paisanos en la calle, mis padres llorando... No se quedó nadie en casa”*.

El gol convirtió en héroe eterno a José Vicente Forment. Tanto que, aún hoy, casi medio siglo después, se mantienen liturgias vinculadas emocionalmente a aquel cabezazo milagroso. Cada 28 de marzo, a media tarde, coincidiendo con la hora exacta del tanto al Celta, un grupo de aficionados valencianistas -encabezados por el irreplicable Rafa Lahuerta- disparan una traca a las puertas de Mestalla. Junto a ellos, siempre está Forment. El hombre que pasó a la historia con un gol que nos sigue haciendo felices incluso a los que no habíamos nacido aquel 28 de marzo de 1971.

CAPÍTULO 8

LA SENYERA, HEYSEL Y EL FOREST

∞ José Luis Fernández Manzanedo
Ángel Castellanos
Manuel Botubot
Enrique Saura
Rainer Bonhof
Carlos “El Lobo” Diarte
Darío Felman
Pablo Rodríguez

021

∞ JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ MANZANEDO

El póster con la imagen del Valencia campeón de Copa en 1979 formando antes de comenzar la gran final ante el Real Madrid colgó de las paredes de miles de valencianistas a principios de los ochenta. Detrás de los jugadores, creando una estampa preciosa, flamean cientos de senyeras. En la fila superior de esa alineación, entre Manuel Botubot y el entrañable Paco Reig, estaba Manzanedo. Brazos cruzados, jersey verde, bigote marca de la casa, el guardameta valencianista acababa de conquistar el trofeo Zamora.

Nacido en Burgos el 10 de febrero de 1956, José Luis siempre tuvo muy claro qué quería ser de mayor, como él mismo nos explica: *“A los cuatro años ya jugaba de portero en el colegio. Siempre me llamó la atención esa posición. No me preguntes la razón, pero yo siempre quise ser portero”*.

En el colegio practica gran cantidad de deportes (balonmano, baloncesto, voleibol...), aunque finalmente se acaba decantando por la opción que había elegido prácticamente desde que tuvo uso de razón. El CD San Juan es el equipo en el que se coloca por primera vez bajo palos. Es allí donde iba a descubrirle el departamento de captación del Real Burgos, conjunto en el que debuta a nivel profesional teniendo diecisiete años y con el que, dos temporadas después, asciende a Primera siendo titular indiscutible: *“Teníamos un equipo con gente joven muy buena, como Juanito, Viteri o Portugal. A mí me salieron muy bien las cosas, debuté muy joven pero jugaba la mayoría de los partidos. La culminación al trabajo de aquellos años fue conseguir el ascenso a Primera”*.

El Real Burgos, con uno de los presupuestos más bajos, es capaz de lograr la permanencia en la máxima categoría del fútbol español al año siguiente. El entrenador de ese equipo era el francés Marcel Domingo, que en el verano de 1977 se compromete con el Valencia. En su mudanza a Mestalla le acompañan tres de los jugadores que había dirigido en El Plantío. Uno de ellos es Manzanedo: *“Antes había estado a punto de fichar por el Barcelona. Pero hubo un problema y el tema se rompió. Así que tiempo después, ya con la intervención de Marcel Domingo, surgió la opción del Valencia. Fichamos Palmer, Cabral y yo”*.

Cuando se compromete con el presidente Ramos Costa, José Luis sabe que la competencia en la portería de Mestalla será tremenda. Circunstancia que fue una tónica durante los siete años que defendió el escudo del murciélagu. A su llegada, en el vestuario se encuentra con otros tres guardametas, como el propio Manzanedo enumera: *“Hubo momentos en los que éramos hasta cinco porteros en la primera plantilla del Valencia. Recuerdo tener como compañeros de posición a Pereira, Sempere, Balaguer y después incluso Bermell. Pero todos lo aceptamos con normalidad, así es nuestro trabajo”*.

En esa temporada de estreno, 1977/78, el Valencia peleó por el subcampeonato, pero acaba la Liga en cuarta posición tras una derrota contra el Barça en la última jornada. Precisamente en ese encuentro final se le iba a escapar a Manzanedo el trofeo Zamora, al encajar un gol del brasileño Bio: *“En aquel tiempo no se le daba tanta importancia como ahora a este tipo de galardones. Porque podría no haber jugado y el Zamora hubiera sido para mí”*.

José Luis se hace con el Zamora en la siguiente campaña, tras encajar únicamente veintiséis goles en veinticinco encuentros. Liga al margen, un partido determinante en el que la portería valencianista permanecería también intacta fue la final de Copa del 30 de junio de 1979. Aquel mítico Valencia de la senyera superaba 2-0 al Real Madrid con doblete de Mario Kempes. Con 1-0 en el marcador, el argentino Quique Wolff dispuso de un penalti para empatar. Manzanedo recuerda perfectamente la acción: *“He vuelto a ver varias veces el partido y no creo que la jugada fuera para pitar penalti. Sabía cómo tiraba Wolff, era buenísimo, y la verdad es que, si llega a coger portería, su lanzamiento era imparable. Afortunadamente, el balón se fue al palo”*.

Aquel equipo levantó tres títulos muy importantes en año y medio. Pero el cancerbero burgalés asegura que había plantilla para haber conseguido mucho más. No haber ganado una Liga con el Valencia es, sin lugar a dudas, la gran espina que tiene clavada de su carrera como jugador en Primera:

“Teníamos muy buena plantilla, comparable a la de Real Madrid o Barcelona. Además, en aquel momento todavía no había llegado el dinero de las televisiones y todo estaba más equilibrado. Siempre he pensado que, de haber tenido un entrenador que nos hubiera exigido más en Liga, hubiéramos podido ganar algún título. No nos sacaron todo lo que realmente podíamos dar”.

Esta es la historia de José Luis Fernández Manzanedo, campeón de Copa del Rey, Recopa y Supercopa de Europa. Defendió la portería del Valencia durante siete campañas, en las que, además, conquistó un trofeo Zamora. Tras 138 partidos en Mestalla, perteneció, por este orden, a Real Valladolid, Sabadell y Cultural Leonesa, donde colgaría los guantes. A pesar de ostentar el cargo de presidente del Burgos Promesas desde hace dieciocho años, su corazón siempre será valencianista, como él mismo reconoce: *“Haber estado siete temporadas en una institución tan importante como el Valencia marca. Ahora quiero que ganen mis dos equipos. El de mis sueños, que es el Burgos Promesas, y el Valencia, que es el que llevo en el corazón”.*

022

∞ ÁNGEL CASTELLANOS

El legendario Valencia de finales de los setenta y principios de los ochenta tenía su propio 'Ángel de la Guarda'. Un prodigio de las coberturas, fue el guardaespaldas perfecto para Solsona, Subirats, Saura y Kempes. Castellanos comenzó su carrera como interior, aunque acabó reciclándose a central. En Mestalla, eso sí, triunfó como mediocentro. Hoy, a pesar de empezar a sufrir los efectos del deterioro cognitivo, sigue recordando su paso por Mestalla y no puede evitar emocionarse rememorando partidos, goles, rivales pero, sobre todo, compañeros. Porque eso fue él, el compañero perfecto.

Ángel Castellanos nace en Miguelturra (Ciudad Real) en noviembre de 1952. Pronto destaca en su pueblo y, con tan solo dieciséis años, firma por el Manchego. Allí iba a descubrirle un ojeador de Sabadell que iba a ver, curioso, a otro jugador: *"La suerte que tuve fue que, en vez de llevarse al que iban a ver, después del partido me buscaron a mí. Ese día hice uno de mis mejores partidos"*. Tres encuentros en la Nova Creu Alta le bastan para llamar la atención del Granada, en aquella época un fijo en Primera. Firma por el equipo de los Cármenes, al que pertenece entre 1972 y 1976. Momento en el que aparece en escena Pasieguito.

Ese verano de 1976, iba a ser una constante en su gestión, Ramos Costa no repara en gastos. El Valencia, además de a Castellanos, firma a Kempes, Carrete, Carlos 'el Lobo' Diarte, Botubot (procedente del Cádiz) y Juan Carlos, del Hércules. En su primera temporada en Mestalla, Ángel disputa

32 partidos oficiales, cifra que mantendría como promedio con regularidad durante la década que lució el murciélago en el pecho. Jamás sufrió una lesión grave y cuidaba al detalle su peso y musculatura. Algo que le hacía ser un jugador muy valorado por sus técnicos y que despertaba la curiosidad de algunos compañeros: *“Había jugadores que cuando estaban de vacaciones se olvidaban de que tenían que hacer algo de deporte y acababan con cuatro y cinco kilos de más. En las pretemporadas lo pasaban fatal”*.

Esa capacidad física le permitía realizar un tremendo despliegue sobre el césped. Corría más de diez kilómetros por partido, casi siempre de pivote defensivo. Aunque nunca decía que no cuando el entrenador de turno le planteaba un cambio de posición por necesidades del guión: *“Yo, menos de portero y de delantero centro, he jugado en todos los sitios”*.

Poco dado a licencias ofensivas, Castellanos se encarga de las vigilancias a sus compañeros de la parcela ancha. Con pulmones y piernas para abarcar más campo, incluso cae a banda cuando uno de los laterales se incorpora al ataque. Es otro de los rasgos inconfundibles de su libro de estilo, el dominio de las coberturas: *“Cuando estaba de central o de pivote y, por ejemplo, Carrete -que era un lateral extraordinario y gran amigo- se iba para arriba, yo le cubría las espaldas. Los laterales sabían que podían atacar con soltura porque yo me quedaba detrás”*.

No era un portento técnico ni un llegador, pero casi todas las temporadas veía puerta. Haciendo, además, goles antológicos. Como, por ejemplo, contra el Rayo en Liga o el Copenhague en la Recopa. Aunque el que más recuerda Ángel fue en el Vicente Calderón, el 14 de diciembre de 1980. Un disparo que se le coló a Aguinaga entre las piernas: *“Ese balón entró por la entrepierna del portero. Un portero que pertenecía al Salamanca. Tiré desde fuera del área y, como iba tan fuerte, no pudo pararla”*.

Hombre disciplinado y de enorme sensatez, jamás tuvo roces con directivos de la entidad. Aunque algún dirigente le insinuaba de forma recurrente que se afeitara. Algo que también le ocurrió cuando fue convocado con la selección española: *“No les gustaba la barba ni nada de eso. Me lo decían Kubala y el presidente Ramos Costa. Yo les contestaba que la barba no me molestaba para poder jugar al fútbol”*.

En su tercera temporada en Mestalla, la conquista del primer título. El 30 de junio de 1979, Ángel Castellanos es titular en el mediocampo de un Valencia que se proclama campeón de Copa. La final disputada ante el Real Madrid en el Vicente Calderón constituye su mejor recuerdo como futbolista: *“Ganarle al Madrid en el Manzanares con dos goles de Mario fue lo máximo. Fuimos*

completamente felices aquella tarde". Discutido por un sector de Mestalla ante el evidente contraste que suponía su juego con el resto de artistas de la parcela ancha, el todocampista manchego asegura que siempre entendió al respetable: *"A mí, hablar del Valencia me pone los pelos de punta. Yo no me puedo quejar de nada. El público alguna vez me pitó, pero yo siempre supe tranquilizar los nervios y salir adelante"*.

Después de aquella Copa en la mítica tarde de Mario Kempes, llegaron la Recopa y la Supercopa de Europa. Pero, por encima de los títulos, Castellanos destaca el valor del grupo. En aquellos años trabajó amistades eternas, como por ejemplo Manuel Botubot, con el que compartía algo más que vestuario: *"Vivíamos juntos y eso une muchísimo. También recuerdo a Mario Kempes, grandísimo jugador y grandísima persona. Carrete, Solsona, Saura, Subirats, Arias... Todos eran gente maravillosa"*.

Esta es la historia de Ángel Castellanos. 362 partidos oficiales con el Valencia y miles de coberturas, ayudas a compañeros y balones recuperados en diez temporadas de rendimiento ejemplar. La memoria empieza a flaquearle y, por momentos, sobrecoge escucharle buceando entre recuerdos. Pero hay un sentimiento nítido en su cabeza y en su corazón. Se dejó la piel cada minuto. Por eso se ganó el respeto de Mestalla y de sus compañeros. Para toda la vida.

023

∞ MANUEL BOTUBOT

Del mismo modo que ha ocurrido con dobles pivotes legendarios (Puchades-Pasiego, Roberto-Paquito o Albelda-Baraja), hay una línea defensiva que sigue anclada en el imaginario colectivo valencianista por su excelente funcionamiento: Carrete-Arias-Tendillo-Botubot. El último de sus componentes disputó ocho temporadas en el Valencia, logrando una Copa del Rey, una Recopa de Europa y una Supercopa de Europa. Fuerte físicamente, autoritario en el juego aéreo, versátil -podía actuar como central o lateral izquierdo-, se convirtió en un zaguero esencial en aquella época en Mestalla. Fue un gladiador incansable, que todos los partidos perdía entre cuatro y cinco kilos.

Nacido en Cádiz el 23 de noviembre de 1955, Manuel empieza en el fútbol por accidente, acompañando a un amigo a hacer las pruebas de acceso en las categorías inferiores del Cádiz CF: *“Aquello fue para fichar con los alevines. Estaba allí en la grada y me dijeron que, ya que había ido, jugara yo también. Por mi actitud, porque yo de pequeño ya iba a por todas, me propusieron que me quedara. Me puse loco de contento. Me acuerdo que le dije a mi madre que necesitaba unas zapatillas nuevas porque las que utilicé para hacer las pruebas tenían dos agujeros en la punta”*.

Botubot va quemando etapas en la escuela gaditana hasta que, a punto de dar el salto al primer equipo, toma la decisión de presentarse voluntario al servicio militar. *“Tuve muy mala suerte. A la semana de presentar los papeles para voluntario, me manda el Cádiz una notificación diciendo que paso a*

ser jugador del primer equipo la próxima temporada. Yo me iba a hacer la instrucción al Cerro Muriano, en Córdoba. Allí estuve, con el fresquito, en julio, agosto y septiembre. Por las tardes me entrenaba solo, así que a la siguiente temporada llegué hecho un toro”.

Su nivel físico en Segunda con el Cádiz es tan alto que llama la atención de Pasieguito, quien recomienda a Ramos Costa la conveniencia de incorporarlo con rapidez, antes de que otros clubes de Primera se adelanten. En aquel momento, Manuel Botubot tiene ofertas de Espanyol, Zaragoza y, sobre todo, el Real Madrid: *“Recuerdo que, incluso estando ya en el aeropuerto antes de venir a Valencia para firmar, apareció un representante del Madrid para pedirme que me pusiera en contacto con ellos antes de comprometerme con nadie”.*

Pero Botubot cumple la palabra que había dado y firma en enero de 1977. Su debut se produce en Sarrià el día 30, entrando al terreno de juego en sustitución de Jesús Martínez. A pesar de la felicidad por el fichaje con un equipo grande, son días difíciles para un joven de veintiún años que apenas había salido de su tierra. Momentos en los que Pasieguito -su padre deportivo- desempeña un papel fundamental: *“Me ayudó mucho porque a mí la ciudad me venía muy grande. Me sentía muy solo. Pero con su calor y su apoyo pude ir adaptándome hasta que empecé a jugar más”.*

Tras el cese de Heriberto Herrera, el defensa gaditano crece con Marcel Domingo en la temporada 1977/78. El Valencia se clasifica para competiciones europeas en Liga y llega hasta cuartos de final de Copa, eliminado por la Real Sociedad. Manuel completa 33 partidos oficiales exhibiendo un altísimo estado de forma, que provoca incluso la llamada de la selección española. En el inicio de su tercer año en la ciudad, acude a varias convocatorias previas, hasta que el 21 de diciembre de 1978, Kubala le hace debutar con La Roja en un Italia-España disputado en Roma. En el once inicial aquella tarde también estaba Daniel Solsona.

En la recta final de esa temporada en la que se estrena como internacional, levanta su primer título con el Valencia. La Copa en el Calderón ante el Real Madrid. En aquella época, el variopinto entorno madridista justifica la derrota aduciendo que el equipo blanco no había jugado la final al 100% porque venía de ser campeón de Liga. Botubot no está muy de acuerdo con la teoría de la conspiración: *“Cuando se pisa un terreno de juego para disputar una final, no hay relajación por el hecho de haber ganado un título días antes. Lo que pasó en ese partido es que el Valencia fue muy superior al Real Madrid”.*

El año siguiente, 1980, el segundo título de Manuel en Mestalla: la Recopa de Europa, conquistada en el estadio de Heysel (Bruselas). Un partido al

que Manuel Botubot llega sin pegar ojo la noche anterior. Di Stéfano había acabado muy molesto con varios jugadores en el entrenamiento previo a la final y no sabía si iba a jugar. Hasta que en el paseo por Bruselas horas antes de enfrentarse al Arsenal, Don Alfredo agarra al gaditano por los hombros para motivarle: *“Me para y me dice que le gustaría tener once jugadores como yo. Que no hay nadie en España que suba y baje la banda como yo. Consiguí acelerarme el corazón. En el partido volaba”*.

Titular indiscutible en la temporada 1980/81 y jugador determinante en el partido de vuelta de la Supercopa de Europa contra el Forest (1-0 para el Valencia con gol del uruguayo Morena), sus ocho años en Valencia suponen una época maravillosa, caracterizada por la existencia de un vestuario unido. Muchos jugadores compartían barrio, incluso edificio: *“Cuatro o cinco vivíamos en el Hotel Renasa. Daniel Solsona, Ángel (Castellanos), Manzanedo, a cien metros vivía Carrete... Eso hacía que nuestra amistad fuera mucho más sólida y que, en el campo, nos comprendiéramos más”*.

Con uno de esos compañeros y vecinos sigue manteniendo una amistad preciosa, cuidada cada día, ahora que la enfermedad del olvido empieza a hacerse patente en el ‘Ángel de la Guarda’ de aquel Valencia: *“La vida me ha regalado muy buenas amistades. Pocas, pero tremendamente valoradas. Y una de ellas ha sido Ángel Castellanos. A mí, Ángel me dio mucho cuando jugaba. Era un hombre serio, cabal y honesto. Ahora pasa por una situación delicada y trato de pasar más tiempo con él porque no sabemos cuánto tiempo va a tener ese recuerdo”*.

Como buen gaditano, genera buen rollo y provoca carcajadas entre sus compañeros con bromas inolvidables, como el día que roba el pasaporte al fotógrafo Emilio Viñas a unos metros de pasar el control de entrada a la URSS. Además, deja para el recuerdo una entrevista hilarante en la que analiza al detalle, sin conocerlo de nada, a uno de los rivales con los que el Valencia se enfrenta en la Recopa de Europa, el Carl Zeiss Jena alemán.

Momentos para el recuerdo que hacen de Manuel Botubot un gaditano con el corazón valencianista, como él mismo confiesa: *“Yo siempre he dicho que soy más del Valencia que del Cádiz. Le debo mucho al fútbol por todo lo que me enseñó. Y yo lo aprendí casi todo en Valencia. Allí conocí a amigos que me abrieron sus puertas y me hicieron sentir como uno más”*.

Campeón audaz en el césped y amigo fiel en la vida. El mejor medicamento para Ángel Castellanos y su gran apoyo, ahora que los recuerdos empiezan a volverse difusos. Con personas así, se entiende el éxito de aquel Valencia inmortal.

024

∞ ENRIQUE SAURA

Una de las piezas más valiosas del gran Valencia de finales de los setenta y principios de los ochenta fue Saura. Centrocampista Llegador, muy técnico, con gran capacidad para el regate y facilidad para provocar penaltis, disputó 353 partidos oficiales en Mestalla. En las diez temporadas que defendió el escudo del murciélago, anotó 47 goles, llegando a lucir el brazalete de capitán y representando al club en un Mundial, una Eurocopa y unos Juegos Olímpicos.

Formado en las categorías inferiores del Onda, su lugar de nacimiento, Enrique empieza a jugar al fútbol muy tarde, con quince años. Y lo hace gracias a un bando. Saura rememora así el momento: *“Entonces no había escuelas de fútbol ni nada por el estilo. Había juveniles, amateur y los profesionales. En mi pueblo, en Onda, hicieron un bando diciendo que hacía falta gente para formar un equipo de juveniles. Y así es como empecé yo”*.

Su habilidad para hacer goles a pesar de no jugar en punta llama la atención del CD Castellón, con el que debuta en Segunda en 1974. Y, desde Castalia, el salto al Valencia apenas un año después. Su fichaje estaba cocinándose cuando ambos equipos se enfrentan en un partido de pretemporada en agosto de 1975. Pero Saureta no entendía de amistosos. *“Antes de empezar, la directiva del Castellón me advierte de que no fuerce la máquina no vaya a ser que el traspaso pudiera romperse. Pero yo solo quería jugar y darlo todo. Esa tarde salí y marqué el gol de la victoria. La operación ya estaba hecha”*.

El debut de Enrique Saura, sin embargo, no se produjo hasta el 9 de noviembre. En La Romareda, el conjunto valencianista se impone al Zaragoza (0-2) con tantos de Claramunt y Quino. El entrenador, Manolo Mestre, tuvo un gesto con sus jugadores esa noche. Pero el castellonense, que acababa de estrenarse en Primera y apenas contaba con veintiún años, no entendió del todo bien la consigna del místico: *“Al acabar la cena, Mestre nos dice que no quiere ver a nadie por las habitaciones hasta las doce. Total, que yo me quedé en recepción sin salir del hotel y sin subir a la habitación. No entendí que nos daba unas horas de fiesta para salir por ahí”*.

Totalmente adaptado a las exigencias de un grande como el Valencia, Saura despegó de forma definitiva en 1977, llegando a disputar 51 partidos. Aunque el mejor nivel del desequilibrante centrocampista de Onda coincide con los tres títulos del club en 1979 y 1980. En el camino hacia la Recopa de Europa, consiguió el tanto del que guarda mejor recuerdo. Una tarde de San José de 1980 -tras haber superado al Barça por 0-1 en la ida de los cuartos de final- el equipo de Mestalla se impone de nuevo en la vuelta (4-3) con dos goles de Enrique, uno de ellos de impresionante derechazo por la escuadra. Artola solo pudo hacer la estatua: *“En la vida había chutado de esa manera y desde fuera del área. No podía creerme cómo entró ese balón”*.

Después de doblegar al Nantes en semifinales (2-1 en Francia, pero 4-0 en Mestalla con doblete de Kempes), el Valencia accedía a la gran final de la Recopa. Saura invita a su padre a volar con la expedición del club, pero se encuentra con una inesperada negativa. Una negativa que tenía trampa. *“Le digo que se venga con nosotros, que tengo billete de avión y entrada para él y me dice que no, que ese pueblo -Bruselas- está muy lejos y que no piensa subir en avión. Total, que llegamos al estadio el día del partido y escucho un silbido y una voz que me sonaban. Era mi padre”*. Tras las intervenciones de Pereira en la tanda de penaltis, Enrique, como capitán del equipo, es el encargado de levantar la Copa al cielo de Heysel. Un momento único: *“Coger la Copa y ofrecerla a la gran cantidad de valencianos que vinieron a Bruselas me impresionó. Ahora mismo te lo estoy contando y tengo la piel de gallina”*.

Dos años después, otro momento inolvidable. Saura, que era internacional absoluto desde 1978, representa al Valencia en el Mundial de España en 1982. La selección, además, disputaba en Mestalla sus partidos como local. Pero el sueño de ganar aquella fase final se trunca muy pronto, con un empate ante Honduras y la increíble derrota contra Irlanda del Norte. En la única victoria de La Roja -el rival fue Yugoslavia-, el castellonense anotó uno de los goles.

Tras conseguir el milagro de la permanencia con una carambola imposible en la última jornada de la temporada 1982/83, Enrique aún completa dos

campañas más en el Valencia, rebajando la cifra de goles pero manteniendo una considerable media de 35 partidos al año. Aún así, la entidad decide no renovarle en el verano de 1985. Fallando, como tantas otras veces, en las formas. Saura merecía otro trato: *“Pensaba que podía seguir. Además, la razón que me da la directiva es que, con mi edad, ya no podían renovarme. Después firmaron renovaciones a jugadores que tenían uno o dos años más que yo”*.

Fueron, a pesar de todo, diez años maravillosos. De entrega abnegada al murciélago y diabluras en la medular. Esta es la historia de Enrique Saura, excelente escudero del matador Kempes y capitán del gran Valencia que reinó en Heyssel.

025

∞ RAINER BONHOF

Pocos fichajes han tenido más impacto en el entorno del Valencia que el de Rainer Bonhof. Centrocampista internacional alemán, campeón del Mundial de 1974 y de la Eurocopa en 1972 y 1980, el club de Mestalla realizó una de las mayores inversiones de su historia para firmarlo, como la estrella que era, procedente del Borussia Mönchengladbach. Con gran calidad técnica y el disparo más potente de Europa, el teutón dejó un recuerdo inolvidable en las dos temporadas que defendió el escudo del murciélago, contribuyendo a la conquista de una Copa del Rey y una Recopa de Europa.

El Valencia persiguió el fichaje del mediocentro alemán hasta en tres ocasiones. La primera, a la conclusión de la Eurocopa de la extinta Yugoslavia en 1976. Rainer fue elegido en el once ideal de esa fase final, que Alemania Federal perdió contra la también desaparecida Checoslovaquia, en la famosa tanda de penaltis que decidió Antonin Panenka con un golpeo histórico. Rainer Bonhof rechazó la oferta valencianista. Él mismo nos explica las razones de su decisión: *“Ramos Costa y Salvador Gomar vinieron a por mí después de la Eurocopa del 76, pero les dije que no. Tenía todavía dos años de contrato con el Borussia. Pero les prometí que si volvían pasado ese tiempo serían los primeros con los que me sentaría a hablar”*.

El ‘sí’ definitivo al Valencia se produce tras el Mundial de Argentina en 1978, en el que Kempes se corona como rey del fútbol. Mario fue una de las razones por las que Bonhof se decidió a fichar por el club de Mestalla: *“Vi*

que el equipo había acabado cuarto la temporada anterior. Además allí tenía la posibilidad de jugar con Kempes. Nos podíamos unir un centrocampista y un delantero de nivel mundial. Era una oportunidad magnífica para mí”.

José Ramos Costa realiza un desembolso próximo a los 70 millones de las antiguas pesetas (el doble de lo que había costado Kempes) y Rainer debuta en pretemporada el 4 de agosto de 1978. Bajo un intenso calor, el Valencia se impone 0-5 al Gandía en el Guillermo Olagüe con *hat trick* del ‘Lobo’ Diarte, un gol de Cabral y otro, precisamente, de Bonhof. No sería su último tanto ese verano. Dos semanas después, a pesar de la jerarquía de Mario Kempes en el vestuario, el centrocampista alemán patea el penalti que sirve para doblegar al Huracán argentino en el Trofeo Naranja.

La destreza que tenía en el golpeo desde los once metros era una de sus numerosas virtudes. Y no se trataba de un aspecto casual ni derivado de la improvisación. Como recuerda uno de los porteros de aquella plantilla, Carlos Pereira, ambos practicaban a la conclusión de los entrenamientos. *“Me pedía que nos quedáramos media hora extra. Era increíble cómo le pegaba a la pelota, siempre buscando el hierro interior de la portería. Era incapaz de pararle un penalti incluso diciéndome el lugar por el que iba a tirar el balón”.*

Durante las dos temporadas que jugó en el Valencia consiguió veintidós goles. Dos de ellos, ambos de penalti, en el partido del que conserva mejor recuerdo. Un 4-0 al Barça en la Copa de 1979 que remontaba el 4-1 encajado en la ida. *“Fue una tarde memorable. Sentíamos que podíamos darle la vuelta a la eliminatoria con el apoyo de Mestalla. El estadio se encendió cuando conseguimos el cuarto gol en la prórroga”.*

Centrocampista de tremendo despliegue físico, siempre era el primero de los jugadores del vestuario en salir a calentar antes de los partidos de forma exhaustiva. En dos años, no tuvo lesiones de consideración, circunstancia que le permitió liderar la parcela ancha con un rendimiento excelente. *“Creo que los dirigentes del Valencia estaban satisfechos con mi nivel y los títulos que ganamos en aquellos años. Cuando haces una inversión tan importante esperas resultados”.*

La victoria en la Copa del 79 permitió al club de Mestalla participar en la Recopa de Europa en 1980, último año de Bonhof como valencianista. En competición europea, el pulmón alemán ofreció un rendimiento primoroso, jugando ocho partidos y haciendo tres goles: al Glasgow Rangers en octavos, al Barça en cuartos y al Nantes en semifinales. Eso sin contar el penalti que metió en la tanda de la gran final. El 14 de mayo, en Heyssel (Bruselas), Rainer no falló. Penalti al hierro, marca de la casa.

Días antes de esa gran final, Bonhof empieza a darle vueltas a la idea de regresar a Alemania, algo que supone un drama para la afición del Valencia. Pasado el tiempo, reconoce que se equivocó marchándose, exponiendo asimismo cuáles fueron sus razones: *“Yo tenía una cosa en la cabeza: quería jugar tres mundiales. Quería jugar el Mundial del 82 en España. Así que pensé que, para que me convocara mi seleccionador, era mejor jugar en mi país. Fue un error mío. No me comporté de forma correcta con Ramos Costa ni con Salvador Gomar”*.

La posibilidad de la marcha de Bonhof acabó filtrándose a la prensa tras la final contra el Arsenal. Algo que provocó una movilización en la afición durante las celebraciones de la Recopa. Los cánticos de los aficionados llegaron a hacerle llorar. Aún hoy, sigue emocionándose recordando aquella inolvidable tarde de mayo en la que dijo adiós a Mestalla. *“La época mía en Valencia fue inolvidable para mí y para mi mujer. Las imágenes de la gente hacen que todavía sienta emoción cuando hablo sobre esto”*. Esta es la historia de Rainer Bonhof. Melena rubia rizada, cabeza al frente, pulmón incansable. El mejor lanzador a pelota parada en toda Europa, infalible desde el punto de penalti. Jugador grande y corazón enorme. Lo suficiente para reconocer públicamente que esos dos años junto a nosotros debieron ser muchos más.

026

∞ CARLOS “EL LOBO” DIARTE

En antítesis a momentos gloriosos que se dieron sobre la campana -el milagroso cabezazo de Forment para acercar la Liga de 1971 o la remontada al Real Madrid en 1992 con dos tantos en el último minuto a cargo de Fernando y Roberto, por poner algunos ejemplos- este compendio histórico del Valencia tiene que detenerse, forzosamente, en el gol más rápido en cien años de murciélago. Su autor fue un delantero centro paraguayo que llegó a Mestalla procedente del Real Zaragoza, coincidiendo con el comienzo de la temporada 1976/77: Carlos ‘Lobo’ Diarte.

Nacido en Asunción el 26 de enero de 1954, fue el pequeño de ocho hermanos que tuvieron que criarse junto a su madre, ya que el padre abandonó el hogar familiar cuando Carlos apenas tenía dos años. Delantero alto (1’88 cm) y potente, buen cabeceador y no exento de regate, debutó con dieciséis años en el Olimpia, el club más laureado de Paraguay. Precisamente allí iba a ponerle el apelativo de ‘Lobo’ un compañero de vestuario, Mario Ribarola, por su zancada larga y rápida.

Tras proclamarse campeón de Liga en su país en 1971, Diarte se plantea dar el salto a Europa y acaba aceptando una oferta del Real Zaragoza en el verano de 1973. En el club maño permanece tres campañas, formando parte del denominado equipo de los ‘zaraguayos’, ya que coinciden en el tiempo hasta cuatro compatriotas: Saturnino Arrúa, Adolfo Soto, Felipe Ocampos y el propio Carlos. Acabada su última temporada en La Romareda -la más

prolífica, con dieciséis goles-, el Valencia toma la decisión de ficharle en una operación que rondó los sesenta millones de pesetas.

Su llegada a Mestalla se produce en una época en la que Ramos Costa realiza importantes inversiones en jugadores. En el comienzo de la temporada 76/77, se incorporan junto a Diarte futbolistas por los que se paga traspaso como Carrete, Castellanos, Botubot y, sobre todo, Mario Alberto Kempes. El arranque de campaña del Lobo es sensacional. Además de ver portería en pretemporada contra FC Amsterdam o CSKA de Moscú, en septiembre consigue cinco goles en Liga ante Real Sociedad, Espanyol (2) y Elche (2). A pesar de que el Valencia no puede levantar título alguno, finaliza el año con veintitrés tantos, dejando una magnífica tarjeta de presentación a la afición valencianista, formando tridente de ataque junto al Matador Kempes y al holandés, Johnny Rep.

En la siguiente temporada, llegaría el gol citado anteriormente, el más rápido en un siglo de historia. Se trataba de una acción de estrategia, que el equipo trabajaba en los entrenamientos a las órdenes de Marcel Domingo. Aprovechando que el cancerbero rival solía estar adelantado en el momento del saque de centro, el Valencia preparaba una jugada de pizarra que, esa lluviosa tarde del 4 de diciembre de 1977, salió perfecta. Diarte sacó de centro con un toque suave hacia Felman y salió disparado hacia el marco de Esteban, guardameta del Elche. Darío retrasó unos metros la posesión, combinando con Kempes que, viendo que el Lobo ya se acercaba a la frontal del área rival, mandó un envío largo y medido a la cabeza de Carlos quien, ante la posición avanzada del portero ilicitano, remató en parábola consiguiendo el 1-0. Apenas habían transcurrido diez segundos. Muchos espectadores todavía se encontraban en las entrañas de Mestalla o accediendo al estadio y se lo perdieron. Ese fue, curiosamente, el único tanto que consiguió esa campaña en Liga.

Como le sucedería en Zaragoza, se marchó del Valencia al cumplir su tercer año en el club. Antes, sin embargo, pudo festejar la consecución del título de campeones de Copa que el equipo consiguió la tarde del 30 de junio de 1979 en el Vicente Calderón ante el Real Madrid. Abandonó Mestalla para proseguir su carrera en España, comprometiéndose con Salamanca y Real Betis. Después, probaría la aventura francesa en el Saint Étienne, antes de colgar las botas en 1987 tras contribuir a otro título de Liga paraguaya en el Olimpia.

Hombre polifacético, era un enamorado de la música y la guitarra, a la que se entregaba en las largas concentraciones de pretemporada haciendo las delicias de sus compañeros. Ya retirado, desarrolló una prolífica carrera

también como entrenador, pasando por los banquillos de -entre otros- Salamanca, Atlético de Madrid B, Nàstic de Tarragona o la selección nacional de Guinea Ecuatorial. Coincidiendo, precisamente, con su etapa como técnico de dicho país centroafricano, en 2009, le fue diagnosticado un cáncer que se lo llevaría al cielo de los grandes goleadores el 29 de junio de 2011.

Convaleciente, se refugió en la poesía durante sus últimos meses. Admiraba a los autores de la generación del 27, a sus paisanos Josefin Pla y Augusto Roa Bastos y, sobre todo, al poeta asturiano Ángel González.

El propio Carlos sigue teniendo cientos de poemas registrados, incluido el que cierra el capítulo, dedicado al Valencia, en su 75º aniversario:

*Volando vine desde el sur, crucé el charco y me hice camino
Te encontré a la vera de un río, penetré por el umbral de tu puerta,
Cobijándome en tu orbe triunfante
Entonces comprendí ¡Cuán grande eras!
¡Cuántos hombres forjaron tu historia!
Así, en mi asombro pasajero
Encendí una chispa luminosa de recuerdos
Y la escribí en tus páginas, para extender tu grandeza
Aquel que viniera en tu morada, me imite
Pero no con una chispa de luz, sino con inmensas llamas de victorias
Para ver siempre iluminado tu nombre
En la gloria de los grandes.*

027

∞ DARÍO FELMAN

El Valencia de finales de los setenta y principios de los ochenta era mucho más que simplemente las hazañas de Mario Alberto Kempes. El astro argentino estaba rodeado de un grupo de secundarios de lujo, que hubieran sido titulares en cualquiera de los grandes transatlánticos europeos del momento. Uno de ellos era su compatriota Darío Felman. Autor de goles de enorme importancia en las seis temporadas que perteneció al club de Mestalla, se ganó el respeto del entorno por su honradez y trabajo. Atacante con gran capacidad de desequilibrio, llegó a la ciudad casi en el último minuto del mercado de fichajes y lo hizo para quedarse.

Darío nació en la provincia argentina de Mendoza un 25 de octubre de 1951. De barrio humilde, crece con la pelota pegada al pie, jugando horas y horas en el potrero. Aunque en aquel tiempo el balón no fuera precisamente de reglamento, como él mismo nos recuerda: *“Eran años difíciles, en los que uno no podía ni soñar con tener una pelota oficial. Recuerdo jugar partidos incluso con alguna hecha de papel”*.

Hincha de Boca Juniors desde niño, Felman cumple su sueño en 1975, tras pasar por Gimnasia y Esgrima e Independiente de Rivadavia: fichar por el conjunto xeneize. Fue el mítico entrenador, Juan Carlos el ‘Toto’ Lorenzo, quien le hizo alcanzar un rendimiento altísimo, siendo titular indiscutible en la plantilla de Boca que consigue el campeonato nacional en 1976 y la Copa Libertadores en 1977, la primera en la historia del club bonaerense.

Una hazaña que rememora así Darío Felman: *“Tuve el placer de conseguir un título único, y quedar ahí en la historia del equipo que en Argentina es considerado como el de la mitad más uno del país. Fuimos los pioneros y eso me llena de orgullo, porque antes que nosotros pasaron millones de jugadores con mucho prestigio”*.

Como campeón de América, Boca Juniors recibe una invitación para disputar el Joan Gamper en la edición de 1977, torneo en el que el Valencia acude a verle en directo. El responsable del informe que recomienda su fichaje es el mismo que se encarga de descubrir al 99% de futbolistas que llegaron a Mestalla entre finales de los setenta y principios de los ochenta: Pasieguito.

La operación de traspaso se cierra con un sorprendente condicionante. Como campeón de la Libertadores, Boca tenía que disputar la final de la Copa Intercontinental con la temporada siguiente ya iniciada. José Ramos Costa, presidente del Valencia, aceptó que Felman regresara a la disciplina xeneize para jugarla. En La Bombonera, el 21 de marzo de 1978, el equipo argentino y el Borussia Mönchengladbach empataron a dos (uno de los tantos alemanes, por cierto, fue de Rainer Bonhof, que el año siguiente se convertiría en compañero de Felman en Mestalla). La vuelta se disputa en Alemania el 1 de agosto. Boca vence claramente (0-3) y Darío consigue el primero de los goles del partido a los dos minutos de juego.

Sin apenas realizar pretemporada, Felman debuta en partido oficial un 24 de septiembre de 1977. El Valencia se impone 6-1 al Hércules con cuatro goles de Kempes, en una de esas tardes épicas del matador. Así considera Darío al mito valencianista, con el que compartió infinidad de partidos: *“Mario era un marciano. Amaba jugar al fútbol, nos concentramos juntos 6 temporadas. Imagínate si habremos hablado de la vida y de todo. Yo le he visto destrozado antes de un partido, con 40 grados de fiebre, y al día siguiente jugar. Como jugador, era un tanque alemán, no lo podías parar, tenía un golpeo de balón único en el mundo. Ese es el mejor jugador que ha pisado esta tierra, de largo”*.

Mario Kempes era la estrella de aquel Valencia. Y lo era, en parte, por la capacidad que tenía Felman de llevarse defensas con su estilo explosivo y batallador. Siempre con la pelota pegada al pie, Darío buscaba encarar permanentemente. Y además hacía goles. Consiguió 41 en seis temporadas. Algunos muy importantes. Uno de los más recordados, contra el Barça. El 18 de abril de 1979, el conjunto valencianista completaba una remontada histórica ante el delirio de un Mestalla abarrotado. En la vuelta de los octavos de final de Copa, un tanto de Darío Felman suponía el 4-0 con el que el equipo entrenado por Pasieguito volteaba el 4-1 de la ida en el Camp Nou.

No iba a ser la última aportación del atacante argentino en esa edición de la competición del KO que acabaría ganando el Valencia. En semifinales, con gol de Felman, el murciélago se imponía 2-0 al Valladolid en el encuentro de ida disputado en Mestalla el 20 de junio. Cuatro días más tarde, después de que el conjunto pucelano igualara la eliminatoria con tantos de Santos y Rincón, de nuevo aparecía Darío para firmar el 2-1 y meter al equipo en la gran final de Copa que consagró a Kempes como mito eterno.

Después de saborear la gloria en su segunda temporada en la ciudad, una pesadilla al año siguiente. La documentación de su traspaso como oriundo origina una intervención y posterior denuncia de la FIFA al descubrirse que había llegado a debutar con la selección absoluta de Argentina. El partido, contra Hungría, era imposible de ocultar. Esa noche también se había estrenado Maradona. Darío Felman tuvo un comportamiento ejemplar durante el año de inhabilitación: *“No podía jugar ni los amistosos. Di Stéfano me explicaba que en esos partidos tenía que ver a los futbolistas que menos participaban y yo lo entendí. Eso sí, jamás falté a un entrenamiento”*.

En su regreso a los terrenos de juego tras la sanción, Felman anota otro gol determinante para conseguir un título, esta vez europeo. El 25 de noviembre de 1980, Darío marca en la ida de la Supercopa de Europa contra el Forest disputada en el City Ground de Nottingham. Un tanto que el delantero argentino recuerda con especial cariño: *“Hice un gol de cabeza, que yo debo haber hecho de cabeza dos goles en toda mi vida. Y uno le tocó al Forest. Ese gol nos dio la posibilidad luego de resolver en Mestalla y ser campeones”*.

Tras conseguir la milagrosa salvación contra el Real Madrid en 1983, el club -en graves problemas económicos- opta por deshacerse de algunos de sus mejores jugadores. Uno de ellos es Felman, que regresa a Gimnasia y Esgrima para acabar colgando las botas tres temporadas después. La vuelta a Argentina fue solo temporal. Darío fija su residencia en Valencia, atrapado por la magia de la *terreta*. Aquí sigue viviendo rodeado de sus hijos y nietos. Uno de ellos, Gael, ya empieza a seguir el camino de su abuelo. Lo lleva en el ADN. El sello Felman. Trabajador incansable, puro desequilibrio, el socio perfecto para el matador Kempes.

028

∞ PABLO RODRÍGUEZ

En otra maniobra excepcional del genio Pasieguito, el Valencia se hizo con los servicios de un extremo zurdo que causaba sensación en los campos de Mareo por su rapidez y capacidad de desborde a mediados de la década de los setenta. Su nombre era Pablo Rodríguez y había nacido, como Pepe Carrete, en Turón, una cuenca minera asturiana con gran tradición futbolera. A falta de escuelas y categorías inferiores, los torneos entre barrios alimentaban los sueños de aquella generación que creció tirando gambetas con pelotas de trapo, como nos cuenta Pablo: *“En aquel tiempo no era como ahora. Hasta los catorce o quince años no podíamos jugar federados. Así que no había otra que jugar en el colegio o en la calle con el balón del rico del pueblo o una pelota mucho peor. Recuerdo partidos de mucha rivalidad de mis hermanos mayores con el barrio de la zona en la que vivía Carrete”*.

Durante la adolescencia, Pablo Rodríguez compagina el fútbol con la continuación de su proceso formativo. Aunque a nivel universitario no acaba de encontrar el rumbo y tiene que ganar sus primeros jornales trabajando en una pastelería. Todo cambia cuando, siendo todavía juvenil, el Turón empieza a pagarle un sueldo: *“A pesar de que no era profesional, el equipo de mi pueblo me pagaba un buen dinero, más de lo que conseguía trabajando”*. Sensacional jugador de banda, habilidoso y explosivo, una permanente revolución en la siniestra, el extremo de Turón despierta el interés del Sporting de Gijón, que le ficha antes de cumplir la mayoría de edad.

En Mareo le descubre Pasieguito, técnico del primer equipo gijonés durante dos años. En ese momento, Pablo todavía pertenece a la disciplina del filial, pero Bernardino le toma la matrícula y, de vuelta a Valencia como director deportivo, recomienda su incorporación cuando el ojeador del club de Mestalla en la zona de Asturias, el exjugador José Ramón Fuertes, advierte de su crecimiento futbolístico: *“Estando en la mili, en Logroño, se presenta Salvador Gomar (gerente del club valencianista) para comunicarme que están negociando mi fichaje. Yo había estado un año sin poder jugar por un problema federativo y al enterarme sentí una alegría inmensa”*.

El presidente José Ramos Costa cierra la operación del fichaje de Pablo Rodríguez, que llega a la ciudad en el verano de 1977, con tan solo veintidós años. El asturiano inicia la temporada en el filial. Hasta que se produce su debut con el primer equipo en partido oficial. El 8 de abril de 1978, el Valencia se impone (7-0) al Rayo Vallecano y el extremo zurdo salta al terreno de juego mediada la segunda parte en sustitución de Ricardo Arias. A los pocos minutos de estar sobre el césped, rompe por fuera y centra para generar el séptimo gol valencianista, obra del matador Kempes, que esa tarde hizo cuatro tantos. Así recuerda el momento Pablo: *“Para mí supuso una ilusión tremenda poder debutar después de estar jugando con el filial casi toda la temporada. Recuerdo además hacer la jugada del 7-0, buscando el centro a Kempes para que marcara. Lo que pasa es que después fuimos a Bilbao, perdimos 4-1 y Marcel Domingo ya no me puso más”*.

Tras ese castigo por parte del entrenador francés, Pablo Rodríguez desaparece del once y en el comienzo de la siguiente campaña (1979/80) parte con el cartel de transferible. De hecho, el nuevo entrenador –Alfredo Di Stéfano– ni siquiera lo convoca para la gira de pretemporada que la plantilla realiza en Japón. En los primeros meses de competición, el extremo zurdo únicamente tiene minutos –desde el banquillo, además– en un amistoso que el Valencia gana (1-4) en el Guillermo Olagüe de Gandía. Pablo, eso sí, anota uno de los goles valencianistas. No juega nada. Hasta que una mañana, estando en casa, suena el teléfono: *“Vivía con Manzanedo, Sempere y Pereira y me llaman por teléfono después de un entrenamiento para decirme que tenía que viajar con el equipo a Glasgow. Casi no podía creérmelo, en ese momento nunca iba ni convocado”*.

En Glasgow tenía que afrontar el equipo de Mestalla un envite complicado: remontar el 1-1 que había cosechado en el encuentro de ida de los octavos de final de la Recopa de Europa. Motivado por su inclusión en la lista de convocados, el jugador asturiano realiza un entrenamiento excepcional y, al poco de llegar al hotel, recibe en su habitación la visita del entrenador: *“Alfredo Di Stéfano tenía la costumbre de hablar la noche anterior con los que*

iban a ser titulares al día siguiente. Yo en ese viaje compartía habitación con Subirats y cuando nos dijo que íbamos a jugar los dos no sabía ni que decir”.

A falta de verbo ante el míster, Pablo se expresó en el césped. El 7 de noviembre de 1979, en Ibrox Park, el puñal de Turón –que esa noche se estrenaba en competiciones europeas- cuaja una actuación excepcional, contribuyendo a la victoria del Valencia (1-3) con dos goles de Mario Kempes y uno de Rainer Bonhof. El debutante sale de Escocia con un puesto en el once casi garantizado y con un apodo, gentileza del genial Salvador Gomar, que ya sería eterno: *“Después de jugar me comentó que, como me pasé todo el partido corriendo de un lado para otro, desde el palco solo se me veía a mí en movimiento con el pelo a lo afro y parecía una ardilla”.*

Tras la hazaña de Glasgow, Pablo repite como titular el 11 de noviembre en el Vicente Calderón. Con gol de Saura, el conjunto valencianista gana (0-1) y el asturiano ya no desaparecería de las alineaciones de Don Alfredo. Tan importante se vuelve para el sistema del equipo que Di Stéfano recurre a sus mejores dotes motivadoras en la previa de otra eliminatoria de Recopa, en este caso ante el Barça. La fórmula funciona. El Valencia se impone (0-1) con gol de Pablo Rodríguez, que nos recuerda así la secuencia: *“Veníamos de un partido en Burgos con muchísimo frío y yo tenía molestias en la zona de la ciática. En el hotel le comenté al míster que no sabía si podría estar al día siguiente. Me sentó y empezó a contarme que él había jugado una final de Copa de Europa con el tobillo que no le cabía en la bota. Me motivó de tal forma que, al acabar la charla, subí a mi habitación corriendo por las escaleras en lugar de coger el ascensor”.*

Pablo, que había sido decisivo en las eliminatorias contra Glasgow Rangers y Barça, volvió a serlo en la gran final ante el Arsenal. El extremo asturiano no titubeó a la hora de afrontar el tercer penalti valencianista de la tanda, batiendo a Jennings, guardameta inglés, con un zurdazo de interior *al ferro*. *“Ya había tirado penaltis en Gijón y en el Mestalla. Estaba convencido de que lo metía. Porque los penaltis son más convicción que técnica. Aunque debo confesarte que cuando falló Kempes empezó a temblarme todo”.*

El Valencia gritó esa Recopa como después gritaría la Supercopa de Europa antes del declive. Cuando vinieron mal dadas, el de Turón fue uno de los que dio un paso al frente para rescatar al club del abismo del descenso. A la conclusión de la temporada 1983/84 abandonó la entidad. Esta es la historia de Pablo Rodríguez, continuador de la gran saga de extremos zurdos de Mestalla que iniciaron Gorostiza y Seguí. Valiente, rápido, eléctrico, asturiano de nacimiento pero valencianista de corazón al que Ibrox Park le cambió la vida, convertido en ardilla eterna.

CAPÍTULO 9

SOLO FUE UNA PESADILLA

∞ José Manuel Sempere
Quique Sánchez Flores
Javier Subirats
Carlos Arroyo

029

∞ JOSÉ MANUEL SEMPERE

Hasta que el Barça consiguió su primer título en 1992, solo un equipo español había sido capaz de ganar la Supercopa de Europa: el Valencia. Mucho antes de Messi y Cristiano Ronaldo y, sobre todo, mucho antes de que llegaran los contratos televisivos que iban a convertir la Liga en un duopolio sin excesiva emoción, el club de Mestalla se impuso al Nottingham Forest en la gran final de 1980, disputada en aquel entonces a doble partido.

En la vuelta, que se jugó en el coliseo valencianista la noche del 17 de diciembre, el joven guardameta del Valencia tuvo una actuación fundamental para dejar la portería a cero y contribuir al triunfo local, gracias a un solitario tanto del uruguayo Morena ya iniciada la segunda parte. Ese portero de tan solo 22 años acababa de debutar de forma oficial. Su nombre era José Manuel Sempere.

Sin el boato de otros grandes cancerberos que han defendido el escudo del murciélago a lo largo de un siglo, Sempere sigue siendo el más longevo en la historia de Mestalla. Dieciséis temporadas ocupando la portería valencianista. Su historia, como la de tantos otros fichajes, comienza por casualidad. José Manuel estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno. Ese lugar era Orihuela, como él mismo nos explica: *“Fue casual. Yo debuté en un Orihuela-Murcia y en ese partido había ojeadores del Valencia. Pero no venían a verme a mí. Habían hecho el viaje para ver a un*

central del Murcia, un tal Vidaña. Lo hice bien y empezaron a seguirme. Después jugamos un partido con el Mestalla, perdimos 2-1 pero me salieron las cosas. Y a partir de ahí fue cuando me fichan”.

José Manuel Sempere se estrena en partido oficial unos meses antes de la gran final de la Supercopa de Europa. El 27 de septiembre de 1980, el Valencia aplasta al Barça en el Camp Nou (0-3) con dos goles de Solsona y uno de Morena. Pasieguito, gran valedor de su fichaje, le proporciona esa primera oportunidad en la cuarta jornada de una Liga en la que nadie pensaba que el guardameta de Torrellano jugaría tan pronto. Tenía mucha competencia, empezando por Carlos Pereira, el héroe de la final de la Recopa en Heysel contra el Arsenal. *“En teoría, el número uno era él, el dos era Manzanedo y el tres era yo. Incluso estaba también Balaguer”.*

A pesar de haber dejado la portería a cero contra el Barça y cuajar excelentes actuaciones contra Salamanca, Zaragoza o Real Madrid, al que el Valencia doblega en Mestalla (2-1) con doblete de Mario Kempes, Sempere se queda fuera del partido de ida en la final de la Supercopa de Europa. La decisión del cuerpo técnico -elegir a Pereira como titular-, está fundamentada, tal y como explica José Manuel: *“Hay que tener en cuenta que jugábamos la Supercopa de Europa gracias a sus intervenciones en los penaltis de la Recopa contra el Arsenal. Además, el rival volvía a ser un equipo inglés y él tenía un gran dominio del juego aéreo. Pasieguito incluso tuvo el detalle de hablar conmigo para darme explicaciones y yo recuerdo decirle que no tenía que decirme nada, que le entendía perfectamente. La verdad es que allí en Inglaterra estuvo muy bien en un partido difícil”.*

La magnífica gestión de vestuario llevada a cabo por Pasieguito hizo que ambos porteros se sintieran partícipes del título conseguido. Pereira disputa la ida en el City Ground de Nottingham y Sempere, que a pesar de su juventud ya tenía la consideración de titular en Liga, es el encargado de defender la portería en Mestalla. Un partido trepidante que acaba decidiéndose en una acción de oportunismo a cargo del uruguayo Morena. Así recuerda José Manuel Sempere aquella noche: *“Jugamos miércoles en casa. Veníamos con un 2-1 de Inglaterra, que era un resultado bueno. Aquí es verdad que nos apretaron y sufrimos bastante, pero nosotros sacamos nuestras armas y llegó ese gol de rechace que parecía que no iba a entrar nunca, pero entró. Fue un momento de mucha alegría, teníamos un gran equipo ese año”.* Hoy, más de cuarenta años después, Sempere y Pereira, compañeros que supieron respetarse dentro de la lógica competencia, son amigos íntimos. Mantienen una estrecha relación de fraternidad desde aquel mes de octubre de 1980. La Supercopa de Europa les unió para siempre.

El guardameta de Torrellano, convertido en hombre de la casa con el paso del tiempo, fue uno de los pocos integrantes de la plantilla que permaneció en el Valencia en la etapa de decadencia económica y descenso a Segunda División. Con perspectiva, hoy analiza su rendimiento esa temporada 1985/86 en la que el club perdió la categoría y se reprocha no haber estado mejor bajo palos: *“Siempre me quedó la sensación de que, si hubiera hecho un poquito más, el equipo no hubiera bajado. Descendimos por un margen escaso de puntos y alguna parada en partidos puntuales quizá nos hubiera salvado”*.

En cualquier caso, al año siguiente pudo sacarse la espina. Aquella campaña en el infierno, José Manuel completa 31 encuentros oficiales, siendo pieza clave para el ascenso del Valencia, cuya portería defendería de forma excepcional hasta que decidió retirarse en el verano de 1995. Guardameta ágil, de extraordinarios reflejos y gran capacidad de colocación, su carácter reservado le hizo ganarse el apelativo de ‘*el mudo*’ en el vestuario. Aunque el capítulo que tienen entre sus manos demuestra que, de mudo, nada. Habla claro y desde el corazón.

030

∞ QUIQUE SÁNCHEZ FLORES

Antes del *“pierdo un cargo, recupero una vida”*, mucho antes de la guerra civil con Carboni, un joven lateral, -mezcla de fútbol y flamenco en el ADN- iba a cumplir su sueño de infancia y adolescencia: jugar en el Valencia, club al que perteneció durante una década. Quique Sánchez Flores -tratándose de quien se trata, es fundamental escribir los dos apellidos- disputó 391 partidos con la camiseta del murciélago, siendo pieza clave en el ascenso a Primera y en las posteriores clasificaciones del equipo de Mestalla para competiciones europeas. Defensa de banda adelantado a su tiempo por su marcado carácter ofensivo, consiguió asimismo ser internacional absoluto en septiembre de 1987.

Hijo de Isidro, el que fuera bravo lateral de Real Madrid, Betis y Sabadell, entre otros, y Carmen, cantaora y bailaora flamenca, hermana de Lola Flores, Quique supo del Valencia prácticamente desde la cuna. El responsable de ello fue su padrino, el gran Alfredo Di Stéfano, como el propio jugador nos explica: *“Se encargaba de enviarme balones firmados y camisetas en la época suya de entrenador en Mestalla en 1971. Recuerdo guardarlos en vitrinas nada más recibirlos porque no quería que se borrraran”*.

Con padrinos así, es lógico que el fútbol pudiera con las sevillanas y, con tan solo nueve años, Sánchez Flores ya formaba parte de los alevines del Real Madrid. A los dieciséis, era indiscutible en Tercera División con el Pegaso. Fue precisamente en este equipo de la localidad madrileña de Tres Cantos donde le descubrió Roberto Gil, quien -tras una eliminatoria de ascenso a

Segunda B entre Pegaso y Alzira- recomendó a Salvador Gomar su fichaje. La negociación comienza en Madrid pero se cierra en un motel de carretera cercano al actual circuito de Cheste. Para Quique, fueron días inolvidables: *“La primera reunión fue con el directivo Vicente Alegre en Madrid, yo era casi un niño, tenía diecinueve años. Después vinimos mi madre y yo a Valencia con Roberto Gil. Fue todo muy rápido. Lo recuerdo con muchos nervios. Daba un paso de gigante y además fichaba por el que había sido mi club desde muy pequeño”*.

La de Quique es una historia de valencianismo. Quique eligió el Valencia. Primero, siendo niño. Pudo optar por cualquiera de los clubes en los que jugaba su padre, pero se enamoró del equipo que entrenaba su padrino tras escuchar por la radio una victoria en Sabadell con gol de Antón. Después, como futbolista. La temporada anterior de su llegada a Mestalla tuvo opciones de marcharse al Mallorca. Pero, como él mismo reconoce, prefirió esperar: *“Un año antes de venir al Valencia, estando en la selección española sub'18 jugando el Europeo, surge la posibilidad de ir a Palma. Lo pensé bien. Creía que era demasiado pronto. Había mucha competencia en el puesto y dije que no. Afortunadamente, con el tiempo apareció mi club y entonces ya no tuve dudas”*.

Roberto Gil lo tiene tan claro para plantear su fichaje como para hacerle debutar. Aunque las circunstancias no fueran las idóneas. El estreno de Quique se produce en Elche el 1 de septiembre de 1984. Días después de ese partido, debe incorporarse al servicio militar en Alicante durante mes y medio. A pesar de ello, el técnico decide que juegue de inicio en el lateral derecho, marcando al peligroso extremo Julio Suárez. La apuesta sale a la perfección. El equipo gana 0-1 con gol de Tendillo y Sánchez Flores completa una actuación notable. Cumplidos sus deberes con *la mili*, disputa 32 encuentros oficiales en su primera temporada en Mestalla. En la siguiente, lo juega prácticamente todo, aunque le toca vivir una de las situaciones más duras de su carrera: el descenso a Segunda.

Esa temporada en el infierno es, sin embargo, la de su explosión como futbolista. Autoexigido para que nadie pensara que jugaba porque el entrenador era su padrino, Quique consigue nueve goles -actuando como lateral- y es, sin lugar a dudas, una de las claves para el ascenso del Valencia. Don Alfredo Di Stéfano, como después le ocurriría con Guus Hiddink, le daba libertad para incorporarse al ataque. Ese año en la categoría de plata forja sociedades que después funcionarían a la perfección en Primera, como nos cuenta Sánchez Flores: *“Admiraba mucho a Carlos Arroyo, creo que era un jugador que tenía un talento muy superior a la media. Y a Fernando, un futbolista diferente a todos los demás. Me entendía muy bien con los dos”*.

Tras quedar campeón, tanto en la temporada como en el playoff que se disputa después, el ascenso valencianista queda sellado el 30 de mayo de 1987 con gol de Quique ante el Recreativo de Huelva. Así recuerda la jugada: *“Era el 2-0 y ahí se acababa el sufrimiento. Recibo un balón ya dentro del área y veo la posibilidad del palo derecho de Trujillo. Le pegué de exterior y entró. Fue una alegría inmensa, única”*.

Ese año de tremenda evolución, también con la selección española sub'21, con la que se proclama campeón de Europa en la final contra Italia disputada en Zorrilla, provoca la llegada al club de una oferta muy seria. Jesús Gil pretende su fichaje y pone encima de la mesa 200 millones de pesetas. Quique, pudiendo acogerse al artículo 1006 para irse, no quiso traicionar al club que le había permitido debutar en la élite. Asentado en el Valencia de Primera, siendo dueño y señor de la banda derecha hasta que se marcha en 1994, el defensa madrileño contribuye a la clasificación del club para competiciones europeas en cuatro de las siguientes siete temporadas. El equipo de Mestalla acaba cuarto en dos ocasiones (1992 y 1993), tercero (1989) y subcampeón de Liga (1990) durante ese lapso de tiempo. Posiciones todas ellas que hoy supondrían la clasificación para la Champions League.

Cumplido el décimo año en la entidad valencianista, considera finalizado un ciclo y ficha por el Real Madrid. Su despedida fue como si el propio Quique la hubiera guionizado. Con goleada en Mestalla al Valladolid (5-2) y un doblete suyo. Fue su último servicio al club como jugador. Un simple *‘hasta luego’*.

Porque, como su tía Lola había anunciado décadas antes viéndole jugar a las chapas en el domicilio familiar de los Flores, los banquillos estaban en el destino de su sobrino. Once años después de ese emotivo encuentro contra el Valladolid, Quique volvía a Mestalla. Esta vez como entrenador. Las dos temporadas completas que dirige al equipo son brillantes, con sendas clasificaciones para Champions. Tercero en 2006 y cuarto en 2007. Desgastado por una cruenta guerra fría con el director deportivo, Amedeo Carboni, Sánchez Flores sufre un cese con nocturnidad y alevosía la madrugada del 28 al 29 de octubre de 2007. En ese momento, el Valencia era cuarto en Liga, a tan solo cuatro puntos del líder.

El tiempo, eso sí, ha curado todas las heridas y Quique mantiene el sentimiento valencianista intacto. El mismo que tenía aquella tarde en la que, siendo niño, descubrió a través de la radio que el equipo de su corazón, con gol de Antón, acababa de ganar en la Nova Creu Alta de Sabadell.

031

∞ JAVIER SUBIRATS

Pocos jugadores se han marchado de Mestalla saliendo a hombros tanto del césped como por la puerta principal de la Avenida Suecia. Ese privilegio corresponde a Javier Subirats. Para entender su historia en el Valencia, hay que empezar por el final. *Subi* colgó las botas habiéndose ganado el respeto de todos. En el día de su adiós, un 6 de mayo de 1990, no faltó de nada: pancarta gigante en el Gol Norte, el equipo de su corazón proclamándose subcampeón de Liga tras golear (4-0) al Logroñés y una imagen para la posteridad. Sus propios compañeros llevándole en volandas desde el centro del terreno de juego.

Muy querido por símbolos eternos del club como Ricardo Arias o Mario Kempes, Javier era un centrocampista de enorme calidad y recorrido en la medular. Un comodín en la parcela ancha que hacía goles todas las temporadas -consiguió 65 como jugador del Valencia- pero que, sobre todo, disfrutaba repartiendo felicidad en forma de pases. Una máxima que a Subirats le nace mucho antes de convertirse en futbolista profesional, siendo un proyecto de periodista que entrevistaba a uno de sus ídolos, recién conseguida la Liga de 1971. El propio *Subi* nos lo explica: *“Siendo estudiante, acudí a una charla en la que estaba Sergio, el jugador que acababa de ser campeón con el Valencia y, en el turno de preguntas, quise saber si para él era más importante marcar goles o dar asistencias. A mí, desde niño, lo que me hacía feliz en el campo era dar el pase definitivo”*.

El club de Mestalla incorpora a Javier tras un partido amistoso disputado en el Gerardo Salvador de Paterna, lugar de nacimiento de Subirats. *“Me ven en un torneo de fiestas jugando en el equipo de mi pueblo y, como había muy buena relación con Ramos Costa, que en aquel momento era presidente, no hubo ningún problema en la negociación”*. Debutar y besar el santo. El día de su estreno en partido oficial, ya deja impronta de su calidad. El 29 de enero de 1978, saliendo desde el banquillo cuando el Valencia perdía 1-0 en el Ramón de Carranza, fabrica el empate a los cuatro minutos de saltar al terreno de juego: *“Fue una jugada por banda izquierda. Regateo a Rosado, que era el lateral derecho del Cádiz en aquel momento, centro con la izquierda y, de cabeza, Higinio marca el 1-1. Después, Saura hizo el 1-2 en el último minuto y acabamos ganando el partido”*.

Subirats, sin embargo, no pudo tener la continuidad deseada. Pero no fue por un problema futbolístico ni de adaptación. A Javier, como a tantos otros en aquella época, le tocó hacer *la mili*. Destinado a Girona, Ramos Costa negocia una cesión al conjunto gerundense mientras se extiende el periodo del obligatorio servicio militar. Allí se enfrentaría, curioso, al Valencia, en partido correspondiente a la primera eliminatoria de la Copa del Rey 1978/79. Esa edición acabaría en las vitrinas de Mestalla, después de los dos rechazos de Kempes al Real Madrid en el Vicente Calderón.

Ganar la Copa propició que el club disputara la Recopa de Europa en la temporada siguiente. Competición en la que el centrocampista de Paterna maravilló a toda la prensa escocesa jugando, junto a Pablo Rodríguez, un partido portentoso en Ibrox Park. Di Stéfano apostaba en aquella época por un dibujo táctico que ahora se ha puesto muy de moda: *“Es verdad que hay mucha gente que lo acaba de descubrir. Pero nosotros con Alfredo ya jugábamos con un 4-3-3. En el centro del campo, Castellanos más defensivo y, por ejemplo en aquel partido de Glasgow, Rainer y yo más adelantados”*.

A pesar de haber conquistado Recopa y Supercopa de Europa a principios de la década de los ochenta, Subirats le otorga tanta o más importancia al hecho de haber conseguido el ascenso con el Valencia en 1987, solo un año después de haber perdido la categoría: *“La gente que nos quedamos teníamos un espinazo clavado. Poder sacárnosla tan rápido fue algo fantástico. Contábamos con un grupo de gente joven que aprendió mucho con nosotros y después siguió en el club para hacer historia. Devolverle a la afición lo que le habíamos quitado un año antes fue un gran descanso”*.

Quién le iba a decir a Javier que, una vez consumado el ascenso y consolidado el equipo en la élite tras proclamarse subcampeón de Liga el día que se retiraba en 1990, años después iba a ser el arquitecto de

alguna de las mejores plantillas que ha tenido el Valencia a lo largo de su centenaria historia. Repasar junto a él los nombres que firmó -entrenadores y jugadores- en su trayectoria como director deportivo impresiona: *“Ranieri en su primera etapa, Cúper, Benítez... Todos acabaron sus contratos. Y, en cuanto a jugadores, muchos son recordados por todo lo que consiguieron. Villa, Baraja, Cañizares, Ayala, Aimar que fue un jugador espectacular.... Estoy muy orgulloso de todo lo que conseguimos en aquellos años”*.

Un gol hace feliz a una persona. Una asistencia a dos. Y fichajes como los que realizó Javier Subirats nos hicieron felices a millones de valencianistas. Como ideó Rafa Lahuerta en aquella pancarta que despedía a *Subi* en el Gol Norte de Mestalla, *‘Leyenda y fidelidad’*. Es imposible definirlo mejor.

032

∞ CARLOS ARROYO

Como ocurre con la gran mayoría de jugadores que llegan a la cumbre, el fútbol era la gran pasión de Carlos Arroyo desde niño. Sus sueños comienzan a tejerse en el humilde barrio madrileño de Cuatro Vientos, que limita al sur con las poblaciones de Leganés y Alcorcón. Precisamente desde este último municipio iba a salir con dirección al Valencia después de una meteórica progresión que le hizo debutar en Tercera División siendo todavía juvenil. Centrocampista dotado de una privilegiada técnica individual, inteligente, un gran llegador desde segunda línea, disputó 363 partidos oficiales con el club de Mestalla, marcando 78 goles, alguno de ellos inolvidable. Trabajador, discreto, buen compañero de vestuario, siempre aceptó los minutos que tuvo en las doce temporadas que lució el escudo del murciélago en el pecho.

Carlos crece con el balón bajo el brazo. A todas horas. Tanto, que a veces no le queda más remedio que jugar solo. *“Bajaba a la calle en la hora de la siesta, pintaba una portería en la pared y ahí practicaba. Alguna vez tuve que aguantar que los vecinos me dijeran de todo porque no les dejaba dormir”*. A los siete años, le llega la primera oportunidad de formar parte de un equipo y aplicar todo lo que había ido ensayando en esos monólogos con la pelota. En una señal del destino, el padre de Carlos Arroyo se encarga de aportar la equipación y elige una idéntica a la *senyera* que lucía el Valencia. Sin duda, un presagio de lo que estaba por venir.

Acompañado de Tomás, su hermano mayor, Carlos ficha por el Alcorcón siendo cadete. La decisión tiene un componente eminentemente familiar. Allí, a escasos kilómetros del domicilio de los Arroyo en el barrio de Cuatro Vientos, residen sus tíos. Son años de esfuerzos, sacrificios y largas caminatas. El servicio de cercanías madrileño tiene carencias: *“Recuerdo que, después de que mi hermano dejara el fútbol tras sufrir varias lesiones, cuando mi padre no podía llevarme a entrenar, tenía que ir en metro y después andar unos cuatro kilómetros para llegar al campo de Santo Domingo”*.

En categoría juvenil, se convierte en una de las grandes sensaciones del fútbol madrileño, actuando como centrocampista ofensivo. De hecho, llega a entrenar con el primer equipo del Alcorcón con tan solo quince años. Para el debut oficial, no obstante, tiene que esperar hasta los diecisiete, en un partido de Tercera División contra el Carabanchel. Una categoría a la que, en aquel tiempo, no había llegado todavía el césped: *“Los campos eran de tierra y allí cada caída al suelo era una herida. Las infraestructuras de las que disponíamos no tenían nada que ver con las actuales”*.

Aunque a principios de los ochenta no había Twitter ni Internet, al Valencia llegan noticias de un juvenil al que apodan ‘El Príncipe de Alcorcón’. El primero en enterarse es un componente de la dirección deportiva del club de Mestalla con familiares en Madrid. En la clásica llamada de cortesía para preguntar por sus allegados, alguien le cuenta la enorme repercusión que está alcanzando Carlos Arroyo en la provincia. Informados al respecto, Manolo Mestre y Enrique Buqué, al frente del departamento de captación en la entidad valencianista, se marchan a verle jugar en el siguiente partido. Esa misma tarde ya contactan con los padres de Carlos para iniciar los trámites del fichaje.

Arroyo se incorpora al Valencia teniendo dieciocho años. Por su juventud, alterna entrenamientos con el primer equipo y con el Mestalla. Empieza la temporada 84/85 en el filial hasta que, el 9 de septiembre de 1984, una huelga de jugadores le permite debutar en Primera. El conjunto valencianista se impone 5-1 al Espanyol y Carlos disputa 60 minutos, siendo sustituido en la segunda parte. Aunque, sin lugar a dudas, el partido que le iba a cambiar la vida llega el 20 de enero de 1985, en el Benito Villamarín: *“Se lesionan Roberto y Subirats. El entrenador era Roberto Gil quien, además de convocarme, me dice en el hotel que voy a jugar de titular. Imagínate... Empecé muy nervioso, pero fui capaz de tranquilizarme, hacer mi juego y creo que estuve muy bien. Hice un gol y le ganamos 1-3 al Betis. A partir de ese partido ya tuve más continuidad en el primer equipo”*.

Y así fue. Carlos Arroyo goza de oportunidades y acaba disputando veinte encuentros oficiales esa temporada de estreno en el Valencia. La tónica se mantendría en sus doce campañas en el club de Mestalla. Cuenta con la confianza de todos sus entrenadores. Aunque, en ocasiones, por la enorme competencia existente con jugadores como Subirats o Roberto, entra en la segunda mitad. Algo que acepta sin rechistar ni poner una mala cara. *“Nunca fui de discutir ni conflictivo. Quizá la gente pensaba que no tenía carácter, pero era simplemente que no ponía problemas a los minutos que me daban. Pensaba en el equipo”*. Como le ocurre a muchos de sus coetáneos, al centrocampista madrileño le queda la espina clavada de no haber conseguido ningún título con el Valencia. Aunque es importante poner en valor que el ascenso a Primera en 1987, tras una sola temporada en el infierno, y devolver al club a Europa tiene tanta o más importancia que levantar un trofeo.

El momento en el que la generación de Arroyo estuvo más cerca de ganar la Liga se produce en 1996. Con el equipo en plena batalla por ser campeón con el Atlético de Madrid, Carlos consigue uno de los goles más recordados de su carrera. En la penúltima jornada, el equipo valencianista se impone 1-0 al Espanyol con un remate de exterior del madrileño que desata el júbilo en Mestalla. *“Fue una jugada con varios rechaces, después de dos intentos de Mijatovic y Viola. Llegué desde segunda línea como a mí me gustaba y la crucé a un lado con el portero ya en el suelo. Fue un momento muy emotivo. Aún me pongo el gol para recordarlo de vez en cuando”*.

Tras el doloroso desenlace de aquella Liga, el momento más triste. Con tan solo treinta años, se marcha del club al no llegar a un acuerdo con Paco Roig para renovar. A pesar de su buen rendimiento y de tener una edad que le permitía seguir al máximo nivel tres o cuatro años, el presidente Roig -que pretendía barrer todo lo que tuviera relación la anterior gestión- solo le ofrecía una temporada. *“Después de doce temporadas en el club, de haber rendido, pasar el año en Segunda..., creo que merecía algo más que un año. Ese día fue el más triste que he vivido en el Valencia”*.

A pesar de la salida dolorosa, Carlos Arroyo -363 partidos oficiales y 78 goles en Mestalla- puede presumir de haber cumplido su sueño. El niño que pintaba porterías en las paredes consiguió ser futbolista. Y lo hizo aquí, en el Valencia. El equipo de su corazón.

CAPÍTULO 10

REGRESO A EUROPA

∞ José Manuel Ochotorena
Paco Camarasa
Fernando Giner
Eloy Olaya



José Manuel Ochotorena / Alberto Iranzo / Diario As

033

∞ JOSÉ MANUEL OCHOTORENA

Casi medio siglo después del controvertido fichaje de Ignacio Eizaguirre en 1940, Don Arturo Tuzón quiso hacer una demostración de fuerza cerrando la contratación de otro portero guipuzcoano para el Valencia, en este caso procedente del Real Madrid: José Manuel Ochotorena. Tras conseguir la permanencia sin excesivas complicaciones en el retorno a Primera en la temporada 1987/88, el presidente valencianista buscaba que el club subiera un peldaño más y peleara por regresar a competiciones europeas. Para ello, la dirección deportiva recomendó el fichaje de un cancerbero de primer nivel que pudiera aumentar el nivel de competencia con Sempere. El guardameta vasco, que venía de ser campeón de Liga en el Bernabéu -pero habiendo disputado solo dos partidos-, aceptó encantado la oferta. Su decisión, como a continuación podrán comprobar, fue un tremendo acierto.

José Manuel nace en el mismo municipio que Pasieguito, Hernani, a escasos ocho kilómetros de San Sebastián. Y crece con el deseo de convertirse en portero de Primera División. La prueba es que, en una de sus primeras cartas a los Reyes Magos, quería un regalo muy concreto: *“Recuerdo ver a Iribar en la tele jugando con jersey negro y pedirle con insistencia a mi madre que escribiera una carta en la que pudieran traerme el mismo jersey a mí”*. A diferencia del prototipo de jugador donostiarra forjado en la playa de La Concha, Ochotorena dibuja sus primeras palomitas sobre una pradera cercana a casa. Un herbazal que en invierno tenía más barro que césped: *“Cuando bajaban las temperaturas y empezaba la temporada de lluvias, el campo en el*

que jugábamos durante horas se llenaba de barro. Dejábamos el chándal para lavarlo más de una vez”.

De la pradera, al Hernani. Con quince años, sus intervenciones y su sobriedad bajo palos hacen que el Real Madrid se interese por ficharle. El ojeador del club blanco en el País Vasco era precisamente un guardameta legendario, mundialista en Chile 1962 y campeón de Europa en Chamartín, José Araquistain. *“Nos ve a Garmendia, que después jugaría en el Éibar, y a mí. Y recomienda el fichaje de los dos. Garmendia hizo la prueba pero por razones personales no se quedó. Yo en cambio sí tomé la decisión de quedarme en el Real Madrid en ese momento”.*

Para comprometerse con la entidad madridista, José Manuel Ochotorena, que apenas era un adolescente, tiene que persuadir primero a sus padres, reticentes a la idea de dejarle salir de casa tan joven: *“Aunque era muy maduro para mi edad, ellos tenían sus lógicas reservas. Les prometí que iba a estudiar y por ahí empecé a ganármelos. Al final pude convencerles diciendo que probaba un año a ver qué pasaba”.* El año fueron doce. Tras pasar por categoría juvenil y el Castilla, en el que comparte posición con Agustín, debuta en Primera la jornada de la huelga de futbolistas en abril del 82. El Real Madrid gana 1-2 en Castalia y Ochotorena comparte once titular con jugadores como Salguero o Michel.

Después de esa aparición puntual, regresa al filial blanco, con el que es campeón de Segunda la temporada 1983/84. Al año siguiente, sube de forma definitiva al primer equipo y disputa 23 partidos en Primera a las órdenes de Luis Molowny para contribuir al título de Liga madridista. A pesar del éxito y su notable rendimiento individual, el club realiza un fichaje que le cierra las puertas de la titularidad: *“Llega Buyo que había estado muy bien en el Sevilla y ahí ya me doy cuenta de que va a ser difícil seguir jugando. Estuve allí dos temporadas más, pero cuando apareció la opción del Valencia acepté enseguida”.*

Para facilitar las negociaciones entre clubes y sellar el fichaje, aparece en escena un nombre vinculado a un porcentaje altísimo de las operaciones realizadas por el Valencia a finales de los ochenta y durante toda la década de los noventa: Don Alberto Toldrá, uno de los grandes representantes en la historia del fútbol español. El encargado de ponerle en contacto con José Manuel fue un compañero de vestuario en el Real Madrid, como el propio Ochotorena nos recuerda: *“Justamente hasta ese verano yo ni siquiera tenía un agente, era algo que empezaba a ponerse de moda en aquel momento. Fue mi compañero Antonio Maceda, que lo conocía, quien nos puso en contacto y fue Don Alberto quien me planteó la posibilidad del Valencia”.*

Su temporada de debut en Mestalla resulta sencillamente insuperable. El equipo, que venía de acabar decimocuarto el año anterior, finaliza la Liga en tercera posición, por delante del Atlético de Madrid y a tan solo ocho puntos del Barça, segundo. Además de conseguir la clasificación para la Copa de la UEFA, José Manuel Ochotorena levanta el Trofeo Zamora, que le acredita como portero menos goleado de la competición. Disputa los 38 partidos encajando tan solo 25 tantos. El guardameta vasco nos explica las claves de una campaña tan brillante: *“El equipo entendió a la perfección el sistema defensivo que planteaba Víctor Espárrago y éramos muy sólidos. Además, tenía unos defensas de alto nivel: Voro, Giner, Arias, Camarasa, Quique... hicimos una temporada excepcional”*. Don Arturo Tuzón, así pues, había logrado su objetivo inicial. En menos de tres años, el Valencia pasaba de jugar en Segunda a regresar a las competiciones europeas que tanta gloria habían proporcionado a club y entorno a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta.

En la siguiente campaña, 1989/90, un éxito todavía mayor. Con Ochotorena como titular indiscutible completando 41 partidos oficiales, el equipo dirigido por el uruguayo Espárrago conseguía proclamarse subcampeón de Liga, tan solo por detrás del Real Madrid. Ese verano de 1990, José Manuel iba a obtener el merecido premio a dos años de altísimo rendimiento en Mestalla. Junto a Zubizarreta y Ablanedo, fue uno de los tres cancerberos que la selección española desplazó al Mundial de Italia: *“No pude disputar ningún partido de ese Mundial porque Zubi estaba muy asentado en la selección. Pero ser uno de los tres elegidos fue una alegría inmensa, una recompensa al trabajo”*.

Aunque, por encima de galardones individuales, subcampeonatos y convocatorias para un Mundial, José Manuel destaca el enorme vínculo personal que trabó en aquellos años con compañeros de vestuario como Voro o Sempere: *“En el caso de José Manuel, con el tenía competencia porque, claro, cada uno quiere jugar, todavía mantenemos una estrecha relación de amistad. Compartíamos habitación en aquellos años y seguimos siendo muy buenos amigos. Son mis mejores recuerdos de aquella época, teníamos un vestuario muy unido”*.

Ochotorena, que se marchó de Mestalla en 1992 para colgar los guantes después de pasar por Tenerife, Racing de Santander y Logroñés, regresó a la que siempre será su casa para formar parte del cuerpo técnico que encabezaba Rafa Benítez en 2001. Desde entonces, es la voz de la conciencia que indica al portero del Valencia, entre otros muchos aspectos, por qué lado va el penalti del rival. Cañizares, Diego Alves o Neto, por indicar algunos ejemplos, crecieron con *Ochoto* al lado. El niño del jersey negro que quiso ser Iríbar y lo acabó consiguiendo.

034

∞ PACO CAMARASA

El destino de Paco Camarasa estaba marcado desde el momento de su nacimiento. Hijo de jugador de fútbol profesional, desde *pequeñajo* dedicaría sus horas de ocio al balón. Un tiempo maravilloso en el que creció soñando en convertirse en el que después sería su maestro, Ricardo Arias. Aunque, a diferencia de otros compañeros de equipo que también llegaron al primer nivel, Paco tenía dos hermanos. Una gran ventaja para poder probar en diferentes posiciones. *“Mi primer recuerdo es jugar enfrente de la casa de mis padres, había una fachada de una casa abandonada y ahí pintábamos con tiza una portería. Al ser tres hermanos, íbamos turnándonos: uno se ponía de portero, otro centraba y el tercero remataba tratando de hacer gol”*.

Poderoso central de marca, con dominio de juego aéreo, polivalencia para actuar, puntualmente, como lateral derecho y buena salida de balón, ponerse bajo palos en aquella portería imaginaria iba a servirle tiempo después cuando, en un partido en el Santiago Bernabéu y, tras la expulsión de Ochotorena, tuvo que enfundarse los guantes. Era el 14 de abril de 1991 y Paco hizo lo que pudo ante el Real Madrid. El marcador final del encuentro no es importante.

Pero volvamos a los inicios de Camarasa. En concreto, a principios de la década de los ochenta. De las calles de Rafelbunyol accede a la cantera del Valencia. Donde se encuentra un entrenador -el primero que tuvo-

algo preocupado con su costumbre de meterse entre pecho y espalda una barra de cuarto después de cada partido y antes de algún entrenamiento. Ese técnico acabaría siendo presidente del club y siempre ha mantenido un pique divertido con Camarasa, al que aprecia como un hijo. Aunque en aquel tiempo le apretaba con el tema de la alimentación. *“Pedro Cortés me lo decía de pequeño. Era una anécdota que él contaba cuando yo llegué a ser jugador. Decía que estaba gordito y que me comía unos bocadillos brutales. Yo me enfadaba y le respondía que no tenía ni idea, que mirara cómo me había ido a mi y cómo le había ido a él como entrenador”.*

A pesar de esos problemitas con la dieta, Paco Camarasa llega hasta el filial y consigue debutar en el primer equipo el 28 de febrero de 1988 en un partido en Mestalla contra la Real Sociedad. El defensa de Rafelbunyol accede al terreno de juego en lugar de Jon García para disputar cinco minutos. La siguiente campaña, ya con Víctor Espárrago, aparece por primera vez en partido de Liga en el mes de octubre. En San Mamés, el Valencia se impone 1-2 al Athletic de Bilbao y Camarasa se asienta en la primera plantilla, llegando a completar treinta encuentros en su primera campaña. Años en los que comparte habitación con el jugador al que admiraba, su gran referente, Ricardo Arias. *“Además de maestro, Ricardo es amigo mío. Cuando yo comencé siendo un chaval, él ya tenía 29 años y me enseñó casi todo lo que sé. Yo le apretaba para robarle el puesto y, en lugar de ponérmelo difícil, me trataba como si yo fuera su hijo. Fui un alumno aventajado para él. Le estoy muy agradecido a Ricardo por todo lo que hizo por mí”.*

Desde esa campaña 1988/1989 en la que es jugador de la primera plantilla a todos los efectos, Camarasa disputaría once años con el murciélagos en el pecho. Aunque no era su cometido, marcó doce goles en 442 partidos. El más espectacular, el 17 de mayo de 1992 en el Sánchez Pizjuán. Un tremendo zapatazo desde casi 40 metros que se coló como una exhalación por la escuadra de Unzué. Ese mismo día hizo otro gran gol Carlos Arroyo, regateándose a cuatro jugadores hispalenses. Al llegar al vestuario, Arroyo, obviamente, estaba enfadado con Paco. *“Arroyo marcaba poquitos goles y en ese partido también hizo uno impresionante. Nada más entrar a la caseta, me dijo todo serio que se iba a hablar más de mi gol que del suyo”.*

Tras la retirada de su mentor, Ricardo Arias, adquiere mayor importancia si cabe en las alineaciones del Valencia. Su gran rendimiento, y la continuidad en un equipo que acostumbra a clasificarse para competiciones europeas, provoca la llamada de la selección española. Javier Clemente le hace debutar un 8 de septiembre de 1993 en partido amistoso contra Chile disputado en el Rico Pérez de Alicante. España se impone 2-0 con dos goles de Julen Guerrero.

En la selección, Camarasa iba a coincidir con su amigo del alma, Fernando Giner. A día de hoy, siguen viajando en verano junto a sus parejas. Vacaciones que sirven, entre otras cosas, para rememorar aquellos maravillosos años de concentraciones en las que hacía sus apariciones estelares el misterioso 'Zorro'. Un bandido que recorría las habitaciones de los jugadores gastando bromas y dejando su firma en el espejo del baño con una 'z' gigante, hecha a base de espuma de afeitar. Paco no aclara si era uno de los cómplices de Giner: *"No puedo decir quién o quiénes eran. Lo que sí recuerdo es que nos hizo pasar grandes momentos. Nadie se libraba"*.

Dentro de una trayectoria tan dilatada -más de una década en el primer equipo del Valencia-, hubo de todo, claro. Luces, como por ejemplo el subcampeonato de Liga en 1990 o poder disputar el Mundial de Estados Unidos en 1994 (Camarasa juega de inicio contra Suiza en octavos de final y tiene minutos ante Alemania) y, evidentemente, sombras. Sobre todo, la final del agua en 1995, en la que forma en defensa como titular junto a Fernando Giner.

Pero, sin duda, el gran momento para el central de Rafelbunyol llegaría en la final de Copa de 1999 en Sevilla. Además de levantar el trofeo al cielo de La Cartuja, pudo poder poner broche de oro a su carrera: *"Siempre me faltaba eso, poder conseguir un título con el Valencia. Porque, desgraciadamente, por aquí han pasado jugadores muy importantes y de un nivel excepcional de los que nadie se acuerda porque no ganaron nada. Los que ganan títulos siempre se recuerdan más"*. Esa campaña 1998/1999, en la que el Valencia consigue la Copa del Rey y en la que Camarasa disputa, por ejemplo, la eliminatoria de octavos contra el Levante, ya sale al campo con las secuelas de la lesión que le impidió seguir jugando más temporadas: una grave rotura del tendón de Aquiles que le obligó a retirarse de forma prematura.

Esta es la historia de Paco Camarasa. Hijo de Vicente y hermano de Higinio. El continuador de la saga que acabó cumpliendo el sueño de completar once temporadas en Mestalla. De Rafelbunyol, al Mundial de Estados Unidos y a ser campeón con el Valencia. El defensa de la casa que quería ser Ricardo Arias acabó siendo su digno heredero.

035

∞ FERNANDO GINER

A falta de un algún hermano futbolero con el que empezar a jugar, muchos de los futbolistas que abrazaron la gloria en el Valencia tuvieron que buscarse la vida para mejorar su técnica individual en una época en la que no había escuelas de categorías inferiores. En los recuerdos de la mayoría, se repite una secuencia muy similar. Cierren los ojos e imaginen a un niño de siete años dándole toques a un balón en plena calle: *“El primer recuerdo que tengo es en la calle de mi abuela en Alborai, dónde yo podía jugar con una pelota de plástico, de esas de la feria. Era la calle Cabanyal, teníamos una pared enfrente y me hacía retos yo mismo. Pegarle cien veces con la derecha, luego cien con la izquierda. Así empecé”*.

Ese chaval había nacido la Nochevieja de 1964 en Alborai y, con el tiempo, iba a convertirse en un central batallador, pegajoso en el marcate y especialista en arrancadas a campo contrario buscando el gol soñado. Su nombre, Fernando Giner.

En sus primeros partidos, sábado por la mañana, campo de tierra, el entrenador iniciático. Un párroco: Don Manuel. *“En Alborai había un campo de fútbol a las afueras. El párroco del pueblo, Don Manuel, tenía las llaves y nos lo abría todos los sábados a las diez de la mañana. Allí nos juntábamos treinta o cuarenta niños. Jugábamos hasta la hora de comer”*. De los partidillos organizados por Don Manuel a, con once años, incorporarse a l'escoleta de fútbol del pueblo. Y el primer problema serio: la hora de jugar coincidía con uno de los momentos

de la semana que ningún niño quería perderse. *“Los partidos se jugaban a las cuatro de la tarde. A esa hora hacían las series de Marco y Heidi. Apuraba para acabar de verlas, cogía la bicicleta y me iba corriendo para llegar a las tres y media”.*

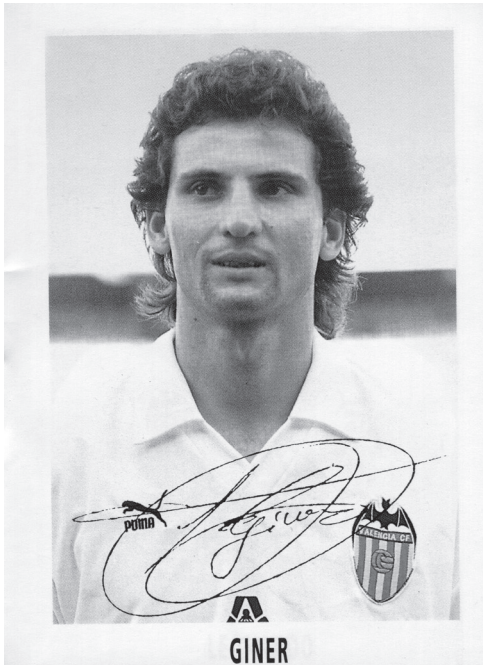
En los infantiles del Alborai, juega de extremo derecho. Tiene habilidad y llegada. Destaca entre los chavales de su edad y un amigo de la familia, el señor Rausell, hace una recomendación al padre de Giner. *“Fui a probar detrás de Mestalla, en un campo de fútbol que daba a la Avenida de Aragón. Cuando llegué el primer día, allí había unos 200 niños”.* Pasan las semanas y va haciéndose un hueco en cada entrenamiento. Hasta que llega a casa la carta, la deseada carta del club: *“Ese fue un momento inolvidable. De tremenda ilusión. Entré con trece años a formar parte de la escuela del Valencia”.*

En su nuevo equipo, eso sí, iba a cambiar radicalmente su posición en el terreno de juego. El acierto fue de su primer entrenador en el club de Mestalla: *“En el Valencia, el señor Canito, por mis características, decidió que jugara de defensa. No es que fuera muy alto, pero tenía las ideas claras. En mi segundo año, tuve meningitis y la fiebre que me provocó hizo que diera el estirón”.*

Actuando como central de marca, va quemando etapas con éxito hasta llegar al juvenil del Valencia. Estando todavía en esa categoría, una conjunción de factores le iba a permitir cumplir su sueño. Debutar con el equipo de su corazón. Arias y Botubot se lesionan y el cuerpo técnico, para reforzar al primer equipo, prefiere no tocar la defensa titular del Mestalla. Así que, a finales de noviembre de 1982, Frenando Giner entra en su primera convocatoria de élite. Un viaje inolvidable a Georgia. *“La primera vez que subí en avión fue la concentración contra el Spartak de Moscú, en Tbilisi, partido de UEFA. El vuelo fue de seis horas y recuerdo que en la habitación iba con Carrete. Fue todo de un día para otro y yo no tenía ni pasaporte”.*

No juega contra el Spartak de Moscú, pero sí debuta diez días después. El 5 de diciembre de 1982, a punto de cumplir dieciocho años, se estrena en Mestalla durante un encuentro ante el Salamanca, entrando en lugar de Ángel Castellanos. Cuando pisa el césped, el partido va 2-1. Pero el conjunto valencianista acaba goleando (4-1) con tantos de Idígoras y Roberto Fernández. Miljan Miljanic es el técnico que le da la primera oportunidad y cumple sus directrices al detalle: *“En el poco español que hablaba, me dijo que no pasara nadie. Salgo, sacan ellos de banda y le cae la pelota al jugador que yo marcaba. Evidentemente, no le dejé pasar. A los veinte segundos ya me habían sacado una amarilla”.*

Tras dos temporadas alternando filial y primer equipo, en septiembre de 1984, su primer gol en partido oficial. En un encuentro extraño, en medio de una



Cromo de Giner. Colección J. Martí

huelga de futbolistas: *“La verdad es que fue un partido raro. Pero para nosotros, los más jóvenes, era una oportunidad más. Tuve la fortuna de marcar”*. En once campañas completas con el Valencia, Giner anota dieciocho goles, siendo el Barça su víctima predilecta. Aunque el mejor de todos lo consigue, el 9 de noviembre de 1991, contra el Atlético de Madrid. Ese momento que había soñado tantas veces. Aunque a la hora de la definición le entrara alguna duda: *“Tenían ellos un córner a favor. Yo me quedo casi al borde del área marcando a Schuster. Cae la pelota en mi zona y despejo de cabeza. Tuve la suerte que el rechace lo bajó Fernando. Hicimos una pared y me planté solo delante de Abel. No sabía con qué pierna pegarle, pero al final el balón entró y es lo que vale”*.

Para el recuerdo, el tremendo susto que provoca a Mestalla la noche que cae a uno de los antiguos fosos desde los que trabajaban los fotógrafos, persiguiendo un balón imposible. Aunque, para sustos, los que Fernando Giner se dedicaba a dar en las concentraciones de ese Valencia de finales de los ochenta y principios de los noventa. Los tiempos de ‘El Zorro’. Un bromista anónimo que no respetaba a nadie.

La víctima que peor lo pasó en aquel tiempo fue un recién llegado: Pedja Mijatovic. Aún no hablaba castellano y casi ni lo cuenta: *“Entré en su habitación y me puse una careta de un monstruo y una manta por encima. Cuando abre la puerta para coger el pijama, salgo de un respingo y casi lo mato. Pedja se pegó contra la pared de detrás y cayó al suelo, blanco. Llamamos al médico y enseguida empezaron a salir los compañeros de las habitaciones. Mientras el doctor lo reanimaba, pegándole en la cara, yo no dejaba de pensar en cómo iba a pagar los 300 millones que había costado”*.

Tras ser pieza básica en el subcampeonato de 1990 y en todas las clasificaciones para competiciones europeas de aquella época, el defensa de Alboraiá abandona el club de Mestalla tras la traumática derrota en la final

de Copa contra el Deportivo. Paco Roig, presidente entonces, se comportó de forma vergonzosa con uno de los líderes del vestuario, un jugador que se había partido la cara por el Valencia durante más de media vida. El testimonio de Giner emociona: *“Perdimos la final de Copa del Rey y, al día siguiente, un trabajador del club me dijo que pasara a por el finiquito. Eso fue en las antiguas oficinas de la Avenida de Aragón. Me crucé con Paco Camarasa y no podía ni hablar. Cogí el coche, me fui a la Ciudad Deportiva, cogí mis botas... (hace una pausa larga), todavía me emociono. Ese fue mi último día. Y ya está, se acabó”*.

Las formas del club, una vez más, fallan. Como fallaron con la salida de Voro dos años atrás. Sobre el central de L'Alcúdia, Fernando Giner revela un secreto guardado hasta hoy: *“Te voy contar una cosa que yo no sé si Voro la sabe o no. Pero han pasado tantos años ya que me da igual. Voro y yo habíamos jugado toda la vida juntos. El año que el club no se ponía de acuerdo con Voro, me enteré por la prensa de que la diferencia eran diez millones de pesetas. Yo me fui al club a hablar con el presidente y le dije que me quitaran diez millones a mí y que se los dieran a él. Esto nunca lo había contado”*.

El tiempo ha curado todas la heridas y ahí sigue Fernando Giner. Para todos ‘El Chufa’. Presidiendo la Asociación de Veteranos, trabajando para el Valencia. Su club, el de su gente. El niño que daba toques en la calle de su abuela vio cumplido su sueño. Jugar en el equipo de su corazón.

036

∞ ELOY OLAYA

Eloy fue el fichaje estrella de Arturo Tuzón en el verano de 1988. Procedente del Sporting de Gijón, ya había disputado un Mundial y una Eurocopa con la selección española. En sus siete temporadas como jugador del Valencia, disputó un total de 310 partidos, consiguiendo 70 goles. Tuvo, por tanto, un evidente porcentaje de responsabilidad en el salto de calidad que dio aquel equipo que había probado el sabor del infierno en Segunda. Delantero menudo, escurridizo, tremendamente rápido, tenía pegada y capacidad de asociarse con cualquiera. Tanto, que se ganó el aprecio de Mestalla para siempre.

Nacido en Gijón el 10 de julio de 1964, Eloy Olaya empieza a jugar al fútbol como lo hicimos millones de niños: en la calle. *“En la plazuela que había enfrente de mi casa, a veinticinco metros, en San Agustín. Ahí jugábamos hasta que se nos hacía de noche”*. En esos partidos iniciáticos, una paradoja. Aunque no era de los más altos, ni de los más mayores, siempre conseguía ser elegido de los primeros. *“Tenía seis o siete años, pero ya destacaba. Incluso contra gente bastante más mayor. Alguna vez me encuentro por aquí, por Gijón, a amigos de aquella época y me lo recuerdan. No eran capaces de pillarme. Corría mucho con el balón controlado”*.

Quien también le eligió fue Arturo Tuzón. El Valencia, tras conseguir la permanencia sin excesivas dificultades en su regreso a Primera en la temporada 87/88, buscaba refuerzos de nivel y pensó en Eloy, del que se

rumoreaba que podía tener un acuerdo con el Barça. Pero todo eran, eso, especulaciones: *“Llegaba Cruyff y se hablaba de una revolución completa. Así que, desde diciembre de 1988, empezaron a vincular mi nombre. Sí es verdad que hubo un preacuerdo entre clubes por una cantidad fija de traspaso, pero Johan optó por otros jugadores, como Bakero o Begiristain”*.

Ante la negativa de Cruyff, Don Arturo Tuzón se decidió a cerrar la operación. Por un precio, eso sí, inferior al que el Barça hubiera pagado al Sporting. 90 millones de pesetas: *“Apareció el interés del señor Tuzón, que sabía el precio que habían pactado los otros dos equipos, que eran 100 millones, y conmigo no hubo ningún problema. La operación tardó en cerrarse el tiempo que negociaron los presidentes. A mí me hacía muchísima ilusión el Valencia”*. Eloy, completamente determinado a fichar por el conjunto de Mestalla, tenía claro que -a corto plazo- podía ser el club importantísimo y ganador que había sido a finales de la década anterior.

Dicho y hecho. Valencia y Sporting acordaron el traspaso por 90 millones de pesetas y Eloy Olaya debutaba con el murciélago en el pecho el 30 de julio de 1988. En el Guillermo Olagüe de Gandía, el equipo dirigido por Víctor Espárrago se imponía 1-2 al Gandía con un gol, precisamente, del asturiano y otro del mexicano Lucho Flores. Ese mismo verano también le marcó al Levante y a su ex equipo, en el Trofeo Costa Verde. Y no habría que esperar demasiado para su primer tanto en competición oficial. El 24 de septiembre del 88, el Valencia se imponía al Murcia (3-0) en la cuarta jornada de Liga con goles de Eloy, Subirats y Lucho Flores.

Fue el presagio de la gran temporada del equipo, que concluía la Liga en tercera posición, solo por detrás de Real Madrid y Barcelona. Y todo eso sin una excesiva inversión en fichajes. En la siguiente campaña, 1989/90, iba a aterrizar en Mestalla el delantero que se convertiría en ídolo de toda una generación, con el que Eloy formaba un pareja que funcionó a la perfección: Lubo Penev. *“Tenía la presencia arriba, aguantaba el balón. Cuando el rival nos encerraba, teníamos siempre la referencia en ataque para buscarle. Lubo fue un jugador que nos dio muchísimo en aquellos años y con el que era muy fácil jugar. Nos entendíamos muy bien”*.

En sus siete temporadas como valencianista, Eloy Olaya -que tenía una maravillosa capacidad de leer el juego y asociarse con los centrocampistas- disfrutó de auténticos virtuosos en la parcela ancha del Valencia: *“De mis primeros años, recuerdo a Subirats, que era un jugador de enorme calidad. Luego vino Leonardo que, aunque podía jugar de lateral, era un talento ofensivo casi metiéndose de interior zurdo. Pero, sobre todo, el crack de los cracks era Fernando. Ahí están sus números, tenía gol, tenía visión para*

llegar en el momento oportuno y leía perfectamente lo que pasaba a su alrededor”.

El juego que generaban Subirats, Fernando, Arroyo, Leonardo o Roberto le permitía sobrepasar la cifra de diez tantos anuales. Su víctima predilecta, contra el que además hizo partidos completísimos, fue el Athletic de Bilbao. Aunque uno de sus goles más recordados se lo hizo a Paco Buyo, en un Valencia-Real Madrid disputado en Mestalla el 14 de enero de 1989. Un maravilloso ejercicio de astucia y precisión. Buyo no se la esperaba por el primer palo: *“En un saque de esquina, llegó el rechace y el balón me volvió a los pies. Miré, no vi clara la posibilidad del centro y pensé en tirar a portería pero con el cuerpo en posición de ir a centrar. Si te digo la verdad, no me imaginaba en ningún momento que la pelota iba a entrar tan ajustada al palo. Aproveché ese paso hacia fuera que dio él para hacerle gol”.*

Con una media de más de treinta partidos oficiales por temporada, Eloy contribuyó a cuatro clasificaciones del Valencia para Copa de la UEFA (hoy hubieran sido para Champions, ya que el equipo fue tercero, segundo, cuarto y cuarto) y un subcampeonato de Liga en 1990. Se marchó a la conclusión de la temporada 94/95, la de la final del agua. Regresó a casa para jugar dos temporadas en el Sporting y colgar las botas en Badajoz en junio del 98. Desde entonces, tiene dos equipos en su corazón: *“Es verdad que nací aquí en Gijón, que crecí en el Sporting pero a mí la época en Mestalla me marcó muchísimo. Siento mucho al Valencia y me considero un valenciano y un valencianista más”.*

Esta es la historia de Eloy Olaya, siete temporadas, 310 partidos y 70 goles como jugador del Valencia. Delantero habilidoso, intuitivo, muy rápido y con olfato, contribuyó al crecimiento de un equipo que venía de Segunda y recuperó el respeto en Europa. Hoy, es un valencianista más desde su Gijón natal. Aquellos maravillosos años en los que pergeñaba diabluras con Lubo le convirtieron en uno de los nuestros. Para siempre.

CAPÍTULO 11

EL VCF DE BENÍTEZ

∞ Amedeo Carboni

Mauricio Pellegrino

Miroslav Djukic

Carlos Marchena

Miguel Ángel Angulo

Vicente Rodríguez



Amedeo Carboni / Alberto Iranzo / Diario AS

037

∞ AMEDEO CARBONI

Nadie hubiera imaginado que, llegando a Mestalla con 32 años ya cumplidos, uno de los grandes ídolos de la afición valencianista iba a superar los 400 partidos luciendo la camiseta del murciélago. Pero Amedeo Carboni lo consiguió. Sin lesiones de importancia, convertido en uno de los pesos pesados del vestuario, partiéndose la cara por sus compañeros y, muy importante, tratando siempre de conseguir el respeto del colectivo arbitral. Incombustible en el carril del tres, Carboni se ganó por derecho ser considerado uno de los laterales zurdos que mejor rendimiento han ofrecido en la historia del Valencia.

Su fichaje, cerrado en la recta final del mes de agosto de 1997, parte de una negativa y de un precio desorbitado. El aquel entonces presidente, Paco Roig, se marchó a Roma a por un lateral y lo acabó trayendo. Aunque su primera opción, como recuerda el propio defensa italiano, era otra: *“Iba a por Favalli, pero Cragnotti -máximo dirigente de la Lazio- le pidió como 6 ó 7 millones de euros. Esa cantidad, en 1997, era una barbaridad. Entonces fue cuando se les plantea la opción de negociar conmigo”*.

Y Roig pasó al plan B. Solo había un pequeño problema. Su plan B estaba lesionado, en plena fase de recuperación de una rotura del tendón de Aquiles. Tan grave era el asunto que incluso el doctor Candel se negó de forma rotunda a firmar el reconocimiento médico de Carboni. Decidido a hacer la operación en contra de la opinión de los especialistas, Paco Roig

se hace acompañar en Roma de uno de los consejeros del club, Don Jesús Barrachina. Genio irrepetible, el *dandy* fue capaz de causar sensación por sus llamativos trajes incluso en el país de la moda. Amedeo recuerda verle aparecer en los campos de entrenamiento *“con pantalón rojo, una americana cruzada de esas de patrón de barco y un foulard en el cuello. Fue impresionante, de verdad. Ahí empezaron a ganarme para la negociación”*.

A pesar del *feeling* inmediato que Amedeo Carboni desarrolló con el gran Jesús Barrachina, había dos problemas a la hora de sellar el acuerdo: el lateral italiano quería ganar bastante más dinero del que Paco Roig pretendía pagarle y además ponía la condición de poder desplazarse por la ciudad en moto. Después de horas de intensas conversaciones, ya entrada la madrugada, llegó el pacto definitivo. El restaurante romano en el que cenaban Roig, Barrachina, Deo y el intermediario Antonio Caliendo fue testigo de la firma... en una servilleta.

El defensa italiano rechazó una propuesta del Blackburn inglés y decidió probar la aventura en España, aconsejado por el que fuera su compañero en la Sampdoria, Víctor Muñoz. Tenía 32 años, dos hijas y su mujer embarazada de ocho meses.

Diez días después del apretón de manos en Roma, todavía sin estar al cien por cien desde el punto de vista físico, Jorge Valdano le hace debutar en Liga contra el Barça un 8 de septiembre de 1997. Y todo lo que puede salir mal, sale mal. El Valencia pierde y Puentes Leira le expulsa por una entrada a Figo minutos antes del descanso. El asunto de las rojas no mejora con el avance de las jornadas. Mes y medio después, en el transcurso de un partido en Vigo, Daudén Ibáñez le enseña dos amarillas en el minuto trece... de la primera parte. Jugando siempre al límite, intenso, agresivo, las tarjetas fueron una constante durante sus nueve campañas en Mestalla. Vio 95 amarillas y 14 rojas.

A medida que empieza a tener continuidad, el lateral italiano va recuperando sensaciones físicas y, además, la llegada de Claudio Ranieri al banquillo le hace sentirse más cómodo. En su segundo año en la ciudad, el sistema defensivo del Valencia mejora y Amedeo disputa 55 partidos. El último de ellos el 26 de junio de 1999, en la final de Copa del Rey contra el Atlético de Madrid. Su primer título con el murciélago en el pecho. Arranca así una era gloriosa, comparable a la de la ‘Delantería Eléctrica’, de la que Carboni es partícipe al completo.

Una era que continúa con las dos finales consecutivas de Champions League. La primera, en París contra el Real Madrid, se la iba a perder el

lateral italiano. Tras imponerse por 4-1 al Barça en el partido de ida de las semifinales disputado en Mestalla, Amedeo llega a plantearle al entrenador Héctor Cúper no jugar el encuentro de vuelta ante el riesgo de perderse la gran final si veía una tarjeta amarilla. El 10 de mayo de 2000, a pesar de que el Valencia se clasifica, fue una noche durísima para Carboni: *“Estaba muy jodido. El árbitro era portugués y amigo de Figo. En aquella época, los linieres no eran de la misma nacionalidad que el árbitro principal. Había un linier que era italiano y luego me dijo que el árbitro iba a por mí. Me sacó una tarjeta amarilla por una falta normal en el centro del campo. Me quedé muy mal porque pensaba que no volveríamos a jugar una final de la Champions League”*.

Pero Amedeo Carboni se equivocaba. De hecho, el Valencia vuelve a clasificarse para la gran final -esta vez en Milán- la temporada siguiente. Tras dejar en el camino a Olympique de Lyon, Manchester United, Arsenal o Leeds entre otros, el equipo dirigido por Cúper llega a San Siro el 23 de mayo de 2001 dispuesto a redimirse. El rival, temible: el Bayern de Munich. El partido acaba en empate (1-1) y, tras la prórroga sin goles, hay que lanzar desde el punto de penalti.

Amedeo, que no es especialista, tiene arrestos para patear el cuarto de la tanda. Ya había marcado desde los once metros en Milán años atrás y se siente con confianza para meterlo. Ese lanzamiento pudo haber cambiado la deriva de la final. Cañizares le había parado el anterior a Anderson y, si entraba el de Carboni, un acierto de Baraja en el último de la serie hacía al Valencia campeón. Kahn, el maldito Oliver Kahn, saca con la punta de los dedos un balón que, de haber entrado, hubiera dejado más de media Copa de Europa en las vitrinas de Mestalla. Así lo recuerda el defensa de Arezzo: *“Lo importante para mí era coger portería. Por eso chuté fuerte pensando que no me lo paraba. Cuando vi que el balón botaba fuera me cayó sobre la espalda el peso de la tristeza de miles de personas. Me hizo falta un mes para recuperarme”*.

A pesar de los dos mazazos europeos consecutivos, ese grupo se repuso de la mano de Rafa Benítez para ser, por ejemplo, campeón de Liga en dos ocasiones. La primera de ellas estuvo a punto de complicarse bastante a raíz de otra expulsión de Carboni. El 27 de abril de 2002, Medina Cantalejo le enseña la roja por un codazo al centrocampista del Espanyol, Quique de Lucas. El Valencia tenía que ganar para sellar el título en Málaga la jornada siguiente y, en ese momento, perdía 0-1. Amedeo, muy disgustado, se marcha a casa sin pasar por la ducha. Ya en su domicilio, recibe la llamada de un amigo. Un amigo muy importante: *“Me llama Pipo (Baraja) para decirme que estuviera tranquilo, que habían acabado ganando el partido 2-1. Yo no quise*

ni verlo por la tele, me había puesto un Real Madrid-Real Sociedad que se jugaba a la vez”.

Aquellos fueron años maravillosos, inolvidables, con momentos complejos, para jugadores curtidos. Tiempos de Ushiros Nages y atracos similares. En escenarios como el Santiago Bernabéu, propensos a arbitrajes influenciados, Carboni se crecía. Quién no recuerda ese dedo índice acusador mientras mascaba chicle a un milímetro del rostro del colegiado de turno. Por eso le quiso y le sigue queriendo tanto Mestalla. Porque fue y sigue siendo *uno di noi*. Uno de los nuestros.

038

∞ MAURICIO PELLEGRINO

Como todos los equipos legendarios que han acabado haciendo historia, el Valencia campeón de principios del siglo XXI partía de la base de una solidez defensiva excelsa. Ese era un equipo bien trabajado, liderado por veteranos apasionados por un oficio que conocían al detalle. En el vestuario, en las concentraciones, en las salas de espera de los aeropuertos se hablaba, fundamentalmente, de fútbol. Circunstancia que fueron agradeciendo los diferentes cuerpos técnicos que en aquel tiempo llegaban a Mestalla y que, sobre todo, acababa notándose sobre el césped. Uno de esos veteranos era 'el Flaco' Pellegrino.

Nacido en la ciudad de Leones, perteneciente a la provincia de Córdoba, situada en el corazón de Argentina, Mauricio encuentra en uno de sus primos al cómplice perfecto para iniciar sus andanzas en el apasionante mundo del balompié. El problema es que su primer entrenador no acierta demasiado con la posición: *"Con mi primo fichamos en un equipo que nos propuso jugar cerca de donde vivíamos. Fue una experiencia fantástica porque, además del balón, a mí me permitió socializar. Lo que ocurre es que me ponían de extremo izquierdo, pegado a la raya, y apenas tocaba balones"*.

A pesar de esos comienzos insatisfactorios, 'el Flaco' siempre estuvo ligado al triunfo. Su primer equipo en la élite argentina fue Vélez Sarsfield, con el que consiguió nueve títulos, dos de ellos la Copa Libertadores y la Copa Intercontinental en 1994. Cinco años después, saltó el charco para venir

cedido al Barça y en el Camp Nou se proclama campeón de Liga en 1999. Tras ese periplo blaugrana, aparece en escena el Valencia. Y, sobre todo, Héctor Cúper, el responsable de su fichaje: *“Vino a verme a Argentina su agente, Alejandro Camaño. Me contó que trabajaba para él y que estaba muy interesado en ficharme. Tuve que pedir permiso a mi entrenador de entonces y firmé el fax antes de un Velez-Belgrano. El traspaso se hizo casi sobre la bocina”*.

La operación, efectivamente, se cierra casi en el último minuto del libro de pases en verano. Sin tiempo, por tanto, para hacer pretemporada, el estreno de Pellegrino con el murciélago en el pecho se retrasa hasta la tercera jornada de Liga, en un Valencia-Alavés disputado en Mestalla el 11 de septiembre de 1999. Cuatro días después, el club afronta un momento histórico: el debut en la Champions League. Esa noche europea, Cúper alinea una defensa formada por el Flaco y Björklund como centrales, con Carboni en el lateral izquierdo y Angloma en el carril del dos. La edad media de esa línea de retaguardia era 31 años. La temporada siguiente, también próximo a la treintena, llegaría Roberto Fabián Ayala. Junto a él y a Cañizares, Pellegrino compone un triángulo de seguridad excepcional, clave para la consecución de todos los títulos que llegarían a partir de mayo de 2002. *“Siendo más joven, tuve a Sotomayor y Chilavert que me hicieron crecer muchísimo. Pero es verdad que mi plenitud futbolística coincidió en Valencia con Santi y Fabián. Teníamos mucho feeling personal, nos gustaba mucho la profesión. Disfrutábamos mucho con lo que hacíamos”*.

Ranieri, Cúper, Rafa Benítez... todos los entrenadores coetáneos a aquel grupo de jugadores disfrutaron de una plantilla comprometida e implicada, que no tenía problemas con la hora de llegada a los entrenamientos. Más bien todo lo contrario: *“El del Valencia era un plantel con mucha autonomía y liderazgo. Pero no el liderazgo de dar charlas, un liderazgo en el que cada uno sabía lo que tenía que hacer. Yo me acuerdo de llegar al vestuario una hora antes de entrenar y encontrarme allí a quince personas. Carboni, Cañizares, Ayala, Kily, Albelda, Baraja, Navarro, Vicente... ya estaban antes que yo preparados para salir a ejercitarse”*.

En su primera temporada como valencianista, Mauricio se proclama subcampeón de Europa, disputando los noventa minutos de la final en París contra el Real Madrid. El central argentino sigue siendo un jugador básico en el pasillo de seguridad de Héctor Cúper la campaña siguiente (2000/01). Completa veintisiete encuentros oficiales, incluida la segunda final de Champions League contra el Bayern Munich. Responsable de patear el penalti decisivo, a pesar de todo, aguantó en pie: *“Tenía ganas de tirarme al suelo, pero mi primera sensación fue tratar de mantenerme firme. Tiré con*



Mauricio Pellegrino / Alberto Iranzo / Diario AS

tensión, porque la tenía, pero también con el convencimiento de que saldría bien. Con el tiempo, le doy mucho valor a lo que conseguimos. A pesar del enorme disgusto que supuso para los valencianistas. Suerte que después pudimos resarcirnos con otros títulos”.

El equipo, en efecto, pudo desquitarse ganando dos Ligas, una Copa de la UEFA y una Supercopa de Europa. En 2004, el Valencia sublimaría el fútbol, convirtiéndose en el mejor equipo del viejo continente. Apostando por una idea fundamentada en la preeminencia del colectivo y las rotaciones, no hubo rival para el conjunto que entrenaba Rafa Benítez. El club de Mestalla se impuso con autoridad en Primera, dejando para la posteridad goleadas de escándalo. Durante una de ellas (1-6 al Málaga en La Rosaleda el 31 de enero de 2004), ‘el Flaco’ nos dio a todos un susto tremendo. En las postrimerías de la primera parte, sufrió un desvanecimiento repentino. Las pruebas médicas no revelaron causas aparentes, por lo que los doctores concluyeron que el desmayo quizá estaba relacionado con el estrés. Aquel momento supone un punto de inflexión en la vida de Mauricio. Dentro y

fuera del campo: *“Fue un episodio difícil, pero a la vez gratificante. Aquello cambió la percepción que tenía de mi profesión. Yo era una persona muy exigente conmigo mismo y esa situación me enseñó a tomarme las cosas de otra forma”*.

Ya restablecido, Pellegrino protagoniza una semana fantástica a principios de abril. En diez días, marca dos goles de cabeza que resultan decisivos para que el Valencia mantenga intactas sus opciones de ser campeón de Liga y de la Europa League. El día 4, en Mestalla ante el Murcia, conecta un testarazo providencial en el minuto 72 para abrir el triunfo valencianista (2-0). El 14 de abril, también en el templo, vuelve a marcar de cabeza en el inicio de la segunda mitad, consiguiendo el primer tanto del murciélago, que se impone por 2-1 al Girondins de Burdeos.

Tras levantar al cielo de Sevilla la sexta Liga en la historia del club, faltaba completar el doblete. El 19 de mayo de 2004 en Göteborg, el murciélago volvería a llorar de alegría. Aunque los inicios de esa final no fueron sencillos, ese Valencia estaba preparado para competir en todo tipo de situaciones: *“La primera parte de esa final nos costó mucho. Si vuelves a ver el encuentro te darás cuenta que en los primeros 35 minutos no pasamos de la mitad de la cancha. Luego llegó el penalti y la expulsión que lo cambiaría todo. Nosotros teníamos que trabajar mucho para ganar partidos. Eso sí, éramos muy sólidos. Podíamos estar jugando tres días y no encajar”*.

Tras esa temporada de leyenda, Mauricio se marchó a Liverpool, para probar la experiencia única de jugar como local en Anfield y, fundamentalmente, crecer en conocimientos como discípulo aventajado de Rafa Benítez. Aplicando algunas de sus enseñanzas, hoy se ha convertido en un entrenador al máximo nivel, que esta temporada dirige al Leganés, previo paso por Valencia, Estudiantes, Southampton o Alavés, entre otros.

Esta es la historia de Mauricio Pellegrino. La voz de la experiencia en aquel equipo invencible de principios de siglo. Central zurdo aplicado, siempre bien posicionado, el complemento perfecto para Ayala. Solo alguien con una cabeza privilegiada puede aceptar situaciones tan traumáticas como la de Milán con la naturalidad que *‘el Flaco’* evidencia casi veinte años después. Aquel Valencia, además de grandes jugadores, tenía materia gris de sobra. Estas cuatro páginas son la prueba fehaciente.

039

∞ MIROSLAV DJUKIC

Una de las piezas importantes en el primer Valencia de Rafa Benítez será recordado para siempre como el jugador que falló el penalti que le hizo perder una Liga al Deportivo de La Coruña. Y será injusto. Porque *Djuka* fue mucho más que eso. Defensa elegante, con una calidad técnica altísima, buen físico y salida de balón solo alcance de unos pocos, disputó en Mestalla un total de 256 partidos, consiguiendo una Liga, una Copa del Rey y una Supercopa de España.

Miroslav completa sus primeros encuentros como profesional en el Macva de su ciudad natal en Serbia, Sabaç. Empieza jugando en la calle, donde aprende a regatear y a desenvolverse con soltura en la mayoría de demarcaciones, algo que se reflejaría en su estilo valiente y decidido sobre el césped. A pesar de actuar como central, raro era el partido en el que Djukic no driblaba a un par de rivales y cruzaba la divisoria lanzando el ataque de su equipo.

Tras siete años de muy buen rendimiento en Riazor, el Valencia decide ficharle en el verano de 1997. La operación es paradójica. *Djuka* se compromete con el único club en el que parecía imposible que pudiera jugar, el rival en aquella noche del maldito penalti, un 14 de mayo de 1994. Miroslav detalla las razones por las que decide aceptar la propuesta de la entidad valencianista: *“Realmente, nunca sabes el lugar en el que puedes acabar. En aquel momento, era el equipo que más odiaba. Pero después*



Miroslav Djukic / Alberto Iranzo / Diario AS

todo cambió y Valencia fue la ciudad en la que me quedé a vivir. Jugar aquí era una oportunidad magnífica de seguir consiguiendo cosas importantes”.

Con 31 años ya cumplidos, Miroslav aterriza en Mestalla. Junto a él, llegan ese mismo verano otros jugadores que también habían superado la treintena. *“En mi primer año aquí, había mucha gente de treinta para arriba. Llega Milla, Angloma, Carboni vino un poco más tarde. Todo el mundo pensaba que veníamos a pasarlo bien, a tomar el sol... Todo lo contrario. Aportamos profesionalidad y mucha capacidad de competir”.*

Su primera temporada es extraña, empezando por la primera jornada. En su estreno oficial con el Valencia, marca un gol en el Luis Sitjar de Palma de Mallorca el 31 de agosto de 1997. A pesar de ello, y después de que Megía Dávila le mandara a la caseta a falta de seis minutos, el equipo dirigido por Jorge Valdano acaba perdiendo (2-1). Djukic únicamente fue expulsado en dos ocasiones durante los seis años que permaneció en Mestalla, ambas esa primera campaña.

En su segundo año en la ciudad, llega el primer título. La línea defensiva se ve fortalecida con la llegada de Claudio Ranieri, que consigue para la plantilla 98/99 los fichajes de los centrales Roche y Björklund. La fórmula funciona. En Liga, el equipo acaba cuarto y se mete en Champions. Pero el gran momento estaba reservado para la Copa del Rey. Tras eliminar a Levante, Barça y Real Madrid, el Valencia golea al Atlético de Madrid (3-0) en la gran final del 26 de junio de 1999 en La Cartuja (Sevilla). Miroslav Djukic disputa los noventa minutos.

La profesionalidad y el compromiso de un grupo de jugadores único iba a posibilitar la conquista de otros dos títulos el tiempo en el que el serbio continúa en el club. La Supercopa de España y la deseada Liga en Málaga el 5 de mayo de 2002. Djukic, que esa tarde en La Rosaleda tuvo que sufrir desde el banquillo por las famosas rotaciones de Benítez, se mostraba exultante a la conclusión del encuentro: *“Esta Liga la hemos merecido. Somos justos vencedores porque hemos sido el mejor equipo de España. Poco a poco, el equipo ha ido creyendo en sus posibilidades y al final ha demostrado una madurez digna de los campeones aguantando toda la presión en las últimas semanas”*.

En la temporada siguiente (2002/03), Miroslav pierde protagonismo y pone rumbo a Tenerife, donde cuelga las botas con 38 años. Tres campañas después, inicia su carrera como técnico, liderando a la selección sub'21 de Serbia al subcampeonato de Europa. Pero la gran oportunidad de su vida le llega el 5 de junio de 2013, el día de su presentación como entrenador del Valencia: *“Vengo aquí a cumplir los objetivos del club. Y los objetivos de un club ganador son los títulos. Yo he estado en un Valencia campeón y sé la exigencia que existe aquí”*.

Aunque el equipo empieza la Liga ganándole al Málaga (1-0), las cosas se tuercen y se producen derrotas contra Betis, Barça, Swansea y Espanyol. Precisamente tras unas polémicas declaraciones del técnico serbio a la conclusión del partido contra el equipo perico, el vestuario, al sentirse señalado, se le pone en contra. Amadeo Salvo, quien públicamente había asegurado que Djukic acabaría la temporada, le cesa a mediados de diciembre. Su sueño apenas había durado seis meses.

Esta es la historia de Miroslav Djukic. Defensa elegante, con una salida de balón portentosa. Jugador con carácter, personalidad, uno de esos veteranos que llegaron a Mestalla a finales de los noventa para enseñar a los más jóvenes a ser campeones. Mucho más que el jugador que falló aquel penalti en 1994. Mucho más...

040

∞ CARLOS MARCHENA

Una de las claves del histórico Valencia dirigido por Rafa Benítez fueron las rotaciones. El técnico madrileño empleaba un sistema de gestión de alineaciones basado en la dosificación de esfuerzos y el reparto de descansos en el que la segunda unidad de jugadores era tan importante como la primera. En esos tres años en los que el club de Mestalla gana dos Ligas y una Copa de la UEFA, una de las piezas básicas es Carlos Marchena.

Futbolista atípico, diplomado en Turismo, pintor de lienzos entre partido y partido, uno de los pocos jugadores que jamás se acercó a una *Play Station*, Marchena nace en el pueblo sevillano de Las Cabezas de San Juan un 31 de julio de 1979. Es allí donde comienza a jugar en la calle hasta que, por consejo de un amigo, decide apuntarse en el Cabecense, equipo de su localidad. En las pruebas de acceso se ve obligado a mentir. *“Era muy pequeñito de altura y sabía que lo tendría difícil. Dije que tenía dos años más de los que realmente tenía y aún así me rechazaron”*. Ese primer entrenador, el que le niega la posibilidad de fichar al considerarle bajito, es paisano de Carlos, todavía vive en Las Cabezas y sigue pagando muy caro su error cada vez que se encuentran por la calle: *“Soy un martirio con él. Siempre le recuerdo que no quiso al único que ha salido futbolista en toda la historia del pueblo”*.

A base de insistencia, antes incluso de *pegar el estirón*, consigue finalmente acceder al Cabecense, club en el que solo juega una campaña como federado. Es allí donde iba a descubrirle -siendo cadete- Pablo Blanco, de la dirección

deportiva del Sevilla. En la entidad hispalense pasa por todas las categorías inferiores. Se entrena en los campos anexos a los que trabaja el primer equipo, viendo fascinado el físico impresionante de uno de los símbolos de la época en Nervión, el delantero austríaco Anton Polster. A la conclusión de cada temporada, se encuentra con dificultades para seguir en el club sevillista. Le falta algo de físico y mucha talla. *“Todos los años me echaban. Llegaba junio, decían que era muy pequeñito y me enviaban para el pueblo. Pero después de cada verano, hacía la pretemporada y conseguía un sitio en el equipo”*.

Alternando las posiciones de defensa central y centrocampista de contención, finalmente obtiene la confianza necesaria en el filial del Sevilla. Está a un paso de la élite, algo que genera una disyuntiva en el hogar de los Marchena. Su padre, un todoterreno, un currante que se gana la vida como carpintero, comparte el sueño de Carlos. Pero su madre no lo tiene tan claro. *“Ella siempre se negó a que jugara. Me ayudaron mucho los dos, pero yo sabía que a ella no le hacía mucha gracia. A veces el fútbol suponía un dilema en casa”*.

Seguido muy de cerca por los entrenadores del primer equipo Julián Rubio y Vicente Miera, será precisamente el técnico cántabro quien le proporciona la opción de estrenarse con el Sevilla un 9 de noviembre de 1997 en un partido contra el Alavés. Pero son tiempos de necesidades económicas en el Pizjuán y, dos años después, el club hispalense cierra su traspaso al Benfica portugués. Estando allí, surge la opción del Valencia, que pretende deshacerse del esloveno Zlatko Zahovic después de la final de la Champions en 2001.

Javier Subirats pone su nombre encima de la mesa para el primer proyecto de Rafa Benítez. Carlos Marchena, encantado con la opción de recalar en Mestalla, ni se lo piensa. Firma su contrato sin, atención, conocer las condiciones económicas del acuerdo. *“Cuando mi agente me habla del Valencia le digo que acepte rápidamente. El día que firmé, al salir del club y entrar al coche, le pregunté cuánto dinero iba a ganar. Ni lo sabía”*.

Marchena debuta en partido oficial con el murciélagos en el pecho un 19 de septiembre de 2001. En uno de esos encuentros en los que Rafa Benítez recurre a la segunda unidad, Carlos forma pareja en el doble pivote con el uruguayo Gonzalo de los Santos y el equipo de Mestalla se impone 0-1 al Chernomorets en Copa de la UEFA. En ese primer año en el club, el Valencia es campeón de Liga y, a pesar de la enorme competencia que supone la presencia en la plantilla de jugadores como Ayala, Pellegrino, Djukic o Albelda, el sevillano disputa veintitrés partidos oficiales.

Pero su mejor temporada, sin duda, es la 2003/04, la del doblete. Marchena ya es un jugador fundamental para Rafa Benítez y completa -sumando Liga

y Copa de la UEFA- 39 encuentros, incluida la final europea en Göteborg contra el Olympique de Marsella y el partido decisivo para ganar la sexta Liga, precisamente en Sevilla.

Como central es un jugador aguerrido, pegajoso en la marca, dotado de buen pie para batir la primera línea de presión rival con un pase a la media. Cuando le toca jugar por delante de la defensa, lo hace fácil y jamás pierde la posición. Sin incorporarse excesivamente al ataque, marca catorce goles en nueve temporadas, uno de ellos de tremendo zapatazo en Pamplona el 22 de noviembre de 2009. *“Ganamos 1-3, el primer gol fue del Guaje Villa en un pase que todavía no sé ni cómo lo hice y luego David (Albelda) y yo marcamos dos golazos de bandera. Son recuerdos muy bonitos. Tenemos pocos goles en el currículum, pero los pocos que tenemos los recordamos con cariño”*.

Durante su etapa en el Valencia consigue dos Ligas, una Copa de la UEFA, una Supercopa de Europa y, aunque semiclandestina y a veces olvidada, una Copa del Rey. La temporada 2007/08, el año de Koeman, es el peor momento de su carrera en Mestalla. Unos meses extremadamente delicados en los que, tras la decisión del técnico holandés de apartar a Cañizares, Albelda y Angulo, Carlos tuvo que tomar el mando del vestuario junto a su amigo Rubén Baraja.

Incluso para liderar al equipo en la final de Copa del Rey contra el Getafe el 16 de abril de 2008, mientras en Liga el Valencia se acercaba peligrosamente al descenso. *“Pipo (Baraja) tuvo mucha valentía en aquel momento. Y recuerdo también el trabajo que hicieron en el vestuario dos hombres de la casa como Voro y Ochotorena. Pasamos unas semanas de mucha tensión pensando que el equipo se nos podía ir a Segunda”*. Tan delicada era la situación que, con todo el sentido común del mundo, los capitanes optaron por no celebrar la consecución del título de Copa para centrarse en la batalla por la permanencia, que acabó lográndose.

Carlos Marchena se marchó de Mestalla en mayo de 2010, meses antes de proclamarse campeón del Mundo con la selección española en Sudáfrica. Llegó al Valencia con veintidós años y se marchó habiendo madurado, después de proclamarse campeón de Liga, Copa, Copa de la UEFA y Supercopa de Europa. Defensa aguerrido, centrocampista inteligente, de posición, contribuyó a la felicidad absoluta en aquellos años de euforia y dobles. Después, cuando vinieron mal dadas, dio un paso al frente para salvar al equipo del descenso y, de paso, llevar una Copa del Rey a las vitrinas del estadio que siempre será su casa.

041

∞ MIGUEL ÁNGEL ANGULO

Siguiendo la estela que habían dejado jugadores polivalentes en la historia del Valencia como Asensi o Amadeo, Miguel Ángel Angulo se convirtió en el todocampista 2.0. Tras llegar a la residencia de la Ciudad Deportiva de Paterna con tan solo dieciocho años, el asturiano puede presumir de un palmarés excepcional: dos Ligas, dos Copas del Rey, una Copa de la UEFA, una Supercopa de España y una Supercopa de Europa. Comodín de indiscutible fiabilidad, fue importante para todos sus entrenadores. Haciendo de delantero, interior derecho, lateral en ambos perfiles y hasta, muy puntualmente, centrocampista ofensivo. Donde hiciera falta.

Nacido en Oviedo el 23 de junio de 1977, Angulo rompe a jugar en la calle, en el barrio de Versailles de Avilés, rodeado de amigos y vecinos que incluso le doblan la edad: *“La finca en la que vivía tenía un patio interior y ahí jugábamos, sobre todo, los sábados por la mañana y también alguna tarde. Nos mezclábamos jugadores de entre siete y ocho años y hasta quince. Las reglas estaban claras: el que traía el balón era el que mandaba y elegía los equipos”*.

Con tan solo once años, accede a las categorías inferiores del Sporting de Gijón. El padre de un compañero de clase conoce a uno de los ojeadores del club y le consigue una prueba en Mareo. *“Fuimos allí una mañana y nos juntaron a muchísimos chavales de todas las edades. Cuando acabó el partido, me dijeron que el lunes volviera con el DNI y las botas para entrenar.*

No te imaginas el alegrón que me llevé”.

Hasta que ficha por el Valencia, pasa por todas las categorías inferiores del Sporting. Siempre actuando en una posición parecida. *“Ahí todavía no cambiaba tanto mi demarcación en el campo. Todos esos años jugaba arriba. En un sistema con dos delanteros, siempre era el segundo punta. Y si jugábamos con tres, podía jugar en el extremo derecho. Pero siempre con vocación de delantero”.*

Haciendo el clásico seguimiento de los equipos filiales en Segunda B, Manolo Macià y Javier Subirats descubren a Miguel Ángel en el Sporting B. En ese momento, ni siquiera había cumplido la mayoría de edad. *“Me fueron a ver el campo del Numancia, al del Real Unión de Irún, me vieron en casa contra Osasuna B, contra el Logroñés... Era justo el momento en el que iba a firmar mi primer contrato profesional y había mucha diferencia entre lo que me daban en Gijón y lo que ofrecía el Valencia. Así que tiré para delante, aunque en mi casa fue un drama”.*

Desde el primer momento, los padres de Angulo se oponen firmemente a su fichaje por el club de Mestalla. Consideran que es muy joven para abandonar Avilés y vivir solo en la residencia de la Ciudad Deportiva de Paterna. Pero la oferta del Valencia es alta y puede solucionar las dificultades económicas de la familia. *“Si lo pienso ahora, la verdad es que fue una locura. La toma de decisión fue complicada porque mis padres no querían, pero había unas necesidades en casa para poder estar un poquito mejor. Al final les convencí”.* En aquel momento, la operación diseñada por la entidad valencianista fue muy polémica. Realizando un cambio de residencia del jugador, Angulo llegó gratis, sin tener que pagar ni una peseta al Sporting.

Así pues, el 7 de enero de 1996, Miguel Ángel debuta con el Mestalla en una goleada del filial (5-1) contra el Mallorca B. En la alineación por la que apuesta Pepe Balaguer, nombres muy familiares: Albelda, Palop, Vicente Moreno, Diego Ribera... Al siguiente fin de semana, en otra victoria contra el Andorra (2-0), Angulo consigue su primer gol como valencianista. Sin embargo, los inicios en Paterna no son sencillos: *“Los primeros seis meses fueron complicados. No me adaptaba a estar en la residencia, lejos del cariño de mi familia y los amigos. Incluso me expulsaron un par de veces porque no estaba centrado”.*

Tras una cesión muy positiva al Villarreal en la temporada 96/97 -crece al lado de veteranos como Robert o Carlos Arroyo-, al año siguiente se encuentra con el entrenador que le cambia la vida. Un genio que le quiere como a un hijo. El primer técnico que, de verdad, le sacará un enorme

rendimiento: Claudio Ranieri. *“Apenas nos conocía a los más jóvenes. De hecho, a mí se dirigía siempre llamándome ‘chavalín’. Un día me preguntó si alguna vez había jugado en banda derecha y yo le dije que estaba loco por jugar, que jugaría donde él me dijera. A partir de ese momento, empecé a jugar en otras posiciones y nació una relación de tremenda complicidad”*.

En la temporada 1998/99, Ranieri le hace disputar 53 partidos. El último de ellos, la gran final de Copa contra el Atlético de Madrid. Un encuentro en el que Angulo es suplente, quizá, por ser demasiado honrado: *“Saliendo de Valencia, el mister me pregunta cómo me encuentro porque veníamos de un partido de Liga contra el Mallorca en el que había sufrido un golpe. Le dije que tenía alguna molestia, pero que esperaba estar bien al día siguiente. Cuando luego vi la alineación, pensé que debía haberle dicho que estaba perfecto”*.

Esa Copa en Sevilla iba a ser el primero de los títulos de aquella generación. Después llegaría, ya con Rafa Benítez, la Liga en 2002. En la jornada inaugural, el 25 de agosto de 2001, casi nada. Un Valencia-Real Madrid en Mestalla. El equipo que meses más tarde acabaría proclamándose campeón en Málaga consiguió la victoria ante los galácticos (1-0) gracias a un tanto de Angulo. *“Jugamos de tú a tú, con mucha intensidad. Recuerdo la acción del gol. Un centro de Vicente que Carew no acaba de rematar y se me queda a mí entre las piernas. Solo ante Casillas, acerté a meterla”*.

Otro de sus goles más importantes, por la fuerza simbólica de la celebración que vino después, se produce el 11 de abril de 2004. A falta de veinte minutos, rematando de cabeza un centro de Jorge López, Miguel sella un 0-1 que devuelve al Valencia al liderato a falta de seis jornadas para la conclusión de la campaña 2003/04. Ese testarazo provocó la fiesta valencianista en La Romareda, durante la que se produjo el lanzamiento de la peluca naranja a Jaume Ortí. *“La verdad es que, ahora que lo dices, nunca había caído que el tema de la peluca había empezado con un gol mío. Pero es muy bonito que sea así. Lo hace más especial”*.

Después del doblete al mes siguiente, el todocampista asturiano estuvo a punto de fichar por el Arsenal. Llegando incluso a viajar a Londres para pasar el reconocimiento médico con el conjunto *gunner*. ¿Qué sucedió para que, en el último momento, Angulo regresara a Mestalla? Él mismo nos lo cuenta: *“Quise estirar la goma hasta el final para conseguir unas condiciones más favorables en mi renovación y, en un ataque de rabia, me marché a Londres. Ellos tenían mucho interés pero, una vez allí, me tiré atrás. No me sentía capaz de jugar en otro sitio que no fuera el Valencia y volví”*.

Ya en la recta final de su carrera, el destino le preparaba una prueba compleja. Aquella desagradable situación en la que, todavía sin entender los motivos, se vio apartado por Koeman junto a Cañizares y Albelda. *“Sigo sin entender aquello. El Valencia pasó por manos de gente que no sabía de fútbol. Gente influenciada, además, por personas que tomaron decisiones muy equivocadas. Había muy buen equipo y lo destrozaron en muy poco tiempo”*.

A la conclusión de la temporada 2008/09, viendo que había perdido importancia en la plantilla que entrenaba Unai Emery, Angulo fichó por el Sporting de Lisboa, con el que rescindió su contrato en diciembre de 2009, incapaz de jugar para otro escudo que no fuera el del murciélago. Colgó las botas para iniciar una carrera como técnico que, ahora mismo, le tiene como entrenador del juvenil del Valencia.

Esta es la historia de Miguel Ángel Angulo. El todocampista moderno. Un palmarés único, 503 partidos y 80 goles en Mestalla. Llegó al club siendo un niño y se dejó el alma para acabar ganándolo casi todo. Jugando donde hiciera falta. Y rindiendo. Por eso todos los entrenadores contaban con él. Por eso acabo ganándose el respeto y el cariño de una afición que siempre le recordará como el comodín incombustible de aquel Valencia campeón de principios del siglo XXI.

042

∞ VICENTE RODRÍGUEZ

Si se detienen a observar de forma detallada la mayoría de instantáneas que captan los goles decisivos de uno de los mejores años en la historia del Valencia -2004-, comprobarán que Vicente aparece en la mayoría de ellas. El zurdazo raso al primer palo que supuso el título de Liga en Sevilla. El penalti materializado y la asistencia a Mista en la final europea de Göteborg contra el Olympique de Marsella. El envío medido a Marco Di Vaio deshaciéndose del griego Seitaridis para el segundo tanto en el Louis II de Mónaco que convertía al murciélago en rey de Europa. Aquella inolvidable temporada del doblete, el puñal de Benicalap fue, sin lugar a dudas, el mejor extremo del mundo.

El vínculo de Vicente con el fútbol comienza como lo hizo el de la mayoría de los que un día soñamos con ponernos la camiseta con el escudo del Valencia. Tratando de imitar a papá. *“En mis primeros recuerdos relacionados con el balón aparece mi padre. Iba a verle jugar al futbito todos los jueves con los amigos del trabajo. Y, ya cuando fui más mayor, recuerdo incluso jugar con él en el mismo equipo si faltaba uno”*. Imitando a su padre que, curiosamente, era diestro, Vicente Rodríguez empezó a brillar en la escuela de Benicalap, donde asombró a todos desde los primeros partidos. Uno de sus entrenadores allí, Juan Ignacio López, asegura que era *“un niño muy callado, pero en el campo era único, una flecha. No tenía rival porque entonces todas las categorías jugaban fútbol 11 y, al ser un campo grande, no podían pararle”*.

Al comprobar que tenía aptitudes, su padre le lleva a realizar las pruebas de acceso al Valencia en la Ciudad Deportiva de Paterna. Pero su vergüenza innata le juega una mala pasada y no acaba de sentirse cómodo. Así que sigue jugando en la escuela de su barrio hasta que la casualidad hace el Levante aparezca en su formación. Todo ocurre mientras la familia Rodríguez disfruta de las vacaciones veraniegas en Eslida, un pueblecito del interior de la provincia de Castellón. *“Mucha de la gente que va allí en verano procede de La Malvarrosa y El Cabanyal. Y allí teníamos un vecino que era entrenador de las categorías inferiores del Levante. Me propuso ir al club a hacer las pruebas y el mismo día que las hice ya me dijeron que me quedara”*, explica Vicente.

Dotado de una zurda privilegiada, debuta en Segunda División con tan solo dieciséis años. A pesar de su edad, rápidamente se hace con un hueco en el once del Levante, alternando la posición de extremo y la de segundo punta. Su precocidad y extraordinario nivel competitivo llaman la atención de grandes equipos europeos. Uno de ellos estuvo a punto de fichar a Vicente Rodríguez adelantándose al Valencia, como explica el propio futbolista: *“Sobre febrero, tuve la oportunidad del Arsenal. Fui a Londres, a su ciudad deportiva. Vi un partido en el estadio, estaba Arsene Wenger todavía. Pero al final ellos no terminaron de decidirse y en ese momento apareció el Valencia. Aparqué todo lo demás y ya nos pusimos a hablar. Mi sueño desde pequeño había sido jugar en el Valencia y no quería otra cosa”*.

Cuando comienza la negociación, en la temporada 1999/2000, Vicente tan solo tiene dieciocho años. Aún así, la operación se cierra en 700 millones de pesetas. Uno de los grandes artífices del acuerdo fue Jaume Ortí, amigo personal del presidente del Levante, Pedro Villarroel, que le había puesto una astronómica cláusula de rescisión de 30.000 millones. Hizo falta mucha diplomacia -y algún que otro *gintonic*- para acercar posturas entre clubes.

Recién fichado, Héctor Cúper le hace debutar en partido oficial en la segunda jornada de la temporada 2000/01. Esa tarde, el Valencia tritura al Mallorca (4-0). Un momento inolvidable para Vicente Rodríguez: *“Ganar como ganamos y encima marcar un gol... tenía diecinueve años y fue un día increíble”*. Aunque su mejor nivel llegaría tres años después, sus primeras dos campañas ya fueron brillantes. En la de estreno, disputa 33 partidos de Liga -haciendo cinco goles- y trece de Champions League. Fue suplente en la gran final de Milán, la gran espina de su carrera además de las malditas lesiones. Pero, en 2002, aprovecha una baja prolongada del Kily González, con el que mantuvo una tremenda competencia, para ser indiscutible en la Liga que el Valencia acabó ganando en Málaga con goles de Ayala y Fabio Aurelio.



Vicente Rodríguez / Alberto Iranzo / Diario AS

Su máximo rendimiento coincide, eso sí, con el año del doblete. Una temporada en la que el vestuario dirigido por Rafa Benítez siente que puede ganarle a cualquier rival. *“Acompañaba todo. Unos jugadores de altísimo nivel, un entrenador como Rafa, éramos un equipo envidiable. Podíamos haber ganado cualquier competición con ese equipo”*. Con un partido particularmente grabado en la memoria de Vicente. En la jornada 27, el 6 de marzo de 2004, el Valencia se deshace de aquel gran Deportivo de la Coruña que lideraban Mauro Silva y Valerón con dos goles del puñal. Esa noche, el vestuario valencianista sintió que podía volver a ser campeón de Liga.

Y así fue. El 9 de mayo de 2004, con cabalgada marca de la casa y tiro raso de Vicente para el 0-1 en el minuto once, Mestalla volvía a gritar campeones. Nada más concluir el partido, en plena celebración, el extremo recordaba que el equipo aún tenía una misión pendiente: *“Ahora mismo estamos muy felices, pero tenemos que rubricar esta temporada en la final de la UEFA”*. Dicho y hecho. Con recital de Vicente Rodríguez, que tuvo personalidad y arrestos para lanzar el penalti que suponía el primer gol del encuentro y después asistió a Mista en la contra que significó el 2-0, el Valencia levantaba otro título europeo al cielo de Göteborg.

Dos Ligas, una Copa de la UEFA, una Copa del Rey, una Supercopa de Europa y una final de la Champions. Fue una época inolvidable. Años compartidos con dos amigos para toda la vida, que, más de una década después, siguen estando muy cerca: Juan Sánchez y David Albelda. El delantero de Aldaia fue su compañero de habitación durante las cuatro temporadas que

coincidieron en el club: *“Cuando llegó del Levante nos impresionó por su físico, por su tren inferior. En vez de correr, parecía que volaba. Ha sido el mejor jugador en esa posición que ha tenido el Valencia y fue el mejor de Europa en su momento. Tenía de todo, desborde, centro, gol. Ha sido una suerte jugar con él y que me pusiera tantos centros para hacer goles”*. Albelda, por su parte, recuerda que le buscaban las vueltas cuando llegó al vestuario por esa elevadísima cláusula que le puso Villarreal: *“Era curioso porque le llamaban Vicentín, en diminutivo, pero tenía 30.000 millones de rescisión. Además recuerdo hacerle rabiñar diciendo que él era del Levante de toda la vida y él siempre respondía que no, que siempre había querido jugar en el Valencia”*.

Tras varias lesiones en ese maldito tobillo que Borowski le destrozó en Bremen, Vicente se marchó de la ciudad en 2011 y colgó las botas después de dos temporadas de aventura en el Brighton inglés. En su otra vida, ahora como secretario técnico en el club de Mestalla, sigue teniendo el apoyo de su familia: Mar -su mujer- y sus hijos Blanca y Sergio. Desde los despachos, el Valencia, como siempre, sigue siendo su vida. *“Llevo aquí desde los diecinueve años y hemos conseguido cosas que ni soñando las hubiera podido imaginar. Haberlo conseguido en el equipo de mi vida es algo que llevaré siempre en el recuerdo”*.

CAPÍTULO 12

BIENVENIDOS AL SIGLO XXI

∞ Dani Parejo
David Silva
Carlos Soler

043

∞ DANI PAREJO

En su etapa como director deportivo del Valencia, Braulio Vázquez no podía realizar grandes dispendios dentro de su política de incorporaciones para el primer equipo. El gallego se las veía a menudo con el presidente, Manuel Llorente, porque al máximo dirigente valencianista le parecían caras la mayoría de propuestas que llegaban a su despacho procedentes de la secretaría técnica. Una de esas recomendaciones era la de un joven centrocampista del Getafe por el que el club azulón pedía seis millones a mediados de 2011: Dani Parejo.

Nacido en Coslada el 16 de abril de 1989, el Real Madrid le había descubierto cuando militaba, como cadete, en las categorías inferiores del equipo de su pueblo. Con tan solo diecisiete años, el 20 de enero de 2007, debuta en Segunda División durante un partido que enfrenta al Castilla con el Cádiz. Meses después conseguiría su primer gol en la élite, en un empate (2-2) del filial madridista en La Condomina de Murcia. Michel fue el primer entrenador que, sin haber cumplido la mayoría de edad, le proporcionó esa oportunidad inicial.

En el verano de 2007, Dani protagoniza uno de los momentos inolvidables de su carrera. Formando parte de una selección española sub'19 en la que comparte vestuario con Asenjo, Azpilicueta o San José, se proclama campeón de Europa. Anotando, además, el gol del triunfo en la gran final contra Grecia (1-0), sorprendiendo al portero Stratilatis con una falta lateral cerrada. La campaña siguiente sería la de su afianzamiento, convertido en titular indiscutible del

Castilla en Segunda B. En aquellos años, un mito viviente le observa desde la grada. Entusiasmado con su dominio del juego en la parcela ancha, Don Alfredo Di Stéfano no se pierde ni uno solo de sus encuentros. El argentino llegaría a asegurar que Parejo era el mayor talento que había generado la cantera madridista en mucho tiempo. Palabras que no pasaron desapercibidas para Dani: *“Siempre lo he dicho, es un halago que una persona como Alfredo diga eso de ti, es increíble. Cada vez que salgo al campo, pienso en no dejarle mal a él. Eso me sirve de apoyo en los momentos difíciles”*.

Cuenta la leyenda que a Don Alfredo no le hizo ninguna gracia que el Real Madrid cediera a Dani Parejo al Queens Park Rangers -propiedad de Flavio Briatore-. Incluso se dice que, durante un tiempo, dejó de acudir a la Ciudad Deportiva de Valdebebas para presenciar en directo los partidos del filial blanco. Pero esa fue la decisión del club madridista. La aventura británica, sin embargo, no fue muy extensa. A los seis meses, el centrocampista de Coslada regresaba al Bernabéu para finalizar la temporada 2008/09 a las órdenes de Juande Ramos.

Al año siguiente, y a petición de Michel -el técnico que le había dado la alternativa en Segunda-, el Getafe se hace con sus servicios. En el Coliseum Alfonso Pérez completa dos campañas a un nivel altísimo. En la primera, contribuye con veintiocho partidos y seis goles a la clasificación de la entidad madrileña para Europa League. En la segunda, solo se pierde dos encuentros de Liga y ya es referente absoluto de la medular. Decidido a reforzar el centro del campo del Valencia, Braulio pone su nombre encima de la mesa del presidente, Manuel Llorente. La operación -cifrada en poco más de seis millones de euros- se cierra en la primera semana del mes de junio de 2011.

Ya como valencianista, Dani Parejo se proclama campeón de Europa sub'21, en la edición disputada entre el 11 y el 25 de junio en Dinamarca. Esa selección, dirigida por Luis Milla y capitaneada por auténticos referentes como De Gea, Javi Martínez, Ander Herrera, Juan Mata o Thiago, se impone en la gran final a Suiza (0-2).

Al regreso a España, el jugador de Coslada apenas tiene tiempo de descansar unos días y volver a preparar las maletas. El 4 de julio de 2011, en el pueblo de Paterna, se presenta oficialmente ante cientos de personas. En el acto, comparece el responsable de su fichaje, Braulio Vázquez, que expone de la siguiente forma las razones para apostar por él: *“Dani reúne todos los requisitos y el perfil que buscamos en un futbolista. Es joven, tiene veintidós años, pero llega con mucha experiencia internacional. Tiene muchísima visión de juego, calidad, golpeo a balón parado, llegada... Es verdad que todavía tiene que crecer, pero espero que lo haga con nosotros”*.

Ese crecimiento al que alude el director deportivo gallego es, obviamente, progresivo. Aunque Parejo debuta con el Valencia muy pronto, el 13 de septiembre de 2011. Unai Emery le elige para el once inicial que se enfrenta al Genk (0-0) en la jornada inicial de la primera fase de Champions League. Esa temporada de estreno, la última de Emery en Mestalla, disputa treinta partidos oficiales. La campaña siguiente llegaría al club el entrenador que -hasta el fichaje de Marcelino- mejor le entendió y más rendimiento supo sacarle: Ernesto Valverde. El técnico cacereño fue el primero que le hizo jugar de cara al balón y no de espaldas -como suele ocurrir con la figura del mediapunta-. Asimismo, obtuvo del centrocampista una versión más aguerrida y *currante*, al hacerle entender que, por la demarcación que ocupaba en el campo, debía ser importante en facetas como la presión y la recuperación. En 2013 se aprecian, por tanto, los primeros indicios de esa evolución que vaticinaba Braulio.

El marasmo social de la institución y algún que otro error en su vida personal paralizan la progresión de Dani que, cansado de los bandazos de la entidad y sus numerosos cambios de entrenador desde la llegada a la propiedad de Peter Lim, plantea abiertamente al Valencia la conveniencia de traspasarle al Sevilla en el verano de 2016. No hay acuerdo económico entre clubes y Parejo se queda. La campaña siguiente le cambiaría la vida. Recién aterrizado en Mestalla, García Toral le convence para que se quede: *“Valverde y Marcelino han sido los entrenadores de referencia en mi carrera. Marcelino es un entrenador top, por cómo entiende y por cómo transmite el fútbol”*.

De la mano del técnico asturiano, disputa 42 partidos oficiales en la temporada 2017/18, erigiéndose en una pieza decisiva para la clasificación del Valencia a la Champions League. En el momento de la edición de este libro, recién renovado hasta junio de 2022, Dani Parejo resulta determinante para que el equipo acceda a las semifinales de Copa del Rey contra el Real Betis y mantenga sus opciones de clasificación para la próxima edición de la Champions. Sin lesiones de importancia y rotando muy poco, es la brújula del conjunto que dirige Marcelino. Mediocentro organizador con un pie privilegiado para el balón parado, esta temporada ya nos ha deleitado con una soberbia obra de arte en Mendizorroza. Padre de dos hijos, maduro y feliz junto a su pareja, Isabel, ha encontrado por fin el equilibrio necesario para competir al máximo nivel.

Centrocampista de apariencia fría y con tendencia al funambulismo en campo propio, ha acabado por ganarse el favor del respetable en su octava temporada defendiendo el escudo del murciélago. Tras más de 300 partidos oficiales y cincuenta goles, solo le falta levantar un título para convertirse en leyenda de Mestalla. *“Esta es mi casa y así lo siento. Quiero seguir aquí muchos años. Nos queda mucho por vivir y disfrutar juntos”*. Palabra de capitán.

044

∞ DAVID SILVA

Herederero de la magia y el dorsal de Pablo Aimar, zurdo cerrado de prodigioso último pase, David Silva llegó a la Ciudad Deportiva de Paterna siendo cadete de primer año. Siempre indiscutible en categorías superiores a su edad, acabó de completar su formación con dos cesiones tremendamente útiles en Éibar y Celta de Vigo. De regreso a Mestalla, se convirtió en mediapunta de fantasía a las órdenes de Quique Sánchez Flores, doctorándose en la Champions League con tremendos zapatazos en Stamford Bridge y Giuseppe Meazza. Campeón de Copa en 2008 y providencial para la salvación del Valencia con un gol ante el Real Zaragoza, se marchó al Manchester City en medio de la terrible crisis económica que provocó la nefasta gestión de Juan Soler.

Nacido en Arguineguín, puerto de pescadores situado al sur de Gran Canaria, David creció con la pelota pegada al pie. El responsable de inocularle el veneno, su padre Fernando, nos ayuda a repasar la trayectoria del canario desde sus inicios, cuando apenas empezaba a andar. *“Yo jugaba al fútbol en el equipo de mi pueblo y me lo llevaba al campo. Mientras entrenábamos, él se quedaba a un lado con los balones, dando toques. Así empezó”.*

Ante la imposibilidad de fichar como federado en la escuela de Arguineguín, con tan solo nueve años se incorpora al primer club de su carrera, el San Fernando de Maspalomas. En esa temporada de iniciación, ya es muy evidente que tiene capacidades superiores a las de la media. El primero que cae en la cuenta es su progenitor, que se ganaba la vida como policía local.



David Silva / Alberto Iranzo / Diario AS

“Recuerdo comentarlo con un compañero de trabajo durante una patrulla. Desde muy pequeñito, me hizo pensar que, si no ocurría nada extraño, iba a sacarme de pobre. Ahora, pasado el tiempo, cada vez que me encuentro con ese compañero, me lo recuerda. La verdad es que no me equivoqué”.

Aglutina virtudes que le diferencian del resto: juego vistoso entre líneas, capacidad para el último pase y, sobre todo, una tremenda facilidad para ver portería llegando desde atrás. Todo ello supone un reclamo evidente para los ojeadores de la zona. Uno de ellos es el responsable de su fichaje por el Valencia. En la operación, que se concreta en el año 2000, llega a Paterna junto a otras tres promesas canarias.

Aunque por edad debería formar parte de una categoría inferior, David Silva completa su primera temporada en el club de Mestalla como juvenil. Únicamente baja al cadete para disputar el campeonato de España. Es el torneo en el que se da a conocer a nivel nacional, como nos detalla su padre: *“En la fase de grupos, que se jugó en Águilas, en Murcia, acabamos primeros, por delante de Real Madrid, Athletic de Bilbao y Cacereño. El cuadro final, curiosamente, fue en Maspalomas, en Gran Canaria. El Valencia fue el*

campeón, también después de enfrentarnos a Barça y Madrid. David acabó máximo goleador de las dos rondas. Es verdad que después se especializó en dar asistencias, pero, siendo más pequeño, tenía mucha facilidad para hacer goles”.

Con la mayoría de edad recién cumplida, debuta en el Mestalla el 11 de enero de 2004. Y lo hace a lo grande. Aquel equipo, entrenado por Voro, se impone por 2-3 en Castalia. Uno de los tantos valencianistas lleva la firma del mago canario que, sin embargo, no puede impedir el descenso del filial a Tercera. Acabada esa temporada 2003/04, Silva tiene claro que debe jugar en una división superior para seguir con su proceso de formación. Ese verano tuvo un pie en Italia: *“Hubo negociaciones para traspasarle al Parma, pero finalmente se rompió el tema. Entonces apareció la opción de la cesión al Éibar. Sabíamos que, con Mendilibar, la pelota iba a ir al suelo y eso favorecía el juego de mi hijo. Las cosas le salieron bien”.*

Y tanto. El mediapunta de Arguineguín lo juega casi todo en Segunda, saliendo como titular en 32 partidos y marcando cuatro goles. Sin sitio todavía en la primera plantilla del Valencia, el club le plantea una nueva cesión. El destino inicial era Getafe... pero David acabó en Vigo. *“Vamos a pasar la revisión médica con el Getafe, pero el doctor de allí le dice que no puede jugar al fútbol. David había tenido unos problemas de pubis de los que ya estaba totalmente recuperado. De hecho, antes de esa revisión médica había estado con la selección española sin ningún problema. Menuda vista tuvo el médico aquel. Hoy es el día que no ha vuelto a tener problemas de pubis”.*

La temporada a préstamo en el Celta surte un efecto tan positivo como en Ipurua. 34 partidos y otros cuatro tantos, uno de ellos en el derbi contra el Deportivo de La Coruña el 29 de abril de 2006 en Riazor. Con una diferencia: el elevado rendimiento ahora se produce en Primera. Valorando su crecimiento y adaptación al máximo nivel, Quique Sánchez Flores toma la decisión de hacerle hueco en la primera plantilla del Valencia para la campaña 2006/2007. Sin duda, la de su consagración en la élite. Además de erigirse en pieza clave dentro del engranaje ofensivo valencianista, hace dos goles excepcionales en catedrales del fútbol europeo. Una volea en campo del Inter de Milán para sellar un valioso empate (2-2) y un zurdazo desde treinta metros que desata el aplauso respetuoso de Stamford Bridge durante un encuentro correspondiente a los cuartos de final de la Champions. *“Son goles inolvidables, porque llegaron en momentos importantes para el Valencia. Golpeos difíciles desde una distancia que no era muy habitual en él. Creo que, si lo vuelve a intentar, no le sale. Yo recuerdo dar un salto en el sofá de casa viéndolo por la tele”.*

Casi más importante que esos dos, el tanto que prácticamente certificó la permanencia del Valencia en Primera aquella maldita temporada 2007/08. El 7 de mayo de 2008, el conjunto dirigido de forma eventual por Voro -tras el acertado cese de Koeman-, se imponía por la mínima el Real Zaragoza (1-0) gracias a un zurdazo de Silva. Su padre recuerda la jugada: *“Fue en casa, en Mestalla, tras un pase de Baraja. Ahí llegó la tranquilidad después de un año durísimo. Teníamos un equipazo tremendo e, inexplicablemente, estuvimos hasta el final con el susto en el cuerpo para no bajar a Segunda”*.

Esta es la historia de David Silva. Llegó a Valencia siendo un niño y se marchó habiendo madurado, ya proclamado heredero de Pablo Aimar, por las aperturas económicas de la entidad. Dejó una Copa del Rey en las vitrinas, 33 millones de euros en la caja e innumerables dosis de la fantasía que emanaba de esa maravillosa bota izquierda. Hoy es ídolo en el Manchester City y, sobre todo, un papá feliz. Mateo sonríe. Y, con él, lo hacemos todos.

045

∞ CARLOS SOLER

Con cinco años ya cumplidos, Carlos Soler no faltaba a ninguno de los partidos que su hermano, Alejandro, jugaba en Bonrepós. En el descanso, salía al campo y chutaba a portería con una fuerza que llamó la atención de varios entrenadores de la escuela. Hechizado por el balón, no quería formar parte de ningún equipo. Su único interés era ese, golpear la pelota. Así que su abuelo Rafael tiró de ingenio y le prometió una *Game Boy* si se apuntaba al prebenjamín. En su segunda temporada como federado, le hizo tres goles al Valencia siendo el peque de menor edad sobre el césped. Los técnicos de la Ciudad Deportiva recabaron informes sobre él y, ese mismo verano, los padres de Carlos se encontraron el teléfono de casa saturado de llamadas perdidas al regresar de las vacaciones en el pueblo. Semanas después, el *niño maravilla* ya formaba parte del club de Mestalla.

Como ocurriría con grandes leyendas del Valencia como Ricardo Arias o David Albelda, 'el chino' -apelativo cariñoso con el que siempre se le ha conocido en las categorías inferiores del murciélago- no empezó jugando en la misma demarcación que ahora tiene en el primer equipo. En sus inicios en la factoría de Paterna, era delantero. Y no un delantero cualquiera. Él mismo lo explica con sorprendente naturalidad: *"En una de las temporadas con edad benjamín metí 100 goles. Tenía 95 en el último partido. Quería meter 100 y después de llegar a los 100 ya no quise meter más"*.

Actuando como atacante y siendo valencianista de cuna, era lógico que, habiendo nacido en 1997, su primer ídolo fuera David Villa. Sus primeros recuerdos en Mestalla como aficionado coinciden con el estallido goleador del siete de Tuilla. *“Lo recuerdo como un jugador muy inteligente, siempre atento a la línea del fuera de juego para romper el desmarque en el momento justo. Saliendo desde la banda, regateaba en vertical y enseguida pensaba en la portería. Tenía movimiento y mucho remate. Con ocho años, fuimos al campo varios jugadores de la Academia y nos hicimos fotos con él. La suya fue la primera camiseta que tuve”.*

Ahora, los niños que nacen al murciélago se compran el ‘8’ de Carlos Soler. La cuadratura del círculo. El ciclo sin fin. Precisamente ese dorsal era el que lucía, en sus años de gloria en el Valencia, el primer entrenador que le hizo jugar de mediocentro, Rubén Baraja, que lo describe al detalle: *“Es muy inteligente, con mucho poderío físico. Entiende muy bien el juego y técnicamente es completísimo. Lo tuve un año en el juvenil después de una larga trayectoria en la escuela y creo que le ayudamos en su proceso de formación. Con nosotros, era el centrocampista de posición, el que hacía de seis, porque necesitaba mejorar un poco en las disputas. Pero su sitio natural es jugando de ocho. Tiene mucha capacidad de llegada”.*

Tras su paso por el juvenil, completa 28 partidos con el Mestalla en la temporada 2015/16, alternando su participación en el filial con las convocatorias en la selección española sub’19. Meses después, el momento soñado. Cesare Prandelli le hace debutar con el primer equipo. El 10 de diciembre de 2016, disputa quince minutos de un Real Sociedad-Valencia en Anoeta, entrando al terreno de juego en sustitución de Mario Suárez. *“Es verdad que jugué un cuarto de hora o así, pero tuve la sensación de que fueron ochenta minutos. Iba ahogado”.*

Dos semanas después, Prandelli abandona el club y Voro asume la dirección técnica de la primera plantilla. Hombre de la casa, había seguido en directo la mayoría de partidos del filial y confió completamente en las posibilidades de Carlos Soler. *“Él fue quien me dio toda la confianza. Me puso de titular el primer partido de Liga, contra Osasuna. Y a partir de ese día jugué todo. Voro me proporcionó toda la confianza para poder llegar a estar donde estoy”.*

El canterano responde a esa confianza con trabajo, rendimiento y goles. En su temporada de estreno en el primer equipo, marca tres. El primero, en Villarreal, el 21 de enero de 2017, abriendo el triunfo del Valencia (0-2). El más bonito, sin duda, ante el Celta de Vigo, el 6 de abril. Una vaselina preciosa ante la salida de Sergio Álvarez que sellaba la victoria

del murciélago (3-2). La obra de arte hizo que Mestalla se poblara de pañuelos. Y no solo eso. El estadio comenzó, de forma espontánea, un nuevo grito de guerra. *“Nunca olvidaré ese momento. Cuando marqué y volvía hacia nuestro campo escuché a la gente corear mi nombre. Es imposible explicar con palabras lo que sentí”*. Ese golazo ante el Celta se produjo en la portería del Gol Norte. La misma zona a la que Carlos, siendo jugador de la escuela del Valencia, acudía junto a su padre, Antonio, con entradas de las que repartía el club para el fútbol base. Una historia de película.

La familia sigue siendo el puntal básico en la vida del versátil centrocampista formado en la Ciudad Deportiva de Paterna. Además de su progenitor, hombre discreto y sufridor, es habitual ver a su madre, Mercedes, y a la pareja de Carlos, tanto en desplazamientos como a la conclusión de los partidos en Mestalla. El *niño maravilla* ya es una realidad de la primera plantilla, consolidado como titular en el interior derecho, trabajando para el equipo en una posición que no es la suya y, aún así, haciendo goles. El último, el pasado 12 de diciembre contra el Manchester United en partido correspondiente a la fase de grupos de la Champions League.

En el proceso de edición de este libro, Carlos Soler se acercaba a la cifra de 100 partidos oficiales con el Valencia. Y acaba de cumplir veintidós años. Como han asegurado en varias ocasiones leyendas del murciélago como Fernando Gómez o David Albelda, estamos ante uno de esos futbolistas sobre los que edificar un proyecto. Un jugador para toda la vida. Que así sea.

CAPÍTULO 13

SOCIEDADES ILIMITADAS

∞ Roberto Gil
Paquito
Waldo Machado
Vicent Guillot

Cerveza
STARK - TURIA
Export

beba



la bebida de la cordialidad

**E
S
T
A
D
I
O**



ROBERTO GIL
Fotografía

**LUIS
C
A
S
A
N
O
V
A**

EXTRAORDINARIO PARTIDO INTERNACIONAL

HOMENAJE A ROBERTO

Domingo 21 Febrero

4'30 tarde

HONVED de Budapest
VALENCIA C. de F.

NOTA.- Si después de comenzado un partido se suspendiese por causa de fuerza mayor, no se devolverá a los espectadores el importe de sus localidades.

S. A. EDITORA S. A. BELLAS ARTES DE PUBLICIDAD S. A. 1957

Cartel Homenaje Roberto Gil. Colección F. Rius

046

∞ ROBERTO GIL

Los cien años de historia del Valencia están trufados de sociedades legendarias: Puchades-Pasieguito, Waldo-Guillot, Arias-Tendillo, Albelda-Baraja y, quizá, la más significada durante décadas: Roberto-Paquito.

Roberto Gil es el ejemplo perfecto de jugador formado en las categorías inferiores que cubre todas las etapas hasta llegar al primer equipo. Y no solo eso. Como ocurriera, por ejemplo, con Mestre, hablamos de un valencianista de corazón que se mantuvo ligado a la entidad una vez retirado del fútbol en activo. Trabajó en la dirección deportiva del murciélago y no tuvo reparos a la hora de asumir el cargo de entrenador interino en 1984 y 1988.

Camino de los 81 años, nos ayuda a repasar su trayectoria en Mestalla. Más de media vida: *“Yo he celebrado, trabajando en el club, las bodas de oro y de platino. En el primer caso, 1969, como jugador. Después, en 1994, ya en los despachos”*.

Tras unos meses fogueándose en el Sagunto, Roberto debuta en el filial a los dieciocho años. El 9 de junio de 1957, el equipo se enfrentaba al Real Murcia en Segunda División. Tras aquel encuentro de estreno, en la siguiente jornada, el centrocampista consigue dos goles en el triunfo del Mestalla (3-1) ante el Hércules. Esos tantos contra el equipo alicantino no fueron una excepción. A pesar de que con el tiempo fue retrasando su posición, hablamos de un futbolista que llegaba bastante al área rival. Él mismo se define: *“Era, salvando las distancias, muy parecido a Albelda. Tácticamente, entendía lo*

que necesitaba el equipo. Pero yo tenía quizá más tendencia al ataque. Me gustaba llegar a portería contraria. Después, cuando llegó Paquito, tuve que jugar más retrasado y nos entendimos perfectamente”.

Disputa otras dos temporadas en el filial hasta que le llega la oportunidad en el primer equipo. Y la aprovecha. En un amistoso contra el Corinthians (11 de junio de 1959), asombra a Mestalla por sus hechuras de jugador experimentado y dominador de la parcela ancha a pesar de sus veintiún años. Tres meses después, Jacinto Quincoces le hace debutar en partido oficial. El 13 de septiembre de 1959, el murciélago pierde (2-0) en Atocha.

Una semana después, en la segunda jornada de Liga, Roberto Gil repite como titular en el eje de la medular. El rival es el Real Madrid de Di Stéfano, Gento y Puskas. Con goles del centrocampista de Ribarroja -su primer tanto en la máxima categoría del fútbol español- y Héctor Núñez, el Valencia se impone por 2-1 desatando el delirio en el coliseo valencianista.

En cualquier caso, el equipo tenía por delante una profunda transición que acometer. Había acabado la era Puchades y la nueva plantilla debía reinventarse a base de savia nueva y fichajes que generaran ilusión en el entorno. *“Hubo bajas importantes: Puchades, Buqué, Pasiego, Seguí, Fuertes se marchó al Elche... Y entramos jugadores jóvenes que procedíamos del Mestalla como Sendra, Sócrates, Mañó o yo mismo. Llegó como entrenador el señor Balmanya, se produjeron incorporaciones y pronto vimos que el equipo funcionaba, que podía conseguir títulos”.*

Esos triunfos iban a llegar apenas dos años después, en una competición creada por la FIFA para dar cabida a los grandes clubes del viejo continente que no podían disputar la Copa de Europa. El Valencia, con Roberto Gil como titular indiscutible, iba a proclamarse campeón de las dos primeras ediciones de la Copa de Ferias en las que participaba, en 1962 y 1963. Completando partidos inolvidables, como una exorbitante goleada (3-7) ante el MTK de Budapest en partido de vuelta de semifinales el 2 de mayo de 1962.

Plenamente consolidado en el once, formando ya la mítica sociedad junto a Paquito en el doble pivote, Roberto es el encargado de alzar al cielo de Chamartín la Copa de 1967. El camino hasta disputar la final, superando por 2-1 al Athletic, no fue nada sencillo: *“Eliminamos al Real Madrid en cuartos. Aquellos dos partidos fueron memorables. Ganarle al Madrid los dos partidos en ese momento era complicadísimo. Era un equipo casi imbatible. Y, en semifinales, le ganamos al mejor Elche de la historia, con una plantilla muy completa”.*

En más de una década de abnegado servicio al murciélago, también se dan situaciones tristes. La gran espina que tendrá siempre clavada Roberto Gil es, paradójicamente, la Liga de 1971. Un trofeo histórico y muy deseado que apenas pudo saborear por culpa de una lesión en el pubis. *“Empecé esa pretemporada jugando el trofeo de la Línea de la Concepción. Pero, dos semanas después, me lesioné de gravedad. Creo que la lesión más grave que he tenido en toda mi carrera. El pubis me tuvo todo el año sin poder jugar”*.

Esa Liga, semanas antes de su retirada definitiva, hubiera sido el broche de oro a una carrera impresionante. En cualquier caso, su hoja de servicios en Mestalla no había concluido. En 1984, el destino quiso que reemplazara en el banquillo del Valencia a Paquito, su viejo amigo y compañero de hazañas en la parcela ancha. El equipo, reincidente, estaba otra vez metido en la batalla por el descenso, como el año anterior, el del cabezazo milagroso de Tendillo. La apuesta salió bien: *“Estaba en el Gandía en ese momento y me ofrecen el banquillo. Cogimos el equipo en febrero y logramos salvar la situación, que estaba muy complicada”*.

Tras conseguir que el equipo se mantuviera en Primera también en 1985, Roberto Gil deja el club en el mes de junio. Cansado de los problemas que azotan a la entidad, muy desgastado por los constantes desencuentros con una directiva a la que la gestión de Mestalla le viene grande, se marcha a casa. Una temporada después, con el equipo descendido, recibe una llamada del presidente que iba a comandar la ‘Operación Retorno’: *“Por mediación de Vicente Pascual, se pone en contacto conmigo Don Arturo Tuzón. Me nombró secretario técnico y lo primero que me consultaron es si seguía el entrenador. Yo no tenía dudas. Con Di Stéfano, con la plantilla que había, tenía claro que, si los jugadores querían, el equipo volvería a Primera en un año”*.

Y así fue. Con Roberto en la dirección deportiva, el Valencia asciende en mayo de 1987. Él fue responsable, asimismo, ya en la recta final de los ochenta, de fichar a aquel delantero búlgaro cuyo póster era un clásico obligatorio en las habitaciones de toda una generación: Lubo Penev. *“Recuerdo que decidí traerlo nada más ver un partido suyo. Tuvimos el problema del uruguayo Fonseca, una petición de Víctor Espárrago, y le propuse el nombre de Lubo. Lo hubiera fichado con los ojos cerrados”*.

Centrocampista total, capaz de recuperar, ordenar y hacer goles llegando desde segunda línea, fue el capitán de un Valencia campeón. Director deportivo con tremendo olfato, el hombre que -además de Penev- fichó e hizo debutar a Quique Sánchez Flores, tuvo asimismo autoridad y destreza en sus apariciones determinantes como entrenador en el banquillo de Mestalla. No se puede pedir más. Así fue y sigue siendo Roberto Gil. Preparen sus manos para romper a aplaudirle en los fastos del Centenario. Lo merece.

047

∞ PAQUITO

Roberto Gil encontró el socio perfecto para la medular en un inteligente centrocampista que Don Vicente Peris se trajo del Real Oviedo. Muy técnico y con gran capacidad de llegada desde la segunda línea, Paquito tuvo un protagonismo determinante en los títulos conseguidos por el Valencia durante la década de los sesenta y principios de los setenta. Perteneció al club de Mestalla durante nueve temporadas, en las que disputó 358 partidos con dos momentos culminantes: un golazo de tacón en la final de Copa de 1967 contra el Athletic de Bilbao y la capitanía en el equipo que se proclamó campeón de Liga en Sarrià el 18 de abril de 1971.

Francisco García Gómez, que después adquiriría el alias futbolístico de Paquito, nace en el bar restaurante propiedad de sus padres (Avelino -Pachín para los amigos- e Inés) en Oviedo, el 14 de febrero de 1938. Su madre alumbró mientras en el exterior se suceden los bombardeos por la Guerra Civil. La casa familiar, destrozada por el conflicto bélico, fue posteriormente remozada y convertida en una pensión para los jugadores solteros del Real Oviedo. Uno de esos futbolistas es el defensa internacional Francisco Calvet, quien le regala al futuro capitán del Valencia sus primeras botas.

Alumno, primero, del Colegio de la Milagrosa y, después, de San Agustín, Paquito realiza sus primeras incursiones en el mundo del fútbol jugando como delantero en el equipo infantil de La Voz de Asturias. De ahí pasa, también jugando como atacante, al Confecciones Aro, club del que recibía una corbata cada vez que conseguían una victoria. Con dieciséis años, se incorpora a la disciplina de la Unión Deportiva La Cibeles, conjunto de la regional asturiana en el que milita dos temporadas. Su

primera prima, en plenas Navidades, es de veinticinco pesetas de la época. Y de la UD La Cibeles al Juvencia, donde por fin le descubre el Real Oviedo. Tras una breve cesión en La Felguera, debuta en Primera -precisamente contra el Valencia- un 28 de septiembre de 1959. El encuentro, disputado en el Carlos Tartiere, finaliza con empate a uno.

Profeta en su tierra, completa cinco campañas en el conjunto carbayón. En la última, 1962/63, su rendimiento es altísimo y el Oviedo acaba tercero en Liga, solo por detrás de Real Madrid y Atlético de Madrid. Esa plantilla, con Paquito, Toni Cuervo, José María, Datzira, Marigil, José Luis o el argentino Sánchez Lage, que también ficharía por el Valencia, se convierte en una de las grandes sensaciones de la Liga.

Francisco García, que ya era internacional desde noviembre de 1962, nos cuenta cómo empieza a fraguarse su fichaje por el club de Mestalla: *“Había coincidido en Madrid alguna vez con Don Vicente Peris. Me pareció un hombre serio, recto, dispuesto a ficharme si se daban las circunstancias. Un señor”*. Cuando la directiva ovetense le comunica en mayo del 63 que existen dos ofertas por él -Mantua y Valencia-, no lo duda e indica que no se plantea abandonar España. Paquito tenía en Oviedo a su novia de toda la vida, Toñi, a la que había conocido mientras ella acudía a estudiar taquigrafía en la misma academia en la que él preparaba un curso de contabilidad. La pareja planeaba casarse y emigrar a Italia suponía un cambio demasiado radical. Así pues, Peris cierra el acuerdo definitivo y el centrocampista asturiano debuta con el murciélago en el pecho en junio de 1963 coincidiendo con la disputa de la final de la Copa de Ferias contra el Dinamo de Zagreb.

Llegar y besar el santo. El Valencia se proclama campeón ganando en ambos encuentros, con Paquito en el once inicial (1-2 en la ida, con goles de Waldo y Urtiaga; 2-0 en la vuelta que se juega en Mestalla, gracias a los tantos de Mañó y Héctor Núñez). Su trayectoria en la entidad valencianista arranca, por tanto, con un título europeo. Esa plantilla de mediados de los sesenta es muy reconocible. Con un pasillo de seguridad de lujo. Bajo palos, Ricardo Zamora y José Manuel Pesudo. Detrás, un defensa de época como Manolo Mestre, Paquito y Roberto en la media y la sociedad Waldo-Guillot arriba. El equipo logra el subcampeonato de Copa de Ferias en 1964 con un arbitraje muy polémico del portugués Fernandes Do Campos en la final contra el Zaragoza.

Hasta que llega el segundo título de Francisco García en el club. El 2 de julio de 1967, el Valencia se proclama campeón de Copa superando (2-1) al Athletic de Bilbao, uno de los rivales predilectos de Paquito. Tras el tanto inicial del paraguayo Jara en la recta final de la primera parte, el centrocampista asturiano iba a fabricar una obra de arte a los diez minutos de la reanudación. Él mismo nos cuenta la jugada: *“Todo viene por un remate de Guillot que le pega mal y el balón, en lugar de ir hacia portería, viene dirigido a la zona en la que estaba yo en el punto de penalti. La única*

forma que tenía de dirigir la pelota hacia Iríbar era meter el tacón. Y eso hice. Fue un recurso improvisado... que salió muy bien".

Pero, sin lugar a dudas, el título que consagra a Paquito como mito eterno del Valencia es el campeonato de Liga en 1971. El asturiano es el capitán de la plantilla dirigida por Don Alfredo Di Stéfano. Un hombre del que guarda un recuerdo entrañable: *"Nos tenía al límite siempre porque era muy exigente, pero cuando se abría y podíamos hablar con él era fascinante. No te imaginas lo que sabía de fútbol"*. Lesionado Roberto Gil, el llegador ovetense forma sociedad en la temporada 70/71 junto a Pepe Claramunt, que describe así a Francisco García: *"Era un jugador de tremenda calidad. Nos daba muchísimo en organización de juego y llegada desde atrás. Era muy completo"*.

Dos temporadas después de ese título de Liga, Paquito cuelga las botas para iniciar una prolífica carrera como entrenador que le lleva, entre otros, a los banquillos de Mestalla, Valladolid, Castellón, Hércules, Racing, Las Palmas, Rayo, Villarreal y, por supuesto, el Valencia. En el club valencianista sufre la injusticia y la ansiedad de una directiva atacada por los nervios derivados de una situación económica insostenible. Llega a ser líder en la jornada séptima pero, en el comienzo de la segunda vuelta, un empate en casa contra el Málaga y una derrota en Copa contra el Castilla precipitan su cese

Esta es la historia de Paquito, gran capitán en la gloriosa temporada 1970/71. Calidad, inteligencia, llegada. El inventor del 'melocotón', un regate con cambio de ritmo inspirado en las acciones del brasileño Garrincha, al que admiraba de niño. Un genio despistado que se mesa la mata blanca de cabello, todavía rizada, cuando rememora sus hazañas en el Valencia. A su lado, eterna, Toñi, que le sigue adorando como cuando empezaban a cruzar miradas paseando por las calles de Oviedo. Gracias por abrirme las puertas de su casa, una auténtica biblioteca del fútbol mundial. Y gracias por los recuerdos, gran capitán. Esa Liga sigue haciéndonos felices.



Cromos Paquito. Colección F. Rius

048

∞ WALDO MACHADO

El 21 de junio de 1961, un suceso convulsionó al Valencia y a su entorno. El jugador brasileño del club, Walter Marciano, fallecía a consecuencia de un grave accidente de tráfico ocurrido en la carretera de El Saler. Conducía su propio vehículo, un Seat 1500, junto a los también futbolistas de la primera plantilla Sócrates y Coll. Parte del equipo acababa de comer en La Clemencia, cerca de Mestalla, y viajaban a Sueca en convoy para dejar en su domicilio al centrocampista Paco Sendra. A la altura del kilómetro 13, Walter perdió el control del automóvil en una curva y se empotró en el lateral de un camión de bebidas refrescantes. Murió en el acto.

La noticia del fallecimiento provocó una tremenda conmoción en la afición valencianista. Al sepelio acudieron miles de personas, el féretro fue portado en hombros por los jugadores del Valencia desde el Hospital Clínico hasta Viveros, donde tuvo lugar el duelo. Walter, que tenía en aquel momento veintinueve años, acababa de ser padre de su cuarto hijo. Precisamente a beneficio de su familia, el irrepetible gerente Don Vicente Peris se apresuró a organizar un partido amistoso. El 1 de julio del 1961, tan solo diez días después del deceso, el Fluminense se imponía 2-3 en un Mestalla lleno hasta la bandera. Dos de los tantos brasileños aquella tarde llevaban la firma de uno de los grandes goleadores en la historia del club: Waldo Machado Da Silva.

Waldo nació en el humilde municipio de Sao Gonçalo, Río de Janeiro, un

domingo -día de fútbol, claro- 9 de septiembre de 1934. Fue el segundo retoño de Joao y Sebastiana. Ambos trabajaban de sol a sol. Él era operario de la compañía de ferrocarriles y ella desarrollaba su labor profesional en una de las fábricas de las fosforera nacional. Así que el histórico delantero del Valencia tuvo que criarse junto a su abuela Joaquina.

Desde muy niño sintió la llamada del balón. En un campito de tierra cercano a su casa, en Niteroi, jugaba horas y horas junto a su hermano Wanderlei. Era el mejor del barrio y, por su velocidad, su potente disparo y su facilidad para hacer goles, en 1951 consiguió que un amigo de la familia, Celio Vitalino, le llevara al Fluminense para hacer una prueba. A los pocos días ya era titular en el juvenil del *Flu*. Sería su único club en Brasil. En 1954 debuta con el primer equipo, del que -todavía hoy- es máximo artillero con 319 goles. Antes de fichar por el Valencia, fue incluso internacional con Brasil, llegando a compartir vestuario con el legendario Pelé.

Tras el encuentro amistoso a beneficio de la familia de Walter, Peris se marcha a Río de Janeiro para cerrar “*como sea*” -es la indicación que recibe por parte del presidente Julio de Miguel- el fichaje de Waldo. Un martes por la mañana de finales de julio, Don Vicente se presenta en la vivienda familiar de los Machado en Niteroi. Una zona tremendamente humilde, como nos cuenta Walmar Machado, uno de los hijos del mítico delantero: “*Mi padre vivía en una casita pequeña, ubicada en una de las laderas de las favelas. La idea de él cuando empezó a jugar en el Fluminense era ganar dinero para comprarle una vivienda más grande a sus padres, algo que pudo hacer gracias a su fichaje por el Valencia*”.

En Mestalla la pretemporada está a punto de comenzar, y Vicente Peris tiene prisa por cerrar la operación y regresar con Waldo. Su diligencia y don de gentes propicia la celebración de una reunión que sería determinante en la sede del Fluminense. Tras varias horas de negociación, el gerente del Valencia acepta realizar el desembolso más importante en la historia del club hasta el momento: 6.800.000 pesetas. Además, consigue que el delantero brasileño no juegue el compromiso que el Flu tenía ese fin de semana. El 3 de agosto de 1961, ambos aparecen en la terminal de Manises procedentes de Río de Janeiro. Don Vicente había cumplido con la misión que le habían encomendado.

El debut de Waldo en partido oficial se produce apenas un mes después en Zaragoza y, en su segundo encuentro, el artillero de Sao Gonçalo ya enciende Mestalla con dos goles en el triunfo del Valencia (3-0) ante el Real Oviedo. Hablando de goles, necesitaríamos decenas de páginas para contar al detalle solo algunos de los que hizo defendiendo el escudo del

murciélago. Conviene tener en cuenta que se trata del segundo máximo realizador en la historia del club, solo por detrás de Mundo y por delante de leyendas como Kempes, Fernando Gómez o David Villa. En nueve temporadas, Waldo Machado anota 160 tantos en partido oficial, treinta de ellos en competiciones europeas, en las que sigue siendo máximo artillero de la entidad. Además, firma treinta dobles, seis *hat tricks* y dos partidos con cuatro goles, contra Oviedo -su víctima predilecta- y Barça.

Su fichaje coincide con el inolvidable estreno del Valencia en Copa de Ferias, actual Europa League. El nombre de Waldo está grabado con letras de oro en la historia de la competición. Suyos fueron los dos primeros goles del club en Europa, ambos ante el Nottingham Forest, el 13 de septiembre de 1961 en Mestalla (2-0). Tras eliminar a dicho equipo inglés, Lausanne, Inter de Milán y MTK de Budapest, el conjunto dirigido por Alejandro Scopelli doblega al Barça en la final por un global de 7-3.

Hombre de extraordinaria sencillez y humildad, así analizaba Waldo a aquel Valencia campeón europeo: *“Aquella temporada estábamos muy conjuntados porque al tener que disputar la Copa de Ferias jugábamos más partidos. Nos salió todo redondo”*. Y lo mismo sucedería en la siguiente campaña. Con goles del artillero brasileño en las tres primeras rondas y en la final contra el Dinamo de Zagreb, el trofeo europeo volvía a marcharse a las vitrinas de Mestalla.

Pero FIFA y UEFA no podían permitirse que el mismo equipo ganara tres ediciones consecutivas y, en la final de 1964, disputada ya a partido único en Barcelona entre Real Zaragoza -con los ‘*Magníficos*’ Marcelino, Villa y Lapetra- y Valencia, un árbitro portugués de infausto recuerdo, Fernandes Do Campos, se encargó del trabajo sucio. El testimonio de Walmar Machado sobrecoge: *“Mi padre siempre contaba que en el campo les decía muy serio que, hicieran lo que hicieran, no iban a ganar el partido. Se me pone la piel de gallina recordándolo”*.

Delantero de físico imponente, rápido, Waldo tenía además un disparo potente. Quienes tuvieron la oportunidad de verle en directo siguen relatando aún hoy acciones inolvidables, como una prodigiosa volea al Celtic desde la frontal, y, sobre todo, los goles de libre directo. Hizo varios tremendos, por ejemplo al Espanyol, Levante o Nüremberg.

Waldo Machado forma sociedades inolvidables en ataque. Primero, junto a Guillot. Después, jugando por detrás del vasco Ansola. Esa última dupla funciona a la perfección en la temporada 1966/67, en la que el delantero de Niteroi consigue su tercer título en Mestalla: la Copa, doblegando en la

gran final al Athletic de Bilbao. Meses después, una tarde inolvidable. 10 de diciembre de 1967. En Sarrià se enfrentan Espanyol y Valencia. Al descanso, el conjunto perico vence 4-1. Pero una monumental bronca del entrenador -Mundo- en el vestuario cambia totalmente el escenario en la reanudación. En menos de media hora, entre el minuto 59 y el 86, dos goles de Waldo, uno de Ansola y otro de Paquito suponen la remontada para el histórico 4-5.

Tras nueve años maravillosos, Waldo abandona Mestalla a la conclusión de la temporada 69/70. La muerte prematura de Don Vicente Peris, su segundo padre, le priva de un homenaje más que merecido que, todavía hoy, sigue esperando. En Brasil, en cambio, sí hay alguien que ha luchado porque el delantero tenga el reconocimiento que merece como máximo realizador en la historia del Fluminense. El polifacético periodista Walterson Botelho escribió en 2012 el libro 'Waldo, el artillero', en el que glosa su carrera.

Aquí, hay alguien que también se ha dejado el alma por mejorar la calidad de vida de Waldo. Se llama Fernando Giner, presidente la Asociación de Veteranos del Valencia CF, que ayuda económicamente de forma directa para que la leyenda brasileña pueda residir en un centro especializado de atención a pacientes de Alzheimer. Además de sufrir los efectos de esa cruel enfermedad que nos borra la memoria, Waldo ha perdido visión y hay días que no tiene ganas ni de andar.

En su habitación, un cuadro enorme le recuerda cada mañana quién fue. Ante un Mestalla abarrotado, pugna por el balón con el escudo del murciélago en el pecho. Reconoce por la voz a su hijo Walmar y a su hija blanca, Merchina Peris, -Mei para él- y de vez en cuando pregunta por su amigo 'el *pe/ao*', Guillot, antes de salir a pasear. La vida de Waldo se apaga lentamente, entre recuerdos cada vez más difusos. El Centenario del Valencia entraña una nueva oportunidad para que el club le organice el homenaje que mereció y nunca tuvo. El tiempo se acaba.

049

∞ VICENT GUILLOT

Camino de cumplir los ochenta, con tremenda lucidez, Vicent Guillot sigue recordando sus años de gloria en Mestalla. Una década de goles, triunfos europeos e inseparable sociedad con Waldo, su gran amigo. A pesar de su apariencia nórdica (rubio, ojos azules), nació en Aldaia, en julio de 1941 y consiguió lo imposible: ser profeta en su tierra.

Con talento para la definición y habilidoso en el regate, Guillot se inició al fútbol en el patio del colegio de los Salesianos. Es allí donde hay que buscar los orígenes de su estilo. Aprendió a regatear a la fuerza: *“Yo comienzo a jugar al fútbol en los Salesianos. No teníamos equipo ni nada. Era en el recreo, salíamos de clase unos doscientos niños, cogíamos una pelota, poníamos piedras como postes y jugábamos todos contra todos. Aprendí a regatear pensando que todos los que venían corriendo eran contrarios”*.

Allí, en Salesianos, se encuentra un cómplice para toda la vida. Sería su primer entrenador y el creador de su primer equipo, los ‘Limonitas’: *“A los doce o trece años, el cura Don Juan Franco, me acordaré toda la vida porque gracias a él he jugado al fútbol, organizó aquel primer equipo en el que empecé a soñar con llegar a Primera”*.

Pero Vicent no iba a tenerlo fácil en sus inicios. Como le ocurriera a muchos de sus coetáneos, había un negocio familiar que atender. Su padre no le dejaba jugar y eso generaba alguna que otra bronca en casa: *“Mis padres*

tenían un bar junto a la vivienda, todo en la misma planta baja. Un día, mi padre cayó malo y me dijo que no se me ocurriera ir a jugar al fútbol, era un domingo por la mañana. Pero le pregunté a mi madre, al final la convencí y me dijo que sí con la condición de que no se enterara mi padre. Pero claro, al estar sola en el bar, la gente comenzó a impacientarse porque tardaban en atenderla. Así que mi padre descubrió que me había ido. Enfermo como estaba, vino a buscarme a los Salesianos. Salí del campo con la ropa de jugar puesta y me fui corriendo a casa. La ventaja que tuve es que mi padre estaba cojo y no me podía alcanzar. Cuando llegué, yo ya estaba detrás del mostrador”.

A pesar de las dificultades paternas, todavía jugando en Salesianos, llama la atención de la Federación Española con su habilidad y sus goles y recibe la llamada de la selección nacional juvenil. Vicent, que no tenía botas para jugar, encontró de nuevo la ayuda del párroco Juan Franco: *“Como mi padre no lo tenía nada claro, Don Juan me acompañó a por las primeras botas de verdad que utilicé. Me hizo un préstamo para comprarlas”.*

Su rendimiento en la selección juvenil -haciendo goles con esas nuevas botas- llama la atención de uno de los grandes de España. Pero el destino y su señora madre, Doña Concha, provocan que acabe recalando en el Valencia: *“Vinieron del Atlético de Madrid para hablar con mi madre porque me habían visto jugar en los entrenamientos de la selección. Pero ella dijo que se negaba a que saliera de casa. En esa época, venía al bar un tal señor Pechuán que conocía a un empleado del Valencia. Él consiguió que hiciera la primera prueba”.*

Tras completar dos muy buenas temporadas en el Mestalla, realiza con el primer equipo una gira europea en agosto de 1961, en la que consigue su primer gol con el Valencia. El 24 de agosto, el conjunto dirigido por Balmanya se impone 3-5 al Génova con un tanto de Guillot. El estreno oficial llega el mes siguiente, en Zaragoza. El equipo pierde 3-0 y las cosas no salen demasiado bien: *“Me pusieron de extremo izquierda y ahí yo me perdí. Pensé que ya no volvería a jugar pero, en el segundo partido de Liga en casa contra el Oviedo, jugué de interior izquierda que era mi posición habitual”.* Efectivamente, Balmanya le desplaza al interior zurdo en la segunda jornada, en la que el Valencia se impone al Oviedo por 3-0. En esa posición, explota en la temporada de debut, saliéndose literalmente en la jornada 15 ante el Real Madrid. Hace dos goles y el equipo gana 3-2.

Con gran capacidad para entender el juego, marca veinte tantos ese primer año. Ninguno de ellos de cabeza. La cabeza está para otras cosas: *“Yo he hecho en mi vida un gol de cabeza y me hice daño. Ese día decidí que ya no*

volvía a darle con la cabeza. La cabeza para pensar y los pies para jugar”.

Guillot encuentra su competición fetiche en la Copa de Ferias, que el club disputa por primera vez en su historia ese año, en la temporada 61/62. En tercera ronda, protagoniza uno de sus partidos memorables ante el Inter, un equipazo. Marca los dos goles del triunfo del Valencia (2-0). Era el Inter de Luis Suárez, Facchetti, Herrera en el banquillo y, bajo palos, Lorenzo Buffon, tío del actual portero italiano del PSG. Esa Copa de Ferias era bastante más complicada que la actual Copa de la UEFA: *“La Copa de Ferias en aquella época tenía unos equipos tremendos. La alineación del Inter de Milan había costado treinta millones”.*

El listón estaba alto, pero el delantero de Aldaia lo supera en la gran final contra el Barça.

En la ida, el 8 de septiembre del 62 en Mestalla, el Valencia se impone 6-2 con *hat trick* de Guillot. Mestalla le despide en pie y lleno de pañuelos. Es la temporada de su debut y firma un partido legendario. ¿Se guardó el balón o la camiseta?: *“En aquella época no daban ni los balones ni las camisetas. Ni podías cambiarlas tampoco con un contrario. Si te la llevabas, tenías que pagarla de tu bolsillo porque no habían más equipaciones, eso no existía”.*

Buena parte de los tantos que el Valencia genera en la primera mitad de los sesenta procede de una sociedad que ha trascendido al paso de los años: Waldo-Guillot. El brasileño era la fuerza, la potencia, el gol en estado puro. El atacante valenciano, en cambio, representaba la figura del mediapunta despierto, el que facilitaba ocasiones, el que iba a las caídas. Se entendieron con una mirada desde el primer día: *“Yo sabía dónde podía ir el balón, era el listo de la película. Y él se aprovechaba de lo que yo iba generando desde atrás. Tuvimos una compenetración enorme desde el primer partido, no tuvimos que esperar tres meses para acoplarnos”.*

En aquellos gloriosos años, nace un pique que llegaría hasta los últimos días de Guillot como futbolista. Un pique que tiene su origen en un caño. A Di Stéfano no le hizo ninguna gracia que aquel *rubiete* pequeñajo le dejara en evidencia ante su público: *“Di Stéfano era un jugador todoterreno, igual estaba defendiendo, en medio del campo o atacando. Y entonces en un partido en el Bernabéu bajó a defender. Le hice una jugada de caño y claro, no le vino bien. Se enfadó y de ahí vino el pique”.* Curiosamente, una de las primeras decisiones de Don Alfredo como técnico del Valencia en la temporada 70/71, la del campeonato de Liga, fue prescindir de Vicent. La frase que el delantero de Aldaia nos regala al respecto es para enmarcar:

“Yo siempre lo he dicho. No tengo ningún rencor contra los que me tiraron porque al año siguiente fueron campeones. Hay que ser sinceros y honrados”.

Con el tiempo, regresó a la entidad captado por Ramos Costa para dirigir la escuela, en la que permaneció durante casi una década, siendo responsable del fichaje de muchos nombres que seguro les sonarán. *“Habrá unos veinticinco o veintiséis que salieron de la escuela: Tendillo, Giner, Camarasa, Enrique Moreno, Revert, Aliaga, Moreno, Juan Sánchez, Matías Rubio, Fernando Gómez Colomer, Sixto, Fenoll... y seguro que me dejo alguno”.*

Esta es la historia de Vicent Guillot. Más de una década generando goles en Mestalla. Anotó 98 en 290 partidos. Fue campeón de Copa y dos veces campeón de la Copa de Ferias. Formó una pareja que ha trascendido al paso del tiempo -y que incluso originó la mítica cafetería Walgui- con el titánico Waldo. Pero, sobre todo, consiguió triunfar en el equipo de su corazón, el Valencia: *“Es un honor y una categoría jugar en el Valencia, lo más grande que te puede pasar. Mucho más si eres valenciano”.*

CAPÍTULO 14

DEFENSAS DE ÉPOCA

∞ Juan Ramón
Álvaro Pérez
Salvador Monzó
Juan Cruz Sol
Pepe Carrete
Fabián Ayala

050

∞ JUAN RAMÓN

Una de las imágenes grabadas a fuego en el imaginario colectivo valencianista nos remite al 29 de junio de 1941. Tarde soleada en Chamartín. El Valencia acaba de ganarle la final de Copa al Espanyol. Es el primer título en la historia del club. Los jugadores, eufóricos, dan la vuelta de honor. Mundo y Sierra llevan a su capitán a hombros. No es tarea sencilla. Se trata de un jugador de enorme envergadura, fuerte. Tanto, que sujeta la Copa con una sola mano. En el rostro del capitán no cabe más alegría, más orgullo. Junto a él se arremolinan radiantes Gorostiza, Lelé y Asensi. Es un momento de felicidad absoluta, una imagen para la historia. Acaba de nacer un Valencia inmortal. El capitán de ese equipo era Juan Ramón.

Para empezar, un matiz que quizá no todo el mundo sepa. Juan Ramón no se trataba de un nombre compuesto. El gran capitán se llamaba Juan, a secas. Ramón era apellido, con orígenes valencianos, además. Es el primero de los muchos detalles que nos desvela el hijo del gran capitán. Juan, como su padre, nos atiende desde Erandio a sus espléndidos 81 años: *“Ramón es apellido, acláralo, que hay mucha gente que seguro que no lo sabe. Procedente de Altea, además”*. Escrito queda.

Nacido en Erandio, Vizcaya, el 8 de marzo de 1912, Juan tuvo una infancia dura y una vida marcada por las pérdidas irreparables. Huérfano de madre, tuvo que criarse junto a su hermano Julián en casa de su tía Severi. Alumno de los Salesianos, desde muy pequeño se aficiona al deporte. Pero no solo al fútbol. El

que después sería líder de la defensa del Valencia empieza a acudir desde muy niño a los frontones de pelota vasca, además de recorrer en bicicleta buena parte de los montes de la zona.

En esas interminables partidas en el frontón, en las escapadas ciclistas por las rutas próximas a Erandio y, por supuesto, en los primeros partidos de fútbol hasta que anochece, Juan encuentra un cómplice al que admira y del que aprende: su hermano mayor, Julián. *“Mi tío llegó a jugar en el Arenas de Getxo, además de en el Erandio y el Barakaldo. Y yo siempre le he oído a mi padre decir que mi tío era mejor jugador que él. Pero no pudo llegar al nivel de mi padre. Las circunstancias no se lo permitieron”*.

Con tan solo veinticuatro años, la guerra le arrebataría al hermano mayor y referente. Julián fue asesinado en el penal de Santoña: *“Le cogieron en guerra, estuvo preso allí y, a base de torturas, lo mataron”*. Primero, su madre y, después, su hermano. No iba a ser, lamentablemente, la última tragedia a la que Juan Ramón haría frente en su vida.



El capitán Juan Ramón en una jugada del Valencia – Deportivo de la Coruña.

Autor Desconocido / Colección P. Roca

Pero vayamos al fútbol. El defensa de Erandio abandona los estudios antes de la mayoría de edad y entra a trabajar en una fábrica de muebles. Compagina sus obligaciones profesionales con los primeros partidos en el equipo de su pueblo, donde pronto destaca como zaguero imponente. Es una de las sensaciones de la provincia y, con dieciocho años, Amadeo García Salazar le ficha para el Alavés en el inicio de la temporada 30/31. El conjunto vitoriano está en Primera y cuenta con una pareja de centrales de altísimo nivel –uno de ellos, Quincoces, que décadas después entrenaría al Valencia-, por lo que solo juega un partido. Su debut oficial en Primera se produce un 1 de marzo del 31 en un Alavés-Athletic de Bilbao.

Juega tan poco en Vitoria que, al año siguiente, toma la decisión de volver a Erandio. Allí tiene a sus amigos, a la familia y, sobre todo, a su novia, Carmen. Tras dos temporadas más rindiendo a gran nivel en Tercera, en el verano de

1933 recibe varias ofertas para salir de Vizcaya. Pero una en especial le llama la atención. El encargado de planteársela no era representante, ni directivo. Era un ingeniero. *“En Sagunto, estaba Altos Hornos de Sagunto, filial de la fábrica de Vizcaya. En la estructura de la empresa había un señor muy bien relacionado que, en uno de sus viajes a Bilbao, se acercó a verle para trasladarle un ofrecimiento del Gimnástico. Él era ingeniero, pero le encantaba el fútbol. A mi padre le sedujo la idea de cambiar de aires en ese momento y aceptó”*.

En el conjunto azulgrana sigue impresionando por su destreza defensiva y, a la conclusión de la temporada 33/34, Sevilla, Espanyol y Valencia pugnan por conseguir su fichaje. Juan Ramón, eso sí, no tiene ninguna duda respecto a cuál debe ser su siguiente club. Enamorado de la ciudad y convencido de que en Mestalla puede conseguir títulos, el 21 de octubre de 1934 debuta en Heliópolis (0-1, gol de Vilanova) con el murciélagu en el pecho. Arranca una impresionante carrera de dieciséis temporadas y más de 500 partidos que convierten al de Erandio en un mito eterno de la entidad valencianista.

En sus dos primeras campañas, entre 1934 y 1936, el equipo -prácticamente un recién llegado a la categoría- consigue la permanencia sin dificultades. Es precisamente en ese año 1936 cuando el defensa obtiene un permiso de dos semanas del Valencia para regresar al País Vasco y contraer matrimonio el 11 de marzo con su novia de toda la vida: Doña Carmen Sertucha Larrea. De esa unión nacerían tres hijos, todos a orillas del Turia, en el domicilio familiar de la Calle General Prim número 11: Juan, el primogénito, María del Mar y Carlos, un bebé adorable que iba a fallecer con once meses. Otra vez la tragedia se cruzaba en la vida de Juan Ramón.

El sistema de juego de la época consistía en una especie de 2-3-5. Solo dos defensas. Los responsables de la última línea de retaguardia tenían que ser, por tanto, tipos fuertes, duros -en el buen sentido de la palabra- y razonablemente rápidos. Juan cuidaba al detalle la forma física, a costa de incluso de las vacaciones, que aprovechaba para entrenar a diario. Y tenía un hábito admirable -hoy sería impensable- después de los partidos: *“Siempre que el equipo jugaba en Mestalla, venía a casa cuando salía del estadio para descansar dos horas. Eso lo hizo desde que yo tengo recuerdos y hasta que se retiró”*.

Juan Ramón consigue tres Ligas y dos Copas, formando junto a Álvaro una de las mejores sociedades defensivas de la época. Incomprensiblemente, fue internacional tan solo en dos ocasiones -contra Alemania e Italia en 1942-. Disputó más de 500 partidos, pero únicamente fue expulsado en dos ocasiones: en 1937, durante un derbi contra el Levante, por una discusión con Martínez Catalá y en 1941, días después del fallecimiento prematuro del pequeño Carlos. Fue en Murcia, en medio de un ambiente hostil. Y tampoco por una mala patada.

El colegiado catalán Vilalta Bars casi le pidió favor que se marchara. *“Se generó un ambiente muy tenso en el estadio contra él después de un par de acciones con jugadores del Murcia y el árbitro se acercó a mi padre para pedirle por favor que se marchara. Según le dijo, o se marchaba mi padre o tenía que irse a casa el trío arbitral”*.

Tras la conquista de la Copa del 49 ante el Athletic, con el famoso gol de Epi, pierde protagonismo en el once inicial. Pero, a sus 38 años, se siente con fuerzas, piernas y pulmones para seguir jugando. Y recibe una oferta irrechazable a mediados de la temporada 50/51. Su amigo Carlos Iturraspe, entrenador del CD Mestalla en aquel entonces, le propone reforzar el filial, en serios apuros para mantener la categoría en Segunda. Juan se estrena el 17 de diciembre de 1950 con una victoria (0-1) en el Luis Sitjar de Palma de Mallorca. Fue el principio de una segunda vuelta primorosa en la que el equipo acabaría en una cómoda octava posición.

En la siguiente campaña, se produce una de las mayores alegrías de su carrera. Con 40 años ya cumplidos, es el líder y capitán del Mestalla que consigue el ascenso a Primera División. Su hijo, Juan Ramón Sertucha, fue testigo privilegiado de aquella proeza: *“Tenías que haberlo visto con cuarenta años peleando como un titán contra jabatos a los que les doblaba la edad. Todavía me emociono al recordarlo”*.

Ese ascenso histórico fue el broche de oro a un cuarto de siglo de carrera excepcional. Y el paso previo a la aventura en los banquillos. Durante más de dos décadas, Juan entrenó a Mestalla, Badajoz, Eldense, Ceuta, Elche, Sabadell, Mallorca, Castellón, Ferrol, Málaga y Ontinyent. Siempre le quedó la espina -clavada en alma- de no haber entrenado al Valencia, su equipo.

Ya retirado de los banquillos, se dedicó a ver fútbol trabajando para la entidad valencianista. Y descubrió jóvenes prometedores, como Voro, al que iba a seguir en directo siendo juvenil en L'Alcúdia pensando -acertadamente- que podría ser heredero de sus virtudes defensivas. Vivía junto a Doña Carmen en la Gran Vía y se mantuvo en perfecto estado de revista hasta que una demencia senil empezó a borrarle algunos recuerdos. No todos. De Mestalla nunca se olvidó. *“Un día me llamó mi madre asustada porque papá había desaparecido. Era de noche y no lo encontraba por ningún sitio. A mi hermana se le ocurrió una idea: ir a buscarlo a Mestalla. Y allí estaba, en pijama, a las puertas del estadio en la Avenida Suecia, esperando a que empezara el partido”*.

Juan Ramón Santiago falleció el 15 de octubre de 1999. Se marchó al cielo de los grandes capitanes convertido en leyenda. Fue el hombre que levantó el primer título en la historia del club. Defensa infranqueable, noble, el Valencia fue su vida.

051

∞ ÁLVARO PÉREZ

En la recta final de la Guerra Civil, un batallón cuya misión esencial era recuperar piezas de camiones averiados y aviones estrellados en combate, llegó a Valencia bajo las órdenes del general Antonio Aranda. El regimiento, que recibía el nombre de 'Recuperación de Levante', tenía su propio equipo de fútbol, entrenado por un militar, el teniente Alcántara. A falta del campeonato nacional de Liga, suspendido desde el comienzo del conflicto bélico, ese grupo de jugadores iba a despertar una tremenda expectación en la ciudad.

En su estreno a orillas del Turia, el 23 de abril de 1939, se impuso por 3-1 a un combinado de jugadores valencianos. Semanas más tarde, se deshacía del Atlético Aviación por 6-2 y, casi en verano, el 18 de junio, goleaba a Osasuna (3-0) en el encuentro que suponía la reapertura de Mestalla, gracias a los esfuerzos de, entre otros, Don Luis Casanova y del comandante en jefe Alfredo Giménez Buesa. Las crónicas de la época, con la firma del pionero *Sincerátor*, destacaban de aquellos lances, sobre todo, a tres jugadores. Los tres acabarían siendo fichados por Luis Colina, ejecutivo del Valencia: Mundo, Botana y nuestro protagonista, Álvaro.

Nacido en Mondoñedo, provincia de Lugo, el 30 de marzo de 1916, Álvaro Pérez Vázquez fue un central contundente, expeditivo, con gran capacidad de intimidación y sentido del pragmatismo. Referente defensivo en Mestalla junto al vasco Juan Ramón, perteneció al club un total de doce temporadas.

En un tiempo en el que todos los entrenadores de Primera formaban de salida con un arriesgado 2-3-5, los zagueros debían ser muy completos. Rápidos al corte, potentes en el juego aéreo y resolutivos al choque. La sociedad formada por Álvaro y Juan Ramón reunió todos esos requisitos y alguno más desde 1939 y hasta 1949, fecha en la que el gallego comenzó a darle el relevo a Monzó.

Tras rechazar ofertas en firme de Athletic y Zaragoza, el defensa lucense es titular indiscutible en las tres temporadas siguientes a la Guerra Civil. En todas ellas, el Valencia conseguiría títulos. El campeonato regional en 1940, la Copa en 1941 y la Liga en 1942. En estos dos últimos casos, se trataba de los primeros campeonatos nacionales en la historia del club de Mestalla. Dotado de una excelente condición física, Álvaro completa una media de 34 partidos por campaña.

Hablamos de una época en la que los centrales rara vez se incorporaban al ataque. Jugando con cinco delanteros no era necesario adquirir riesgos ofensivos, sobre todo teniendo en cuenta que, en caso de subir uno de los defensores, su único acompañante en la línea se quedaba solo para formar la desguarnecida retaguardia. Por dicha razón, no era habitual que los defensas hicieran goles. Aunque el gallego consiguió el suyo. Fue en su segunda temporada como valencianista. El 17 de noviembre de 1940, el Valencia se imponía al Oviedo (5-1) con *hat trick* de Gorostiza, un tanto de Asensi y otro de Álvaro. Aunque la acción debió ser de aquella manera. Así la describe uno de los cronistas de la época: *“La primera parte terminó con el resultado de dos a uno, marcando primeramente el Oviedo por medio de Antón. Empató Asensi y, más tarde, Álvaro, en un despeje largo y ayudado por el viento, obtuvo el segundo tanto para el Valencia”*.

Central aguerrido, de los de antes, nunca se arrugaba en los balones divididos. Circunstancia que le hizo sufrir graves lesiones, que le dejaron secuelas, incluso después de haberse retirado. En una ocasión, tuvo que abandonar el terreno de juego durante un partido en Alicante a causa de una rotura de tímpano que le provocó una sordera parcial. Años más tarde, en un lance contra el Espanyol, padeció una hemorragia renal que le mantuvo varios días hospitalizado.

A finales de la década de los cuarenta, y tras haber sido pieza básica en todas las conquistas del Valencia de la ‘Delantería Eléctrica’, dejó el club con tres Ligas y dos Copas del Rey en su expediente. Su lugar en el terreno de juego fue cubierto por otro defensa de época: Salvador Monzó.

052

∞ SALVADOR MONZÓ

En plena Guerra Civil, mientras las sirenas avisaban a la población para que se pusiera a cubierto, un grupo de adolescentes acostumbraba a refugiarse junto a la acequia de Mestalla. Uno de ellos había crecido con el sueño de ser futbolista del Valencia. En esos momentos de pánico, cerraba los ojos, deseando con todas sus fuerzas que el peligro pasara rápido para volver a jugar al fútbol. Quién iba a decirle a ese jovencito repeinado y agazapado entre arbustos que, unos años después, iba a ser campeón de Liga con el equipo de su corazón. Su nombre era Salvador Monzó.

Nacido en el Barrio del Carmen, Monzó pertenece al selecto grupo de jugadores que han alcanzado la cifra de 300 partidos oficiales en el club de Mestalla. Defensa fuerte, con un físico imponente, dominador del juego aéreo a pesar de no ser especialmente alto, fue dos veces campeón de Liga y otras dos campeón de Copa en las trece temporadas que perteneció a la disciplina del Valencia.

Antes de la mayoría de edad, Salvador inicia su trayectoria profesional como ayudante de un tío suyo que trabaja como pintor. Pero siempre que puede se escapa a jugar partidos. Su hija Aurora nos explica que el fútbol fue *“su gran pasión desde muy niño. Él era balón a todas horas. Fue así todos los años de su vida”*. Seleccionado por el departamento de captación del club de Mestalla antes de cumplir veinte años, los técnicos toman la decisión de cederlo al Catarroja para que se foguee. Será el único equipo para el

que juegue además del Valencia, al que se incorpora de forma definitiva en el verano de 1942.

Antes del comienzo de la temporada 42/43, la salida de Ramón Encinas provoca que Luis Casanova tome la decisión de colocar en el banquillo al tándem formado por Leopoldo Costa 'Rino' y el legendario Eduardo Cubells. Ambos conocen a la perfección las prestaciones de Salvador Monzó, que debuta en Primera en partido oficial el 27 de diciembre de 1942. Con gol de Simón Lecue, el Valencia se impone por 0-1 al Real Madrid en Chamartín. A pesar de su juventud y precocidad -21 años-, Monzó impresiona por su aplomo y dominio de las situaciones complejas en un escenario exigente. En esa campaña de estreno, ya alcanza los catorce encuentros oficiales.



Portada revista Valencia CF campeón de Copa.
Editorial F. Domenech SA/Colección Valencia CF

En su segundo año en la entidad valencianista, la cifra asciende a diecinueve y el Valencia se proclama campeón de Liga con seis puntos de ventaja sobre el Atlético de Aviación. Salvador Monzó forma en defensa con dos titanes, Juan Ramón y Álvaro, de los que aprende en cada entrenamiento. Ese trío de zagueros se convierte en uno de los grandes referentes para los aficionados. Hablamos de un tiempo en el que la mayoría de los jugadores vive en la ciudad, cerca de Mestalla. La familia Monzó tiene fijada su residencia en la calle Matías Perelló. El camino al estadio, como nos cuenta Aurora, se interrumpe de forma constante por la gran cantidad de seguidores que paran a Salvador para saludarle: *“Era impresionante. Teníamos que detenernos cada cinco segundos en el trayecto que iba de casa a Mestalla. Mi padre siempre me llevaba a hombros y yo alucinaba con lo que pasaba. Era muy querido por la gente”*.

El equipo repite título de Liga en 1947. Esa temporada, Monzó es ya una pieza indispensable en los sistemas defensivos de Luis Casas Pasarín,

completando veintidós partidos de Liga -hay que tener en cuenta que hablamos de una competición con tan solo catorce equipos- en esa famosa línea de retaguardia que forma junto a los veteranos Juan Ramón y Álvaro.

Las vacaciones de los Monzó transcurren descansando en El Perelló junto a las familias de Puchades y Sócrates, algo que convierte al vestuario valencianista en un grupo de amigos. Tanta cercanía provoca que la mayoría de *peques* que van naciendo tengan como padrinos a futbolistas. Es el caso de los cuatro hijos de Salvador Monzó, tres niños y una niña, Aurora. *“Puchades fue mi padrino, Igoa el de Voro, mi hermano mayor, Asensi el de Tito y el presidente Pepe Ramos, el del pequeño, Bruno. Imagínate cómo eran los domingos en casa. El Valencia fue toda nuestra infancia. Una infancia maravillosa”*.

Con el paso de las temporadas, el número de partidos oficiales de Monzó aumenta, rondando siempre la cifra de treinta. Es titular, por ejemplo, en la mítica final del 49, resuelta con gol de Epi. Esa tarde forma en defensa junto a Álvaro y Luis Díaz. Tanta continuidad y la veteranía que va alcanzando le permite ostentar la capitanía en la década de los cincuenta. Su partido más especial portando el brazalete llega el 20 de junio de 1954. En la gran final de Copa, el Valencia se impone por 3-0 al Barça. Salvador Monzó, encargado de recoger el trofeo, se deja llevar por su valencianismo y sale del protocolo a la hora de saludar al General Franco, como nos recuerda su hija: *“En lugar de tratarle como excelencia le llamó Francisco. Cuando le llamaron la atención los señores de protocolo, él les dijo que lo importante en ese momento era el Valencia”*. Inconfundible en las fotografías color sepia de la época, pecho arriba, tupé engominado con apariencia de Supermán, su sonrisa bajando la escalerilla de Chamartín Copa en ristre supone una imagen para la eternidad. El capitán feliz.

Salvador Monzó se marchó demasiado pronto al cielo de los defensas de época, un 24 de febrero de 1985. Y lo hizo dejando una hoja de servicios impecable, con 326 partidos oficiales, dos Ligas y dos Copas. Un expediente, por cierto, con dos curiosidades: tan solo una expulsión en toda su carrera -síntoma evidente de nobleza en la marca- y un gol con el Valencia, el que consiguió en el Metropolitano un 25 de enero de 1948 en un empate a dos contra el Atlético de Madrid.

El adolescente que, entre avisos de bomba y pánico, solo deseaba que pasara el peligro para volver a jugar, llegó a ser capitán de su Valencia. Un Valencia campeón, además. A veces, los sueños se hacen realidad.

053

∞ JUAN CRUZ SOL

Con tan solo dieciséis años, Juan Sol ficha por el Valencia en 1963. Todavía no había completado su desarrollo físico, pero el jugador vasco impresiona a su descubridor, Carlos Iturraspe, por su planta y hechuras de futbolista importante. El paso de las temporadas, cambio de posición incluido, iba a convertirle en una referencia defensiva en Mestalla. Además, en una época en la que no eran tan habituales los compromisos internacionales, disputa veintiocho partidos con la selección española. A pesar de haber nacido a más de 600 kilómetros de Valencia, se adapta a la perfección tanto a la ciudad como al club, del que sigue siendo consejero a día de hoy.

Natural de Elgoibar (Guipúzcoa), Juan rompe a jugar en el epicentro futbolero de su pueblo, la Plaza Chiquita: *“Ahí íbamos todos los niños que teníamos el sueño de llegar. Era el lugar para empezar a demostrar el que valía y podía jugar en algún equipo a partir de los catorce o quince años”*. Hablamos de un tiempo en el que no existían las escuelas de formación como tal. No había categorías inferiores. El primer escalón en el que descollar era en edad juvenil. Y es precisamente en ese momento cuando le descubre el Valencia.

Un ojeador de la entidad en Euskadi avisa a Carlos Iturraspe, que elige el día perfecto para acudir a presenciar en directo un partido de Sol. En Azpeitia, el Elgoibar se impone con comodidad gracias a cuatro goles del futbolista pretendido por el club de Mestalla. Como es lógico, las negociaciones para cerrar el fichaje arrancan en cuanto acaba el encuentro. *“Tuve la suerte de jugar a un nivel altísimo esa tarde. Gracias a Dios que estaba Iturraspe allí. Recuerdo que jugué de interior, muy adelantado”*.

La decisión de fichar por el Valencia suponía dejar de lado una de las grandes pasiones en su niñez, la pelota vasca. Hijo de pelotari, Juan tenía facultades para haber sido profesional de los frontones. *“Si no hubiera aparecido Iturraspe, a lo mejor hubiera seguido con la pelota. Jugaba muy bien y hubiera llegado al máximo nivel. Pero, viéndolo ahora con perspectiva, creo que acerté fichando aquí. No me ha ido nada mal”.*

A pesar de su temprana edad, de abandonar de forma definitiva la práctica del deporte que le había inculcado su padre y, sobre todo, de tener que alejarse de su familia, Sol llega a Mestalla convencido de sus posibilidades. El jugador de Elgoibar sentía la seguridad de poder triunfar en Valencia: *“Vine muy joven, es verdad. Pero con mucha ilusión. Para mí fue impresionante que vinieran a buscarme siendo juvenil. Algo me decía que tenía las características para triunfar aquí”.*

Nueve días antes de cumplir la mayoría de edad, debuta en partido oficial. En la primera jornada de la temporada 1965/66, el Valencia empató en el Sánchez Pizjuán (1-1). Juan todavía recuerda la demarcación en la que se estrenó en Primera: *“Empecé de interior derecho en Sevilla, jugando en ataque junto a Poli, Waldo, Guillot y Sánchez Lage. El que me da la primera oportunidad es Sabino Barinaga. La temporada siguiente, ya es Mundo quien me coloca de lateral, más retrasado”.*

Ese equipo, que gracias a las dos Copas de Ferias ganadas y a las gestiones de Don Vicente Peris alcanza dimensión internacional, acude en el verano de 1966 a disputar la denominada ‘Pequeña Copa del Mundo’ en Venezuela. En dicha competición, que por cierto acabará conquistando el Valencia, consigue Juan Sol su primer tanto con el murciélago en el pecho, el 3 de julio ante el Vitoria Guimaraes portugués. Así recuerda la jugada: *“Fue un gol muy bonito. Y lo conservo en la memoria, como la mayoría de los que metí. Fue un tiro en parábola desde fuera del área que pilló adelantado al portero”.*

Esos viajes al otro lado del charco tenían el sello Peris. Incombustible gerente del club, siempre atento a todos los detalles, se dejó el alma para hacer que el Valencia creciera. Y lo consiguió, granjeándose el respeto de todos los empleados de la entidad, incluidos futbolistas como Sol: *“Era un hombre impresionante, serio, capaz, exigente. Cierro los ojos y todavía puedo ver su despacho. Para cualquier cosa que necesitáramos, ahí estaba él. Nunca olvidaré el día que falleció después de un partido contra al Atlético de Madrid”.*

El defensa de Elgoibar iba a probar el dulce sabor de la gloria con apenas diecinueve años. El 2 de julio de 1967, en el Santiago Bernabéu, el equipo de Mestalla se impone 2-1 al Athletic en la final de Copa. Juan forma en defensa junto a Tatón y, su ángel protector dentro del vestuario, Manolo Mestre: *“Para mí fue un segundo papá. Ten en cuenta que tenía doce años más que yo. Me ayudó muchísimo dentro y fuera*

del campo. Todos lo hicieron. La verdad es que me sentí muy protegido desde el principio. Si me daban una patada, ahí estaban Mestre y toda la pandilla para plantarle cara a quien fuera”.

Asentado y con galones en la plantilla, Sol es fijo e indiscutible en el once titular de Alfredo Di Stéfano la temporada 1970/71, en la que el Valencia se alza con el campeonato de Liga. El de Elgóibar solo se pierde por sanción un encuentro. En el resto, forma una línea defensiva inexpugnable junto a Jesús Martínez, Aníbal y Antón. El equipo de Mestalla es, de largo, el menos goleado en Primera. Ese año, además, marcaría por última vez a uno de los jugadores que más sufrió las virtudes defensivas de Juan, el extremo cántabro del Real Madrid, Paco Gento: *“Aprendí a defenderle y le tomé la medida. Era muy rápido y siempre buscaba lanzarse la pelota larga. Yo le daba distancia y trataba de correr más que él para que no me sobrepasara. Pude pararlo casi siempre”.*

Lateral derecho de gran físico y contundencia, muy fuerte en los duelos, adelantado a su tiempo por las constantes incorporaciones que realiza al ataque, Sol llama la atención del Real Madrid. El presidente blanco, Santiago Bernabéu, le avisa de sus intenciones en un encuentro casual después de una jornada de caza: *“Iba con un amigo a un coto que tenía en Almansa y, después de comer, coincidimos en el restaurante con el señor Bernabéu y con su esposa, Doña María. Me acerqué a saludarle por cortesía y, tras conversar unos minutos, se despidió diciéndome que la temporada siguiente jugaría en el Madrid. Y así fue”.*

La operación de su traspaso fue económicamente muy ventajosa para el club, que había pagado al Elgóibar sesenta mil pesetas en 1963 y, doce años más tarde, cerraba su venta en más de treinta millones. En las negociaciones con el conjunto madridista ya participa el representante Alberto Toldrá, amigo personal de Juan. Fue uno de los primeros jugadores en contar con la ayuda de un agente que defendiera sus intereses. Sol, por cierto, explica que en uno de los viajes a la capital de España para hablar con el Real Madrid, llegó a detener el coche con la intención de dar la vuelta y regresar a casa: *“Al principio tuve dudas porque estaba muy establecido, muy asentado aquí desde los dieciséis años. Era una oportunidad muy buena, pero no lo tenía claro. De hecho, no volví a jugar como lo había hecho en el Valencia”.*

Después de ganar tres Ligas en Chamartín, el zaguero vasco, sin minutos en el Real Madrid tras una importante lesión en la rodilla, regresa al club de Mestalla en enero de 1980. En su reencuentro con la afición (10 de mayo de 1980, 3-0 del Valencia al Real Zaragoza), entra al campo en sustitución de Botubot y el estadio casi se viene abajo. Sol quería terminar su carrera en casa: *“Este club y esta ciudad lo han sido todo para mí. Aquí en Valencia me eduqué, maduré y lo conseguí todo. Jugar al primer nivel, una familia maravillosa... Y aquí seguiré hasta que me muera”.*

054

∞ PEPE CARRETE

El mítico capitán del Valencia en la final de Copa de 1979 estuvo clínicamente muerto durante más de veinte días. A la salida de una sesión de sauna el 14 de marzo de 2015, sufrió un infarto de miocardio que derivó en una epilepsia cerebral. Ingresado durante un mes en la UCI del Hospital Clínico de Barcelona, la garra y el coraje que exhibió durante su etapa como futbolista le han permitido contarlo: *“Nadie daba un duro por mí, ni los médicos. Estaban mis hijos allí conmigo en Barcelona. Me acuerdo que el día que desperté abrí los ojos, vi allí a un señor con bata blanca y no sabía dónde estaba”*.

Pepe Carrete nació en Turón (Asturias), el 5 de abril de 1951. Menudito pero corajudo, desde muy niño ya supo lo que era competir para ganar. Su colegio, La Salle, fue campeón regional y nacional. Con tan solo diecisiete años, siendo centrocampista bregador del juvenil del Caudal, debuta en el primer equipo. En Mieres llama la atención de varios clubes de Segunda. Entre ellos, el Rayo Vallecano, dispuesto a hacer un importante desembolso para concretar su fichaje. Pero, con la mediación de su mentor, el que fuera gran jugador del Real Oviedo, Toni Cuervo, firma por el conjunto ovetense. Con el que se estrena en la categoría de plata actuando en una posición nueva para él. La misma en la que acabaría triunfando con el Valencia, como nos explica el propio Carrete: *“El Oviedo había firmado un lateral del Torrelavega, Rodríguez. Y la semana antes de empezar la Liga se lesiona en el partido de entrenamiento que hacíamos los jueves. Toni (Cuervo) insistió mucho al entrenador, que era Eduardo Toba, hasta que consiguió convencerle para*



Revista oficial campeones Copa 1979. Colección Valencia CF

que me pusiera a mí en esa posición. Aunque yo siempre había jugado en el centro del campo”.

Con el Real Oviedo disputa cinco temporadas, logrando dos ascensos a Primera en 1972 y 1976. Año, este último, en el que Pasieguito recomienda al presidente Ramos Costa su fichaje. La situación era compleja. Como ocurriría, por ejemplo, con Daniel Solsona, el Valencia se encuentra con una importante dificultad para concretar la operación: el interés del Barça. Nos lo explica Pepe Carrete: *“Antes de negociar con el Valencia estuve en Barcelona. Llegué a hacerme fotos y todo. Pero no sé muy bien lo que pasó que el tema no se acabó de concretar,*

habría que preguntarle a Núñez y Gaspart. En ese momento mi presidente en el Oviedo me aconsejó que me fuera al Valencia”.

Ante las reticencias del equipo culé, Ramos Costa y Pasieguito se desplazan a Oviedo para reunirse con el máximo mandatario carbayón, José María Velasco Álvarez. En el transcurso de una comida, pactan un pago de 28 millones de pesetas. Pepe Carrete es oficialmente jugador del Valencia el 15 de julio de 1976.

Lateral derecho de enorme fuerza, marcador aguerrido y disciplinado, suplía su escasa altura -no llegaba a 1'70 cm- con un coraje, una seriedad y una colocación que le convirtieron en uno de los grandes defensas de la época. Perteneció al club de Mestalla un total de siete temporadas, disputando 337 partidos. Solo fue expulsado una vez, en su primer año como valencianista, por una fuerte entrada a San Cayetano, jugador del Hércules.

Pepe Carrete vive una de las grandes tardes de su carrera el 30 de junio de 1979. Brazaletes verde sobre la senyera, flequillo empapado caído sobre la frente por el esfuerzo del partido, fue el encargado de besar y levantar al cielo de Madrid esa Copa del Rey que decidió Mario Kempes con dos goles para la leyenda. Aunque el triunfo tuvo un sabor agri dulce para Carrete. Él sentía que el capitán debía ser otro. *“Días antes de jugar, el presidente me llama al despacho y me comunica que tengo que llevar el brazalete. Yo no entendía nada porque el capitán era Mario, pero fue el propio Kempes el que me dijo que hiciera caso y no me buscara problemas. Mario era una persona excepcional”*.

Con una voluntad de hierro, luchador infatigable, valiente, Pepe no se amilanaba ante nadie. Por mucho que se apellidara Maradona. Su marcaje al astro argentino en el partido de su debut en España forma parte de la historia de Mestalla. El 4 de septiembre de 1982, el Valencia se impone al Barça (2-1) con goles de Idígoras y Tendillo. Así recuerda el lateral asturiano su emparejamiento con Diego Armando Maradona: *“Tenía la consigna del entrenador (Manolo Mestre) de no dejarlo ni a sol ni a sombra. Fue un partido de diez contra diez. Si iba al baño, incluso allí tenía que seguirle”*.

Esa temporada, 1982/83, fue la última de Carrete en el Valencia. Un año horrible, a pesar del triunfo inicial contra el Barcelona, en el que los problemas económicos afectan al vestuario. El equipo pierde partidos de forma estrepitosa. Por ejemplo, el 2 de enero de 1983 en el Santiago Bernabéu (5-1). Pepe marca el único gol valencianista. Probablemente, el más bello de su carrera. Pero, sobre todo, se convierte en protagonista por sus duras declaraciones tras el encuentro, criticando el nivel competitivo propio y el del resto de futbolistas del murciélago: *“Dije que, jugando así, no nos aceptaban ni en la mina. Lo dije de corazón y me costó más de un problema en el vestuario con algún compañero que no se lo tomó nada bien”*.

Tras la salvación milagrosa con gol de Tendillo, la directiva toma la decisión de darle la baja. Junto a él, abandonan la entidad Solsona y Felman. Las obras para la remodelación de Mestalla con vistas al Mundial de 1982 y la fuerte inversión en fichajes que no funcionaron dejan al Valencia al borde de la quiebra. A pesar del disgusto, Carrete entendió la situación y se marchó sin decir una palabra más alta que otra. Como hacen los grandes capitanes. Ahí sigue, por cierto, todo corazón. Con las ganas de vivir del que ha visto de cerca a la parca. Deseando venir a Valencia a celebrar los cien años del equipo de su alma.

055

∞ FABIÁN AYALA

A mediados de 2002, La Rosaleda de Málaga era un campo extraño. En plena remodelación, con un fondo inexistente y mucho cemento. Allí, en Tierra Santa, gritamos campeones después de toda una vida esperando que el Valencia ganara la Liga. A falta de once minutos para el descanso, Fabián Ayala se elevó majestuoso en el corazón del área andaluza para batir a Contreras con un cabezazo marca de la casa. En la celebración, con esa mirada encendida y el gesto pidiendo calma que no olvidaremos jamás, se dirigía al Kily González que, suplente ese día, se volvió loco en el banquillo. Quienes esa tarde estábamos en la tribuna del estadio, sentimos que el ademán tranquilizador de Ayala iba para nosotros. Pero era imposible dejar de sentir, de saltar, de soñar. Demasiados años esperando. Acabado el partido, lloramos de alegría y abrazamos la gloria. La imagen que ilustra el capítulo será, para siempre, un recuerdo maravilloso. La instantánea de la felicidad absoluta que estaba por venir. Cuando fuimos reyes.

Nacido en Paraná el 14 de abril de 1973, en la provincia argentina de Entre Ríos, próxima a la frontera con Uruguay, Fabián supo muy pronto que quería ser futbolista. Como su padre, de nombre Roberto. Ambos llegaron incluso a jugar juntos formando sociedad defensiva en las divisiones inferiores de su ciudad natal. El progenitor de libre y el hijo ocupándose de la marca. El fútbol le venía en el ADN al que después sería central del Valencia. Casi desde la cuna, como él mismo nos cuenta: *“Mi abuelo era ferroviario, pero tenía como hobby fabricar y arreglar balones de reglamento. Durante muchos años, siendo un pibe, los regalos que esperaba con más ilusión eran los suyos. Siempre me traía una pelota”*.



Fabián Ayala / Miguel Ángel Polo

El reparto de los Ayala no se circunscribía al césped. Fabián ayudaba a su padre, que se encargaba de distribuir lácteos en Paraná con un camión propiedad de la familia. En aquel tiempo, antes de cumplir la mayoría de edad, *labura* mientras sueña con una oportunidad que le llegaría exactamente a los dieciocho años. Por mediación de Juan Meglio, ex jugador de Vélez y compañero de Roberto Ayala, 'el ratón' pasa la prueba de acceso a Ferrocarril Oeste,

equipo bonaerense de Primera. El 23 de febrero de 1992, debuta oficialmente en el triunfo ante Belgrano (2-1), convirtiéndose con rapidez en una de las sensaciones del campeonato.

Su crecimiento como jugador es fulgurante. Central imponente, rápido, agresivo, dotado de una capacidad de salto prodigiosa, domina el juego aéreo con autoridad. En 1994, ficha por River Plate, su equipo de *pibe*, con el que se proclama campeón del Torneo Apertura. Casi sin tiempo para digerir el éxito, una importante oferta económica del Nápoles propicia su salto a Europa. Después de tres años siendo titular indiscutible en San Paolo, firma por el Milan.

En el club *rossonero* iba a levantar el *scudetto* en su campaña inicial, aunque su aportación está por debajo de lo esperado. *"En el año 2000, yo no tenía la continuidad que deseaba en el Milan. Mirando hacia delante, había un Mundial a año y medio vista y necesitaba jugar. Hablé con Zaccheroni y le dije que prefería salir, buscando un club que me diese más minutos. Apareció el Valencia y, después de hablar con el Pijojo en la selección, me decidí. Acababan de ganar la Copa y de jugar una final de Champions League. Me pareció el lugar idóneo".*

Tras unas negociaciones complejas e interminables, Manolo Llorente cierra el traspaso en cuatro millones de euros y Ayala debuta en partido oficial con el murciélago en el pecho el 24 de septiembre de 2000. En Soria, el Valencia se impone al Numancia (0-3) y Fabián salta al terreno de juego en lugar de Vicente.

Comienza así una maravillosa aventura de siete años en la que el defensa argentino conseguiría cuatro títulos: dos Ligas, una Copa de la UEFA y una Supercopa de Europa. El primero de ellos, el 5 de mayo de 2002 en Málaga. Con un gol que, como el propio Ayala confesaría después, había soñado previamente: *"Sí, lo soñé. Uno*

siempre sueña con marcar goles así y quedar en la historia de un club enorme como el Valencia. Yo, por suerte y junto a mis compañeros, pudimos hacer historia y de la grande. Me tocó hacer ese gol en Málaga pero, sobre todo, compartir equipo con un grupo de futbolistas, excelentes competidores, que sabían lo que querían dentro del campo”.

En el regreso a casa, una fiesta irrepetible. Cientos de miles de personas pintando Valencia de naranja y lágrimas, bufandas al viento. Una celebración para la eternidad. *“Jamás viví nada igual. Toda una ciudad acompañando a su equipo, festejando, era una especie de pasillo enorme desde que salimos del aeropuerto hasta que llegamos a la Plaza del Ayuntamiento. De vez en cuando, me pongo las filmaciones para recordarlo y me emociono, me hace feliz haber vivido eso. La afición estuvo de diez”.*

Esa plantilla, que se había quedado a las puertas de conseguir un título europeo en dos finales consecutivas de Champions -Fabián llega al club la temporada de la segunda, contra el Bayern-, pudo sacarse parte del dolor levantando al cielo de Göteborg la Copa de la UEFA. El 19 de mayo de 2004, el Valencia se impuso al Olympique de Marsella (2-0). El marcaje de Ayala a la estrella rival, el marfileño Drogba, fue una de las claves de la victoria. *“La noche anterior al partido, yo compartía habitación con Santi Cañizares, él habla con Fernando Hierro y, como todo el mundo, le dice lo bien que estaba Drogba, lo fuerte que llegaba al partido. Benítez también insistió mucho en los vídeos... Lo hablé con el dragón (alias de Cañizares en el vestuario) y lo tuvimos claro. En el primer balón aéreo yo ya sabía lo que tenía que hacer. Y ahí se terminaba el partido”.*

Y así fue. No habían pasado ni cinco minutos y, en una acción cercana al banderín de córner de la banda izquierda valencianista, se produjo la bienvenida a Didier. *“Fue una disputa en la que yo sabía que iba a chocar. Nunca a hacer daño, eso nunca. Pero sí que Drogba sintiera dónde estaba la marca, marcar el territorio. El paso de los años nos hizo encontrarnos después en un Mundial y tengo una camiseta firmada por él en la que escribió que fui uno de los defensores que más le costó enfrentar”.*

Esta es la historia de Fabián Ayala. Uno de los grandes defensas en la historia del Valencia. Férreo, ganador, competitivo, autor de goles y marcajes inolvidables en el Bernabéu. Pero, sobre todo, el responsable de aquel testarazo en Tierra Santa que no olvidaremos jamás. La felicidad absoluta. Que, en este caso, es recíproca. *“Valencia para mí ha sido el club más importante de mi carrera. No solo porque creo que allí ofrecí mi mejor rendimiento y conseguimos la mayoría de objetivos deportivos, sino porque coincidí con un grupo de jugadores único y una dirigencia que proyectaba el club a nivel internacional. En esa tierra nació una de mis hijas y siempre será un lugar especial, muy bien guardado en mi corazón y en el de mi familia”.*

CAPÍTULO 15

PRESIDENTES DEL MURCIÉLAGO

∞ Julio de Miguel
Paco Roig
Pedro Cortés
Manuel Llorente

056

∞ JULIO DE MIGUEL

A pesar de haber nacido lejos de *la terreta*, Julio de Miguel Martínez de Bujanda (Madrid, 2 de noviembre de 1914) es uno de los grandes referentes de la sociedad civil valenciana de mediados del siglo XX. Licenciado en Derecho por la Universitat de València, inició su labor profesional ejerciendo como abogado en el sector agrícola. En su época de estudiante, conoció a Aurora Aynat, con la que años después contraería matrimonio, formando una maravillosa familia junto a sus seis hijos. Ya como empresario, fue uno de los grandes impulsores de la exportación de cítricos. Presidente de Agruna, se especializó en la comercialización internacional de productos del campo por Europa y Sudamérica. En una época de cerrazón y enormes dificultades para las transacciones fuera de nuestras fronteras, abrió mercados en la URSS y Alemania Oriental. Por si todo esto fuera poco, promovió la construcción del hospital La Fe desde su cargo de presidente del Consejo Provincial del Instituto Nacional de Previsión. Incluso, en sus años de juventud, fue concejal del ayuntamiento de Valencia con los alcaldes Manglano (1939-1943) y Rull (1951-1955).

Hombre multidisciplinar, su inteligencia, personalidad y conocimiento del mundo fueron determinantes en su etapa como máximo dirigente en Mestalla, que se extendió durante más de una década. Tras la dimisión de Vicente Iborra Gil por motivos de salud, Julio de Miguel es nombrado presidente del Valencia el 2 de julio de 1961. Por unanimidad, la junta directiva de la que forma parte le elige en tan solo unos minutos de reunión,

obligándole después a tomar la palabra. El maestro Hernández Perpiñá -en su libro 'La gran historia del Valencia'- recoge su discurso en la toma de posesión: *"Acepto el cargo, pero necesitaré la colaboración de todos ustedes y, naturalmente, de Vicente Iborra para continuar en nuestra línea de conducta y hacer lo posible por mejorar la ya saneada economía de nuestro club. Que Dios me ilumine para que podamos llevar al Valencia Club de Fútbol al lugar que ustedes y yo soñamos"*.

El destino quiso que, durante toda la década de los sesenta y principios de los setenta, coincidieran en los dos principales cargos de responsabilidad de la entidad dos hombres de mundo, dos ejecutivos preparados que llevaron el escudo del murciélago a otro nivel: Julio de Miguel y Vicente Peris. Con el esfuerzo, el don de gentes y la capacidad para la diplomacia que aunaban, no les costó demasiado trabajo convencer al presidente de la FIFA, Stanley Rouss, para que el Valencia disputara la Copa de Ferias, competición que conquistaría en 1962 y 1963 y de la que se proclamaría subcampeón en 1964.

Fueron tiempos de gestión económica responsable en los que, por ejemplo, la institución acabó de pagar toda la deuda pendiente por la instalación del alumbrado eléctrico en Mestalla. Bajo el mandato de Julio de Miguel, el club, además, se internacionaliza, realizando dos giras en México y acudiendo a la disputa de la 'Pequeña Copa del Mundo' en Caracas (Venezuela) durante el verano de 1966. A nivel deportivo, el Valencia -además de los dos títulos europeos- se proclama campeón de Copa en 1967 y de Liga en 1971. Son tiempos de fichajes tremendamente acertados, como Alfredo Di Stéfano -en el rol de entrenador-, Juan Sol, Waldo, Paquito, Abelardo o Valdez, y de presencia en el equipo de jugadores de la casa muy emblemáticos, que el tiempo convertirá en leyendas, como Claramunt o Roberto Gil.

El mandato del señor de Miguel coincide en el tiempo con la celebración de las bodas de oro de la entidad en 1969. Don Julio, que ya tenía experiencia en la organización de grandes actos al haber coordinado, como directivo, el homenaje a Antonio Puchades, se dejó el alma para que el Valencia tuviera un quincuagésimo aniversario a la altura de su grandeza. Y lo consiguió. A la conclusión de la temporada 68/69, el club programó -durante la última semana del mes de junio- toda clase de fastos conmemorativos que contaron con la presencia de personalidades nacionales e internacionales de la época. El colofón final fue un triangular disputado en Mestalla entre el Valencia, el Sao Paulo y el Eintracht de Frankfurt. Con sendas goleadas, 4-2 a los alemanes y 4-0 al conjunto brasileño, el murciélago se quedó con su trofeo. Así se expresaba Julio de Miguel días después de la señalada efeméride: *"Nuestro club ha cumplido, sin duda, un extraordinario fin social"*

en estos cincuenta años. El fútbol es el deporte más popular en España y en Europa. Hemos demostrado saber ganar y también perder, dando una extraordinaria lección a esos hombres que han de regir el país en un futuro”.

Responsable asimismo del cambio de nomenclatura del estadio, que recibió el nombre de Luis Casanova a petición de Don Julio el 23 de agosto de 1969, y del cambio a las nuevas instalaciones -en trabajo coordinado con Peris- en la Avenida de Aragón a mediados de 1972, De Miguel presentó su dimisión irrevocable un año después, dando paso a una campaña electoral de la que saldría ganador el nuevo presidente, Francisco Ros Casares. Se cerraba así una era gloriosa en la que el Valencia creció dentro y fuera del terreno de juego, modernizándose, haciéndose internacional y, por supuesto, consiguiendo títulos. Todo ello bajo la presidencia de un hombre irrepetible: Julio de Miguel.

057

∞ PACO ROIG

El 26 de septiembre de 1991, por imperativo legal, el Valencia se convirtió en Sociedad Anónima Deportiva. Como consecuencia, el presidente de aquel entonces, Don Arturo Tuzón, tuvo que designar el primer consejo de administración en la historia de la SAD. Un heterogéneo grupo de compañeros de viaje, todos ellos empresarios de cierto éxito, entre los que se encontraba Francisco Roig Alfonso.

Conocido en el ámbito social como Paco Roig, nació en Poble Nou en 1939 y pertenecía a una importante saga empresarial valenciana fundada por sus padres, Francisco Roig Ballester y Trinidad Alfonso Mocholí. Tras emigrar a África a finales de los setenta para dedicarse al negocio de la ganadería y la exportación, de regreso a España centró su actividad profesional en la inversión y la promoción inmobiliaria.

Hombre de carácter volcánico, malhablado y visceral, rápidamente choca con el estilo discreto y austero del presidente Tuzón. Roig no aguanta en ese primer consejo del Valencia ni un año. En junio de 1992, presenta su dimisión. Su decisión tenía dos detonantes: por un lado, el club había prescindido de Juanjo Rodri -uno de sus confidentes- y, sobre todo, Don Arturo no estaba dispuesto a invertir cantidades astronómicas en el fichaje de Romario. Circunstancia que el propio Paco reconocería tiempo después: *“Tuzón no quería ficharlo y yo sí. Así que le dije que, si no nos gastábamos dinero en hacer un gran equipo, me iría. Y me fui”*.

Prácticamente desde el minuto siguiente a abandonar el Valencia, Roig ejerce una agresiva oposición contra la presidencia. Listo, populista, zafio, carga contra Don Arturo por su negativa a realizar considerables dispendios en fichajes que, según su criterio, podían hacer que el club peleara por títulos. El caldo de cultivo para su asalto definitivo a la poltrona se origina el 2 de noviembre de 1993. En el partido de vuelta de segunda ronda de Copa de la UEFA, el equipo de Mestalla pierde 7-0 en Karlsruhe, una de las peores noches en cien años de historia.

La debacle origina, primero, el cese del entrenador Guus Hiddink tras una derrota (0-3) contra el Real Madrid y, después, la dimisión de Don Arturo Tuzón el 24 de noviembre. El presidente que había rescatado a la entidad de los infiernos de Segunda para llevarla de nuevo a Europa exponía en una carta abierta sus motivos, centrados en su salud personal y el deterioro vivido por la SAD.

Al día siguiente de la dimisión, Roig anuncia su candidatura a la presidencia. Comenzaba así una precampaña que iba a alargarse poco más de tres meses, caracterizada por las enormes diferencias en el estilo de los aspirantes. El continuismo y la línea silenciosa de Ramón Romero, consejero con Tuzón, contra el cambio, que el volcánico Paco prometía bajo el efectista lema '*Per un València campeó*'.

La noche del 9 de marzo de 1994, Francisco Roig Alfonso iba a conseguir su objetivo. Favorecido por el voto del pequeño accionista, aventaja con holgura a Ramón Romero y se convierte en el trigésimo presidente en la historia del Valencia. En su primer consejo, muchos nombres conocidos: Vicente Andreu, Jaume Ortí, Juan Vicente Jurado, Jaime Molina, Beatriz Delgado, Antonio Giner, Enrique Roig, Enrique Ruiz Magraner, Juan Ruiz Huerta, Salvador de la Asunción, Enrique Moreno y Guillermo Miralles.

De apodo *tronaor*, no tarda en ejecutar la primera *mascletà* de decisiones. Cambia el nombre del estadio Luis Casanova, que pasa a denominarse Mestalla. Construye el *casal*, el palco VIP más caro de todos los campos de Primera. Y, de la mano de Jesús Martínez, comienza a realizar las primeras operaciones: el traspaso de Leonardo al Kashima Antlers o el fichaje de Mazinho, Salenko o Zubizarreta.

Bajo el mandato de Paco Roig, el club se convierte en un permanente polvorín. No solo por la oposición que plantean los consejeros de la directiva saliente. La guerra también es interna. Nada más comenzar la temporada 94/95, el vicepresidente y pirotécnico Juan Vicente Jurado se enfrenta a Paco por sus prácticas autoritarias y falta de empatía, realizando

las siguientes declaraciones públicas: *“El señor Roig ha maltratado a todos los consejeros y a los empleados del club. Yo soy testigo de ello y no estoy de acuerdo. Pero con él no hay términos medios ni forma de dialogar. Se cree que el club es el corral de ganado suyo. Nos hemos equivocado todos con el señor Roig”*.

A nivel deportivo, a pesar de las numerosas incorporaciones y el fichaje de Carlos Alberto Parreira, entrenador campeón del Mundo con Brasil en 1994, el equipo transita en la vulgaridad. Solo salva la temporada a través de la Copa del Rey, en la que -tras eliminar a Corralejo, Salamanca, Real Madrid y Mallorca- alcanza las semifinales. En el partido de ida, disputado en Mestalla el 31 de mayo de 1995, el Valencia empató a uno con gol de Lubo Penev. Antes de la vuelta en el Carlos Belmonte, y en contra de la opinión del vestuario, Roig cesa al técnico brasileño, al que había renovado una semana antes. A pesar del cisma, el equipo vence en Albacete (1-2, Penev y Roberto) y se clasifica para la maldita final del agua, que es mejor no recordar.

Ese subcampeonato de Copa insufla algo de fe en el pequeño accionista, al que Paco había engatusado con el ‘València Campeó’ y, en la siguiente junta general, celebrada el 28 de septiembre de 1995, Roig sobrevive en la presidencia por un margen de 8.000 acciones. En esa asamblea, no obstante, ya se encuentra con la oposición frontal del catedrático en Derecho Financiero Juan Martín Queralt y su eterno enemigo Manuel Llorente.

Desde el punto de vista futbolístico, esta vez sí, casi todo son aciertos. Roig confía la plantilla a Luis Aragonés, que está a punto de hacer al Valencia campeón de Liga. Pero los escándalos no cesan. El 21 de febrero de 1996, Paco Roig y el exjugador Lubo Penev se enzarzan a puñetazos en las entrañas de Mestalla tras un partido copero contra el Atlético de Madrid. El odio público larvado entre ambos se remonta al verano anterior, en el que Penev acusaba al presidente de querer rescindirle el contrato cuando atravesaba una grave enfermedad.

Con la miel en los labios después de haber estado a punto de ganar la Liga, Roig acomete nuevos fichajes pensando en la temporada 1996/97. Tras la marcha de Mijatovic al Real Madrid, el Valencia incorpora a Claudio López, Karpin y al antiguo anhelo del presidente: Romario. La llegada del brasileño provoca una tremenda indignación en el técnico Luis Aragonés, que había planteado la conveniencia de firmar al croata Davor Suker. El sabio se siente menospreciado por Roig y se lo hace saber sin esconderse. Canal 9 desvela un documento excepcional al que tiene acceso en el aeropuerto de Manises, antes de volar a Santander para jugar el primer partido de Liga. En las imágenes, Luis le recrimina que no intentara el fichaje de Suker, que no

renovara a Carlos Arroyo y le afea el estado físico de Romario, que había engordado dos kilos después de una supuesta gastroenteritis.

Esa misma temporada, muy debilitado ya en el cargo tras la dimisión de Aragonés y el declive competitivo del Valencia, se ve obligado a presentar la dimisión. Una derrota ante el Salamanca (0-1) el 30 de noviembre de 1997 colma la paciencia de Mestalla que, a gritos, le pide que se marche. A los tres días, sin haber conseguido hacer al equipo campeón y envuelto permanentemente en el escándalo, dimite: *“Voy a poner el cargo a disposición y me saldré. No quiero que sea ninguna pantomima. Pongo el cargo a disposición y los responsables de seguir que tomen decisiones”*.

Dimitió, pero nunca se marchó del todo, llevando a cabo intentonas de todo tipo. Como, por ejemplo, la compra de acciones a 600 euros en la época de ‘Cor i força’ pugnando con Bautista Soler, al que después -curiosamente- le vendería la mayoría accionarial con la intercesión del PP. Además, claro está, de sus innumerables maniobras en la oscuridad para derrocar a Manolo Llorente.

Paco Roig ha sido el único de los protagonistas con los que ha contactado el director de ‘100 años, 100 historias’ que se ha negado a concedernos una entrevista aludiendo motivos personales. Una pena. Tenía mucho que preguntarle.

058

∞ PEDRO CORTÉS

Es sencillamente imposible condensar la vida de Pedro Cortés en tres páginas. Genio irrepetible, empresario de éxito, hombre de fútbol, fue presidente del Valencia en dos etapas muy diferentes. La primera, de forma interina, tras el descenso en 1986. La segunda, durante cuatro temporadas, coincidiendo con una de las mejores épocas en un siglo de historia. Ocurrente, decidido, inteligente y volcánico, cumplió su palabra. Dijo que se marcharía si vendía a Mendieta y, cerrado el traspaso, se fue. A pesar de ello, tuvo tiempo de llorar de alegría en Sevilla y de rabia en París y Milán. Además de todo lo conocido, fue uno de los primeros monologuistas de la ciudad, posee el título de entrenador, tuvo un equipo ciclista, nadie cuenta los chistes como él y puede presumir de tener un corazón gigante. Pagaría por escribir sus memorias.

Nacido en Valencia en 1948, de familia acomodada, Pedro era una enamorado del fútbol desde que dio sus primeros pasos. Él mismo explica cómo podía pasar sábados completos pendiente del balón. Fue un centrocampista técnico y con llegada que, por circunstancias de la vida y una lesión en la rodilla, no pudo llegar al primer nivel. *“Me colgaba las botas al hombro y podía jugar cuatro partidos seguidos. Valencia era una ciudad que estaba llena de campos de fútbol. Por el cementerio estaba el campo del Hispania, en la zona de la Avenida del Cid los terrenos del Santo Domingo. No había televisiones, ni móviles, ni ordenadores. No tenamos de nada”.*

Con doce años recién cumplidos, su padre toma la decisión de emigrar a Alemania para trabajar allí con un hermano que se había establecido previamente en el país teutón. En un principio, Pedro permanece en casa pero, pasados unos días, siente añoranza de sus progenitores y toma una decisión sorprendente, teniendo en cuenta su temprana edad: *“Me fui solo. Mi abuela tena la direccin y me fui a buscarlos, como Marco. Tena el pasaporte y me saquun billete en la Iberbs, una compaa de autobuses que iba a Frankfurt. Imagnate cmo seran aquellos autobuses. Estamos hablando del ao 1960. Tardun da y medio en llegar”*. En territorio germánico, hizo de todo. Fue chico de los recados, limpiaba coches, se dedicaba a cortar el césped... De Alemania conserva su obsesión por la puntualidad y el espíritu de seriedad en los negocios.

En su regreso a España, ya a finales de la década de los sesenta, Cortés pone en marcha -junto a su padre y su hermano Rafa- el Servicio Urgente de Transportes que, con el tiempo, se transformaría en la conocida empresa de logística SEUR. Compagina este crecimiento profesional con su gran pasión, el fútbol. Durante más de una década, entrena a diferentes equipos de la regional valenciana (Aldaia, Algemesí, Carlet, Chirivella, Alaquàs...), la escuela de Benimar y al juvenil del Valencia en el que, por ejemplo, prepara a Paco Camarasa.

A mediados de los ochenta, llega a ser máximo dirigente del CD Mestalla. En la etapa del doctor Vicente Tormo como presidente del club, Pedro Cortés se incorpora a la junta directiva el 1 de febrero de 1985. Son tiempos de enormes dificultades. El club vive una gravísima crisis económica tras el esplendor y las fuertes inversiones de la era Ramos Costa, tanto en fichajes como en las mejoras del estadio de Mestalla con vistas a la disputa del Mundial en 1982.

Incapaz de frenar la deriva negativa del equipo, Tormo presenta la dimisión tras el descenso del Valencia en mayo de 1986. En ese momento, es sustituido por Cortés, quien se encarga de nombrar una nueva junta en la que destaca la presencia de hombres como Antonio Pérez, José López Lluch o Enrique Roig. Abandonado por bancos e instituciones, el Valencia tiene que hacer frente a una monstruosa deuda de 1.640 millones de pesetas.

Para cumplir con parte de sus obligaciones, el presidente en funciones -a pesar del descontento y la indignación en un sector del entorno- pacta con el Barça el traspaso de Roberto por 100 millones. *“Era un momento muy difcil, en el que haba que tener mucha serenidad. El club paspor unas semanas en las que incluso haba quien se cuestionaba si, desde el punto de vista societario, podra salir adelante. El papel de la aficin fue determinante*

despus del descenso". El 3 de junio de 1986, tras la victoria de Arturo Tuzón en una fulgurante campaña electoral, Pedro Cortés abandonaría el cargo de presidente interino.

El propietario de SEUR regresaría a la entidad seis años después, formando parte del primer consejo de administración del Valencia, ya convertido en SAD. En aquel extraño grupo de compañeros de viaje, todos ellos empresarios de cierto renombre, otros consejeros como Paco Roig, Agustín Morera o Pepe Peris Frígola. Tras la dimisión de Tuzón el 24 de noviembre de 1993, Cortés presentó su renuncia aduciendo motivos familiares.

Su siguiente aparición en la junta directiva de Mestalla ya fue la definitiva. De hecho, llegó a convertirse en presidente del equipo de su corazón a principios de diciembre de 1997. Pedro era el vicepresidente primero en tiempos de Roig, al que el entorno mandó a casa después de una dolorosa derrota contra el Salamanca. Sabiendo leer la situación, optó por un estilo de gestión más comedido y dialogante que el de su antecesor. A pesar de tener que aguantar en el consejo a dos submarinos *roigistas* -Marcelo Safont y Bienvenido Asensi-, Cortés supo sobrevivir y dotar al club de la estabilidad necesaria.

Buscando el apoyo de técnicos experimentados como Javier Subirats, sus cuatro años de presidencia supusieron dos títulos (Copa del Rey y Supercopa de España) y dos subcampeonatos de Europa. Y, quizá más importante, el proceso en el que se sentaron las bases para un proyecto deportivo que después convertiría al Valencia en una de las grandes potencias del fútbol europeo.

El 11 de julio de 2001, el verano previo a la conquista de la primera Liga en color, se marchó. Días después de la salida de Gaizka Mendieta, dijo adiós con lágrimas en los ojos. *"Aquse han hecho cosas muy importantes y hemos dado mucha ilusin a mucha gente. Habrcometido errores, pero he sido un hombre honesto en mi gestin como presidente. Me voy con las manos limpias"*.

Esta es la historia de Pedro Cortés. El directivo que estuvo detrás de fichajes clave en el crecimiento del Valencia como Rafa Benítez, Vicente Rodríguez, Pablo Aimar o Rubén Baraja. Un empresario hecho a sí mismo al que, todavía hoy, se le sigue encendiendo la mirada cuando recuerda aquellos años en los que ayudó a construir una de las mejores plantillas que recuerda Mestalla. Socarrón, genial, amigo con mayúsculas, tipo honesto al que la vida ha golpeado con dureza en los últimos años, fue el presidente de un gran equipo. Y estuvo a la altura. Vaya que si lo estuvo.

059

∞ MANUEL LLORENTE

Nacido en Benetússer el 25 de enero de 1952, Manuel Llorente tuvo una infancia difícil, marcada por el fallecimiento de sus padres. El consejero delegado en la sombra del mejor Valencia de la historia, poco amigo de las entrevistas, repasa, con calma y sosiego, su intensa vida. Que comienza con un drama personal. *“Mi padre murió cuando yo tenía seis años. Tuve que marcharme a Madrid, al colegio de huérfanos de la Guardia Civil. Estando allí, tiempo después, también perdí a mi madre”.*

Su formación académica, por tanto, se produce en Madrid. Aunque los veranos los pasa en *la terreta*. Sus abuelos maternos tienen fijado el domicilio en Benetússer y Manolo, que es buen estudiante, disfruta de tres meses de asueto y descubrimientos, jugando en la calle. *“Volví a casa de mis abuelos siempre que acababan las clases. Y, como era buen estudiante, y aprobaba todo en junio, la verdad es que pasaba las vacaciones jugando. Eran unos veranos muy chulos. Me acuerdo que incluso nos íbamos a bañar a una acequia que había allí cerca”.*

En uno de esos viajes, conoce a la mujer que le cambiará la vida, Amparo Fortuny. Ella fue la causa de que cambiara Madrid por Valencia. Ella fue la compañera perfecta para un consejero delegado entregado al murciélago 25 horas al día. *“Fue en una discoteca de Sueca, El Molí. Si no llega a ser por ella, me hubiera quedado en Madrid. Tuve suerte. A ella le encanta el fútbol, su padre era muy aficionado al Valencia. Jamás tuve un problema en casa*

por el hecho de tener que estar fuera la mayoría de domingos”.

Ya convertido en una de las personas de confianza de Juan Roig, fue precisamente el presidente y máximo accionista de Mercadona quien le pidió que entrara al Valencia a mediados de 1995, coincidiendo con la disputa de la gran final de Copa del Rey contra el Deportivo de La Coruña. Su hermano Paco necesitaba ayuda. *“En aquella época, yo gestionaba un grupo de cerámica en Onda, Cerfogrés. Juan me propone que entre al club porque Paco tenía muchos problemas con su junta directiva”.*

Uno de los argumentos de, entre otros, Paco Roig para atacar a Llorente de forma recurrente ha sido su supuesto desconocimiento del fútbol. Siempre se ha dicho de él que era un directivo muy preparado para asuntos de gestión económica, pero al que no le interesaba el balón. Algo que el ex presidente del club de Mestalla niega categóricamente: *“Nunca he sido de los que se pasaba cinco horas viendo partidos el domingo por la tarde, pero mi equipo fue, es y será el Valencia. Recuerdo ir con mi hermano al Bernabéu para ver jugar allí al Valencia en tiempos de Guillot. Recuerdo, además, que siempre que íbamos llovía”.*

En cualquier caso, Manolo tuvo que reciclarse y aprender. Al margen del día a día en el club, el Máster en fútbol de élite iba a realizarlo en La Canyada, en el chalet del representante Alberto Toldrá. Cada viernes a mediodía, el agente de jugadores cocinaba una paella y sentaba a la mesa a hombres de fútbol de toda la vida: Pedro Cortés, Jaume Ortí, Martín Vila, Jaime Molina, Jesús Barrachina. Lo que muchos hubiéramos pagado por poder colocar un micrófono en aquel cobertizo de toldo blanco en el que la fiesta empezaba a mitad mañana y acababa bien entrada la noche. *“Aprendí mucho de Alberto. Era un hombre al que yo ya escuchaba en mi época de estudiante cuando le entrevistaba José María García. Aquellas comidas eran divertidas y muy enriquecedoras”.*

Una de las primeras negociaciones importantes en las que interviene es la operación de fichaje de Pablo Aimar. Además del aumento progresivo del precio del jugador, le sorprende que hubiera que pagar tanto por un futbolista que no pasaba de 1'70. Finalmente, cede y el argentino acaba llegando a Mestalla el 30 de enero de 2001 por un importe aproximado de 3.500 millones de pesetas. Manolo tuvo que acabar mirando para otro lado. *“Al principio, valía ocho millones de dólares, luego fueron dieciséis y acabamos pagando veinticinco. Escuchando las opiniones de Cúper, Cañizares y Pedro Cortés, le dije a Vicente Andreu, responsable económico, que miráramos para otro lado. Y fuimos a por Aimar”.*

La presencia del equipo en dos finales de Champions consecutivas y los títulos conseguidos entre 1999 y 2004 provocan la llegada de ofertas al club en todos los mercados. Precisamente por Pablo Aimar tuvo una muy seria del Barça, que vino a Valencia a por tres jugadores de la primera plantilla. *“Nos reunimos en el Hotel Azafata con Laporta, Begiristain y Rosell. Querían la triple A: Ayala, Albelda y Aimar. Obviamente, les dijimos que no”.*

Uno de los integrantes de esa triple A, Fabián Ayala, planteó un pulso muy serio a la entidad para marcharse al Real Madrid en el verano de 2003. Llorente resistió la presión del jugador y, el 5 de octubre, ‘el ratón’ disputó su primer partido de esa temporada. En la jornada sexta, el Valencia se imponía por la mínima (0-1) en el Camp Nou gracias a un golazo de Ricardo Oliveira. Como recuerda el propio Manolo, el defensa argentino acabaría siendo decisivo para que el equipo de Mestalla consiguiera el doblete: *“Era un jugador básico. Para mí, fue el factor determinante que nos hizo campeones de Liga. Era la leche como defensa”.*

Como consejero delegado, tuvo que atravesar por situaciones extremadamente complejas, como el cobro íntegro del traspaso de Gaizka Mendieta a la Lazio, llegando a pasar días enteros en una entidad bancaria de Roma para validar la operación que planteaba Cragnotti, propietario del equipo italiano. Pero, sin duda, el momento más duro fue la salida de Rafa Benítez después de haber conseguido el doblete. Manuel Llorente recuerda así la secuencia cuando le preguntamos si no hubiera sido más fácil firmar al entrenador, el mejor de Europa en aquel tiempo, un contrato largo y prohibitivo en lo económico: *“Yo veía que ellos tenían la decisión tomada. Quilón (agente del técnico) hizo un papelón, pero ellos ya tenían la decisión tomada. Tengo la carta, que nunca saqué, en la que él me dice, como trabajador por cuenta ajena, que rescinde su contrato unilateralmente”.*

Sintiéndose responsable de la gestión ante las entidades bancarias -a las que el Valencia adeudaba cientos de millones de euros-, la leyenda habla de un directivo que siempre iba apagando luces en la sede del club y en la Ciudad Deportiva de Paterna, un gerente que prefería entrenamientos con el sol fuera para ahorrar energía eléctrica, un consejero delegado que llevaba al límite las negociaciones para renovar jugadores y entrenadores buscando ganar un puñado de euros. Todas esas maniobras tenían un motivo, que hoy esgrime como si fuera un título más de los muchos que ayudó a conseguir. *“En todo el tiempo que yo estuve dirigiendo el Valencia, nunca se perdió dinero. Nunca. Y estuvimos ahí, ganando Ligas, Copa de la UEFA, a punto de ganar la Champions. Y nunca perdimos dinero”.*

Dirigente con tendencia a escuchar a pesos pesados como Paco Camarasa,

David Albelda o Santi Cañizares, con uno de ellos iba a protagonizar una de sus mejores historias en las negociaciones para las primas de la temporada 2001/2002, la de la primera Liga en color. *“Acabando ya la reunión con los capitanes, Santiago me pregunta por el dinero que habría en el caso de ganar la Liga. Me entró risa porque pensaba que era imposible. Él me planteó que fueran 1.000 millones de pesetas. Como no lo veía factible, le dije que sí. Tuve que pagar”*.

Tras cuatro años como presidente y casi una década como consejero delegado, Llorente presentó la dimisión el 5 de abril de 2013. *“Sentía que me quedaba trabajo por hacer pero, viendo que se debían 550 millones de euros, que yo era el que daba credibilidad, que la alcaldesa quería acabar el campo y que la Generalitat quería resolver el aval, me marché”*.

Esta es la historia de Manuel Llorente Martín. Huérfano de padres y hombre hecho a sí mismo que tuvo una responsabilidad directa en la construcción del gran Valencia campeón de Liga y rey de Europa a principios de siglo. Más gestor que futbolero, era el embajador de la credibilidad en un tiempo en el que no todas las puertas se le abrían con facilidad al club de Mestalla. Ahora que disfruta -y sufre- los lunes al sol, nos regala una extensa entrevista en la que se le nota relajado, sonriendo con frecuencia. Recordando aquellos maravillosos años en los que, a pesar de no ser un loco del balón, fue feliz dirigiendo los destinos de su equipo, el mismo al que, siendo niño, acudía a ver desde el tercer anfiteatro del Bernabéu calado hasta las trancas.

CAPÍTULO 16

DIRIGENTES PARA LA ETERNIDAD

∞ Don Luis Casanova
Don Luis Colina
Don Vicente Peris
Don Arturo Tuzón

060

∞ DON LUIS CASANOVA

Si un grupo de aficionados nos reuniéramos en torno a una paella un domingo a mediodía para elegir el once ideal del Valencia en sus cien años de vida, es muy posible que el fin de semana acabara y todavía estuviéramos debatiendo respecto a los integrantes del doble pivote. En cambio, para designar al mejor presidente en la historia de la entidad no habría ninguna duda. Por unanimidad y en unos pocos segundos, el nombre elegido sería Don Luis Casanova.

Para conocer mejor su historia, su leyenda, contamos en este capítulo con la presencia inestimable de su hijo, Luis Casanova Iranzo. Un libro abierto a sus -lúcidos- 82 años.

Empecemos por el principio. El mítico dirigente valencianista nace en 1909. Joven despierto, inteligente, crece en el seno de una familia de industriales que, siendo adolescente, le envía a Londres para completar su formación académica. Allí descubre el fútbol e incluso acude a numerosos partidos del Arsenal, del que se hace abonado en su estadía británica, como nos cuenta su hijo: *“Se fue a estudiar, pero además le entró la fiebre del fútbol. Incluso llegó a hacerse socio del Arsenal. Cuando volvió aquí estaba decidido a entrar en la directiva del Valencia”*.

Así es. Cautivado por la experiencia en las islas, a su regreso a casa y a pesar de su juventud -veinticinco años-, se enrola en una de las primeras directivas



ASÍ ERA.—Un aspecto de la entrada al campo de Mestalla antes de efectuarse la ampliación del edificio y de la tribuna y las gradas. La foto fue hecha con ocasión de la visita a Valencia de don Ramon Delfa, en aquel entonces presidente de la Federación Española. Ramon Delfa es el cuarto, empujando por la izquierda. A su lado se halla don Luis Casanova.



ASÍ ES.—Mestalla se ha convertido en el gran Mestalla, gracias a la valentía y al espíritu de iniciativa de don Luis Casanova y sus colaboradores. Hoy, Mestalla, como vesías indolente, por su aseo y por su arquitectura, es uno de los mejores campos de Europa.

Don Luis Casanova:

Un gran capítulo en la historia del Valencia

Por Jaime Martín

Era el 5 de mayo de 1957, en el campo de Mestalla. En una de las galerías bajo las gradas de la general se celebraba una junta extraordinaria de compromiso. Más de un centenar de socios aplaudían frenéticamente, incesantemente, en una de las ovaciones más largas y unánimes que, dedicadas a hombre alguno, se han escuchado en toda la historia del Valencia.

Don Luis Casanova estaba sentado, quieto. Muy serio. Seguro que con la garganta hecha un nudo. Y seguro que con los ojos bañados en lágrimas, que los cristales oscuros de sus gafas negras disimulaban.

Acababa de hacer, quizá, el esfuerzo más grande de su vida. Había suplicado a sus conocidos que le dejaran ir. No lo había conseguido. Estaba extremado, deshecho por la emoción, roto. Los socios del Valencia querían que siguiera al frente del club. Ese era el motivo de la lagrímica, de la incesante ovación.

Siguió, pues, la etapa Luis Casanova. Una etapa que comenzó en 1935 como director. Don Francisco Sistierra y don Luis Colina, este último el hombre de las grandes adquisiciones, habían "fichado" al que más tarde, a partir de 1941, fue presidente efectivo (hubo un período en que fue provisional) durante casi dieciocho años.

Casi un cuarto de siglo, pues—1935 a 1959—, estuvo don Luis Casanova en el Valencia. Un cuarto de siglo no puede pasar por la vida de nadie sin dejar profunda huella. Pero todos los que hemos conocido y administrado a don Luis



EL VALENCIA LE DEBE MUCHO.—Don Luis Casanova fue para el Valencia un presidente ejemplo. Desempeñó el cargo con gran elegancia, honra valenciana y merced al actor. Durante el mandato de Casanova, el Valencia vivió uno de los más bellos capítulos de su historia. El club valenciano debe mucho a don Luis Casanova. Indistintamente el actual presidente del club, don Julio de Miguel, porque que al campo de Mestalla se le debe al nombre de Luis Casanova.

Casanova hemos podido comprobar que más profunda huella dejó aún en el Valencia. Su herencia ha sido singular. Titulos, obras, hechos. Pero sobre todo, una estética de humanidad, de simpatía y de afectos.

¿Títulos? Pues tres copas de S.E. y

Generalísimo en los años 1941, 1949 y 1954, y otras tres de Liga: 1941-42, 1943-44 y 1946-47.

¿Obras? Mestalla, el Gran Mestalla, la obra civil más importante de la postguerra en Valencia, hasta la fecha de la inauguración del maravilloso recinto deportivo.

¿Hechos? Afición, jugadores, hom-

bres. Don Luis Casanova supo hacer del Valencia un gran club y un gran equipo, tras encontrarse, en 1939, con Mestalla arrasado y el cuadro de jugadores deshecho.

Don Luis Casanova sirvió el cargo. Por ello triunfó, como triunfan los que así proceden. No se extraña pues, que las asambleas de socios le pidieran insistentemente, muchacosamente, que aceptara que Mestalla, si se obra suya, se llamara estadio "Luis Casanova".

La modestia de don Luis pudo más que el alfilerco de socios, amigos y aficionados. Sólo por modestia, el primer recinto deportivo valenciano sigue llamándose Mestalla.

He dejado correr la máquina de escribir, y quizá no he profundizado en la gran obra de don Luis Casanova. Sólo he escrito, rápidamente por cierto, de aquello más sobresaliente o sustancial. Me he dejado entre las teclas mil cosas, mil hechos, mil gestos, mil detalles que en conjunto, e incluso parcialmente, han contribuido a hacer historia, la historia de don Luis Casanova como presidente del Valencia, la historia del propio Valencia.

del club. El 10 de junio de 1934 entra a formar parte -como vocal segundo- de la junta que encabeza Alfredo Royo. Después, es nombrado presidente en funciones en dos ocasiones. En octubre de 1935, tras la dimisión de Royo, y en marzo de 1936, por la muerte repentina de Francisco Almenar, arquitecto del primer Mestalla. En julio de ese mismo año estalla la Guerra Civil y el fútbol se paraliza.

Don Luis Casanova se marcha de nuevo a Londres durante el conflicto bélico. A su vuelta, tiene muy claro cuál debe ser su primer destino. El maestro Jaime Hernández Perpiñá lo explicaba de forma muy detallada: *"Lo primero que hizo al bajar del avión fue pedirle al chófer de la familia que le llevara a Mestalla. Antes incluso de pasar por su casa"*.

DEPORTES / Bodas de Oro / Artículo Luis Casanova

En el verano de 1939, es nombrado vicepresidente de la entidad. Él y el presidente del club, el comandante en jefe Alfredo Giménez Buesa, encabezan el trabajo para la reconstrucción del estadio, destruido durante los bombardeos. Así contaba Don Luis cómo sucedió todo: *"Gracias a un grupo de magníficos compañeros y amigos, pusimos todo lo necesario para empezar lo que fue el Valencia de la posguerra"*. Para acometer las mejoras en Mestalla hacía falta dinero. Casanova sabía dónde podía conseguirlo con rapidez. Su osadía le iba a ocasionar alguna que otra bronca familiar. *"El campo casi había desaparecido. Las gradas de madera las habían quemado para calentarse. Cuando entré por primera vez en el estadio, contaba que casi le dio un vahído de ver cómo estaba todo. Así que cogió 50.000 pesetas del despacho de su padre para financiar parte de los trabajos de mejora. Cuando se enteró su padre, casi lo mata"*.

Mestalla está listo para la competición y el 1 de octubre de 1939 el Valencia

se impone al Castellón (4-0) en partido correspondiente al campeonato regional. La gestión de Luis Casanova para rearmar -en apenas tres meses- un equipo deshecho durante la Guerra Civil y encabezar las obras de reconstrucción del estadio supone uno de los episodios más brillantes en la historia del club.

Empezaba así la década de los cuarenta, la más gloriosa en un siglo de vida de la entidad. Y empezaba con cambios en la directiva. Por compromisos militares, el presidente Giménez Buesa tiene que desplazarse a Madrid. En su lugar, la junta decide nombrar a Casanova, que esa misma temporada iba a conseguir su primer título, la Copa de 1941. El 29 de junio, el Valencia derrotaba al Espanyol (3-1) con dos goles de Mundo y uno de Asensi.

Se trata de la conquista que abre el camino de una década tremendamente prolífica. Entre 1940 y 1949, el club de Mestalla consigue tres Ligas y tres Copas. Es, además, tres veces subcampeón de Liga y cuatro de Copa, convirtiéndose, de largo, en el mejor equipo de aquel tiempo. El éxito se basa en la sinergia perfecta de tres hombres: el presidente, Don Luis Casanova, el jugador fundacional y dirigente especializado en descubrir talentos, Eduardo Cubells, y el experimentado conocedor del fútbol y ejecutivo respetado a nivel nacional, Luis Colina. Los tres forjan el gran Valencia de la 'Delantería Eléctrica', en el que maridan a la perfección jugadores de la casa excepcionales como Asensi o Amadeo con vascos que ofrecen un rendimiento sobresaliente como Eizaguirre, Juan Ramón, Epi, Igoa, Mundo o Gorostiza.

El máximo mandatario de la entidad se convierte en una especie de segundo padre para los jugadores. Afrontando situaciones delicadas desde la proximidad y la empatía. Su hijo nos cuenta, por ejemplo, cómo ayuda a que el legendario goleador, Mundo, supere una mala racha realizadora: *"Llevaba varias jornadas que no marcaba ni aunque no hubiera portero. Le llamé al despacho porque se tenían mucha confianza -mi padre había sido el padrino de su boda- y aquel le contó que tenía problemas para afrontar el pago de la hipoteca ese mes. Mi padre le extendió un cheque del banco y el domingo siguiente le metió dos goles al Madrid"*.

Pero, sin ninguna duda, su ojito derecho era Puchades. Don Luis le consideraba como un hijo más. Esa magnífica química entre ambos hizo que Antonio nunca se quisiera marchar a Real Madrid o Barcelona, a pesar de recibir propuestas económicas que doblaban e incluso triplicaban los emolumentos que tenía firmados en el Valencia. El caso de *Tónico* no era aislado. Los jugadores valencianistas recibían ofertas todos los veranos. Es el caso de Amadeo, por el que Santiago Bernabéu preguntaba a la

conclusión de todas las temporadas.

En dieciocho años de mandato, Casanova tuvo, claro, sus altibajos. Llegando a presentar la dimisión en tres ocasiones. En 1946, cansado, quiere dar entrada a Vicente Noguera de Roig pero la junta se niega. En noviembre de 1950, vuelve a renunciar, pero las intervenciones de varios abonados en la asamblea -en especial la de uno de los socios fundacionales, José Llorca- le frenan. El tercer intento, *“en busca de nuevas ideas e iniciativas”*, se produce a finales de 1957.

Con el equipo instalado en el primer nivel competitivo, peleando por ganarlo todo, a principios de la década de los cincuenta acomete el proyecto que le quedaba pendiente: la remodelación del estadio. Don Luis encarga a los hermanos Pascual la creación del gran Mestalla, con la fase culminante -iniciada en 1954- centrada en la instalación de una impresionante cubierta en tribuna con 32 metros de volado.

La financiación de las obras se inicia con las recaudaciones de los partidos, pero los fondos son insuficientes. Para poder continuar, el máximo dirigente de la entidad tiene que poner mucho dinero de su bolsillo y arriesgar parte de su patrimonio personal. La gestión de los trabajos resulta excepcional. Aunque el campo está en obras, no deja de albergar ningún partido oficial. La guinda de la metamorfosis, también liderada por Casanova, es la instalación de la iluminación artificial, a la que ya no llegaría como presidente.

El 8 de enero de 1959, esta vez de forma irrevocable, dimite. Vicente Iborra Gil le sucedería en el cargo. Se cerraban así dieciocho años de mandato, el más longevo y prolífico en la historia del Valencia. Una década después, el 23 de agosto de 1969, a propuesta de Don Julio de Miguel, la junta aprobaba por unanimidad cambiar la denominación del estadio. Mestalla pasaba a denominarse Luis Casanova.

Don Luis falleció en Oliva el 4 de mayo de 1999, en la casa que mandó construir y a la que se mudó junto a su esposa tras la muerte repentina de una de sus hijas. No tuvo tiempo de ver en directo al gran equipo que consiguió Ligas, Copa del Rey, Copa de la UEFA, Supercopa de España y Supercopa de Europa. El único Valencia que le ha hecho sombra a aquel mítico de la ‘Delantería Eléctrica’. Su gran creación. Lo rescató de la nada, sin un estadio en el que jugar y, en unos años, lo convirtió en el mejor equipo de España.

061

∞ DON LUIS COLINA

A mediados de la temporada 1927/28, el Valencia FC realiza uno de los mejores fichajes de toda su historia: Luis Colina. La entidad, que todavía no había alcanzado su primera década de vida, buscaba un ejecutivo con capacidad, empaque y experiencia en todo lo relativo a la captación de nuevos jugadores. Para ello, creaba en su organigrama una figura de nuevo cuño: el secretario técnico.

Colina, que se estrena en los despachos de Mestalla en febrero de 1928, había nacido cuarenta años antes (14 de marzo de 1888) en el barrio madrileño de Pardiñas. Deportista multidisciplinar, practicó el atletismo en sus inicios y fue un futbolista polivalente, que incluso llegó a ocupar la portería del Stadium de Pardiñas después de militar -como jugador de campo- en la Real Gimnástica Española. Después de colgar las botas en 1912, hizo el curso de colegiado nacional e internacional, llegando a dirigir un Portugal-Francia en Lisboa. Tras abandonar el silbato, desempeñó el cargo de presidente del Colegio Central de Árbitros. Años más tarde, sería nombrado secretario de la Real Federación Española de Fútbol.

Figura respetada en todas las instancias relacionadas con el balompié, conocía a todos los directivos y jugadores del país en el primer tercio del siglo XX. Sus conocimientos iban a ser fundamentales en la construcción -junto a Luis Casanova y Eduardo Cubells- del gran Valencia campeón de la década de los cuarenta.

La influencia de Don Luis es patente a los pocos meses de su llegada al club. En abril de 1928, el equipo consigue uno de sus primeros grandes éxitos a nivel nacional eliminando al Real Madrid en cuartos de final de la Copa del Rey. Dos temporadas después, otro hito: el ascenso a Primera. El 5 de abril de 1931, tras una goleada al Betis (6-0) en Mestalla, el Valencia -entrenado por el checo Anton Fivber- conseguía una plaza en la máxima categoría del fútbol español.

Fichajes pergeñados por Colina como Tonín Conde, Carlos Iturraspe, o Bertolí iban a ser un fundamentales para el crecimiento de la plantilla durante la década de los treinta. Los tres, curiosamente, fueron titulares en la primera final copera en la historia de la institución. El 6 de mayo de 1934, pese al gol inicial del ariete Vilanova, el equipo de Mestalla perdía (2-1) ante el Real Madrid. La siguiente ya no se le escaparía al murciélago.

Acabada la Guerra Civil, ya bajo la presidencia de Don Luis Casanova en la temporada 1939/1940, Luis Colina es -junto a Eduardo Cubells- el gran responsable en la confección de la impresionante plantilla que iba a hacer del Valencia el mejor equipo de España durante la década de los cuarenta. El sabio de Pardiñas -como era conocido a nivel nacional- se encarga de fichajes tan importantes en la historia del club como Eizaguirre, Álvaro, Juan Ramón, Gorostiza, Epi, Igoa, Pasieguito o Mundo. Colina supo ver futuro en jugadores que habían acabado destinados en la ciudad como reclutas del batallón 'Recuperación de Levante' en pleno conflicto bélico. Además, tenía una fe absoluta en las posibilidades de los jugadores procedentes del País Vasco, cuya comuna fue mayoritaria entre 1940 y 1950 en el vestuario local de Mestalla.

Ese Valencia de la 'Delantería Eléctrica', en el que brillaban asimismo futbolistas de la terreta como Monzó, Amadeo o Asensi, consiguió tres Ligas (1942, 1944, 1947) y dos Copas (1941, 1949), además de disputar otras tres finales (1944, 1945, 1946), que perdería de forma consecutiva en el estadio de Montjuic.

Hombre de fútbol en estado puro, Colina dejó para la posteridad frases cargadas de valor y simbolismo, como la que recoge el maestro, Jaime Hernández Perpiñá, en su libro 'La gran historia del Valencia': "La Liga la ganan los suplentes". Llevando dicha máxima al terreno práctico, supo dotar a las diferentes plantillas que confeccionó junto a Cubells de futbolistas capacitados para aportar competitividad y soluciones desde la segunda unidad.

La categoría de suplente no estaba reservada únicamente para los jugadores.

Durante años, Luis Colina se afanó en preparar a su heredero para el momento en el que tuviera que darle el relevo al frente de las gestiones en Mestalla. Ese sucesor fue Don Vicente Peris, ejecutivo esencial en la modernización e internacionalización del club a finales de los cincuenta y principios de los sesenta y gran responsable de los éxitos deportivos hasta su fallecimiento repentino en 1972. Peris siempre contaba que Colina y Cubells habían sido sus grandes maestros.

Antes de retirarse, el sabio de Pardiñas recibió un merecido homenaje en conmemoración a sus veinticinco años trabajando para el Valencia. El 3 de enero de 1954, Mestalla acogió un partido internacional entre el equipo valencianista y el Rapid de Viena. En los prolegómenos del encuentro, Don Luis Casanova le hizo entrega de la primera medalla de oro en la historia de la entidad. La merecía. Colina fue, primero, una figura esencial para el crecimiento del club tras su fundación y, después, para su llegada y establecimiento en la élite del fútbol español, mirando a los ojos de Real Madrid, Barcelona y Athletic de Bilbao sin ningún tipo de complejos.

Afincado en Valencia, Luis Colina falleció en su domicilio de la calle Salvador Abril el 23 de julio de 1956. La historia debe recordarle como una de las grandes figuras en el siglo de vida que cumple ahora el murciélago. Excepcional secretario técnico, directivo respetado, hombre despierto e intuitivo, supo entender que su momento se acababa eligiendo al mejor heredero posible, Vicente Peris. Ellos serán recordados, para siempre, como responsables directos en la consecución de un alto porcentaje de los títulos que descansan en las vitrinas de Mestalla.

062

∞ DON VICENTE PERIS

Si Vicente Peris hubiera nacido en Los Ángeles, Brooklyn o Houston, tendríamos de varios libros, películas e incluso alguna estatua para glosar su figura. Afortunadamente, el Centenario del Valencia está sirviendo para combatir la desmemoria y poder contarle al entorno -al menos, al sector más joven- quién fue. Sin ninguna duda, hablamos de una de las diez personas más importantes en el siglo de vida de la entidad.

El Valencia estaba escrito en el destino de Peris. Nació en 1923 -el mismo año que el estadio de Mestalla- en la calle de las Ánimas, a tan solo unos metros del legendario Bar Torino. En su familia, además, alguien que iba a inocularle la pasión por el murciélago desde niño. Nos relata la historia Merchina, la hija de Don Vicente, gracias a la que descubriremos a este hombre fascinante: *“Su padre era valencianista pero, sobre todo, su tío materno. Se llamaba Vicente Lozar y fue de los primeros periodistas deportivos de la ciudad”*.

Apasionado seguidor del Valencia, con tan solo dieciséis años -en el mes de julio de 1939- iba a cumplir su sueño: entrar a trabajar al club. La primera función que desempeñará será la de botones, dispuesto a hacer todas las horas necesarias y con los ojos bien abiertos para aprender rápido. *“En los primeros años se dedica solo a hacer recados. Pero, como era muy despierto y además se dedicó a hacer cursos de contabilidad, inglés, francés... Tenía el deseo de progresar. Fíjate si era espabilado que, siendo todavía botones, es él quien le propone a Luis Casanova y Colina que absorban el Cuenca y lo conviertan en filial”*.

La petición cala en la presidencia y, en septiembre de 1944, Vicente Peris es el encargado de leer el acta de creación del CD Mestalla. Además, asume el cargo de secretario general y, con su gestión del filial -que en tan solo tres años asciende a Segunda División- empieza a despertar el interés de los que, con el tiempo, iban a convertirse en sus dos maestros. Dos símbolos. *“Siempre decía que, para cuestiones técnicas, su referente era Eduardo Cubells y, en la parte administrativa y de organigrama, Luis Colina, que venía con una experiencia tremenda”.*

Precisamente por la avanzada edad de Colina, que en 1954 iba a recibir de Luis Casanova la medalla de oro del Valencia al cumplir veinticinco años en el club, fue nombrado Peris secretario adjunto. El presidente toma la decisión de confiarle responsabilidades relativas al primer equipo después de rotundo éxito que supuso el ascenso del Mestalla en 1952. Don Vicente fue el alma de aquel joven grupo de jugadores -entrenado por Carlos Iturraspe- que hizo historia.

Empieza, por tanto, a pensar en grande. Llega el momento de tratar de aplicar en el equipo de su corazón los avances que su inquietud y curiosidad innatas le habían permitido descubrir en otras ligas europeas, de las que se declara ferviente seguidor. Sobre todo, de la inglesa. El programa de partido clásico al estilo británico, de hecho, es una de sus aportaciones al Valencia. Además, impulsa mejoras en la iluminación artificial de Mestalla -inaugurada en marzo del 59 antes de un encuentro contra el Stade Reims francés-, introduce la mercadotecnia (serigrafía el escudo del club en mecheros, gorras, pitos, banderas...), rescata la disputa del Trofeo Naranja, dirige la instalación de un reloj que indique el marcador y el minuto de juego y, por supuesto, es pionero de las novedades en ambientación del estadio.

Esta es una de sus principales virtudes, que le convierten en una persona determinante en la historia de la institución. Peris moderniza al Valencia. Por si todo lo expuesto fuera poco, es Don Vicente quien determina que el equipo realice giras internacionales. Aprovechando el tirón conseguido por las dos Copas de Ferias conquistadas a principios de los sesenta, el equipo viaja a México en 1963. La apuesta transoceánica es peliaguda. Se trata de un momento delicado en las relaciones entre España y el país azteca, pero el secretario adjunto -con su don de gentes y facilidad de palabra- hace de diplomático: *“El ministro Solís llamaba a casa para advertirle de los riesgos del viaje, pero la expedición del equipo no tuvo ningún tipo de problema. Es más, llegó a hacer hasta de embajador español en la zona. Nos envió cartas a casa en las que nos contaba que habían sido recibidos por lugareñas vestidas de fallera”.*

Gracias a este primer viaje a tierras mexicanas, que tendría un segundo capítulo en 1968 para la inauguración del Estadio Azteca, el club de Mestalla consiguió asimismo una invitación para disputar la denominada ‘Pequeña Copa del Mundo’ en Venezuela. Torneo del que iba a proclamarse campeón en julio de 1966,



Vicente Peris / Familia Peris

superando a una selección de jugadores venezolanos, a la Lazio y al Vitoria de Guimaraes.

Las travesías transoceánicas sirvieron a Don Vicente Peris para trabar una relación de excelente cercanía con sus futbolistas. Aspecto que no le impedía, a la vez, ser un directivo tremendamente serio y exigente. Tenía el encanto y la capacidad emocional para saber gestionar vestuarios con jugadores y entrenadores tan importantes como Waldo, Roberto Gil, Di Stéfano, Claramunt o Mundo.

El crecimiento del Valencia en la década de los sesenta no pasa desapercibido para los grandes clubes españoles. Llegan ofertas por diferentes jugadores y por... el secretario general. *"Mi padre rechazó ofertas de varios equipos e incluso de la Federación Española para ocupar el mismo cargo que tenía aquí. El que más lo intentó, para llevárselo al Atlético de Madrid, fue Vicente Calderón. Le hizo ofertas en*

tres ocasiones. Las dos primeras, en 1964 y 1967, cuando quería llevarse al binomio Peris-Mundo, después de ganar la final de Copa contra el Athletic".

El momento más crítico para Vicente en sus más de treinta años de abnegada dedicación al Valencia se produce en 1969. Afortunadamente, los jugadores -sus hijos deportivos- dieron la cara por él. Merchina Peris nos detalla cómo sucedió todo: *"El equipo estaba haciendo una mala temporada. Entonces la directiva y Julio de Miguel responsabilizan a mi padre de lo que ocurre. Vicente Calderón, que se entera de lo que sucede, le plantea por tercera vez la posibilidad de salir del club, esta vez con un contrato altísimo. La oferta trascendió y al día siguiente estaba en todos los periódicos. Al enterarse la plantilla, que ese fin de semana ganó en Mallorca 0-3, rápidamente hicieron un comunicado pidiendo al club que evitara la marcha de Peris".*

La reacción de Julio de Miguel fue nombrarle gerente del Valencia a los pocos días. Perdiendo dinero, mucho dinero, Don Vicente -en un acto de romántica lealtad- se quedó en el club de su corazón. La decisión fue muy acertada. Ya en el nuevo cargo, es el máximo responsable de la confección de la plantilla que iba a ganar la Liga en 1971. Aunque la lista de éxitos de los que formó parte en más de tres décadas es extensa, ese título fue la mayor alegría para Peris. Fue, como explica su hija Merchina, su Liga: *“Vivió grandes momentos, el ascenso del Mestalla a Primera, la Copa del 54, la apertura internacional en los sesenta. Pero ese título lo sintió muy dentro. Trabajó mucho para hacer esa plantilla. Después de ganar la Liga, estaba muy tensionado para poder revalidar el campeonato en 1972. De hecho, creo que lo que le pasó tuvo que ver con toda la tensión que sentía”*.

En ese año, 1972, se iba a inaugurar su último gran proyecto. La nueva sede social en la Avenida de Aragón. Una instalación vanguardista, acogedora, amplia, a imagen y semejanza de las que Vicente había visto en otros clubes durante aquella década de giras europeas y sudamericanas. Lamentablemente, el gerente no pudo llegar al día del estreno: *“Recogiendo un croquis elaborado por mi padre, Salvador Pascual hizo un diseño precioso de esas instalaciones. Cuando estaban en obras, recuerdo que un día me llevó a enseñarme el que hubiera sido su despacho. Le fascinaba el hecho de que, por su ubicación, tuviera luz natural. El pobre no pudo estrenarlas. La sede se inauguró pocos días después de morir él”*.

Don Vicente Peris falleció el 14 de febrero de 1972... en Mestalla. Le estalló el corazón mientras se disputaba un Valencia-Atlético de Madrid. Una tragedia que heló el alma de todo el valencianismo. Empezando por su mujer y su hija: *“Para la familia fue un mazazo. Imagínate. Mi madre y yo le dimos dos besos porque, después del partido, se iba a Cartagena a fichar a Pepín y Arango. Y ya nunca más lo volvimos a ver. Para los empleados del club, como Di Stéfano, y para la afición supuso un impacto tremendo. La Avenida Suecia se llenó de miles de personas que querían despedirse de él. Hernández Perpiñá siempre decía que desde el entierro de Blasco Ibáñez no había visto nada igual”*.

Empezó en el Valencia de botones y acabó siendo... el propio Valencia. Inteligente, encantador, listo, exigente. Profundo en conocimientos futbolísticos, hábil para las negociaciones, resolutivo y el hinchas número uno. Se hizo a sí mismo y, siguiendo la misma fórmula, construyó un nuevo club más moderno, internacional y ambicioso, que además fue campeón de Liga y Copa. Al menos, tuvo merecido homenaje en vida. En octubre de 1967, en los Jardines de Viveros y ante cientos de personas, el presidente Julio de Miguel dijo de él que era un gestor comparable a Luis Casanova. Sirvan textos como el que tienen entre sus manos para un segundo gran reconocimiento público. Don Vicente lo merece. Se dejó la vida, literalmente, en Mestalla.

063

∞ DON ARTURO TUZÓN

Probablemente, el descenso a Segunda en 1986 fue la situación más delicada a la que ha tenido que hacer frente el Valencia en sus casi cien años de historia. Acuciado por las deudas contraídas durante la etapa de Ramos Costa en la presidencia -fichajes pagados a alto coste y la remodelación de Mestalla para el Mundial de España en 1982-, el club se enfrentaba al desafío de regresar a Primera lo antes posible para evitar la desaparición.

En el verano del 86, la directiva entrante tuvo que trabajar duro, por ejemplo, para evitar que en Mestalla fuera cortada la energía eléctrica por impagos. Además, hubo que firmar convenios con más de veinte hoteles de todo el país cuyos directores esperaban al autobús del equipo en la puerta del alojamiento para impedir la entrada de la expedición valencianista si antes no cobraban. También se negoció con el Centro de Rehabilitación -donde iban a recuperarse los jugadores- y el Sidi Saler, al que se le adeudaban más de diez millones de pesetas. Para poder concentrarse allí antes de cada partido, el delegado tenía que ir con dinero en efectivo por delante si el Valencia quería entrar. Y lo más grave: la nueva junta asumía el control de la sociedad con una deuda monstruosa de 2.000 millones de pesetas más una multa de 350 millones por cuentas pendientes con Hacienda. Esa directiva estaba liderada por un empresario nacido en Montán, provincia de Castellón, llamado a rescatar al Valencia de los infiernos. Su nombre era Don Arturo Tuzón.



Arturo Tuzón Copa de la UEFA 1993-94. E. Viña/Colección P. Vaello

Tuzón, hombre discreto y poco dado a protagonismos, quería ayudar al club de Mestalla. Pero no acababa de convencerle la idea de asumir la presidencia. Hasta que, en una cena con dos buenos amigos -el jesuita Vicente Sastre y Vicente, el mayor de los hermanos Pascual, exportadores de cítricos-, acabó aceptando. El soniquete malintencionado que le acompañó en sus últimos meses de mandato le pedía que soltara los duros. Y eso -la ignorancia es atrevida- fue lo primero que hizo Don Arturo.

Además de gestionar miseria, hubo que ponerlos. Cada uno de los miembros de la nueva directiva que accedió al Valencia en 1986 inyectó 80 millones de pesetas para fortalecer las arcas de Mestalla, llenas de telarañas. Parte de ese dinero sirvió para que Tuzón cerrara sus dos primeros fichajes: Pedro Alcañiz -procedente del Castellón- y Miguel Ángel Bossio, internacional uruguayo que venía de disputar el Mundial de México.

En su primera aparición pública, Don Arturo habló muy claro a la afición, dejando una frase para la posteridad: *"El Valencia será lo que quieran los valencianos"*. El entorno entendió de forma inmediata que debía implicarse para ayudar al club en un momento de extrema necesidad. Y así fue. La

masa social de la entidad se duplicó en la temporada 86/87, pasando de menos de 15.000 a más de 30.000 abonados. Como recuerda el periodista e historiador Alfonso Gil, *“en ocasiones, la afluencia de público a Mestalla superaba la de todos los estadios de Segunda juntos”*.

Con las dos incorporaciones realizadas y una plantilla repleta de jugadores jóvenes y talentosos -Fernando, Quique, Voro, Giner, Revert o Carlos Arroyo-, liderados todos ellos por los veteranos Arias, Subirats y Sempere, el Valencia consiguió el regreso a Primera en tan solo una temporada. Sin duda, fue la mayor alegría en los siete años de presidencia de Don Arturo Tuzón, orgulloso del *“fútbol brillantísimo que hizo el equipo aquella temporada. Una temporada además que hubo playoff, aquello fue larguísimo. Después de haber quedado campeones destacados hubo que jugar otra vez y logramos el ascenso”*.

El club de Mestalla subió a Primera para quedarse. La junta directiva sentó las bases de un funcionamiento societario y deportivo responsable, que gravitaba sobre la austeridad y el rigor. Con los fichajes del entrenador Víctor Espárrago y futbolistas que aumentaron el nivel competitivo de la plantilla como Ochotorena o Lubo Penev, el equipo se asentó en la élite, accediendo con asiduidad a competiciones europeas, consiguiendo incluso el subcampeonato de Liga en 1990.

Cansado del populismo de Paco Roig y harto de críticas infundadas, Don Arturo Tuzón se marchó. Pero lo hizo habiendo cumplido su misión. Con creces. Y sintiendo que había defendido al Valencia *“porque lo llevaba y siempre lo llevaré en el corazón. El Valencia es un sentimiento con el que he encontrado muchas gratitudes. Estoy más que satisfecho de haber servido al club”*.

El tiempo le dio la razón al señor Tuzón. Uno de esos directivos que dignificaron el escudo. Uno de esos hombres que hicieron del Valencia un club mejor.

CAPÍTULO 17

ÍDOLOS DE MESTALLA

∞ Faas Wilkes
Daniel Solsona
Lubo Penev
Pablo Aimar

064

∞ FAAS WILKES

Buscando reactivar el ánimo del entorno tras el ocaso del Valencia de la 'Delantería Eléctrica', el club de Mestalla decidió acometer un fichaje ambicioso e ilusionante a la conclusión de la temporada 52/53. La plantilla valencianista había ido perdiendo de forma progresiva buena parte del pasillo de seguridad (Ignacio Eizaguirre, Juan Ramón, Iturraspe, Asensi, Gorostiza, Epi, Mundo...) que tanta gloria había proporcionado a la afición desde principios de la década de los cuarenta.

A pesar de que el equipo -dirigido en aquel año por Jacinto Quincoces- venía de proclamarse subcampeón de Liga, una abultada eliminación copera contra el Barça provocó que el presidente, Don Luis Casanova, buscara un revulsivo que encendiera de nuevo los anhelos del respetable. El destino quiso que, ese mismo verano, llegara a la ciudad un prodigioso interior holandés -próximo a la treintena- que ya había causado sensación en Europa e iba a convertirse en el primer futbolista extranjero que luciera el escudo del murciélago. Su nombre: Faas Wilkes.

El 20 de junio de 1953, el Valencia goleaba 4-1 al Torino en partido amistoso a beneficio del fútbol amateur valenciano. Eduardo Cubells, jugador de época convertido en excepcional secretario técnico y mano derecha de Casanova, supo ver más allá del resultado, obviando la abultada derrota del equipo turinés, y recomendó el fichaje de Wilkes. De gran altura (1'90 cm.), mucha clase y arrancadas incontenibles, se trataba de un futbolista jamás visto antes, que también despertó el deseo del presidente de la Federación Valenciana de Fútbol, Guzmán Zamorano. Tan fascinado quedó el directivo con el juego del holandés que, en la cena entre

clubes posterior al encuentro, Zamorano preguntó a los dirigentes italianos cuántos camiones de naranjas serían necesarios para sufragar el coste de la operación.

La llegada de Wilkes a España coincidió con los primeros partidos en la Liga de Alfredo Di Stéfano y el apogeo de Kubala en el Barcelona. Pero ninguno de los dos logró ensombrecer la excepcional temporada de estreno de Faas en el Valencia. Sus regates inverosímiles y la facilidad para dejar contrarios atrás con el balón pegado al pie provocaron una inusitada expectación entre el público. Tanto, que el club pudo pagar parte del coste de la nueva tribuna cubierta de Mestalla con los abonos que se vendieron para poder ver a Wilkes en directo.

La pregunta con retranca “¿Qué fas, Faas?” se convirtió en uno de los clásicos entre el entorno valencianista mediada la década de los cincuenta, ante la imprevisibilidad de su repertorio regateador. Manolo Mestre, mítico defensa del Valencia, dijo de Wilkes que era “*el único jugador del mundo capaz de hacer una pared consigo mismo*”. Con dieciocho goles en su primera temporada, descolgó en el equipo que se proclamó campeón de Copa ante el Barça el 20 de junio de 1954. Competición que, sin embargo, Faas Wilkes no pudo disputar por su condición de extranjero.

En los dos años siguientes, mantuvo su idilio con la grada, protagonizando filigranas nunca vistas y marcando 36 goles, cuatro de ellos en una tarde mágica contra el Racing de Santander. El Valencia ganó 8-1 y su nivel de juego fue tan maravilloso que los aficionados quisieron llevarle en volandas desde Mestalla hasta La Pepica, donde residía.

Pero no todo fueron vino y rosas. Aquejado de bocio y amigdalitis crónica, Faas tenía tendencia a la hipocondría y sospechaba que padecía cáncer de garganta. Así que acostumbraba a escaparse a Holanda con mayor asiduidad de la que hubiera gustado a los directivos del club. Amante de la paella y las partidas de póquer, se despidió de la ciudad tras un amistoso contra el Nottingham Forest disputado el 27 de mayo de 1959. Aunque más que una despedida, fue un hasta siempre. Como su propia viuda reconocía en una visita a Mestalla en marzo de 2012, Wilkes “*siempre decía que el Valencia fue el club en el que mejor estuvo. Quería mucho al Valencia. Y a los valencianos también*”.

Faas Wilkes falleció en su Rotterdam natal el 15 de agosto de 2006, ya convertido en símbolo eterno de la afición valencianista. El legendario presidente, Don Luis Casanova, dijo de él: “*Yo vi jugar a Pelé, a Di Stéfano y Kubala. Pero lo de Wilkes era otra cosa. Elegancia, reprís, imaginación, cambio de ritmo...*”.

Así era Faas Wilkes. Posiblemente, el mejor regateador que ha pisado Mestalla.

065

∞ DANIEL SOLSONA

En cien años de historia, pueden contarse con los dedos de una mano las temporadas en las que el club ha contado con una parcela ancha tan repleta de artistas, llegadores y generadores de juego como a finales de los setenta y principios de los ochenta. La era de Rainer Bonhof, Javier Subirats, Enrique Saura y el Mago: Solsona. Con una técnica excelsa y enorme visión de juego, Daniel, todavía en edad juvenil, ya estaba sobre el césped de Sarrià aquella tarde de abril del 71 en la que el Valencia ganó la Liga de los Transistores. A finales de esa misma década iba a convertirse en ídolo de Mestalla, capaz de poner en pie al respetable con sus regates imposibles.

Tras ocho temporadas en Primera y en la plenitud de su carrera, hablamos del verano de 1978, dos grandes iban a pelear arduamente por conseguir su fichaje. El Valencia, Pasieguito en concreto, fue el más listo. El propio Daniel Solsona nos relata la historia: *“Era impensable que un jugador salido de casa, de toda la vida del Espanyol, del fútbol base y catalán, fichara por el Barcelona y, aunque al final parecía que el presidente del Espanyol, Manuel Méler, accedía contra su voluntad, se produjeron unas declaraciones de Núñez en las que decía que me quería un año cedido, a prueba, porque no sabía si estaba recuperado de la hepatitis que había tenido anteriormente, cuando yo ya hacía siete meses que estaba jugando. El Espanyol se agarró a aquello para decir que no se hacía y, al cabo de una semana, vino Pasieguito y mi club ya negoció con el Valencia”*.

Solsona era uno de los jugadores de moda. Hasta que Pasieguito consiguió firmarlo, no había mercado de fichajes de verano en el que no se le asociara con Barça o Madrid. A pesar de ello, la operación se cerró en un precio bastante módico para la época. Veinticinco millones de pesetas. Poco más de 150.000 euros. Un gran movimiento del genio de Hernani. Otro más. *“No fue una cifra muy alta, pero es que el Espanyol ya no podía mantenerme, ni conservarme. Eran ya ocho años y cada temporada venían Barça y Madrid. También te digo que en el Camp Nou estaban dispuestos a poner tres veces más de lo que al final pagó el Valencia por mí”.*

Su primer año en Mestalla supone un éxito rotundo. Marca once goles, disputando 46 partidos oficiales. En uno de ellos, ofrece un recital que aún perdura en la memoria del valencianismo. El 18 de abril de 1979, en el encuentro de vuelta de los octavos de final de la Copa del Rey, el equipo dirigido por Pasieguito tiene que voltear un 4-1 en contra al Barça para meterse en los cuartos. Dos tantos de Bonhof y uno del ‘Lobo’ Diarte igualan la eliminatoria. En la prórroga -los goles a domicilio no contaban en aquella época-, Darío Felman certifica la remontada, provocando el delirio en el estadio. Ese histórico 4-0 al Barça es uno de los mejores recuerdos para Daniel Solsona: *“Ganamos 4-0 al final y recuerdo aquella banda en la que metimos el gol. Yo estaba al lado de Carrete y nos abrazamos como locos. Fue muy emocionante. Piensa que yo venía del Espanyol, no había ganado ningún título y ese resultado nos acercaba mucho a poder conseguir uno”*

El equipo culé, ese que no se atrevió a ficharle si no era a prueba, fue siempre su víctima predilecta. Dos temporadas después, el 27 de septiembre de 1980, el Valencia goleaba (0-3) en el Camp Nou con doblete de Solsona. En la celebración de uno de ellos, envió la dedicatoria al palco en el que se encontraba el presidente Núñez. La confesión llega ahora, casi cuarenta años después. El tema, por supuesto, ha prescrito: *“Recuerdo aquel partido, cuando no se estilaba mucho eso de dirigirte al palco o señalarte el nombre de atrás. Ganamos 0-3 y metí dos goles: uno de vaselina y otro de falta que desvió el defensa. En uno de ellos, lo tengo en la cabeza, saludé al palco presidencial acordándome del que me quería a prueba un año por si no estaba recuperado”.*

Dotado de una técnica individual única en aquella época, era capaz de regatear, cambiar de ritmo, asociarse por dentro, repartir sombreros y tirar caños. Un arsenal interminable que encendía al público de Mestalla y con el que hacía sufrir, sobre todo, al defensa que peor lo pasó defendiéndole: el madridista Uli Stielike. *“Era un alemán temperamental, todo fuerza, todo ímpetu, que iba a por todas. Yo interpreto que sin mala fe... Pero tenía*

delante un jugador como yo que el balón lo dominaba bien. Me gustaba hacerle túneles cuando más nervioso le veía”.

Claro que, para poder generar tanto en ataque, para tener la libertad de arriesgar en el uno contra en uno, hacía falta alguien que guardara la espalda a tanto *jugón*. Daniel Solsona nos cuenta una de las claves, silenciosas, pero fundamentales, de aquel Valencia que reinó en Europa: *“Hay una cosa que para mí es esencial: conocer bien a los compañeros que tienes al lado y, con el tiempo, le he dado mucha más importancia a aquellos jugadores que no eran tan vistosos, que no eran tan atractivos para la gente, de menos construcción de juego, como Castellanos. Ahora, con perspectiva, te das cuenta de que eran un elemento importantísimo para que Subirats, Mario, Saura o yo mismo pudiéramos hacer lo que hacíamos”.*

Tras el milagroso gol de Tendillo en 1983, la pésima gestión económica del Valencia obliga a desprenderse de alguno de sus mejores jugadores. Uno de ellos, lamentablemente, fue Solsona. Tenía 31 años y podía haber seguido perfectamente tres o cuatro temporadas más. De hecho, era su deseo: *“Me dijeron que tenían que reducir de manera muy drástica el tema económico. La propuesta de ficha que recibí fue tan baja que entendí que ya no me necesitaban”.*

Quedan, eso sí, los recuerdos. Y el poso de jugador grande, importante, para los que tuvieron el privilegio de presenciar en directo la magia de ‘El Nanu’. Su rendimiento en Mestalla fue excelente, sin duda una de las claves para que el equipo consiguiera tres títulos muy importantes en su historia, dos de ellos europeos. Esta es la historia de Daniel Solsona. Magia al servicio de un Valencia campeón.

066

∞ LUBO PENEV

Una vez superada la angustia del paso por los infiernos de Segunda, el Valencia recuperó el pulso competitivo en la temporada 1988/89. Con la gestión excepcional de Arturo Tuzón, el club de Mestalla -liderado desde el banquillo por Víctor Espárrago- finalizaba la Liga en tercera posición, consiguiendo la clasificación para la siguiente edición de la Copa de la UEFA. Ese mismo verano, además, el tesorero de la entidad, Vicent Andreu Fajardo, anunciaba un superávit de 150 millones de pesetas en el ejercicio anterior. Así las cosas, el presidente escuchó los sabios consejos de Roberto Gil, aceptando realizar una inversión importante en el fichaje de un delantero de referencia. Ante la imposibilidad de firmar al uruguayo Daniel Fonseca (su precio era prohibitivo), la secretaría técnica tuvo claro el plan B. Un nueve búlgaro que, a sus 22 años, había marcado 80 goles en 101 partidos con el CSKA de Sofía. Su nombre, Luboslav Mladenov Penev, aunque entraría en la leyenda del murciélago como *Lubo*. Potente tanque de 1'87 centímetros, con regate, poderío aéreo, pegada con ambas piernas y una sorprendente capacidad para caer a banda, iba a convertirse el primer gran ídolo de Mestalla después de Kempes.

La operación no fue sencilla. El club se encontró con las dificultades burocráticas propias de la época. El régimen comunista, como explica el propio Penev, no ponía facilidades para que sus estrellas abandonaran el país. *“En aquel momento, mi salida fue un caso excepcional. No nos dejaban marchar hasta que nos acercábamos a los treinta años. Yo fui de*

los primeros en hacerlo. Luego lo harían otros, como por ejemplo Stoichkov". El Valencia, planteando el pago de más de un millón de dólares, consiguió finalmente cerrar el traspaso a principios del mes de septiembre de 1989. Lubo, obviamente, llega con la temporada empezada y debuta el 8 de octubre en un empate (1-1) ante el Sevilla en Mestalla, entrando en la segunda mitad en sustitución de Emilio Fenoll. Esa tarde, el estadio casi se llena por la expectación que genera su fichaje.

Las ilusiones en el entorno iban a desbordarse dos semanas después. El 28 de octubre de 1989, el conjunto dirigido por Víctor Espárrago se impone 0-2 en Valladolid. Fernando Gómez anota el primero y, al cuarto de hora de la segunda mitad, Penev estrena su cuenta goleadora en España aprovechando un error de Lemos, sellando así el triunfo del Valencia. *"Tengo un recuerdo bonito de ese día. Hacía muy poco que había llegado a la ciudad y en ese partido me estrené como titular"*. Fue el primero de sus catorce goles en esa temporada de debut. Pudieron ser muchos más ya que el búlgaro, al haber disputado la Copa de Europa con su club de origen, el CSKA de Sofía, no pudo ser alineado en ningún compromiso correspondiente a la UEFA. La inactividad continental le permitió estar descansado para la Liga, en la que el equipo de Mestalla acabó consiguiendo el subcampeonato tras superar claramente al Logroñés (4-0) en la última jornada.



Penev. P. Martí/Colección Valencia CF

Tipo listo, despierto y con mucha vida a pesar de su juventud, Lubo aterriza en España con un diccionario de castellano bajo el brazo. A las pocas semanas de llegar, ya logra comunicarse con cierta fluidez. Comparte habitación con Voro en las concentraciones y practica algunas expresiones para hacerse entender en el campo, tanto con sus compañeros como con los árbitros. Fueron legendarias sus broncas con Andújar Oliver o Díaz Vega, que le privó de un gol seguro en Pamplona decretando el final de un partido en septiembre de 1992 cuando Penev encaraba la portería de Roberto. Amante del jamón y la buena cocina, fija su domicilio en plena Avenida de Aragón, enfrente de Mestalla y unos pisos más arriba de su restaurante de cabecera. Con el tiempo, acabaría trasladándose a un chalet en las inmediaciones de Puçol.

En las seis temporadas que defendió el escudo del murciélago, el tanque búlgaro consiguió 77 goles en 184 partidos oficiales, convirtiéndose en el noveno máximo realizador en la historia de la entidad. Fue determinante para que el Valencia lograra la clasificación para competiciones europeas en tres ocasiones. Aunque se marcharía en 1995 con dos espinas clavadas en el alma. Por un lado, no haber podido hacer del equipo una alternativa real para el título de Liga. *“Éramos muy buenos. Recuerdo haber jugado con futbolistas de gran nivel. Fernando, Leonardo, Roberto, Mijatovic, Mazinho. Pero nos faltó ser más fuertes en momentos importantes, sobre todo en los partidos que jugábamos fuera de casa. Quizá era un problema de mentalidad”*.

Y, en segundo lugar, la Copa del Rey en la temporada 1994/95. Tras hacerle dos goles providenciales al Albacete en la eliminatoria de semifinales, la maldita final del agua. Un partido al que el vestuario no llegó del todo limpio de mente porque se produjo un enfrentamiento de los pesos pesados de la plantilla -Penev entre ellos, como capitán- con Paco Roig, a cuenta de las entradas en el Santiago Bernabéu. El club agotó todo el cupo de localidades de palco antes de entregar un porcentaje a los familiares de los jugadores, que incluso llegaron a negarse a subir al autobús para viajar a Madrid si el presidente no les daba una solución. Resuelto el problema y, después de equilibrar el tanto inicial del Deportivo con el golazo de Mijatovic, llegó el diluvio universal: *“No tengo ninguna duda. Hubiéramos ganado ese título si no se pone a llover tanto. En el momento de la tormenta, éramos muy superiores en el campo”*.

A la conclusión de esa temporada 1994/95, el delantero búlgaro se marchó del Valencia. Sus diferencias con Roig -*peccata minuta* en comparación con lo que vendría después- hicieron que la entidad no le trasladara una oferta de renovación de contrato. Al año siguiente, conseguiría el doblete con el Atlético de Madrid.

Esta es la historia de Luboslav Mladenov Penev, primer gran ídolo de toda una generación de valencianistas que tuvimos que conformarnos con sus goles en Estudio Estadio y aquella épica remontada al Madrid en el 92 como únicas alegrías de una infancia futbolera frustrada. Sus pósters poblaron las paredes de miles de niños que nacíamos al Valencia. Delantero de físico imponente, tenía calidad para jugar de cara y de espaldas, facilitando las llegadas de una media repleta de calidad y talento. Cierro los ojos y sigo escuchando el rugido que emanaba espontáneo desde las entrañas de Mestalla cada vez que el búlgaro veía puerta: ¡Lubo, Lubo!, ¡Lubo, Lubo!

067

∞ PABLO AIMAR

“Vamos Pablito Aimar, que la gloria volverá. Como Kempes y el Piojo, otro pibe inmortal”. Desmelenado hacia la portería contraria, en las fases de juego de absoluta efervescencia a cargo de aquel Valencia imponente al que solo le faltó ganar una Copa de Europa, el cántico que encabeza el capítulo resonaba como un latido en las gradas de Mestalla. Al frente de las operaciones, un liviano fantasista con rostro de pibe y coco privilegiado capaz de inventar un pase donde otros solo veían piernas.

El himno que coreaba el estadio le hacía justicia. Como Kempes y Claudio López, Aimar había nacido el 3 de noviembre de 1979 en la provincia argentina de Córdoba. En concreto, en Río Cuarto. Desde allí había llegado, con tan solo once años, a la cantera de River Plate. Auténtica sensación en las categorías inferiores de *la banda sangre*, Pablo debuta en Primera el 11 de agosto de 1996 en un partido contra Colón de Santa Fe. La leyenda del fútbol argentino, Daniel Passarella, fue uno de sus principales valedores, aunque no el único. Kempes, Maradona y Francescoli se deshicieron en elogios hacia su figura tras su primera temporada completa en River.

Tras conseguir cinco títulos nacionales en el Monumental entre 1996 y 2000 -además del Mundial sub'20 en Japón-, Javier Subirats plantea su fichaje a la junta directiva del Valencia durante el mercado de invierno de la temporada 2000/2001. La operación se convierte en una cuestión de estado para River Plate. Su presidente, David Pintado, alarga las negociaciones prácticamente

hasta el cierre del libro de pases, tratando de conseguir el mayor dinero posible, como recuerda Manuel Llorente, consejero delegado del club de Mestalla en aquel tiempo: *“Empezaron pidiendo ocho millones de dólares, después dieciséis y, al final, acabamos pagando veinticuatro. Recuerdo consultarle a Cañizares, que estaba convencido de que nos iba a dar un salto de calidad grande. Y también la insistencia de Pedro Cortés y Subirats en que lo trajéramos. Fue un éxito, la verdad”*.

Y tanto que lo fue. Desde el primer día, además. En su estreno, la noche de San Valentín de 2001, Pablo Aimar demuestra que los 3.500 millones de pesetas desembolsados por el Valencia están justificados. El *pibe* de Río Cuarto debuta ante el Manchester United poniendo a Mestalla en pie con una serie de acciones individuales en las que, a base de regates y cambios de ritmo, baila a *gatos viejos* del fútbol continental como Roy Keane o Jaap Stam. Fue el primero de los numerosos momentos gloriosos que el mediapunta argentino nos regalaría en sus casi seis años como valencianista. *“Conservo recuerdos maravillosos. Las dos Ligas que ganamos, la UEFA y, por supuesto, las noches de Mestalla en Champions League. Esas noches son inolvidables”*.

En su campaña inicial, disputa dieciocho encuentros oficiales, incluida la final de la Champions contra el Bayern, en la que arranca como titular, siendo sustituido en el descanso por Héctor Cúper para dar entrada a David Albelda. Completamente adaptado a la competición en España, crece en rendimiento durante su segunda temporada. Completa 45 partidos, consiguiendo nueve goles, uno de ellos determinante para que el Valencia continúe la batalla por el título de Liga. El 30 de marzo de 2002, en el Heliodoro Rodríguez López de Tenerife, Pablo saca un zapatazo impensable desde fuera del área que se cuela como un obús en la portería de Julio Iglesias. Esa victoria (0-1) acabaría siendo clave para que Mestalla gritara campeones. *“Fue muchísimo lo que conseguimos. Teniendo en cuenta lo que son esos dos clubes gigantes de España, haber competido con ellos cinco o seis años fue buenísimo”*.

A pesar de que coincide en el tiempo con entrenadores que priorizan el orden y el trabajo a la fantasía o la gambeta -Cúper, Benítez, Ranieri-, Aimar es una pieza indiscutible en las alineaciones del Valencia entre 2000 y 2006. Uno de esos técnicos, Rafa Benítez, recuerda así las prestaciones que ofrecía para el equipo. *“El caso de Pablo fue muy especial. No siendo un jugador muy físico ni de trabajo, era maravilloso verle trabajar sin descanso. Entendió que, por su posición en el campo, era fundamental que ayudara en la presión a la salida de balón del rival. Supo sacrificarse siempre y, teniendo en cuenta todo lo que nos daba cuando teníamos la posesión, era básico para nosotros”*.



Aimar. P. Martí/Colección Valencia CF

Durante la recta final de la temporada del doblete (2003/2004), sufre una lesión en el pubis que le aparta de los terrenos de juego todo el mes de abril. No obstante, se incorpora a tiempo para disputar cinco partidos determinantes. Dos victorias en Liga contra Betis y Sevilla, así como la eliminatoria de semifinales de Copa de la UEFA contra el Villarreal y la final ante el Olympique de Marsella. Tras los dos títulos conseguidos en mayo de 2004, el jugador argentino experimenta sensaciones únicas durante las celebraciones en la Plaza del Ayuntamiento, abarrotada por decenas de miles de aficionados valencianistas: *“Fueron años buenísimos. Siempre que vuelvo al club o paso por la Ciudad Deportiva de Paterna veo fotos de los momentos divinos que vivimos. Esos son mis mejores recuerdos como futbolista”*.

Después de cinco temporadas y media en Mestalla, Aimar fue traspasado al Real Zaragoza, cerrando así un ciclo maravilloso, coronado con dos Ligas, una Copa de la UEFA y una Supercopa de Europa. Introvertido y huidizo fuera del verde, dentro del terreno de juego se transformaba. Con el eterno dorsal '21' a la espalda, bajaba a recibir a medio campo, se giraba hacia la portería rival y armaba el ataque del Valencia a base de regates y pases imposibles solo imaginables en la cabeza de un genio.

Dejo volar la imaginación y vuelvo a verle pegado a la línea de fondo, casi en límite con el banderín de córner, pisando la pelota mientras mira de reojo la posición de las piernas del defensor. Ante el menor despiste del rival, acaricia

el balón y le tira un caño, provocando la expresión de admiración del estadio. En una de esas acciones geniales, estuvo a punto de marcar uno de los goles para la historia de la Liga. El 22 de mayo de 2005, dibujó una rabona deliciosa en Orriols que se estrelló en el palo derecho de la portería del Levante y botó sobre la raya de gol. Por esos arranques de fantasía y, sobre todo, por haber formado parte de uno de los mejores equipos en un siglo de murciélago, la afición le recibe con enorme cariño siempre que acude al estadio. Una de las últimas ocasiones, el pasado 9 de septiembre de 2017, para presenciar en directo un Valencia-Atlético de Madrid. En cuanto apareció en el palco, Mestalla casi se viene abajo: *“Me voy con la sensación de haber vivido un momento maravilloso. Simplemente venía a ver un partido y no me esperaba un recibimiento tan cálido. Lo que me demostró la gente hoy es la síntesis de lo que conseguimos”*.

Esta es la historia de Pablo Aimar. 263 partidos como valencianista. La fantasía al poder. Un talento único que, además de tirar *tacos* y *gambetas*, aprendió a ser un futbolista importante a las órdenes de Cúper, Benítez y Ranieri. Su sonrisa hollywoodiense iluminaba la escena y presagiaba el júbilo que estaba por venir. La gloria volvió. Gracias por la felicidad, pibe inmortal.

CAPÍTULO 18

¿POR QUÉ TE VAS?

∞ Pedja Mijatovic
Gaizka Mendieta
Kily González

068

∞ PEDJA MIJATOVIC

Ningún fichaje en la historia del Valencia ha provocado un estallido de ilusión y locura en el entorno como el que protagonizó Mijatovic en el verano de 1993. Un segundo punta nacido para el gol, infalible en el mano a mano con el portero rival, rápido, inteligente para el desmarque de ruptura y, sobre todo, bendecido con un don: el golpeo de faltas directas.

Natural de Podgorica (Montenegro), Pedja llegó a Mestalla procedente del Partizan, gracias a la enésima genialidad del maestro Pasieguito, que se fue a Belgrado para firmarle como fuera. En tres temporadas primorosas luciendo el '8' del murciélago a la espalda, anotó 84 goles en 160 partidos, haciéndonos soñar con volver a ser campeones. De Copa y de Liga. Pero, a mediados de 1996, nos rompió el corazón marchándose al Real Madrid, desatando de esta forma el dolor único que produce la pérdida del primer amor.

En un tiempo en el que el césped artificial todavía no había llegado al fútbol base, Pedja Mijatovic fue uno de los millones de niños que creció embadurnado en mercurio. El campo de fútbol del colegio en el que conseguiría sus primeros goles no era precisamente una alfombra y eso provocaba la aparición de constantes magulladuras y rascones en las rodillas, como el propio Pedja nos explica: *"Jugaba en una pista con el suelo muy duro y cada caída era una herida. Durante años tuve las piernas llenas de cicatrices"*. En aquellos años escolares ya era líder dentro del campo. Y también fuera. Encargándose incluso de montar los primeros torneos entre clases que le permitían autofinanciarse y seguir

comprando zapatillas de deporte con las que hacer goles: *“Jugábamos entre los alumnos de diferentes cursos, con siete, ocho y nueve años y nos apostábamos algo de dinero. Yo lo organizaba todo porque, como teníamos uno de los mejores equipos, ganábamos ocho de cada diez torneos y eso me permitía conseguir unos ahorros extra”*.

Perteneciente a una generación que rebosaba talento, el delantero montenegrino se da a conocer en el Mundial sub'20 de Chile. La extinta Yugoslavia, con una plantilla excepcional en la que destacan el propio Mijatovic, Zvonimir Boban, Robert Prosinecki y Davor Suker se proclama campeona del mundo. Ese triunfo catapultó a Pedja al estrellato en su país. Hasta tal punto que el Partizan realiza para contratarle el desembolso más importante en la historia del fútbol yugoslavo.

Hasta allí iba a desplazarse el director deportivo del Valencia a principios de los noventa. Pasieguito, avisado del nivel que había adquirido Mijatovic dos años después del Mundial sub'20, se marcha a Belgrado para verle en directo. Directivos del conjunto balcánico, que buscaba hacer caja con el traspaso de Pedja, comunican al jugador la presencia de un emisario del club de Mestalla en las gradas: *“Sí, ellos me lo comentan. Sabía que habría alguien del Valencia viendo el partido. Mi club necesitaba el dinero y me pidieron que estuviera concentrado, que hiciera un gran partido. Y fue todo lo contrario. Jugué el peor partido de mi etapa en el Partizan”*.

En otra genialidad de esas que deberían haber provocado que tuviera un monumento en Mestalla, Pasieguito recomienda su fichaje a pesar de los nervios y el mal partido de Mijatovic que, años después, preguntaría a su descubridor en qué se basó para confeccionar un informe positivo: *“Me comentó que se había quedado con detalles que yo no recordaba, como mi forma de controlar el balón o el uno contra uno que tenía. La verdad es que le doy todo el mérito porque ese día no estuve nada bien y él supo ver que yo tenía algo especial”*.

A principios de julio de 1993, pelo engominado marca de la casa, corbata pelín hortera, traje color café, Pedja Mijatovic se presenta como nuevo jugador del Valencia escoltado por Don Arturo Tuzón. Estrella del fútbol balcánico, el recibimiento en la ciudad no se ajusta exactamente a la idea que se había hecho: *“Ten en cuenta que, más o menos, yo era una estrella del fútbol yugoslavo. Me sorprendió mucho que nadie de la prensa viniera al aeropuerto cuando llegué y el golpe de realidad ya fue tremendo cuando un periodista me preguntó en rueda de prensa la posición en la que jugaba. Ahí me di cuenta que tenía que empezar de cero”*.

Herido en su orgullo, en una muestra evidente de su carácter ganador, al acabar esa rueda de prensa determina para sus adentros que en unas pocas semanas

toda la España futbolística va a saber quién es Pedja Mijatovic: *“Decidí hacer un entrenamiento individualizado en Paterna veinte días antes de que empezara la pretemporada para el resto de la plantilla. Estuve todas las mañanas allí con Paco Real. Fue una de las mejores decisiones de mi carrera, porque así conseguí un nivel físico y de confianza que me permitió darme a conocer en los partidos importantes que vendrían después”*.

Y lo que vino después fue... la locura. Una pretemporada jamás vista en Mestalla. El mediapunta montenegrino consigue nueve goles antes del comienzo de la Liga. Uno de ellos desde medio campo con la pierna izquierda al Sevilla -el portero era Unzué- en Bilbao, en un torneo que conmemoraba los 80 años del estadio San Mamés. Al equipo hispalense le haría otro espectacular de libre directo en la Línea de la Concepción y al Athletic, una obra de arte a pelota parada desde la frontal. Con el ritmo que evidenció en el mes de agosto, no sorprende en absoluto lo que sucede en su estreno en partido oficial. En la primera jornada de la temporada 93/94 (5 de septiembre del 93), el Valencia se impone 0-3 en el Carlos Tartiere de Oviedo con dos goles de Mijatovic -uno de ellos de falta directa- y el otro de Fernando.

El rendimiento extraterrestre de Pedja tiene aún más mérito si contemplamos la gravedad de lo sucedido durante la concentración de esa pretemporada. La leyenda de ese misterioso Zorro que se dedicaba a gastar bromas en las habitaciones de los novatos le juega una mala pasada, como explicaba Fernando Giner en el capítulo 35 de la obra que tienen en sus manos. Lo recuerdan, ¿verdad? Mijatovic también. *“Es el peor susto que he sufrido en España, llegó a provocarme un trauma. Giner y Camarasa tenían por costumbre gastar bromas a los novatos. Una noche fui al armario a por el pijama Y, cuando abro las puertas, sale de dentro Giner con una máscara horrible. Me caí al suelo y todavía no sé cómo pude jugar el partido al día siguiente. Pasé toda la noche sin dormir”*.

A pesar del bombazo que supone para la afición valencianista el estallido goleador de Pedja en sus primeros meses en España, el equipo decepciona, acabando séptimo la Liga, eliminado en octavos de Copa por el Tenerife y sucumbiendo de forma trágica en la debacle de Karlsruhe. La temporada, eso sí, nos dejó un momento para la historia. El 24 de febrero de 1994, el Valencia se impone 3-1 al Logroñés con un gol de Mijatovic desde medio campo. Exactamente, 52 metros. Lopetegui no pudo hacer nada para sacar el derechazo en parábola desde el círculo central ante el delirio de Mestalla, repleto de pañuelos blancos. El montenegrino, sin embargo, rescata de la memoria otros dos goles: *“Es complicado destacar alguno en concreto porque hubo muchos, algunos muy importantes. Pero me quedo con una volea en Albacete y la falta directa en la final de Copa contra el Deportivo de la Coruña en Madrid. Hubiéramos sido campeones si no se pone a diluviar de aquella forma”*.

Tras esa enorme decepción en la final de Copa, una temporada maravillosa. La mejor que ha hecho un futbolista del Valencia en el último cuarto de siglo. Mijatovic marca 34 goles en partido oficial. El equipo dirigido por Luis Aragonés, además, mantiene intactas sus opciones de ganar la Liga hasta la última jornada. El sabio de Hortaleza, empeñado en que jugara de segundo punta, más adelantado, consiguió obtener la mejor versión de Pedja, como él mismo reconoce: *“Él me dio libertad para jugar más arriba, con menos obligaciones defensivas. Supo entenderme y yo aprendí mucho de él. Aquella fue la mejor temporada que he hecho en mi vida”*.

Esa campaña fue de locos. El ‘8’ valencianista le hizo goles al Real Madrid, al Atleti -con el que peleaba por ser campeón y ante el que consigue un doblete en el Calderón para apretar la Liga a finales de abril- y al Barça. Precisamente contra el equipo blaugrana, juega uno de sus mejores partidos el 9 de marzo del 96. Cuando el Valencia ya había sentenciado la contienda (4-1 en el marcador), Luis Aragonés le sustituye a falta de cuatro minutos, desatando la ovación en pie de Mestalla, que casi se viene abajo. La afición le adoraba. No hay más que observar la cara de Mijatovic mientras abandona el césped. La química entre la afición y el jugador era absoluta.

Pero apareció el Real Madrid, dispuesto a pagar más de 1.200 millones de pesetas. Y Pedja se equivocó: *“Cometí un error en una reunión con las peñas del Valencia. Me preguntaron si iba a irme y dije que no, que aquí era feliz. En ese momento no mentí, porque realmente no sabía seguro qué podía pasar. Pero luego llegó todo lo del precontrato y la gente se enfadó, claro”*.

Esta es la historia de Pedja Mijatovic, que nos hizo acariciar el cielo, primero, y llorar de rabia, después. El tiempo, que lo cura todo, nos hace verlo hoy con otra perspectiva, fundamentalmente al escucharle reconocer su error en la salida. Ofreció un rendimiento estelar dejándose lo que tuvo durante tres años y se marchó en busca de títulos. Como antes, durante y después hicieron muchos. A pesar de convertirse en el centro de las iras de un sector del entorno, Mijatovic sigue llevando al Valencia en el corazón: *“Para mí es como el primer amor, el que nunca se olvida. Fue el club que me dio la oportunidad de darme a conocer fuera de mi país. Y donde me sentí querido y respetado por todos sus aficionados. Yo di lo mejor que tenía en aquellos tres años”*.

Lloré y estuve sin cenar dos días al enterarme de que te ibas al Real Madrid, Pedja. Pero ahora, después de escucharte, es imposible no perdonarte. Como espero que lo haga la afición a la que hiciste tan feliz aquellos tres años de gomina, vértigo y faltas directas por la escuadra. Así quiero recordarte.

069

∞ GAIZKA MENDIETA

La obra de arte de Mendieta en la final de Copa contra el Atlético de Madrid en 1999 es, muy posiblemente, el gol más bonito que ha marcado jamás un jugador valencianista. Control con el pecho para amortiguar el centro de Adrian Ilie, sombrero con la derecha a la sociedad Bejbl-Aguilera y zurdazo de empuje para batir en la salida a Molina. Ese momento supuso la culminación de un proceso evolutivo sin precedentes. Gaizka, que había empezado en el primer equipo actuando como lateral derecho, se convirtió -a base de trabajo, dedicación, inteligencia y método- en uno de los centrocampistas más completos de Europa. Leyenda de Mestalla, sigue siendo el único futbolista del Valencia que ha marcado en una final de la Champions League.

Gaizka nace al fútbol a setenta kilómetros del estadio en el que abrazaría la gloria, en el seno de una familia apasionada por el fútbol: *“Mi padre entrenó a diferentes equipos de la provincia de Castellón. Mientras él dirigía la sesión, mis hermanos y yo nos quedábamos a un lado jugando con un balón, siempre cerca de alguna portería. Era una época en la que también salíamos bastante a jugar a la zona de la playa. Cuando hacía buen tiempo, claro”*.

Destaca tanto en esos partidos entre amigos, que su padre, ex jugador profesional, decide que pruebe suerte en uno de los clubes de la ciudad. El equipo lleva el nombre de un antiguo futbolista, importante en Castalia: *“Tonín es un jugador que perteneció al Castellón. Cuando se retiró, montó*

una tienda de deportes que llegó a tener equipos en diferentes categorías inferiores. Ahí empecé yo como jugador federado hasta que fiché por el Castellón. Además de ser gran amigo de mi padre, le tengo mucho cariño porque allí pasé años maravillosos”.

Deportista multidisciplinar, todo un atleta, pasa por momentos de duda e incluso abandona las botas durante un tiempo. De regreso a Castalia, cuenta con la absoluta confianza de Quique Hernández, que le hace debutar en Segunda el 12 de enero de 1992 en un Castellón-Rayó (2-1). Un momento muy especial para la familia Mendieta. Su padre, Andrés, fue guardameta albinegro.

“Lo recuerdo con mucha alegría. Dos años antes me había dejado el fútbol para practicar atletismo y no esperaba llegar tan rápido arriba. Era especial hacerlo en el Castellón porque fue un equipo al que vi jugar muchas veces de pequeño. Guardo un gran cariño de ese momento, Quique Hernández confió mucho en mí desde que me conoció”.

Ese mismo verano, un paso más en su evolución. Tras completar seis meses excelentes en Castalia, varios equipos de Primera pugnan por conseguir su fichaje. *“Mi padre, que era mi representante, entendía que tenía que seguir aprendiendo y creciendo en un equipo en Primera. Había ofertas de varios y la del Valencia es la que a mi padre le pareció la más interesante. Era un club grande en el que, rodeado de grandes jugadores y entrenadores, iba a aprender mucho. Y además estaba cerca de casa, a una hora de la familia”.*

En Valencia tendrá que adaptarse, primero, a alejarse del nido y, después, a una posición en el campo a la que no está muy acostumbrado. *“Siempre había jugado de centrocampista. A veces más adelantado y otras trabajando más en la recuperación, pero siempre en el centro. Fue al subir al primer equipo del Valencia cuando empezaron a ponerme de lateral. Tenía un buen físico y podía subir y bajar la banda sin problemas. No me hacía mucha ilusión la demarcación, pero me permitía tener minutos”.*

Internacional sub'21, esa temporada (1992/93) disputa veintidós encuentros con el Mestalla, al que entrena Valdez. Hasta que, casi sobre la campana, Guus Hiddink le hace debutar con el primer equipo. El 13 de junio de 1993, durante un partido en Cádiz (0-2, con goles de Arroyo y Leonardo), Mendieta disputa sus primeros minutos en la máxima categoría del fútbol español. *“Lo recuerdo perfectamente, entré por Leonardo y la verdad es que fue una alegría enorme. Todavía guardo en casa el recorte del periódico de ese día”.*

La campaña siguiente, la institución sufre la convulsión propia de una

profunda transición. Tuzón se harta del populismo de Roig y se marcha. El ruido de sables en los despachos afecta al equipo, por el que llegan a pasar hasta cuatro técnicos. Uno de ellos confía ciegamente en Gaizka. *“Para el club es verdad que fue una etapa complicada, con muchos entrenadores. Y, como casi siempre cuando sucede esto, tuve la suerte que apostaron por jugadores jóvenes. Sobre todo, Héctor Núñez. Al llegar me dijo que iba a contar conmigo y lo cumplió. Jugué mucho con él. Es paradójico, fue un año malo para el equipo, pero el de mi consolidación al jugar tanto”*.

En la temporada 1994/95, no es uno de los jugadores más utilizados por Carlos Alberto Parreira. Pero, tras el cese del brasileño, Rielo le proporciona minutos. Por ejemplo, en la final del agua. Mendieta es titular como lateral en el maldito partido del diluvio. Semanas después, iba a aterrizar en Paterna uno de los entrenadores que más le marcó en su carrera: Luis Aragonés. *“Era un tío honesto que iba de frente, que te miraba a la cara y te decía las cosas cómo las veía. Esa sinceridad siempre se agradece. En aquel Valencia consiguió que todos los jugadores estuviéramos implicados, jugáramos más o menos. Me enseñó mucho. Me hizo entender que, con trabajo y sacrificio, puede conseguirse todo. Recuerdo que el club fichó a Eskurza, del que yo en principio iba a ser suplente, y, aplicando todo lo que me decía Luis, acabé siendo el titular. A mí, me marcó personal y profesionalmente. No le llamaban ‘el sabio’ por casualidad”*.

Pero, futbolísticamente hablando, el gran cambio de Gaizka Mendieta coincide con la etapa de Claudio Ranieri en Mestalla. Sabiendo ver sus virtudes -despliegue físico, llegada, golpeo para lanzar contras, trabajo-, el técnico italiano es el primero que, en el Valencia, le ubica con regularidad en la parcela ancha. Aunque al principio no se entendieron, entrenador y capitán tuvieron una incidencia determinante en el título de Copa en 1999: *“Los inicios no fueron fáciles. Venía con una mentalidad de trabajar muy italiana y hubo que poner de parte de todos para entendernos. Pero supo ser flexible, incluso en la pizarra. Cambiábamos de sistema durante los partidos, del 4-4-2 al 3-5-2, y físicamente éramos superiores. Con una idea clara de contragolpe nos hizo un equipo fuerte y letal. Con Claudio empecé a jugar más en el centro, aprovechando mis cualidades de pase y llegada. Me hizo importante, siendo incluso uno de los capitanes”*.

Su gran rendimiento en la temporada 1998/99 propicia la llamada de La Roja, con la que debuta en un partido muy especial. El 27 de marzo de 1999, el día que cumple 25 años, España golea a Austria (9-0) ante un Mestalla repleto. Mendieta entra al terreno de juego en el minuto 70 en sustitución de Valerón. *“Fue el debut soñado, el que desea cualquier chaval que un día se imagina siendo importante en la selección de su país. A nivel personal,*

hacerlo en Mestalla, con mi gente, coincidiendo con el día de mi cumpleaños, todos los recuerdos que tengo de ese día son increíbles. Solo me faltó hacer un gol, y es verdad que tuve ocasiones. Pero todo fue maravilloso”.

El último partido oficial de esa campaña tenía reservado para Gaizka un momento histórico. El golazo ante el Atleti que ya forma parte del imaginario colectivo del valencianismo. Tras el pitido final de Díaz Vega, una decisión personal que engrandece más si cabe su figura. Pedir a los otros dos capitanes, Claudio López y Camarasa, que le ayudarán a recoger el trofeo de campeones: *“Había sido un año complicado para Camarasa, que fue mi capitán mucho tiempo, una persona ejemplar y muy valencianista. Esa temporada había participado poco por diferentes razones y, aunque no jugaba demasiado, sí cumplía con todas sus funciones de capitán en el vestuario. Cuando termina el partido, en el propio campo, recuerdo decirle que los tres capitanes debíamos ir juntos a por el trofeo. Camarasa se merecía levantar esa Copa más que nadie”.*

Aquella plantilla y, por extensión, Mendieta, mereció ganar una Champions. La que estuvo más cerca fue la de 2001, en San Siro. Un drama con final trágico en los penaltis. A pesar del durísimo desenlace, el centrocampista confiesa que el encuentro estuvo controlado en todo momento: *“El partido empezó perfecto para nosotros. Todo se fue produciendo cómo lo habíamos previsto, nunca pensé que estaba hecho, pero sí es verdad que en todo momento tuve una sensación positiva. Fue una lástima, lo tuvimos muy cerca”.*

Esta es la historia de Gaizka Mendieta. Una leyenda hecha a sí misma. Empezó como lateral y acabó de capitán y estrella de aquel Valencia de ensueño. A su historia en Mestalla solo le faltó el único final feliz posible. Levantar la orejona en Milán. *“Fueron casi diez años que me hicieron mejor persona y jugador. Formé parte de un club que siempre llevaré en el corazón. Es imposible tener otro sentimiento hacia una afición y un escudo que querré siempre. Soy muy feliz de haber jugado en el Valencia, uno de los grandes de Europa”*

070

∞ KILY GONZÁLEZ

El pasado 18 de diciembre, una vez había concluido el acto de presentación del partido de Leyendas del Valencia CF que se disputará el 24 de marzo como gran colofón del Centenario del club, un jugador observaba Mestalla desde el centro del terreno de juego. Abrigo gris y deportivas Converse a juego, pantalón oscuro, mantenía el tronco inmóvil pero giraba el cuello para repasar todos los rincones del templo. En silencio, solo. El sosiego del estadio contrastaba con la agitación que generaban -dos décadas antes- sus internadas por banda izquierda, sus carreras para ir a la presión o sus esfuerzos persiguiendo balones imposibles para acabar empotrado contra una valla publicitaria. Esos arranques de raza encendían al respetable, que -mientras aplaudía enfervorizado- se ponía en pie al grito de *iKily, Kily!, iKily, Kily!*.

Cristian Alberto González Perret nació en Rosario, Argentina, el 4 de agosto de 1974. Con diecinueve años, debuta en el equipo de su ciudad -Rosario Central- en partido contra Gimnasia y Esgrima de La Plata. Zurdo cerrado, con mucha llegada desde la segunda línea y capacidad de desborde, se adapta a diferentes demarcaciones sobre el campo. En su país natal, llega a actuar, sobre todo, de volante izquierdo, extremo e incluso enganche. Por su versatilidad y facilidad para pisar área contraria, a mediados de 1995 recibe dos ofertas muy importantes. Real Madrid y Boca Juniors pelean por conseguir su fichaje. Finalmente, la intermediación de Maradona provoca que se comprometa con el club bonaerense.

Esa temporada 95/96 evidencia un excelente rendimiento que le catapulta al fútbol europeo. Boca incluso mantiene opciones de ganar el Torneo Apertura, pero una abultada derrota contra Racing (4-6) da al traste con sus ilusiones. En La Academia, esa noche del 3 de diciembre de 1995 iba a conseguir dos goles un jugador con el Kily se reencontraría años después en Mestalla: el Piojo López.

En el verano de 1996, salta el charco y se compromete con el Real Zaragoza, que había levantado Copa del Rey y Recopa de Europa de forma consecutiva. El conjunto maño no puede continuar con la dinámica ganadora, aunque el extremo argentino se adapta a la perfección al juego en el viejo continente y madura. Su fichaje se produce con veintiún años. A pesar de esa juventud, es uno de los futbolistas básicos del equipo, llegando a disputar -solo en Primera- 90 partidos, en los que marca quince goles. La Romareda fue el lugar en el que crecer, como el propio Kily reconoce: *“Tuve grandes actuaciones en el Zaragoza y por eso creo que me convertí en uno de los jugadores más queridos por la afición. Llegué siendo muy joven y me hice un hombre. Les estoy muy agradecido”*.

Después de tres temporadas a orillas del Ebro, el Valencia se plantea su incorporación. La salida de Ranieri, que solía jugar con carrileros largos en un 3-5-2 o, directamente, con tres delanteros -como sucedió en la final de Copa del 99 contra el Atlético de Madrid-, propicia la contratación de Héctor Cúper, un entrenador que apuesta por un 4-4-1-1 con extremos puros. Por su excelente rendimiento en Zaragoza, la dirección deportiva del club recomienda el nombre del Kily, que finalmente recalca en Mestalla tras una inversión de 1.300 millones de pesetas.

El estreno oficial del centrocampista de Rosario con el murciélago en el pecho no puede salir mejor. Sus primeros minutos con el Valencia coinciden con la conquista de la Supercopa de España. El 15 de agosto de 1999, entra en la segunda mitad para dar descanso a Juan Sánchez y contribuye al empate valencianista (3-3) que supone el título. Tan solo un mes después, Cristian Alberto González iba a escribir su nombre con letras de oro en la historia de la entidad.

Tras eliminar al Hapoel Haifa en la previa, el Valencia se había clasificado para disputar, por primera vez desde la creación de la competición, la fase de grupos de la Champions League. El 15 de septiembre, ante el Glasgow Rangers, se producía el debut en Mestalla. El conjunto entrenado por Héctor Cúper conseguía un triunfo inolvidable (2-0) con goles del defensa Moore, en propia puerta, y el Kily. Con un zapatazo seco, palo largo, en la portería del Gol Norte, el '18' valencianista provocaba el delirio en el estadio: *“Para*

mí, ese fue un momento mágico que va a estar siempre en mi cabeza. Sentí el cariño enorme de la afición desde ese primer día hasta el final de mi trayectoria allá”.

Fue el principio de una maravillosa aventura que se alargaría durante cuatro campañas. En la primera, además de la Supercopa de España, el equipo se proclamó subcampeón de Europa. Maravillando a propios y extraños -conviene no olvidar que debutaba en la competición- el Valencia logró llegar hasta la gran final contra el Real Madrid, encuentro en el que Kily González fue titular.

Lejos de acusar el golpe de la derrota en París, el grupo se rehizo, cuajando otra temporada excelente, tanto en Liga como en Champions. En competición europea, el jugador nacido en Rosario vuelve a ser determinante -incluso con goles ante Heerenveen y Sturm Graz- para que el Valencia dispute su segunda final consecutiva. El 23 de mayo de 2001, completa los 120 minutos del partido contra el Bayern Munich. De hecho, es uno de los lanzadores en la tanda de penaltis. Como era marca de la casa, el Kily patea a su lado de seguridad, seco, raso. Oliver Kahn no tuvo tiempo ni de lanzarse a buscarla. Ya saben lo que vino después. No es necesario volver a recordarlo.

Su situación cambia notablemente a partir de la llegada de Rafa Benítez y las ya famosas rotaciones. En la temporada 2001/2002, además, sufre dos inconvenientes. Una lesión muscular que le tiene parado durante un mes y la creciente competencia en la posición con Vicente Rodríguez, que le hace entrar desde el banquillo en quince ocasiones. Una de ellas forma parte del imaginario colectivo valencianista. El 27 de abril de 2002, salta al césped en el minuto 66 (con un inquietante 0-1 en el marcador) de un Valencia-Espanyol en el que el murciélago se juega buena parte de sus opciones de ser campeón. A los 58 segundos de estar en el campo, percute por la siniestra y asiste a Baraja para el 1-1. Once minutos después, se repite la combinación. Kily para el Pipo y el segundo. La locura en Mestalla. La siguiente jornada en Málaga, el alirón.

En esa campaña del título liguero, el último que lograría el argentino como valencianista, firma su mejor actuación en cuatro años. En la novena jornada, el 21 de octubre de 2001, dos zapatazos imposibles desde el lateral del área grande sorprenden a Lainez. Triunfo, curioso, ante el Zaragoza (2-0) y un grito de guerra en el estadio que se haría inmortal: ¡Kily, Kily!, ¡Kily, Kily! El rosarino se emociona al recordar momentos como ese: *“Yo no tengo palabras para describir lo que siento por la afición del Valencia. No voy a olvidar ese cántico nunca más mientras viva. Recuerdo además que me cantaban el feliz cumpleaños en la presentación de la plantilla. Fui tocado*

por una varita mágica y pude jugar allá”.

El precioso idilio con el respetable no fue suficiente para contener sus deseos de marcharse del club en el verano de 2003. Esa última temporada en Mestalla sufre dos lesiones graves. La primera, a finales de noviembre, en una fuerte entrada de David Aganzo. La segunda, aún peor, tras ser cazado por Aitor Karanka en un partido contra el Athletic de Bilbao. El proceso de recuperación de esta última baja lo complicaría todo. El argentino, cuya relación con Rafa Benítez estaba muy erosionada desde meses atrás, determinó que no podía seguir en la entidad tras ser apartado por el técnico, quien consideraba que no estaba poniendo todo de su parte para restablecerse de su maltrecho tobillo. A finales de agosto, y después de unas tensas negociaciones con su agente, Marcelo Lombilla, el Kily González se marchó al Inter de Milán.

Su salida, a pesar del crecimiento de Vicente, fue muy sentida por la afición, que lo idolatraba desde el primer día. Jugador de raza, un ganador, era de los primeros guerreros que acudía -mirada asesina en el rostro- a comerse al colegiado en aquellos latrocinios del Bernabéu. Ha pasado el tiempo, pero el corazón no olvida. Solo siente. Habla el Kily: *“Valencia me ha marcado. Fue el mejor momento de mi carrera deportiva. Lo que yo viví en esa ciudad, representando a ese escudo, fue diferente a todo lo demás”.*

CAPÍTULO 19

MOMENTOS PARA EL RECUERDO

∞ Carlos Pereira
Fernando Morena
Miguel Tendillo
Roberto Fernández
Juan Sánchez
Miguel Ángel Ferrer “Mista”

071

∞ CARLOS PEREIRA

Miles de niños que ya tenían la ilusión de llegar a porteros del Valencia a principios de los ochenta soñaban palomitas y atajadas imposibles en granate y negro. Los colores de la equipación 'Ressy' del guardameta que voló en la final de Heysel para que Mestalla volviera a gritar 'Campeones'. La Recopa del 80. Un título europeo ligado eternamente al gigante barbudo, al héroe discreto, al gran Carlos Pereira.

Nacido en Marín (Pontevedra) en septiembre de 1951, Carlos siguió los pasos de su hermano mayor, José Santiago Pereira, de nombre futbolístico 'Sansón', que fue portero al primer nivel en Plus Ultra, Salamanca, Albacete, Levante y Mallorca. Así nos lo cuenta el propio Pereira: *"Jugaba, como todos en aquella época, en la calle y me influyó mucho mi hermano. Él fue un referente al que quise imitar desde pequeño"*. Precisamente por la admiración hacia su hermano, Carlos elige la portería. Aunque llega a flirtear con alguna otra posición en el campo: *"Con doce, trece, catorce años yo me metía en la portería, jugaba delante, jugaba de extremo, pero al final vi que lo que me gustaba era estar en la portería y ahí seguí"*.

Cercano al metro noventa pero brillante por bajo y especialista en balones aéreos, Carlos Pereira ya era completísimo en sus inicios. Con apenas veinte años, es uno de los mejores porteros de Segunda División, juega en el Pontevedra y llama la atención de varios equipos grandes. En el verano del 74, el Valencia consigue su fichaje: *"En aquel entonces, yo sé que hubo un*

equipo puntero en este país que vino a buscarme, llegó a un acuerdo con el club y como hubo dos equipos más interesados al presidente del Pontevedra solo se le ocurrió pedir más dinero. Ese equipo, que en aquel entonces era muy serio, se dio la vuelta y se marchó. La temporada siguiente vino el Valencia junto con alguno más, ofreció un poquito más de dinero y me fui”.

La historia de Carlos Pereira en Mestalla es una historia dura, de obstáculos, falta de tacto por parte del club en varias ocasiones y, fundamentalmente, de superación. Siempre tuvo competencia. Primero, de Balaguer. Después, de Manzanedo. Y en la recta final de sus siete años en el club, de José Manuel Sempere.

Esa competencia provocó que su estreno en el Valencia se aplazara hasta la cuarta jornada de su primera temporada, la 74/75. Fue en el Camp Nou contra el Barça de Cruyff y Rexach. Y las cosas no salieron bien. El Valencia perdió 5-2 y Miroslav Ciric, un veterano yugoslavo que después sería cesado, ya no volvió a poner a Pereira en toda la temporada. *“Me dijeron que iba a jugar como una hora antes, imagínate un chaval que se va a Barcelona -en aquella época que no salíamos de casa prácticamente- y encontrarte a ciento y pico mil aficionados... En el Camp Nou, como la gente estaba de pie, había más capacidad que ahora. Además, el Barça tenía un equipazo, le metían cinco a cualquiera. Yo en aquel partido no jugué mal, tuve un fallo en un gol pero el resto del partido bien, El problema es que estaba Ciric. Si no hubiera venido nunca hubiera sido mejor para todos. Para el Valencia y, sobre todo, para mí. Me quitó al domingo siguiente”.*

Además de sufrir la falta de tacto de Ciric en su primer año, Carlos Pereira tuvo que hacer frente a una grave dolencia. Todo se le ponía en contra: *“Tuve una enfermedad, un derrame pleural, y estuve más de cinco meses fuera. De hecho, me habían diagnosticado que tendría que estar todo un año para recuperarme. Pero me marché a Galicia a casa de mis padres y, haciendo tres comidas muy copiosas al día, alimentándome muy bien, me recuperé en cinco meses. Tuve otro problema más. En mayo empecé a entrenar por mi cuenta, despacio, para llegar a la pretemporada y darlo todo, que era mi ilusión. Y, cuando llega el momento de entrenar con el grupo, me dejan fuera a mí solo”.*

Son los peores días como futbolista de Carlos Pereira, que confiesa a la Cadena Ser algo que jamás contó antes: *“Estuve a punto de dejar el fútbol, en ese momento tuve quince días que no salía de casa, fue cuándo me dejé la barba. Estuve quince días en casa sin afeitarme, muerto. Después, empecé a entrenar con los chicos del Mestalla hasta que vinieron mis compañeros de la concentración y comencé a prepararme con un entrenador nuevo”.*

La llegada de Heriberto Herrera en la temporada 76/77 cambia por completo su estado de ánimo. El técnico paraguayo le proporciona confianza, rehabilitándole para el primer nivel competitivo: *“Fue uno de los mejores entrenadores -junto con Luis Aragonés- que he tenido. Él solo, sin preparador físico, antes prácticamente no existían, conseguía que el equipo no tuviera ninguna lesión. Era un profesional increíble. Lo echaron teniendo el equipo cuatro o cinco positivos”*.

A pesar del cese de Herrera, Pereira juega partidos importantes. Disputa dieciocho encuentros oficiales, dejando la portería a cero contra Real Madrid, Sevilla, Rayo, Elche, Salamanca o Tenerife. Aunque ni así es capaz de darle continuidad el polémico francés Marcel Domingo. La campaña siguiente arranca de nuevo como suplente, hasta que llega el 4 de febrero de 1979. *“Jugábamos en Barcelona, salió Manzanedo de titular y pitan un penalti en contra nuestra. Manzanedo no estaba de acuerdo, protestó al árbitro y lo expulsó. Salí, paré el penalti a Krankl y empatamos. Marcel Domingo lloraba y se abrazó a mí, diciendo que había sido muy injusto conmigo”*.

Y llega, por fin, su mejor temporada en Mestalla: 1979/80. Disputa treinta partidos oficiales entre Liga, Copa del Rey y Recopa de Europa, la competición con la que pasaría a la historia. Carlos fue el héroe de la gran final ante el Arsenal disputada en Heysel el 14 de mayo de 1980.

El encuentro y la prórroga acaban en empate a cero. El campeón deberá decidirse desde el punto de penalti. El responsable de iniciar la tanda es Kempes, un especialista. La afición del Valencia confiaba en que Mario metería el primero, pero el astro argentino lanzó fatal, a las manos de Jennings, el portero inglés.

¿Qué pasó en ese momento por la cabeza de Carlos Pereira?: *“Yo estoy metido en mi mundo. Si ves mi trayectoria y coges todos los penaltis que me han tirado, he parado muchos. Y los que no he parado, casi siempre he ido por donde iba el balón y he estado a punto de cogerlo”*.

El cancerbero gallego adivinó el lado al que iban cuatro de los seis penaltis que pateó el Arsenal y detuvo dos de ellos, a los dos mejores lanzadores *gunner*, Liam Brady y Graham Rix: *“Yo sabía, y además Di Stéfano en eso insistía mucho, que los zurdos miran a la izquierda y los diestros a la derecha. Eso pasaba en aquel entonces un 80% de las veces y les paré el penalti. Brady y Rix eran dos fenómenos, eran de los mejores jugadores en Inglaterra”*. A pesar de la proeza conseguida, llama la atención en las imágenes de TVE que Carlos Pereira no celebra el triunfo en cuanto realiza la parada a Rix. La explicación es tremenda: *“Le habíamos preguntado al*

árbitro que hablaba inglés, pero no le entendimos. La realidad es que yo no sabía que éramos campeones después de mi última parada”.

La de Heysel no iba a ser su última actuación decisiva con el murciélago en el pecho. La temporada siguiente, en tremenda competencia ahora con Sempere, Pasieguito pensó que su altura sería perfecta para el partido de ida de la Supercopa de Europa contra el Nottingham Forest. La fórmula funcionó, aunque el encuentro en City Ground fue una batalla campal: *“Recuerdo que salí sangrando por la boca, allí tenían un central que medía más de dos metros y un delantero fortísimo que siempre iba a choque. En Inglaterra no pitaban nada. Tuvimos golpes cada dos por tres”.*

Esta es la historia de Carlos Pereira. Barba cerrada, apariencia de malo de película del oeste pero, en el fondo, un bonachón con el corazón gigante. El héroe de Heysel. El portero honesto que, a pesar de todo lo que llovió, se ganó el respeto y el cariño de Mestalla. Para Siempre. *“Yo la mayor satisfacción que tengo en el fútbol no es lo de Heysel, sino conseguir que la afición del Valencia, que en un principio estaba inquieta cuando jugaba, acabará aplaudiéndome y queriéndome. Esa fue mi felicidad”.*

072

∞ FERNANDO MORENA

La noche del 17 de diciembre de 1980, el Valencia se convirtió en el primer equipo español que se proclamaba campeón de la Supercopa de Europa. En un partido trepidante disputado en Mestalla, se impuso por la mínima al Nottingham Forest (1-0). El conjunto inglés era un rival tremendamente poderoso, campeón de Europa en 1979 y 1980, al deshacerse de Malmö y Hamburgo respectivamente. En aquel tiempo, la competición se decidía a doble partido y el equipo dirigido por Pasieguito tuvo que voltear el 2-1 que había sufrido en la ida, celebrada en el estadio de City Ground. En las filas inglesas, auténticas leyendas del fútbol británico, como el guardameta Peter Shilton -que años después encajaría los famosos goles de Maradona en el Mundial de México 1986- o Trevor Francis, delantero internacional en 52 ocasiones.

Tras un primer tiempo tremendamente igualado, una acción de oportunismo iba a posibilitar que el trofeo se quedara en las vitrinas de Mestalla. Fernando Morena, delantero uruguayo que el Valencia había firmado después de una temporada de enorme acierto en el Rayo Vallecano, fue el héroe de aquella noche. Seis minutos después de la reanudación, una excepcional acción individual de Daniel Solsona -caño incluido a un defensor del Forest- acaba en los pies de Saura. El capitán se interna en el área y, después de dejar sentado a su marcador, golpea el balón buscando la portería de Shilton. El esférico, en extraña parábola, supera al portero y se estrella en el travesaño. Bajo la raya de gol, cazando el rechace medio cayéndose, Morena. La pelota

entra mansamente y se aloja en las redes de la portería del Gol Norte. El delirio.

Nacido en Punta Gorda, una zona residencial perteneciente a la capital uruguaya, Montevideo, situada sobre la costa del Río de La Plata, Fernando fue un delantero potente y temperamental que, todavía hoy, sigue siendo el máximo realizador histórico del campeonato de Liga charrúa. Durante las ocho temporadas que defendió el escudo de Peñarol consiguió 230 tantos. Tras levantar el título liguero en 1979, decide probar suerte en Europa, fichando en el Rayo Vallecano. *“Mi club tenía una necesidad económica y me acabaron vendiendo por obligación. No era el primer año que llegaban ofertas desde España, pero en ese momento se decidieron a negociar mi pase”*.

El impacto de Morena en Vallecas es inmediato. Entrenado por un compatriota, el que fuera jugador valencianista, Héctor Núñez, el ariete se estrena en la primera jornada. El 8 de septiembre del 79 consigue el gol de la victoria rayista en el último minuto contra el Betis (1-2). Fue un presagio de su excepcional campaña. Después llegarían otras veinte dianas que, sin embargo, no fueron suficientes para que el Rayo Vallecano consiguiera la permanencia en Primera División. *“Fue mi entrada a Europa en esa época. En el Rayo me recibieron muy bien. Viví con mi señora y mis hijos en la calle Fermín Caballero, en lo que se llama la Ciudad de los Periodistas. En Madrid pasé un gran momento, más allá de que nos tocó descender”*.

Atento a su rendimiento en Vallecas, Pasieguito -que en la temporada 1980/81 regresaba al banquillo del Valencia sustituyendo a Di Stéfano- plantea su fichaje, que se concreta por un importe final de 58 millones de pesetas. La venta de Bonhof al Colonia había dejado mucho dinero en caja y el club, a pesar de las aperturas derivadas de las obras en Mestalla para el Mundial de España 1982, podía permitirse el desembolso.

La pretensión del cuerpo técnico valencianista era reunir a la sociedad Kempes-Morena en ataque. Sin duda, una garantía de goles. El primero del uruguayo en partido oficial llegaría el 6 de septiembre de 1980. En la primera jornada de Liga, el Valencia superaba a la Real Sociedad (3-2) con doblete de Daniel Solsona y un tanto de Fernando Morena. La racha no había hecho más que empezar. Antes de la citada noche contra el Nottingham de mediados de diciembre, vio puerta un total de doce ocasiones. En Liga, contra Barça, Zaragoza, Sevilla, Murcia y Espanyol. En la Recopa, ante el Mónaco, bajo la atenta mirada del príncipe Raniero y la princesa Grace. Y al Albacete en Copa del Rey.

Sin embargo, todo se complicaría en 1981. Primero, por una grave lesión de Kempes en el hombro que acabó motivando su traspaso a River Plate por un montante final de 300 millones de pesetas. Después, porque Peñarol de Montevideo reclamó fervientemente el regreso del ídolo. El club carbonero, que había perdido la Liga en 1980, se pone en contacto con Fernando para pedirle que vuelva. Incluso activa una especie de colecta popular, que se anuncia en prensa, radio y televisión a bombo y platillo, con el lema '*A Morena lo traemos todos*'. Siendo todavía jugador del Valencia, el delantero uruguayo comienza a recibir llamadas procedentes de su país: "*Me llama Cataldi (Washington Cataldi, presidente de Peñarol) para decirme que tenía que volver. Yo le dije que no tenía ningún problema si las instituciones se ponían de acuerdo. A partir de ahí se arregló el pase entre Valencia y Peñarol*".

Distraído por la negociación entre clubes y deseoso de volver a casa, Morena elige un modo atípico de abandonar Mestalla. En el transcurso de un partido en el Luis Casanova contra el Atlético de Madrid el 12 de abril de 1981, el uruguayo protesta una decisión de Sánchez Arminio, al que se dirige en términos lo suficientemente fuertes como para recibir una sanción de ocho encuentros por parte del Comité de Competición. Fue su última aparición oficial con el murciélago en el pecho.

A pesar de la marcha poco decorosa, para la historia quedan los 31 tantos que consiguió en su única temporada en la entidad. Por encima de todos ellos, ese gol de oportunista que convirtió al Valencia en supercampeón de Europa.

073

∞ MIGUEL TENDILLO

A pesar del simbolismo que encierra su cabezazo providencial al Real Madrid para salvar al Valencia del descenso en la última jornada de la temporada 1982/83, Miguel Tendillo fue mucho más que un simple rematador oportunista a balón parado. Defensa con clase, reconocible por una portentosa salida de balón desde atrás y gran determinación en el juego aéreo, vivió de todo en Valencia y lo hizo con enorme precocidad y rapidez. Consiguió tres títulos: una Copa del Rey, una Recopa de Europa y una Supercopa de Europa. Sufrió el descenso a Segunda y ha tenido que convivir con dos espinas que ya nunca podrá sacarse de dentro.

Nacido en Moncada el 1 de febrero de 1961, Miguel destacó en las categorías inferiores del equipo de su pueblo hasta que, con doce años, decidió intentarlo en el Valencia. Como en aquella época todavía no existía la Ciudad Deportiva de Paterna, el club de Mestalla efectuaba las pruebas en una conocida y prestigiosa escuela de la ciudad: *“Con doce años, me presento a las pruebas del Valencia en Don Bosco. Me vieron un par de partidos, les convencí y ya empecé a entrenar con ellos desde ese momento”*.

Su gran altura y poderío físico hicieron que siempre fuera adelantado uno o dos años con respecto a su edad. Hasta que, en enero de 1979, le llegó la oportunidad de debutar en partido oficial. Todavía no había alcanzado la mayoría de edad. *“Estas cosas no se olvidan. Fue contra el Girona, en un partido de Copa. Tenía diecisiete años y entré por sustitución de Palmer,*

que se lesionó en la primer parte. Estaba tan nervioso que, cuando salí del banquillo, el aire no me llegaba a los pulmones”.

Apenas cinco meses después de esa eliminatoria contra el Girona -equipo en el que, por cierto, estaba cedido (haciendo la mili) Javier Subirats-, llega el segundo momento inolvidable en su carrera. Entra en sustitución de Solsona para disputar los últimos minutos de la gran final de Copa en el Calderón contra el Real Madrid: *“Para mí, fue la bomba salir con dieciocho años recién cumplidos y estar al lado de Kempes y toda esa gente a la que, con cuatro o cinco años, siempre había admirado”.*

Esa tarde histórica fue la primera de tantas en las que coincidió sobre el terreno de juego con el futbolista junto al que iba a formar una sociedad legendaria: Ricardo Arias. *“Ricardo fue el que me dio alas y seguridad. Cuando yo empezaba a incorporarme al ataque, sabía que él estaba detrás. Él era un avión, era rapidísimo, una pareja para mí perfecta”.* Además de los cabezazos determinantes a balón parado, ese era el rasgo esencial de Miguel Tendillo: aprovechar su tremenda calidad para salir desde atrás iniciando el ataque del Valencia en rápida transición: *“Normalmente, yo solía ver bien el juego de atrás. Me basaba mucho en las paredes que realizaba con los compañeros que ya conocían mi juego”.*

En una de esas cabalgadas imponentes consiguió Tendillo uno de los goles más vistosos de su carrera. Era el 4 de septiembre de 1982, la noche en la que Maradona debutaba en España. La bienvenida al Diego corrió a cargo de Pepe Carrete, que le hizo un marcaje incomodísimo, y el Valencia, con golazo del central de Moncada, acabó consiguiendo el triunfo (2-1). *“Salgo con la pelota jugada desde atrás, hago una pared, me la devuelven, hago otra pared y esa no sale tan bien. Pero yo continuo la jugada, tengo la suerte de recibir el rechace del defensa dentro del área y, ante la salida de Urruti, se la cruzo. Recuerdo el gol como si hubiera sido ayer”.*

Por actuaciones como esa ante el Barça, Miguel Tendillo se convierte en un jugador tremendamente cotizado a los veinte años. Antes de la celebración del Mundial de España en 1982, el Valencia recibe ofertas de Real Madrid y Barcelona. Ambos clubes muestran abiertamente el deseo de ficharle: *“Yo la primera vez que me pude ir fue en el 81, cuando se retira Benito en el Madrid. Y después la otra posibilidad fue antes del Mundial. Ramos Costa y Núñez se encuentran en una reunión de la federación en Madrid y pactan verbalmente una cantidad de 300 millones que luego no fue respetada a la hora de negociar de verdad”.*

Al no producirse el acuerdo con ninguno de los clubes mencionados, el

central valenciano disputa el Mundial de España perteneciendo al Valencia. La eliminación de España es una de esas dos espinas clavadas en el alma de Miguel Tendillo. Sobre todo, por los aficionados: *“Era un espectáculo desde que salíamos del parador de El Saler hasta que llegábamos al campo. Veíamos a la gente y pensábamos que no podíamos fallar. ¡Qué ambiente había!”*.

Concluida la fase final mundialista, arranca la temporada 82/83, en la que el Valencia recibiría el primer serio aviso del riesgo que iba a correr si no cambiaba radicalmente el método de gestión. A pesar del buen comienzo de Liga superando al Barça en la noche del citado gol de Tendillo, el equipo no volvería a ganar hasta la décima jornada, finalizando la primera vuelta en última posición después de una dolorosa derrota (5-1) en el Santiago Bernabéu. El capitán, Pepe Carrete, realizó unas duras declaraciones en zona mixta: *“Los que hemos jugado hoy deberíamos ir todos a la mina a picar carbón”*.

A pesar de los apretones del bravo defensa asturiano, la plantilla no reacciona en la segunda vuelta y, a falta de siete jornadas, Ramos Costa cesa a Miljanic para entregar la suerte del Valencia a Koldo Aguirre, un especialista en misiones de rescate. Sin embargo, el equipo llega colista a la última jornada. Para conseguir la salvación, debe ganar al Real Madrid -que se juega la Liga- en Mestalla y esperar que pierdan dos de los tres equipos que tiene por delante (Las Palmas, Osasuna y Celta).

Un auténtico milagro. Pero, a veces, solo a veces, los milagros ocurren... El Celta pierde en Valladolid (3-1) y, en el Insular, la UD Las Palmas cae con estrépito ante el Athletic (1-5). Gracias al inolvidable tanto de Tendillo en el minuto 39, el Valencia consigue la victoria (1-0) y la milagrosa permanencia. La jugada del gol, de pizarra, era una de las opciones de estrategia preparadas por Koldo Aguirre durante la semana, tal y como nos cuenta el propio defensa de Moncada: *“Con Koldo se llevaba mucho el balón al primer palo en peinada hacía atrás y salió perfecta. Centra Pablo, peina Botubot y yo remato fuerte al palo largo viendo que Agustín no va a poder llegar. Nos salió perfecta la acción de estrategia”*.

Los gestores del club no captaron el serio aviso y el Valencia, persistiendo en los errores, acabó consumando su descenso a Segunda en 1986. Tendillo, ya descendido el equipo, llegó a negociar su renovación, pero no hubo acuerdo: *“Yo no tenía representante, iba a negociar con mi padre. Nos ofrecieron unas cantidades ridículas. Me querían dar por cuatro años lo que iban a pagar por cualquier extranjero de traspaso. Por eso no llegamos a un entendimiento. Sintiendo mucho, porque yo no esperaba irme del Valencia nunca, sentí*

que no me valoraban y me marché”.

Firmó por el Real Murcia, fue campeón de Liga y Copa en el Real Madrid y acabó colgando las botas en el Burgos. Pero, en la que supuso la segunda espina de su vida deportiva, siempre le quedó la pena de no poder devolver al Valencia, su Valencia, a Primera División. Ya retirado, regresó a la institución de Mestalla de la mano de Javier Subirats. Y a día de hoy sigue siendo uno de los referentes de la cantera del club: *“Es mi casa. Después de dejar el fútbol, estuve ocho o diez años fuera de todo. Estando Subirats y Roberto en la escuela me dijeron si quería entrar con los chiquillos y acepté. Hoy en día soy embajador de la Academia y voy con mucho orgullo por todas partes defendiendo los colores del Valencia y contribuyendo a que la cantera crezca”.*

Esta es la historia de Miguel Tendillo. Estrella precoz, el salvador del 83, uno de los defensas con más calidad en casi un siglo de murciélagos. Valencianista incluso en el exilio y, para toda la vida, uno de los nuestros.

074

∞ ROBERTO FERNÁNDEZ

Para toda una generación de valencianistas, los que nacimos entre finales de los setenta y principios de los ochenta, la infancia -fútbolísticamente hablando- fue un suplicio. Ni un título que celebrar prácticamente en veinte años. Que se dice pronto. Ante semejante agujero negro, no quedaba otra que festejar triunfos parciales y partidos míticos. Quizá el más recordado fue un Valencia-Real Madrid disputado en Mestalla la noche del sábado 18 de enero de 1992. Uno de aquellos *'partits oferits per Bancaixa'* de una época en la que no era fácil ver al murciélagu en la pequeña pantalla. Tras un penalti decretado por López Nieto y materializado por Michel mediada la segunda parte, el equipo entrenado por Guus Hiddink -que había hecho méritos, mínimo, para empatar- iba perdiendo 0-1 en los instantes finales.

Lo que sucedió a partir del minuto 87 es inolvidable para los que estaban en Mestalla y para quienes lo vimos por la tele. En un abrir y cerrar de ojos, remontada épica y el estadio patas arriba. Dos goles a balón parado volteaban un encuentro que estaba perdido, manteniendo las opciones del Valencia de ser campeón de Liga. El segundo tanto, un remate picado, abajo, marca de la casa, llevaba la firma de Roberto: *"Fue una locura. Lubo saltó arriba con Hierro y Sanchís y el balón quedó muerto en mi zona. Entré fuerte de cabeza y marqué el 2-1. Se dio todo, sábado por la noche, partido televisado, campo lleno. Tuvo una repercusión muy grande"*.

Pero el vínculo del centrocampista de Betxí con Mestalla arranca antes.

Mucho antes. Tras marcar siete goles y disputar 31 partidos en el Castellón que ascendió a Primera en 1981, el Valencia firma a dos jugadores del equipo albinegro: Roberto Fernández y Salvador Ribes. El acuerdo entre clubes estaba cerrado desde el mes de diciembre de 1980. Ambos aterrizan en un vestuario plagado de futbolistas con enorme experiencia y calidad, como Kempes, Saura, Castellanos, Arias o Botubot.

Una plantilla con tanto recorrido iba a ser fundamental para que Roberto -diecinueve años en su temporada de estreno- se curtiere con rapidez. El club andaba en serias aperturas económicas por la fuerte inversión realizada en el estadio con vistas a la disputa del Mundial de España en 1982. Su primera etapa en el Valencia fue de enorme desgaste personal. *“Esos cuatro años, del 82 al 86, fueron muy difíciles. Los que lo vivimos siempre lo recordamos como algo amargo, como algo muy duro. Porque veíamos que el equipo se iba a Segunda”.*

Y llegó el descenso, tras varias temporadas jugando con fuego. Días después de la tragedia, el presidente en funciones, Pedro Cortés, y un desencajado Roberto Fernández acudían a la delegación en Valencia de TVE para dar la cara. Así se manifestaba el centrocampista: *“Estamos todos muy tristes, desgraciadamente han pasado factura en el terreno de juego una serie de errores que vienen de fuera. Y lo único que puedo decir es que ahora hay que tener tranquilidad. Este verano hay que hacer las cosas bien para que el Valencia vuelva a ser el equipo que siempre ha sido”.*

Roberto era un símbolo en aquella época. Internacional absoluto y uno de los mejores jugadores de la plantilla. Su lesión en la primera vuelta de la temporada 1985/86 fue una de las principales causas del descenso, como él mismo reconoce: *“No está bien que yo lo diga, pero el Valencia no habría bajado si yo no me lesiono. Los números están ahí. Yo hacía diez o doce goles al año, como luego demostré también en el Barcelona. De esa forma habríamos sumado, seguro, cuatro o cinco puntos más que hubieran evitado que bajáramos”.*

Una vez consumada la pérdida de categoría, el traspaso de Roberto al Barça era inevitable. Hubo duras protestas en el entorno, al considerar los aficionados que la junta directiva vendía barato. Pero los 100 millones de pesetas que se ingresaron sirvieron para saldar deudas con directivos, empleados, acreedores e incluso pagar recibos atrasados de la energía eléctrica utilizada en Mestalla. La venta del centrocampista, atención, podría haberse producido -sin que la mayoría del entorno lo supiera- tres temporadas antes: *“Si Miguel (Tendillo) no marca aquel gol milagroso en la última jornada, yo hubiera fichado por el Real Madrid ese mismo día”.*

El de Betxí tuvo que celebrar el ascenso a Primera del Valencia en 1987 desde Barcelona. Allí asistió, asimismo, al resurgimiento de la entidad de la mano de Arturo Tuzón. El hombre que, soltando los duros -la operación se cerró en 300 millones- trajo a Roberto de vuelta a Mestalla. El hijo pródigo regresaba en el verano de 1990. *“Yo venía del Mundial de Italia y había ganado la Copa del Rey eliminando al Valencia. Fue una demostración de fuerza, recuperando a un jugador valenciano y fichándoselo al Barça”*.

Tan solo dos semanas después de cerrar la operación, un emisario que hablaba en nombre de una entidad italiana se presenta en la sede valencianista ofreciendo bastante más dinero por Roberto del que Tuzón había abonado a los culés. El presidente del Valencia se negó a dar el pase y el de Betxí completó las siguientes cinco temporadas en el club de Artes Gráficas. Su rendimiento fue alto, disputando casi 200 partidos y haciendo 32 goles. Aquel equipo era una delicia, con un centro del campo plagado de artistas -Fernando, Arroyo, Leonardo-, sobre todo en la época de Guus Hiddink. Lamentablemente, incluso tras la llegada de delanteros excepcionales como Penev o Mijatovic, el vestuario fue incapaz de conseguir título alguno.

La mejor ocasión para hacerlo se produjo en la puñetera final del agua, disputada entre el 24 y el 27 de junio de 1995. El gol de Alfredo sigue doliéndole a Roberto como un puñal en el alma: *“Íbamos creciendo en la segunda parte tras el gol del Pedja, pero pasó lo que pasó. Fue una pena muy grande. Una tristeza para todos. Teníamos mejor equipo y debimos ganar esa final”*.

Sin saberlo, el *box to box* nacido en Betxí había disputado en Chamartín su último partido con el murciélago en el pecho. *“Cuando el club me comunica que tengo que irme me llevo un disgusto enorme porque no me lo esperaba. Antes de jugar contra el Deportivo de La Coruña, Rielo me asegura que estoy renovado. Pero, como perdimos, al día siguiente me citan a las doce del mediodía para decirme lo contrario”*.

Más de 400 partidos y 88 goles en diez temporadas en el Valencia. Roberto Fernández Bonillo: despliegue físico, potencia y llegada desde segunda línea. Mereció gritar algún título en Mestalla pero, a falta de copas, siempre nos quedará aquella mágica noche del 18 de enero de 1992.

075

∞ JUAN SÁNCHEZ

Pocas imágenes en la historia del Valencia son capaces de transmitir la emoción que destila la fotografía que ilustra el capítulo. Mirada encendida, loco de alegría, Juan Sánchez acababa de hacer historia con el equipo de su corazón, al que clasificaba para la segunda final de Champions League consecutiva. Fue una de las noches de nuestra vida.

Juan nace al fútbol en su pueblo, Aldaia, donde crece, como nos ocurrió a la mayoría, rodeado de balones, cromos y sueños. Él, sin embargo, tenía algo diferente, especial. Un don que descubre cuando empieza a jugar los primeros partidos en el patio del colegio: *“Mientras los demás niños corrían por el campo tratando de regatearse unos a otros, yo solía aparecer en el sitio justo para hacer goles”*.

En su familia detectan ese talento innato para ver portería y Sánchez entra de inmediato en la escuela de fútbol de Aldaia. Sus primeros tantos llegarían en un campo con un nombre muy especial: *“Los más pequeños entrenábamos en un campito pequeño, detrás del de Fútbol-11, que estaba en el polideportivo. Se llamaba ‘El charco’. Ahí empezó todo”*. El destino quiso que, precisamente otro aldaiero –Vicent Guillot–, se dejara caer por allí en el momento preciso. El mítico delantero del Valencia en la década de los sesenta nos cuenta qué vio en Sánchez para determinar su fichaje en un par de entrenamientos: *“Era lo que ha sido siempre. Habilidoso, listo, muy rápido y con una facilidad pasmosa para ver portería. Lo tuve claro a la primera. Reunía todas las condiciones para triunfar”*.



Juan Sánchez / Miguel Ángel Polo

La aparición de Guillot fue providencial. El Real Madrid ya rondaba a ese punta menudito que se hinchaba a meter goles en 'El charco': *"Mis padres son de Valdeganga, muy cerca de Albacete. Entonces allí había una persona muy vinculada al Real Madrid que todos los veranos me proponía ir a hacer una prueba. Pues justo recibo una carta en casa para ir a hacerla un mes antes de que apareciera la opción de fichar por el Valencia. Nunca fui a probar. Yo quería jugar en el Valencia"*.

Las primeras semanas en la Ciudad Deportiva no son sencillas. A Juan Sánchez le cuesta cambiar la comodidad de Aldaia, su pueblo, por el ambiente más elitista que se respira en Paterna. No tuvo, eso sí, problemas de adaptación. Sus primeros partidos en el Valencia son inolvidables. Llegar y besar el santo. *"Debuté en Nazaret, me acordaré toda mi vida. Marqué dos goles. El siguiente partido en casa, tres goles. Después, jugamos en Museros y otros dos goles. Entré con buen pie. Pero sí que es verdad que llegué con mucho miedo. El viaje desde mi pueblo no es como ahora, nos costaba llegar cuarenta minutos. Y además mi padre tenía vergüenza de meter el coche en el parking porque teníamos un Seat 1500"*.

Sin dejar de ver puerta en todas las categorías, la temporada 91/92 fue la de su estallido en el Mestalla. El filial queda campeón del grupo VI Norte perdiendo un solo partido en toda la temporada. Juan Sánchez anota 38 tantos en aquel equipo plagado de clásicos: *"En esa plantilla estaba Bartual, Tárraga, Eres, Fabado, Higino Camarasa, Boli, Mestre... Fue un año inolvidable"*. Uno de los

componentes de aquel grupo sigue formando parte de la vida de Juan, además de haber sido compañeros en el Valencia y en el Celta. José Manuel Tárraga: *“A veces lo recordamos con orgullo, solo perdimos un partido, incluido el playoff. Fue una temporada histórica y Juan metió 38 goles, que fue una locura, una barbaridad. Siempre le digo, porque además de socio es como un hermano para mí, que, si hubiese medido uno ochenta, no le habría respirado ni Maradona”*.

Tras el año de récord en el filial, Guus Hiddink le proporciona un puesto en la plantilla del primer equipo en el verano de 1992. El holandés es uno de los hombres clave en la carrera de Juan Sánchez, el que le dio la oportunidad de debutar en Primera. En la recta final de la temporada 1992/93, protagoniza dos partidos inolvidables. Por un lado, el delantero de Aldaia consigue un *hat trick* en cuartos de final de Copa del Rey contra el Villarreal. Esa noche, un 14 de abril de 1993, el Valencia fulmina al submarino amarillo (6-0). En segundo lugar, el 6 de junio, le marca 2 goles al Espanyol saliendo desde el banquillo en tres minutos de locura. Su primer doblete en Liga ayuda al conjunto valencianista a ganar un encuentro que se le había puesto muy cuesta arriba (2-0).

A pesar de jugar 31 partidos y marcar siete goles esa temporada (tenía veinte años), el Valencia toma la sorprendente decisión de cederlo. Sánchez se marcha a Vigo, donde iba a consolidarse como atacante de primer nivel. Compartiendo vestuario, además, con un delantero inolvidable, hoy delegado del club vigués: Vlado Gudelj. *“Juan era un futbolista buenísimo, un goleador de verdad. Desde el primer entrenamiento me di cuenta, por su forma de golpear el balón, por cómo se desmarcaba... Y luego tenía un mano a mano contra el portero rival en el que siempre tomaba la decisión correcta. Aquí nos dio muchísimo”*.

Aquel Celta, en el que Sánchez era indiscutible y con el que hizo 46 goles, pasa de pelear por la permanencia a jugar Copa de la UEFA, completando partidos legendarios y eliminando a clásicos de la Premier League como Aston Villa o Liverpool en la temporada 98/99. Ese año, el delantero de Aldaia anota trece goles en Liga. El Valencia, atento a su rendimiento, hizo los deberes con antelación para que ningún equipo se le adelantara. Juan Sánchez tenía que volver a casa. *“Cambié de representante y elegir a Alberto Toldrá fue un acierto, se convirtió en una persona clave en mi vida. En Navidades de 1998, me llama Pedro Cortés y firmo un precontrato con el Valencia. Se cumplía así un sueño que pensaba que ya no llegaría. Cuando me fui a Vigo, pensaba que no volvería”*.

Como cuando entró al club con doce años, llegar y besar el santo. Primer partido oficial, gol y título para el Valencia, que levantaba la Supercopa de España meses después de la noche del *Pobré Migué* en La Cartuja. El 15 de agosto de 1999, el equipo de Mestalla empataba (3-3) en el Camp Nou, haciendo bueno el 1-0 de la ida. Los tres goles llevaban ADN Paterna: Albelda, Farinós y Juan Sánchez.

La Supercopa de España no era más que otro de los muchos capítulos gloriosos que escribió una plantilla inmortal. Posiblemente, el mejor Valencia de la historia. Uno de sus entrenadores fue el argentino Héctor Cúper que, en el inicio de la temporada 2000/01, estuvo a punto de cometer un error imperdonable: *“Me dice que es mejor que salga cedido porque no voy a jugar. Y yo me negué. Ese año acabo máximo goleador, juego la final de la Champions y es el mejor año de mi carrera. Confié en mí y creo que acerté”*.

Y tanto que acertó. De sus diecisiete dianas, dos llegan la noche del 8 de mayo de 2001, en semifinales de Champions League contra el Leeds. La noche de Juan Sánchez. Sobre el primero de los goles, ha llegado el momento de confesar: *“Yo creo que algo me toca en la mano. Pero también más arriba, en el pecho. (Juan sonríe). Recuerdo que en la celebración, con el inglés que chapurreaba, le dije al árbitro que no había sido con la mano. No sé yo si con el VAR habría sido gol...”*.

El segundo fue un zurdazo que nadie se esperaba. Sobre todo, Martyn, el portero del Leeds. *“¿Sabes qué pasa, Fran? Que esa temporada me salía todo. Estaba con confianza. Además venía de marcar en la primera parte. Se me quedó el balón para pegarle y lo hice sin pensar, buscando el palo. Y eso que yo no le pegaba casi nunca desde fuera del área. No me importó pegarle con la izquierda. Cuando vi que entraba, me volví loco”*.

Aquel Valencia se quedó a una tanda de penaltis de conseguir el triunfo más importante en la historia del club. La herida de San Siro, como nos pasa a todos, sigue sin cerrarse: *“Sabemos lo complicado que es llegar a una final de Champions. Sabemos lo complicado que es llegar con el Valencia. Sabemos lo complicado que es que el Valencia llegue dos veces. Y esa final fue el momento en el que más cerca lo tuvimos. Fue una pena que siempre tendremos ahí”*.

El dolor de Milán, eso sí, quedó atenuado por la conquista de dos Ligas y una Copa de la UEFA por parte de aquel equipo que reinó Europa. Días maravillosos que dejan impronta eterna en la retina y el corazón: *“Me acuerdo cuando ganamos la primera Liga. Salir del aeropuerto, pasar cerca de Aldaia, mi pueblo, donde yo me había criado y ver a toda la gente feliz en las calles. Es una sensación inolvidable. Muchas veces lo digo. Yo ya me puedo morir tranquilo”*.

Tras el doblete en 2004, que Juan celebró sobre el césped con sus hijas Paula y Lucía en una noche inolvidable, se marchó del Valencia con una hoja de servicios impecable: dos Ligas, una Copa de la UEFA, una Supercopa de España y 76 tantos en 266 partidos. Esta es la historia de Juan Sánchez. Un delantero nacido para el gol. Un hombre de la casa que cumplió su sueño de infancia: gritar goles en Mestalla.

076

∞ MIGUEL ÁNGEL FERRER “MISTA”

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que el Valencia reinaba en Europa. Un tiempo en el que el murciélago era temido, antipático, ganador. Un tiempo en el que miles de almas llenábamos la Plaza del Ayuntamiento para tocar el cielo peluca naranja en ristre. Fueron días de gloria.

Ese equipo inmortal tenía un pasillo de seguridad insuperable. Cañizares, Ayala, Albelda, Baraja, Aimar y... un delantero nacido en Caravaca de la Cruz (Murcia) al que en 2004 le salió todo. Fue su temporada. Y, con él, la del Valencia. Su nombre era Miguel Ángel Ferrer, ‘Mista’.

La historia de Miguel es una historia de superación que empieza en los campos de tierra de su pueblo. Mucho antes del *multitaco* y los pares de botas de regalo en el hall de la Ciudad Deportiva de Paterna. Temporadas de iniciación al fútbol en las que una bronca de mamá era mucho más temida que el marcaje del central más leñero. Mista nos explica los problemas que tenía en casa por la velocidad con que rompía las botas: *“En mi pueblo el campo era de tierra, no teníamos las facilidades que ahora se dan en categorías inferiores. Y yo destrozaba unas botas cada dos o tres meses. Mi madre se enfadaba conmigo y me decía que dejara de jugar, que tenía que estudiar porque el fútbol no iba a llevarme a ningún sitio. Aquello no me sentó nada bien y, muy serio, le aseguré que llegaría a ser jugador profesional”*.

Miguel cumplió su palabra. La inversión en material deportivo cobró sentido y el Real Madrid se plantó en Caravaca para fichar al chaval que cambiaba de botas cada tres meses. Y Miguel pasó a ser Mista, un delantero trabajador con un guante en la zurda que en cinco temporadas hizo 56 goles entre Castilla y Tenerife.

El Valencia, que mantenía una excelente relación con el club tinerfeño, llegó a un acuerdo para el fichaje de Mista en el verano de 2000, incluyendo una cláusula para dejarlo cedido una temporada más en el Heliodoro Rodríguez López. Precisamente en esa campaña (2000/01), el Tenerife consigue el ascenso a Primera con diez tantos del atacante murciano. Fue el año en el que iba a cruzarse en su camino el entrenador que le



Miguel Ángel Ferrer "Mista" / Alberto Iranzo / Diario AS

cambiaría la vida: Rafa Benítez. *“Aprendí mucho con él. Los años más exitosos de mi carrera fueron estando juntos. Además, me marcó en lo personal. Quise ser entrenador por Rafa”.*

La primera de las cinco temporadas que Mista juega en Mestalla, el Valencia gana la Liga. En veintiséis partidos de competición oficial, consigue cinco goles, uno de ellos determinante para imponerse al Athletic de Bilbao en el mes de febrero. Fueron tiempos de dura y sana competencia con Juan Sánchez, Angulo y Carew. Muchos delanteros para el dibujo de Benítez, que -teniendo a Pablo Aimar en la plantilla- acostumbraba a jugar con un mediapunta por detrás del nueve.

Aunque su segundo año en el club no genera títulos, Miguel evoluciona. Anota más tantos (diez en partido oficial) y se adapta por completo al nivel competitivo de la Liga. Una de las claves de esa mejora individual está en la fortaleza y la experiencia de un vestuario en el que la relajación y el conformismo estaban prohibidos. Mista nos lo explica: *“Teníamos muchísima confianza en nosotros mismos y eso era fundamental. Piensa que, por ejemplo, en la semifinal de UEFA contra el Villarreal teníamos cinco o seis bajas y el equipo no lo acusó. Además, en la plantilla había gente muy experimentada, gente que venía de equipos grandes. Ellos eran los que, en cuanto alguno de los jóvenes sacábamos el pecho, estaban ahí para hundírtelo”.*

Y llega la temporada 2003/2004. La del doblete. La del Valencia. La de Mista. El delantero de Caravaca arranca la Liga con dos goles en el Vicente Calderón -saliendo desde el banquillo- para sellar un espectacular 0-3 en la cuarta jornada. Una semana más tarde, vuelve a marcar. En este caso, al Real Madrid en Mestalla para contribuir al triunfo valencianista (2-0). Después vería portería todos los meses. En octubre, al AIK Solna, Espanyol y Deportivo de la Coruña. En noviembre, al Murcia. En diciembre, al Maccabi Haifa y al Sevilla. En enero, al Villarreal y al Málaga. En febrero, de nuevo al Atlético de Madrid y al Espanyol. En marzo, al Glentworth y al Mallorca. En este último partido, por cierto, Miguel Ángel firma un soberbio *hat trick* para impulsar la manita del Valencia (5-1), desmelenado hacia el título de campeón. El tercero de sus goles fue una obra de arte, como él mismo nos recuerda: *“Me llega un centro desde la derecha, veo que Leo Franco está adelantado y, de cabeza, casi desde la frontal del área grande, le meto una vaselina a la que no puede llegar”.*

Los tantos siguen cayendo en el mes de abril contra el Murcia y la Real Sociedad, en un encuentro resuelto en los minutos finales gracias a un trallazo de zurda al travesaño que bota dentro aunque Baraja lo acaba

remachando de cabeza por si las moscas. Ese gol de Mista completaba una remontada milagrosa tras ir perdiendo 0-2 que permitía al Valencia seguir líder a falta de cinco jornadas.

Y llega mayo. En primer lugar, el equipo disputa la semifinal de la Copa de la UEFA contra el Villarreal. Tras empatar sin goles en el encuentro de ida de El Madrigal, la vuelta tiene lugar en Mestalla. Nada más comenzar el partido, se produce la jugada clave de la eliminatoria, con Miguel como protagonista. Un penalti sobre el murciano cometido por Belletti que decreta el colegiado noruego Terje Hauge. El encargado de lanzarlo -y meterlo- iba a ser, precisamente, Mista. Que esa temporada no había estado demasiado inspirado desde los once metros: *“Tiré uno en Castellón y lo fallé. Pero, en el partido contra el Villarreal, sucedió que Vicente estaba en el banquillo y asumí la responsabilidad. Le pegué fuerte y a un lado. Aunque Reina adivinó la trayectoria, fue gol”*.

Tras eliminar al Villarreal, el 19 de mayo de 2004, en el estadio de Ullevi (Göteborg), el Valencia buscaba ser campeón de la UEFA diez días después de haber ganado su sexta Liga en Sevilla. La primera parte estaba siendo bastante equilibrada hasta que, a un minuto del descanso, Mista recibe un balón dentro del área procedente de la banda derecha y, en su intento de regatear al portero Barthez, el francés le derriba. Penalti. Vicente Rodríguez, que estaba vez sí juega de inicio, anota el 1-0. Y, a los diez minutos de la reanudación, la sentencia. Contra de manual fabricada por la sociedad Baraja-Vicente y Mista define ante Gavanon. 2-0. La locura.

Penalti y expulsión provocados, el gol de la sentencia y jugador más valioso de una final europea. Miguel Ángel recuerda así la mejor noche de su carrera deportiva: *“Si de niño me hubieran dicho que pidiera un deseo, hubiera pedido un partido así. Mi sueño se hizo realidad en Göteborg”*. Mista fue nuestro héroe. Como Pereira en Heysel o Morena ante el Forest. Y así le recordaremos. Melena desgarrada al viento, derroche de esfuerzo, zurda poderosa y ese empuje exterior con el que vacunó a Gavanon para llevarnos al cielo de Suecia. Campeones.

CAPÍTULO 20

NUESTROS SÍMBOLOS

∞ Jaime Hernández Perpiñá
Enrique Martín
Bernardo España, 'Españeta'
Jaume Ortí

077

∞ JAIME HERNÁNDEZ PERPIÑÁ

Efemérides significadas como el Centenario del Valencia deben servir para rescatar del olvido y poner en relieve a grandes figuras del entorno de Mestalla como el primer gran historiador del murciélago: Jaime Hernández Perpiñá. Periodista vocacional, excelente comunicador y maestro frente al micrófono, sus textos nos ayudan a descubrir los orígenes y evolución de la entidad hasta llegar a nuestros días.

El Valencia sí ha tenido quien le escriba. Don Jaime fue un símbolo de credibilidad para los aficionados valencianistas en tiempos en los que escaseaban los reporteros de raza. Era el sentimiento despojado de forofismos. Un profesional de la comunicación respetado por directivos, técnicos y jugadores durante más de medio siglo.

Nacido en 1927, el idilio de Jaime con el murciélago comienza como nos ocurrió a millones de valencianistas. Acudiendo al templo de la mano de nuestro padre. Así lo explicaba el maestro: *“La primera vez que fui al campo de Mestalla me llevó mi padre. Era el año 1934. Mi padre trabajaba en la farmacia Royo, que hoy ya ha desaparecido pero estaba en la calle Ruzafa con Cirilo Amorós. Y allí en la misma finca vivía Adolfo Royo, que fue en dos ocasiones presidente del Valencia. Cuando bajaba de casa para ir al estadio, le daba entradas a mi padre”*.

La aventura fascinante que suponía ver al equipo en directo se complicaba

cuando había que hacer desplazamientos fuera de la ciudad. Los primeros berrinches, como también nos sucedió a la mayoría de los que nacíamos a la liturgia de Mestalla, estaban relacionados con el Valencia: *“El club jugó su primera final de Copa contra el Real Madrid en Montjuic. Mi hermano consiguió entradas para Barcelona y pidió permiso a mi padre para ir. Cuando me enteré que yo no iba, empecé a llorar. Era muy joven para hacer ese viaje y tuve que quedarme en casa”*.

Quizá para no perderse más finales del equipo, Jaime quiso emular a su hermano mayor, José Manuel, referente durante años en la información relacionada con el club de Mestalla. El pequeño de los Hernández Perpiñá comienza a colaborar en tareas de redacción e incluso realiza sus primeras incursiones en el oficio bajo los pseudónimos ‘Banderín’ y Jaime Martín. Después, desarrollaría buena parte de su carrera en Radio Nacional de España narrando los partidos del Valencia, perteneciendo además a la delegación territorial de RTVE en la ciudad. Escribió en el semanario ‘Deportes’ y fue corresponsal del periódico deportivo ‘Dicen’. Asimismo, fue una de las voces emblemáticas del deporte en Radio Valencia Cadena SER.

Uno de los grandes momentos en la carrera de Jaime Hernández Perpiñá se produce en Sarrià, la tarde del 18 de abril de 1971, con la conquista de aquella mítica ‘Liga de los transistores’ por parte del Valencia. La cobertura realizada por el maestro en la previa del partido desde el Hotel Manila, en el que estaba alojado el equipo, hasta la fiesta posterior en los vestuarios constituye un documento impagable.

El de Don Jaime era un periodismo despojado de bufonadas, pero con un evidente componente sentimental. En más de medio siglo de abnegada entrega al oficio hubo de todo: alegrías indescriptibles y tremendos varapalos. En el primer grupo, los títulos del Valencia y un ascenso muy especial, como nos cuenta Hernández Perpiñá: *“Disfruté muchísimo cuando el Mestalla ascendió a Primera División. Y llegó Don Luis Casanova y dijo que el filial no iba a subir. Se armó un revuelo de mucha categoría”*. Entre los disgustos, el más grave -por inesperado e impropio de la grandeza de la entidad- el descenso en 1986: *“Una debacle. Con un equipo increíble, con Tendillo, Roberto Fernández, Sempere... Era imposible que bajara. Y bajó. Ninguno de los tres entrenadores que tuvo el equipo pudo salvar el descenso”*.

Pero, quizá peor que bajar a Segunda, tener que aguantar insultos en casa. Es curioso cómo la historia es cíclica y se repite con el paso de las décadas: *“A mí me han insultado en el estadio muchísimas veces. Simplemente por decir lo que pensaba, por hacer críticas en momentos determinados. Algún*

valencianista raro, extremista incluso me acusaba de no querer al club. A mí, que casi me salieron los dientes en Mestalla”.

Si comunicando era un genio narrativo y en televisión tenía el lenguaje preciso y las preguntas adecuadas, como escritor era insuperable. Resulta delicioso y tremendamente instructivo recorrer la historia del Valencia entre sus libros sobre el murciélago, publicados en 1975 y 1994. El nacimiento del club de Mestalla tras el fallecimiento de Luis Bonora, cómo Amorós -capitán en 1930- retiró al equipo cuando ganaba 0-2 en Chamartín tras un arbitraje escandaloso de Fausto Martín, la secuencia de la riada que asoló Mestalla en 1957 o el sobrecogedor relato de la muerte de Vicente Peris en 1972 son clásicos imprescindibles que todo valencianista debería conocer.

Ambas obras suponen un legado maravilloso, un tesoro de valor incalculable que nos regaló para siempre. Don Jaime se marchó al cielo de los periodistas el pasado 28 de junio, pero nos deja sus libros, su periodismo de corazón -pero no por ello carente de precisión ni crítica en el relato- y un prólogo que conservaremos como oro en paño: el del libro del Centenario del Valencia que Hernández Perpiñá redactó entre cuartillas en su último soplo de vida. Genio y figura. Mis respetos, maestro.

078

∞ ENRIQUE MARTÍN

Si hubiera que hacer un compendio de las diez imágenes más icónicas en la historia del club, una de ellas -con absoluta seguridad- sería la de Enrique Martín subido al travesañ del estadio de Chamartín tras la final de Copa de 1954. Intrépido acróbata, Quique era el portero de aquel Valencia que acababa de proclamarse campeón. Sonriente, con una mano apoyada en la rodilla y la otra en el larguero, esa tarde -sin pretenderlo- se convirtió en un símbolo de la historia de Mestalla.

A pesar de haber nacido en Valladolid, Quique crece entre Castellón y Valencia. Su padre es guardia civil y desaparece durante unas revueltas en Sevilla, por lo que la familia tiene que trasladarse al domicilio de su abuela materna. El pequeño Enrique estudia en los Salesianos de Valencia y, por su fuerte complexión física, practica natación y baloncesto. Pero acaba decantándose por el fútbol. Aunque en sus inicios, dato curioso, jugaba de centrocampista defensivo.

De hecho, es actuando en esa posición como ficha por el *amateur* del Castellón. Inicia la temporada 42/43 como mediocentro, pero, en el mes de enero, sucede algo que le cambia la vida. El equipo profesional de Castalia, que milita en Primera División, se queda sin porteros para viajar a Bilbao por la lesión de Pérez y Nebot. Por su envergadura, y habiéndole visto colocarse bajo palos bromeando con sus compañeros en algún entrenamiento, el entrenador Emilio Vidal piensa en Quique como guardameta para San Mamés.

Es allí donde debuta oficialmente el 17 de enero de 1943. A pesar de la derrota castellanense por 4-0, le fascina la experiencia y ya no vuelve a jugar en otra posición.

El Valencia acomete su fichaje en el verano de 1950, tratando de llenar el vacío que dejaba el regreso de Ignacio Eizaguirre a la Real Sociedad. Quique procedía del Barça. En el conjunto blaugrana estuvo siete años, siempre como suplente, primero de Valero, después de Velasco y, por último, de Ramallets. Disputó, eso sí, nueve partidos en la temporada 44/45, en la que el equipo catalán fue campeón de Liga. Era una época complicada para los porteros suplentes, puesto que no había rotaciones en la Copa ni nada por el estilo. Excepto lesión del titular, podían pasar campañas completas en blanco. Así que, cuando aparece la opción del Valencia, Quique ni se lo piensa.

En su primera temporada en Mestalla, ya disputa dieciséis partidos. Más que en los siete años completos que perteneció al Barcelona. Jacinto Quincoces confía en él y le hace debutar el 12 de noviembre de 1950. El Valencia se impone 3-1 al Athletic de Bilbao y Quique coincide en el terreno de juego con tres futbolistas que iban a marcar su paso por la entidad valencianista. El propio Enrique Martín contaba años después que la primera defensa junto a la que jugó fue la formada por *“Asensi, Monzó y Díaz. Esa fue la primera. Teníamos una compenetración perfecta, para que me metieran un gol, los rivales tenían que barrer a mucha gente”*.

Eran otros tiempos. Una época de enorme cercanía entre los jugadores del Valencia, dentro y fuera del terreno de juego. La relación de los Martín era más estrecha, precisamente, con las familias de los defensas que tanto hacían por facilitar el trabajo del portero. Esa unión era fundamental, también en las concentraciones y los viajes. Largos, eternos, en trenes que tardaban casi dos días en llegar a ciudades en las que había que disputar partidos de Liga como Vigo o La Coruña.

Don Jacinto Quincoces fue un entrenador fundamental en la carrera de Quique. Con el técnico vasco, fue titular indiscutible a partir de la temporada 51/52, en la que el Valencia acaba quinto en Liga y disputa la gran final de Copa contra el Barcelona. Un partido marcado por la lesión de Vicent Asensi antes del descanso. Grave contratiempo que obligó al conjunto valencianista a jugar en inferioridad numérica toda la segunda parte y la prórroga. El Valencia, que iba ganando 0-2 con doblete de Badenes hasta la lesión de Asensi, acabó perdiendo 4-2 en el tiempo extra. Quique, lastimado en el hombro, tampoco pudo acabar el encuentro: *“Hay días que aún me duele la zona, tuvieron que coserme después del partido. Fue una lástima aquella final, la podíamos haber ganado sin tantas desgracias”*.

Esa plantilla de principios de la década de los cincuenta, con Quincoces al frente, funciona a la perfección. Entre 1950 y 1954, el Valencia compite por todas las Ligas, acabando tercero, quinto, segundo y tercero. Además, se clasifica para la final de Copa también en el 54. Uno de los mejores partidos en la historia del club. El conjunto de Mestalla golea al Barcelona (3-0) ofreciendo un recital. A la conclusión del encuentro, mientras el resto de sus compañeros se encaminan hacia el palco de autoridades, Quique -que ya tenía algo pensado- trepa apoyándose en el palo y sube al larguero de su portería. Una imagen para la historia.

Y una secuencia que Enrique Martín venía tramando desde las horas previas a la gran final. En el paseo matutino, el portero pide permiso a Jacinto Quincoces para hacer algo especial si el Valencia finalmente es campeón, como recuerda Montse, esposa de Quique: *“Antes de jugar le pidió permiso al entrenador, así que él lo tenía en la cabeza porque le encantaban ese tipo de cosas. Quincoces le dijo que si ganaban podía hacer lo que quisiera”*.

La temporada siguiente a ese título legendario, con Carlos Iturraspe como entrenador, el héroe de Chamartín pierde protagonismo y su lugar bajo palos lo ocupa Antonio Timor. Aún permanecería dos temporadas más en Mestalla. Después, en 1957, firma por el Levante, con el que disputa siete partidos en Liga antes de colgar los guantes.

Quique falleció en Valencia y se marchó al cielo de los porteros acróbatas el 12 de abril de 2016. Defendió el escudo del murciélago siete años, disputando 111 partidos y levantando una Copa. Esa final en la que nos regaló una imagen para la historia. Subido al travesaño, sonriente, celebrando como reinaba su equipo.

079

∞ BERNARDO ESPAÑA, 'ESPAÑETA'

En un gesto inconsciente, un acto reflejo procedente del alma, Bernardo se lleva la mano al corazón cada vez que pronuncia la palabra Valencia. No es extraño. En este caso, cuando escribimos que el club ha sido su vida no es únicamente una figura literaria. Hablamos en sentido literal. Dejándose el alma en Mestalla y la Ciudad Deportiva de Paterna durante más de sesenta años, Españeta es, sin lugar a dudas, una de las personas más queridas en la historia centenaria de la institución. Uterero, psicólogo, amigo, confidente, recoge pelotas y, sobre todo, el verdadero murciélago del escudo. Un hombre irreplicable, un mito viviente, testigo silencioso de todo lo que ha ocurrido en la entidad desde mediados de la década de los cincuenta.

Nacido en Valencia el 1 de mayo de 1938, Bernardo era un apasionado del fútbol que, con quince años, exhibía sus filigranas en el Huracán, primero, y, después, en La Colmena, un equipo de aficionados formado en las cercanías de la Finca Roja. Interior tremendamente habilidoso, jugaría sus primeros partidos en un campo de tierra ubicado en el barrio de Ruzafa. Él mismo nos cuenta cómo fueron sus inicios: *"En aquella época no había prácticamente terrenos de césped. Jugábamos sobre tierra y además con zapatillas. Nos juntábamos los amigos en el campo de la llamada Peña Eizaguirre. A mí me gustaba atacar, regatear, hacer goles. Era muy listo"*.

Valencianista de cuna, sus sueños de grandeza se truncaron de forma inesperada tras sufrir un accidente de moto. *"Iba con mi hermano y la Vespa patinó. Fui por el aire. Me rompí el tendón de Aquiles y los médicos me aconsejaron que tuviera mucho cuidado para no quedarme cojo de por vida"*.



Momento de la entrevista a Españeta

Ante la imposibilidad de jugar al fútbol con asiduidad, mezcla de añoranza del balón y búsqueda de una salida profesional, Bernardo comienza a acudir a los entrenamientos del primer equipo del Valencia. Son tiempos en los que no existen muros ni guardias de seguridad. Los jugadores son gente normal, afable, accesible. La época de Puchades, Pasieguito, Fuertes, Badenes, Seguí... Una plantilla acostumbrada a ganar títulos, pero forjada en el sufrimiento. Todos empatizan con ese chaval de apariencia honrada que acude diligente a por los balones que salen del campo. *“Empecé así, de*

recogepelotas. Iba a los entrenamientos y me pasaba el rato ayudando. Cuando ya me conocieron un poco, salía al campo y hacía mis filigranas con ellos, daba muchos toques seguidos al balón. Y me quedé en el club”.

Informado de la situación, Vicente Peris, ubicuo secretario general, le nombra ayudante del entonces utillero, Ricardo de la Virgen. Comienza así una dilatada trayectoria que se extiende hasta el mes de agosto de 2016. Más de medio siglo de trabajo abnegado, de miles de kilómetros recorridos y un sinfín de amistades. Las que se granjeó con su carácter único, leal y jacarandoso. Españeta fue el confidente de leyendas irrepetibles que dejaron huella en Mestalla como Alfredo Di Stéfano, Ricardo Arias y, sobre todo, Mario Alberto Kempes. *“Es mucho más que un amigo para mí, un hermano. Mario y yo hemos compartido todo. No te lo puedo explicar con palabras. Me emociono solo de pensarlo”.*

Tanta afinidad tenían que, haciendo gala de una de sus muchas habilidades, Bernardo era -y sigue siendo, como puede observarse en la imagen que acompaña al capítulo- capaz de imitar a la perfección la firma de Kempes. Hasta tal punto la llegó a perfeccionar, que ni siquiera en los bancos eran capaces de diferenciar cuál era la auténtica. *“Un día íbamos juntos en el coche y Mario tenía que cobrar un cheque. Se quedó esperándome fuera y entré yo a firmar. Ni se enteraron. Me dieron a mí todo el fajo de billetes”.*

Perfecto conocedor de todas las manías y preferencias de los jugadores, el utillero eterno tenía su cuarto de trabajo

junto al vestuario del equipo. Un santuario repleto de equipaciones y borceguíes, presidido siempre por una imagen de la Virgen de los Desamparados, en el que se encargaba de tenerlo todo a punto para entrenamientos y partidos, viajes inclusive. En uno de esos desplazamientos, protagoniza una de las mil anécdotas que sigue contando entre carcajadas: *“Yo siempre iba por la mañana a los estadios para dejar la ropa de juego preparada. En Oviedo, entré al vestuario y tuve que quedarme allí dentro encerrado hasta que llegó el equipo. Desde dentro escuchaba a un perro ladrando que se ve que estaba suelto. Por los golpes que daba en la puerta parecía un tigre. Si llego a salir, me come vivo”*.

Mucho peor que el susto en el Carlos Tartiere, el disgusto que se llevó tras consumarse el descenso a Segunda en 1986. *“Estuve varios días que no podía parar de llorar. Pensaba que ya no volveríamos a Primera. A muchos equipos les cuesta mucho subir. Menos mal que nosotros lo hicimos solo en un año”*. En ese ascenso tuvo una incidencia absoluta Arturo Tuzón, dirigente con el que mantuvo una estrecha relación de afecto.

Aunque, sin duda, sus mejores recuerdos recientes están centrados en los años de Rafa Benítez. Sobre todo, disfrutó como un niño la Liga en 2002. Bernardo, testigo privilegiado del título en Sarrià, sentía que no podía morir sin ver al Valencia ser campeón de nuevo. En Málaga experimentó la felicidad absoluta... hasta que los jugadores amenazaron con tirarle a la piscina del hotel en el que estaba concentrado el equipo. *“En mitad de la celebración, no se les ocurre otra cosa que intentar tirarme a la piscina. A mí, que no sé nadar y le tengo un miedo terrible al agua”*.

Símbolo tremendamente querido por el entorno, su salida en último lugar al terreno de juego durante las presentaciones de la primera plantilla se convirtió en una emotiva liturgia para todos los valencianistas. El 11 de agosto de 2016, España completaría su último paseíllo, ante el aplauso y las lágrimas del respetable y de muchos de los futbolistas a los que tanto cuidó durante décadas: Guillot, Valdez, Arias, Subirats, Ochotorena, Camarasa, Voro, Vicente, Juan Sánchez... Todos saltaron al césped para hacerle llegar su cariño y agradecimiento por los servicios prestados. España, polo blanco, pantalón negro, escudo del Valencia en el pecho, saludó como siempre, como los toreros: brazos abiertos, mirada al frente, pecho arriba. Orgulloso, feliz, dichoso. *“Yo nací para ser del Valencia. La vida que he tenido en el club me ha hecho el hombre más feliz del mundo”*.

Tras más de sesenta años de trabajo eficaz, Bernardo merecía un descanso. El que ahora disfruta junto a Rosario, su compañera eterna. Un ángel con el que sigue entendiéndose tan solo con una mirada. España ya no ejerce, pero sueña con el instante de volver a pisar Mestalla. El próximo mes de marzo, la gran fiesta del Centenario del Valencia no será completa si el murciélago del escudo no aparece en el centro del campo para arrancarnos un puñado de lágrimas.

080

∞ JAUME ORTÍ

Un cáncer de pulmón fulminante se llevó el pasado 24 de noviembre de 2017 al presidente más querido en la historia del Valencia. Es verdad que, bajo su mandato -de 2001 a 2004-, el murciélago consiguió dos Ligas, una Copa de la UEFA y una Supercopa de Europa. Es verdad también que fueron años inolvidables, con decisiones y posturas de club tremendamente acertadas, como el fichaje de Rafa Benítez o la negativa a traspasar a Ayala al Real Madrid. Pero, por encima de todo, a Jaume Ortí le recordaremos por su valor simbólico, por su proximidad y empatía con la afición. El presidente de la peluca.

Jaume nació en Aldaia el 24 de enero de 1947. Y siempre fue un hombre de fútbol. Forjado en categorías *amateur*, jugó y presidió el club del pueblo vecino, Alaquàs, donde hasta hace escaso año y medio seguía disfrutando de las *pachanguitas* que montaba junto a su peña, 'Los politos'. Su hija Noema era la encargada de acompañarle muchas mañanas de domingo, en las que Ortí recorría, mínimo, un par de campos: *"Íbamos a Aldaia o a Alaquàs y después a ver al Mestalla o al Levante. Hasta la hora de comer, todo eran partidos. Yo recuerdo que le pedía chuches a cambio de tener que estar siempre de un lado para otro viendo fútbol"*.

Empresario del sector del aluminio, Jaume Ortí entra al consejo de administración del Valencia en 1994, formando parte de la junta directiva que encabeza Paco Roig. Desvinculado temporalmente de la entidad por razones profesionales, regresa el 2 de diciembre de 1997, coincidiendo con la presidencia de Pedro

Cortés. Juntos vivieron situaciones inolvidables, como la tarde en la que se abrazaron en los urinarios de un área de servicio en Tarragona tras vender a Gerard al Barça por 1.000 millones de pesetas más de lo esperado.

Pero, sin duda, la operación en la que mayor influencia tuvo el dirigente nacido en Aldaia fue el fichaje de Vicente Rodríguez. Asiduo de los partidos del Levante, club con el que siempre mantuvo una excelente relación, insistió a Pedro Cortés, Manuel Llorente y Pedro Villarroel hasta que consiguió que se cerrara la incorporación del puñal de Benicalap. Cortés, presidente valencianista en aquel momento, lo recuerda de un modo muy elocuente: *“Me acostaba y miraba bajo de la cama a ver si estaba Jaume para decirme lo de Vicente. Porque era todos los días. Todos los días nos recordaba que teníamos que ficharlo. Yo tenía que tirarme por el balcón o fichar a Vicentín. Al final, decidimos fichar a Vicentín”*.

Tras cuatro años en la vicepresidencia, en el verano de 2001 pudo cumplir su gran sueño: ser presidente del equipo de su alma. La dimisión de Pedro Cortés después de la venta de Mendieta a la Lazio le convierte en máximo dirigente del club de Mestalla. Pronto iba a mostrar la que iba a ser una de sus grandes virtudes: defender a la entidad ante arbitrajes calamitosos. El 13 de enero de 2002, tras un gol legal anulado a Adrian Ilie, el Valencia -que estaba peleándole la Liga al Real Madrid- perdía 1-0 en el Bernabéu. Jaume habló claro en zona mixta, acuñando por primera vez el término galácticos para referirse con sorna a aquel Madrid de Zidane, Ronaldo o Beckham: *“Se repite la historia y es lo mismo de siempre. Podemos soñar con ser segundos porque al primer puesto no hay acceso. De todas formas, el que termine segundo tendrá mucho mérito”*.

La Liga que parecía imposible tras aquel atraco de Pérez Pérez acabó -merecidamente- en las vitrinas de Mestalla. El 5 de mayo de 2002, el *palmito* que Jaume construyó junto a sus amigos de la peña para ir a Sarrià 31 años antes, volvía a pasearse abierto, majestuoso, esta vez en La Rosaleda de Málaga. En su primer ejercicio como presidente, el Valencia era campeón.

Como máximo mandatario, tuvo que afrontar asuntos delicados. Quizá el más complejo fue la rebelión de Ayala, dispuesto a marcharse al Real Madrid en el verano de 2003. El Valencia rechazó seis millones del conjunto madridista y el argentino estuvo cinco semanas sin jugar presionando a la entidad. Ortí, sin embargo, se mantuvo firme: *“Es totalmente inexacto que Fabián Ayala vaya a fichar por el Madrid. Es un jugador muy importante para nosotros que va a seguir aquí. La semana que viene nos reuniremos con su representante para tratar de prolongar el contrato. Hago un llamamiento a la afición para que esté tranquila”*. El central argentino se quedó en el club, siendo básico esa temporada, la del doblete, en la conquista de Liga y Copa de la UEFA.

El estallido del 'Caso Ayala' coincide con el momento más duro de su presidencia. El enfrentamiento del consejo con Rafa Benítez a cuenta de los fichajes de Canobbio y Oliveira provoca un ambiente hostil hacia Ortí en la presentación del equipo, que se produce el 13 de agosto de 2003. Una secuencia terriblemente dolorosa para su familia, como nos confiesa su hija Noema: *"Fue muy duro. Ver a tu padre ahí pasándolo mal, teniendo que escuchar todo lo que escuchamos... Mi abuela se quería marchar a casa, pero él le dijo que no, que había que aguantar. Al final, mira, se demostró que tenía razón"*.



Jaume Ortí / Alberto Iranzo / Diario AS

Jaume quería hablar, quería explicarse, quería contar que la base de la plantilla estaba hecha, que el grupo era -en esencia- el mismo que había ganado la Liga en 2002. Y que tenía la capacidad de volver a hacerlo. Ese equipo consiguió el doblete, sobreponiéndose -como dos años atrás- a nuevos atracos en el Santiago Bernabéu, esta vez a cargo de Tristante Oliva en un empate (1-1) el 15 de febrero de 2004.

El equipo, espoleado por la injusticia en Madrid, tuvo una reacción heroica y, en la jornada 32, se ponía líder tras doblegar al Zaragoza en La Romareda. Era el 11 de abril. En las celebraciones a pie de campo con la afición del Valencia desplazada a territorio maño, un seguidor lanzó una peluca naranja al presidente. Cercano, natural, espontáneo como era, se la puso sin dudar. Había nacido un símbolo, que acompañó a las celebraciones de Liga y Copa de la UEFA en ese inolvidable mes de mayo de 2004.

Jaume Ortí se marchó demasiado pronto al cielo de los presidentes buenos. Además de las dos Ligas, la UEFA y la Supercopa de Europa conseguidas bajo su mandato, nos dejó un legado de valor incalculable. Un legado de cariño, cercanía y buen corazón. Y una enseñanza: siendo buena persona también se puede hacer historia en el fútbol. Jaume lo hizo. Y se ganó el alma de su gente, que le despidió entre aplausos en Mestalla antes del partido contra el Barça que sucedió a su muerte. Hasta siempre, *Bonico*. El presidente más querido en la historia del Valencia. Nunca te olvidaremos.

CAPÍTULO 21

HOMBRES DE CLUB

∞ Carlos Iturraspe

Bernardino Pérez Elizarán 'Pasieguito'

Manolo Mestre

Salvador González Marco, 'Voro'

081

∞ CARLOS ITURRASPE

Menos conocido para el gran público, pero tan importante como lo fueron Manolo Mestre, Pasieguito o cualquiera de los integrantes de la 'Delantería Eléctrica', Carlos Iturraspe consiguió ser dos veces campeón de Liga y una de Copa durante las once temporadas que defendió el escudo del murciélago. Ya retirado, fue, primero, el entrenador que lideró al CD Mestalla a su histórico ascenso a Primera y, después, el avezado ojeador que descubrió a Puchades y Juan Sol. Por su evidente relevancia tridimensional, Iturraspe merece la consideración de *'hombre de club'*.

Iturraspe nace en Donosti el 10 de junio de 1910. Es allí donde empieza a jugar al fútbol antes de viajar a Madrid una vez finalizados los estudios básicos. En la capital de España, cursa la carrera de Medicina, que compagina con sus primeros partidos como titular en el Nacional. En este conjunto madrileño de categoría *amateur* percibe sus primeros sueldos, como nos cuenta su hijo, de nombre Carlos, como su padre: *"La vida de estudiante ya sabe como es. Mi abuelo le ayudaba pero eso no le daba para vivir. Entonces deja la carrera y se dedica a jugar al fútbol, hasta que vino a Valencia ya con ficha profesional"*.

Luis Colina, flamante incorporación del club de Mestalla en 1927 buscando el deseado ascenso a Primera -que llegaría cuatro años después, con el checo Anton Fivber en el banquillo-, acomete el fichaje de Iturraspe en 1933 después de verle jugar en Madrid. Mediocentro adelantado a su tiempo,

tenía un gran desplazamiento de balón y dominio de la posición en la parcela ancha. Inteligente, elegante y especialista en fintas indescifrables, su corte de fino estilista contrasta con el estilo del Valencia aguerrido en el que aterriza, liderado por Vilanova, Costa, Torregaray o Picolín.

El conjunto valencianista, que había ascendido a Primera en 1931, se clasifica -ya con Carlos Iturraspe en la plantilla- para la primera final de Copa en su, en aquel momento, corta historia. El 6 de mayo del 34, cae por la mínima (2-1) ante el Real Madrid en Montjuic. En semifinales, el Valencia se había deshecho del Oviedo, al que elimina con un triunfo épico (1-3) en el estadio de Buenavista con Iturraspe como titular. Al regreso de Asturias, la euforia en la ciudad es tan grande que los aficionados se congregan en la Estación del Norte para llevar a hombros a los futbolistas hasta la sede social del club, en Félix Pizcueta 23.

La final ante el Real Madrid es la primera de las cuatro que jugaría -y acabaría perdiendo- el centrocampista vasco en el Valencia. Todas en el mismo escenario -Montjuic- y, dos de ellas, ante el rival que se convertiría en la bestia negra de Iturraspe: el Athletic de Bilbao. Su hijo nos lo explica: *“Él decía que la única cosa que le había pasado en el fútbol con la que siempre estaba enrabiado era no haber podido ganarle una final al Athletic”*.

A pesar de haber sido campeón de Liga en 1942 y 1944, su mejor momento en el club se produce ya como entrenador. Carlos Iturraspe era el técnico de aquel maravilloso CD Mestalla que, tan solo ocho años después de su creación, logra el ascenso a Primera el 29 de junio de 1952. Un éxito del que se sintió orgulloso el resto de su vida: *“Para mi padre, los años del Mestalla fueron los mejores. Porque salieron muchos jugadores magníficos que dieron un resultado estupendo como Fuertes, Mangriñán, Sendra, Sócrates, Mañó, Seguí... Había una cantera magnífica”*.

No iba a ser su único logro una vez colgadas las botas. Iturraspe fue, además, el descubridor de Antonio Puchades. Todo comienza, obviamente, en Sueca. Localidad que Carlos visitaba con mucha frecuencia. La razón de tanto viaje a La Ribera nos la detalla su hijo: *“Mi madre era de Sueca y entonces él se iba allí en tren a estar con ella. En Sueca conocía a un tal Mahiques, que se encargaba de organizar el fútbol en el pueblo. Montaba partidos en el campo de ‘El Infantil’. En esos partidos descubre a Puchades y, el mismo año que mi padre se retira, aconseja al Valencia que lo fichen”*.

Otra de sus recomendaciones fundamentales fue la del fichaje de Juan Cruz Sol. El que después sería mítico defensa del equipo de Mestalla jugaba más adelantado el día que Iturraspe estaba siguiéndole en directo desde la grada

del campo del Azpeitia, al que visitaba el Elgóibar: *“Le avisa un ojeador que el Valencia tenía en Euskadi. Entonces el día que va verle jugar marca cuatro goles. Viendo su actuación y, sobre todo, las condiciones físicas que tenía, porque Sol era un portento, decidió que se viniera”*.

Campeón de Liga y Copa, entrenador de éxito, descubridor de leyendas... A Iturraspe, buena planta, pelo rizado engominado hacia atrás, con aspecto de galán de la época, solo le faltó protagonizar una película. Ofertas tuvo: *“Cuando estaba a punto de retirarse, Luis Casanova, que era presidente del club pero también tenía Cifesa (importante productora cinematográfica de la época), le ofreció hacer una película. Él entonces se lo contó a mi madre y ella, que era muy flamenca, le dijo que no, que él no iba a darse besitos con actrices”*.

Carlos Iturraspe falleció en Valencia el 10 de agosto de 1981 y se marchó para siempre al cielo de los hombres de club. Integrante del mítico equipo de la ‘Delantería Eléctrica’, mentor y alquimista del gran CD Mestalla que ascendió a Primera y descubridor, entre otros, de Puchades y Juan Sol, merece el respeto eterno del valencianismo.

082

∞ BERNARDINO
PÉREZ ELIZARÁN,
‘PASIEGUITO’

En la vida del Valencia, casi un siglo, debería ser obligatorio ponerse en pie para relatar la trayectoria en el club de determinadas personas. Una de ellas es Bernardino Pérez Elizarán. Es muy posible que el nombre y los apellidos no les digan nada. Pero, independientemente de su edad, estoy convencido que el nombre de ‘Pasieguito’ les remitirá, aunque remotamente, a la imagen de alguien importante. Y lo fue. Vaya que si lo fue. Me atrevería a escribir que Pasieguito fue una de las diez personas más importantes en la historia del murciélago.

Su dimensión en Mestalla es triple: como jugador, como entrenador y como director deportivo. Y lo mejor de todo es que resulta imposible quedarse con una de ellas como la más destacada. Ahí reside la grandeza del guipuzcoano. Su mote, por cierto, venía de familia. El abuelo de Bernardino era natural del Valle del Pas, en Cantabria, cuyo gentilicio es pasiego. Pudiendo ser *pelotari*, como sus ancestros, Pasieguito -que había nacido en Hernani el 21 de mayo de 1925- eligió el fútbol. Y fue reclutado por las categorías inferiores de la Real Sociedad, equipo en el que debutó con asombrosa precocidad. La noticia no pasó desapercibida para la comuna vasca en el vestuario de Mestalla, muy numerosa a principios de los cuarenta. Cristina Pérez, hija del mito, nos detalla la historia: “*Carlos Iturraspe fue el responsable de recomendar su fichaje. Con trece años, mi padre ya jugaba amistosos con la Real. Iturraspe lo vio y fue quien avisó al Valencia*”.

Luis Colina, el sabio de Pardiñas, era el encargado de cerrar la incorporación de un futbolista al que deseaban varios clubes de España. Para ello, sabía que la clave era convencer a Gumersindo, padre de Pasieguito. Colina, hombre de mundo, recurrió a Ignacio Eizaguirre, legendario portero del Valencia, que fue el responsable de conseguir el sí definitivo. El guardameta aseguró a la familia del joven jugador que su hijo sería acogido de forma extraordinaria en el vestuario, poblado por otros vascos como Mundo, Epi, Igoa o él mismo.

Cerrada la operación, Pasieguito debutaría con el murciélago en el pecho un 21 de marzo de 1943 en Los Cármenes, Granada. Esa temporada -1943/44- disputa, como mediocentro, los últimos tres encuentros de Liga. Tenía diecisiete años. Y el Valencia, sin saberlo, estaba cometiendo una ilegalidad. *“Cuando mi padre llegó a la ciudad todavía no era mayor de edad. Por ese motivo, el Espanyol, que también había querido contratarlo, denunció el fichaje. La sanción acarreaba para el Valencia una pérdida de puntos que le hubiera hecho bajar de categoría. Así que mi padre, para evitarlo, se autoinculpó”.*

Al asumir la responsabilidad de lo ocurrido, reconociendo -sin que fuera cierto- que había mentido con respecto a su edad, Pasieguito fue sancionado con un año de inhabilitación. Ese año en blanco ralentizó su adaptación al primer nivel competitivo. Tras foguearse en Levante y Gimnástica Burgalesa, Bernardino regresa a Mestalla para el inicio de la temporada 1948/1949. Su vuelta coincide con el fichaje como entrenador de Jacinto Quincoces, una de las figuras clave de su carrera.

El nuevo técnico, adaptando para su Valencia el nuevo dibujo táctico WM con tres defensas, dos medios y cinco delanteros, confía en Pasieguito desde la primera jornada. En el once, coincide con el mítico Puchades. La sociedad iba a convertirse en mítica, inmortal. Fueron amigos para siempre. Uno de los partidos determinantes para agrandar la leyenda del binomio fue la final de Copa en 1949 contra el Athletic de Bilbao, en la que el equipo de Mestalla consigue el triunfo por 1-0 con gol de Epi. *Tonico* y Bernardino firman una actuación colosal en la parcela ancha.

A la conclusión de la siguiente campaña, en el verano de 1950, se disputa el Mundial de Brasil. Competición a la que hubiera acudido Pasieguito de no ser por una terrible entrada del barcelonista Gonzalvo III que le partió la tibia y el peroné. Fue durante un Barça-VCF disputado el 30 de octubre del 49. No acudir a esa fase final mundialista fue, sin duda, la gran frustración de su carrera, como nos cuenta su hija Cristina: *“La verdad es que tuvo muy mala suerte con la selección. Cada vez que le llamaban, le pasaba algo. Incluso*

una vez se lesionó en un calentamiento. A Gonzalvo III le costó un poco perdonarle, porque además fue él quien viajó a Brasil en su lugar después de haberle lesionado". Puchades y Pasieguito se convierten, a pesar de la ausencia del vasco en el Mundial, en una de las sociedades de moda hasta bien entrada la década de los cincuenta. Dentro y fuera del campo. Ambos protagonizan un divertido *cameo* en 'Once pares de botas', una de las películas más taquilleras del momento.

Hasta la temporada 56/57, el centrocampista de Hernani disputa una media de más de cuarenta partidos al año, marcando 73 goles en siete campañas. Jugador técnico, conseguía ver puerta a través de faltas directas, golpes desde la frontal y llegadas desde la segunda línea. Campeón de Copa en 1949 y 1954, toma la decisión de colgar las botas en 1959, después de unas polémicas declaraciones en las que ponía en tela de juicio el sistema del Valencia, demasiado centrado -según su opinión- en el juego del malogrado Walter. Pasieguito ya llevaba dentro el entrenador en el que estaba a punto de convertirse.

Tras una primera etapa poco fructífera en el banquillo de Mestalla contando apenas con 38 años, Bernardino se curte en Sabadell, Granada y Sporting de Gijón. Hasta que, en enero de 1976, le llega la oportunidad de regresar a casa. De la mano de José



Pasieguito. Miguel Ángel López Egea/Colección F. Rius

Ramos Costa, presidente decidido a ganar títulos tirando de talonario, Pasieguito -nombrado máximo responsable de la secretaría técnica- firma a Diarte, Carrete, Arias, Pablo y, quizá, su mayor acierto. El hombre que iba a cambiar la historia del Valencia: Mario Alberto Kempes. Así explicaba el mito de Hernani cómo se produjo el fichaje del argentino, procedente de Rosario: *“Tenía la orden del presidente de cerrar la operación, como mucho, en 500.000 dólares. Ellos subieron hasta 600.000, hicimos un esfuerzo y así se llegó al acuerdo”*.

Kempes fue *Pichichi* en sus dos primeras temporadas, anotando veinticuatro y veintiocho goles respectivamente. Aunque los títulos a nivel colectivo tardaron en llegar. Y lo hicieron, caprichos del destino, con Pasieguito como entrenador. En 1979, fue el técnico de la final de Copa contra el Real Madrid después del cese de Marcel Domingo. Dos años más tarde, Bernardino ocupaba el banquillo valencianista durante la final de la Supercopa de Europa ante el Nottingham Forest. El Valencia fue el primer equipo español en conseguirla con un gol determinante del uruguayo Morena el 17 de diciembre de 1980.

La última etapa de Pasieguito en Mestalla fue breve, pero extraordinariamente productiva. Envuelto en críticas, Arturo Tuzón recurrió a él en el verano de 1993. Uno de los directivos que más insistió en su regreso fue José Peris Frígola: *“Bernardino era el número uno del mundo. Todos los jugadores que él decía llegaban. Nunca he visto a nadie igual que él para descubrir futbolistas”*. Su última gran recomendación fue la de un mediapunta montenegrino que iba a poner Mestalla patas arriba: Pedja Mijatovic. La operación se cerró en 350 millones de pesetas, después de que directivos del club como Agustín Morera le hicieran firmar un absurdo informe avalando el fichaje. Fue su último legado. Otro acierto rotundo. Con la dimisión de Tuzón y la entrada de Paco Roig a la presidencia abandonó el Valencia definitivamente.

Lo abandonó, eso sí, de forma física. Su corazón, como explica Cristina Pérez, siempre estuvo en Mestalla: *“Para mi padre, el Valencia lo fue todo. Fue el club de su vida. Desde muy joven y hasta que murió. Era su equipo y el de todos nosotros en casa. Toda la familia”*. Como jugador, dos Copas y diecisiete temporadas. Como entrenador, una Copa del Rey, una Supercopa de Europa y una decisión clave: fue el primero que hizo a Ricardo Arias jugar de líbero. Como secretario técnico, el responsable de fichajes como Sempere, Subirats, Solsona, Carrete, Roberto, Kempes o Mijatovic, entre muchísimos otros. Estoy seguro de que ya jamás olvidarán su nombre: Bernardino Pérez Elizarán, Pasieguito. Una de las diez personas más importantes en la historia del Valencia.

083

∞ MANOLO MESTRE

Si hubiera que elegir un once ideal entre los cientos de jugadores que han vestido la camiseta del murciélago durante casi un siglo, uno de los serios aspirantes a ocupar el centro de la defensa debería ser Manolo Mestre. Nacido en Oliva en enero de 1935, *Manolet* -como le conocían en su pueblo- defendió al club de Mestalla un total de quince temporadas, llegando a disputar más de 500 partidos. Fue dos veces campeón de la Copa de Ferias, primer título europeo conseguido por la entidad, y también campeón de Copa en 1967.

Pero, antes de escribir parte de la historia del Valencia, Mestre tuvo que trabajar duro. Muy duro. A los quince años, dejó los estudios con la intención de compaginar su carrera de futbolista con el exigente cometido en la naranja. Su padre, Salvador, necesitaba ayuda. Pepe Morató, amigo de la infancia en Oliva y uno de los pocos coetáneos que le sobreviven de la época en la que ambos formaban parte de la plantilla del Mestalla, nos cuenta sus inicios: *“Cuando su padre no podía ir con el carro a por las naranjas, Manolo iba en su lugar y las llevaba después al almacén. Tenía que trabajar muy duro porque el campo era el sustento de la familia”*.

El fútbol presidía las horas de ocio en casa de Manolo. Su hermano mayor, de nombre Salvador, fue el primero de los retoños de la casa en enamorarse del balón. Despuntaba en el Oliva, pero tuvo que dejarlo por un problema cardíaco. Por él quiso Mestre llegar lejos. Por él soñaba con la posibilidad de jugar un día en el Valencia.

Muy posiblemente, la exigencia del trabajo entre naranjos desarrolló más si cabe su complexión física, que se caracterizaba por una fuerza y una contundencia en el terreno de juego que causaba un tremendo respeto en los delanteros rivales. Morató, su compañero en el Mestalla, lo describe de forma muy gráfica: *“Manolo era un tractor, un fenómeno. Era muy fuerte, un defensa de los de antes”*.

Esa fortaleza que exhibió desde sus inicios hizo que el Valencia se fijara en él. En 1953, entrenado por el *delantero eléctrico* Mundo en el Gandía (Tercera División), el Mestalla le ofreció su primera ficha profesional con un sueldo de 1.200 pesetas. Caprichos del destino, Amadeo, otro de los integrantes de la legendaria línea atacante del club en la década de los cuarenta, fue su técnico en el filial en aquella temporada, 1954/55. Así recuerda la secuencia su hijo, Jose Mestre: *“De Oliva se marchó al Gandía. Y de allí al Mestalla. Se fue a vivir a la ciudad, a la pensión Mundo. Esa es la historia de los inicios que yo sé de mi padre”*.

Y así fue. Su fiabilidad en el filial motivó que Carlos Iturraspe le hiciera debutar con el primer equipo. Por -acertada- recomendación de Don Vicente Peris, que estaba en todo, cambió el ‘Manolet’ por Mestre y el 15 de enero de 1956 fue titular en la victoria del Valencia (4-2) contra la UD Las Palmas. Después, se ganaría el corazón y el respeto del entorno en dos partidos muy señalados. El 29 de enero, secó a Gaínza con un marcaje de manual en el triunfo (1-0) contra el Athletic. Y el 22 de abril, lesionado en el tobillo tras un choque con Di Stéfano en la primera parte, quiso seguir jugando a pesar de sufrir una evidente cojera. Haciendo de improvisado extremo, generó la acción de uno de los goles del conjunto valencianista, que venció al Real Madrid (2-1). Concluido el encuentro, le pusieron una escayola que le iba a acompañar hasta el inicio de la siguiente temporada.

Precisamente a partir de esa campaña, 1956/57, la de su consagración, lo juega todo. Se convierte en el líder de la defensa del Valencia durante más de una década. Jerarca portentoso en la colocación, con una fuerza brutal, es capaz de erigirse en uno de los pocos futbolistas que ha sacado un balón de Mestalla en un despeje. Juega duro, pero noble. Tanto, que solo le expulsan una vez. Y además por error, en un partido de Copa contra el Espanyol.

Mestre, asimismo, forma parte de la plantilla que, por primera vez en la historia del club, disputa competiciones europeas. En septiembre de 1961, el Valencia debuta en la Copa de Ferias. Llegar y besar el santo. El equipo de Mestalla conseguiría el título tras eliminar a Nottingham Forest, Lausanne, Inter de Milán, MTK de Budapest y al Barça en la final. El rotundo éxito tendría reedición al año siguiente, superando esta vez en la última eliminatoria al

Dinamo de Zagreb por un global de 4-1. Enfrentamiento que no disputaría Manolo, aquejado del único problema grave que tuvo en toda su carrera. Tras romperse el tabique nasal en un partido de Copa contra el Tenerife en el mes de mayo, coge las denominadas fiebres maltesas -o brucelosis-, con un cuadro febril inespecífico del que le cuesta recuperarse meses.

Pero vuelve. Y lo hace a lo grande. Disputando una media de cuarenta partidos por temporada y conquistando uno de los títulos que más anhelaba: la Copa, en 1967. En la foto previa al inicio de esa final contra el Athletic, a su derecha, un jovencísimo espigado que le profesa admiración desde el primer día. En aquel histórico encuentro en Chamartín, cuenta con diecinueve años, trece menos que Manolo Mestre. Se trata de Juan Cruz Sol: *“Manolo era el veterano, era algo especial para mí. Yo era muy joven y siempre tuve su apoyo, siempre. Era muy cariñoso conmigo, lo he considerado siempre como mi segundo papá”*.

La continuidad y confianza que tuvo por parte de todos los entrenadores le hizo convertirse en el jugador que más encuentros disputó en Primera con el Valencia. Lo consiguió, curioso, ante el equipo contra el que había debutado en Liga, la UD Las Palmas. El 15 de enero de 1967 cumplía su partido número 278, pulverizando los registros del mítico Vicent Asensi. Más de dos décadas después, el récord sería superado por uno de sus grandes hallazgos como ojeador. Posiblemente, el más importante: Ricardo Arias. El legendario líbero recuerda así a su descubridor: *“Tú fíjate cómo era, que yo le bato a Manolo Mestre el récord de años y el récord de partidos en el Valencia. En ese momento, hace una entrevista y dice que está encantado con que sea yo el que le supere. Él me crió en el vestuario y me trató como a un hijo”*.

Resulta increíble que un defensa de su nivel y su fiabilidad tan solo disputara dos partidos oficiales con la selección absoluta. Dos victorias contra Austria y Marruecos en 1959 y 1961 respectivamente. Parte del reconocimiento que merecía y que no tuvo con España lo recibió la noche de su homenaje. Posiblemente, el más emotivo y multitudinario que ha sentido un jugador valencianista después del de Puchades. El 14 de junio de 1969, Valencia y Standard de Lieja empataron (1-1) ante un Mestalla abarrotado. Manolo no pudo contener las lágrimas sintiendo el enorme cariño de la afición. Con el dinero de la recaudación, invirtió en su otra gran pasión: las naranjas, adquiriendo unos terrenos en el término municipal de Picassent.

Colgaba las botas e iniciaba una nueva era, una nueva vida. Aunque, eso sí, dedicada igualmente al club de su corazón. Durante más de treinta años, fue entrenador del Mestalla, miembro de la dirección deportiva de la entidad, segundo entrenador del Valencia y, en tres ocasiones, técnico del primer

equipo en situaciones de emergencia. Cumpliendo con creces, por cierto, y resolviendo coyunturas tremendamente delicadas.

Manolo Mestre falleció en su pueblo natal, Oliva, el 31 de agosto de 2008. Nadie mejor que Ricardo Arias, su hijo futbolístico, para cerrar la semblanza del que será para siempre uno de los grandes defensas en la historia del Valencia: *“Manolo era una persona a la que había que querer. De verdad que no he conocido a una persona tan fiel, tan leal y tan entregada al Valencia como él. Yo a Manolo le he visto llorar en el vestuario cuando perdíamos. No es que quería al Valencia, es que no sabía vivir sin el Valencia”*.

084

∞ SALVADOR GONZÁLEZ MARCO, 'VORO'

Si convocáramos una reunión imaginaria de hombres de club que han defendido el murciélago, Salvador González podría sentarse a la derecha de figuras legendarias como Carlos Iturraspe, Pasieguito o Manolo Mestre. Esta es la historia del central de la casa que desayunaba tornillos -apelativo con el que le bautizó Di Stéfano por su fuerza y contundencia-, el entrenador de emergencia que, a base de conocimientos e inteligencia emocional, salvó -en dos ocasiones- el descenso del equipo a Segunda. La historia de Voro, una historia interminable de amor al Valencia.

Nacido en L'Alcúdia el 9 de octubre de 1963, Voro soñaba literalmente con el balón. Así nos lo explica, con los ojos encendidos de ilusión, la misma que sentía siendo pequeño: *"Recuerdo que dormía con un balón de reglamento dentro de la cama. Para mí era una obsesión, me dijeron que era el mismo balón que utilizaban los jugadores de Primera y no quería otra cosa. Resulta llamativo porque en mi familia no había antecedentes futbolísticos de ningún tipo"*.

Salvador empieza a jugar en el equipo de su pueblo. Allí, destaca muy pronto como central de marca y va pasando, como titular, por todas las categorías inferiores. Hasta que, en su último año de juvenil, da el salto a Regional Preferente. En la grada, casi siempre, un ojeador del Valencia. Un mito viviente de los tiempos de la 'Delantería Eléctrica' iba a verle en directo cada domingo: *"Todavía me quedaba un año de juvenil por delante y casi*

todos los partidos venía a verme Juan Ramón. Yo lo veía ahí en la grada y para mí era una motivación enorme. En esa temporada, el Valencia me llama dos veces, una de ellas en Pascua para ir a jugar un torneo amistoso a Ibiza. Fue la primera vez que yo subí a un avión”.

Siguiendo los informes de Juan Ramón, el Valencia inicia los trámites para fichar a Voro. Pero la negociación con su club de origen no iba a ser sencilla: *“L’Alcúdia pedía un millón de pesetas de la época. Imagínate, estamos hablando del año 1981. Al final creo que el acuerdo se cerró en 300.000 pesetas y un partido amistoso, uno de los primeros que jugó Frank Arnesen aquí”.*

A pesar de que el Valencia le aconsejó presentarse voluntario a la mili para conseguirle un destino más cercano, algo falló. Voro tenía que haber cumplido con el servicio militar cerca de casa y acabó siendo reclutado... en Tenerife: *“Mi destino era el Parque de Automóvil de Bonrepós, pero después no sé qué problema hubo que yo me tuve que ir por mi quinta. Entonces había diferentes destinos, todos en el área de Aviación: Albacete, Sevilla, Zaragoza, excedente de cupo, y Canarias. Allí tuve que irme yo”.*

Tras dos temporadas en Tenerife -donde se marchó cedido en sus años de recluta-, vuelve a Mestalla. Sufre el descenso y abraza la gloria con el regreso a Primera. Una etapa inolvidable en la que disputa treinta partidos con Di Stéfano, entrenador fundamental en su despegue como profesional. Comodín para el técnico argentino en Segunda, Salvador González se amolda a diferentes demarcaciones en el campo, jugando como central, lateral e incluso por delante de la defensa. En esos años de iniciación, la presencia de jugadores más veteranos le hace tener que lucir dorsales extraños en un defensa de marca: *“Hubo un día que, antes de jugar, viene un fotógrafo para que pose. Me coloco frontal a él y me pide que me ponga más perfilado, casi de espaldas. Resulta que jugaba con el número nueve y le llamó la atención. Supongo que Alfredo querría jugar al despiste”.*

El Valencia regresó a Primera en su día y hora fetiche. Sábado a las diez y media de la noche, un clásico de finales de los ochenta. Era el 29 de agosto de 1987 y el equipo dirigido por Di Stéfano se imponía al Logroñés por 2-0. El primer tanto llegó desde los once metros. En el hotel, Don Alfredo había asignado el lanzamiento de un hipotético penalti a Voro: *“Recuerdo que estábamos en la concentración, en la charla previa al partido. Resulta que los lanzadores habituales en la pretemporada habían fallado. El mister dijo quién tiraba las faltas, los córners y, cuando llega a los penaltis, me nombra a mí. Yo pensé que si luego había algún penalti aparecería alguno de los habituales para tirarlo y no dije nada. Total que empieza el partido, 0-0, todo*



Voro / Alberto Iranzo / Diario AS

atascado y, en la segunda parte, penalti a nuestro favor. Fue en la portería de la derecha en Mestalla. Como nadie pidió la pelota, tiré. Fuerte, por el centro. Menos mal que entró”.

Los goles no eran su especialidad, pero todas las temporadas hacía alguno. No solo de penalti y también contra los grandes. Hay uno que Voro recuerda especialmente, el 2 de diciembre de 1989 contra el Barça: *“Íbamos perdiendo 0-1 y mi gol fue el empate. Casi todos los goles que hice fueron así, para abrir la cuenta del equipo. Aquella noche estaba lloviendo, el campo estaba embarrado y marqué en plancha ante la salida de Zubizarreta”.*

Esa secuencia que relata Voro con toda riqueza de detalles corresponde a la jornada catorce de la temporada 1989/90, la del subcampeonato, uno de los mejores recuerdos deportivos del defensor de L'Alcúdia en el Valencia: *“Acabamos segundos con mucho mérito. La primera posición era casi imposible, coincidió con una de las ligas de aquel Madrid de Toshack que se iba a los 100 goles”.*

Después de ocho temporadas de gran rendimiento en el primer equipo, la salida en 1993. Dura, inesperada, traumática. El club, que andaba enfrascado en la conversión en sociedad anónima, no estuvo a la altura: *“Para mí fue muy traumático, yo no veía más allá del Valencia. De hecho, no tenía ni representante. Era mi último año de contrato y esa fue la temporada en la que jugué todos los minutos de la Liga. En la negociación con Alberto Toldrá, el club decía que no podían mejorar su oferta porque el fútbol había cambiado. Apareció la propuesta del Deportivo que era, podría decirte, como tres veces más. Me marché muy dolido”.*

Tras levantar la Copa del Rey y la Supercopa de España en Riazor, Salvador González está a punto de ganar también la Liga aquella fatídica noche del penalti de Djukic. Después, firmaría en el Logroñés, antes de colgar las botas en 1998. En ese instante, inicia su preparación para ser entrenador con el sueño de poder dirigir algún día al primer equipo del Valencia.

Aunque la oportunidad le llega convertida en pesadilla. Asume el cargo de técnico en la situación más delicada de la historia reciente del club. A falta de cinco jornadas para la conclusión de la temporada 2007/08, el equipo valencianista se encuentra a dos puntos del descenso. Voro, delegado en aquel momento, se entera de que puede ocupar el banquillo de Mestalla escuchando la radio: *“Veníamos de perder en Bilbao y al día siguiente no entrenábamos. Estaba por Valencia con mi mujer y recuerdo que exactamente en ese momento pasábamos por la Plaza del Ayuntamiento con el coche. Teníamos puesto Ràdio Nou y en un boletín informativo escucho que, tras el cese de Koeman, existía la posibilidad de que yo dirigiera al equipo”*.

El vestuario está roto, con tres jugadores apartados durante meses, tres pesos pesados: Cañizares, Albelda y Angulo. La primera condición que pone Voro para entrenar, innegociable, es poder recuperarlos: *“En todas las conversaciones que tuvimos, lo primero que dije es que estos tres jugadores volvían a participar a todos los efectos en el Valencia. Que dispondría de ellos porque, si no, era imposible seguir. En el club estuvieron de acuerdo”*.

Salvador González lidera la salvación con la misma inteligencia emocional de la que hace gala en las otras cuatro etapas que llegarían con posterioridad. En todas ellas, la misma hoja de ruta: conocimiento del vestuario, experiencia, capacidad y conexión absoluta con la grada. Así se dirigía a los aficionados en uno de los momentos más delicados de la entidad en 2016: *“Yo vivo en un pueblo, veo a la gente, sé lo que piensa la gente. Piso la calle y noto que la gente está frustrada, pero también veo que el equipo necesita ese apoyo desde la grada. Desde mi más profunda humildad, yo les quiero transmitir que es necesario que hagamos una comunión entre la gente y el equipo. Es necesario que, dentro de Mestalla, el futbolista se sienta con más confianza, con ese plus que le puede dar la grada”*.

Esta es la historia de Salvador González Marco, Voro, el *pequeñajo* que soñaba con un balón junto a la almohada. El niño que iba a Mestalla junto a su tío equipado con una *Ferrys* blanca a la que su madre había cosido el escudo del Valencia. El central que desayunaba tornillos y que nunca hubiera querido marcharse de Mestalla. El entrenador eterno, siempre preparado para ayudar. Un hombre de club que, como han comprobado, puede sentarse a la derecha de Iturraspe, Pasieguito y Mestre.

CAPÍTULO 22

ENTRENADORES HISTÓRICOS

∞ Jacinto Quincoces
Alfredo Di Stéfano
Luis Aragonés
Claudio Ranieri
Héctor Cúper
Rafa Benítez

085

∞ JACINTO QUINCOCES

La histórica etapa de Jacinto Quincoces en el banquillo de Mestalla -sigue ostentando el récord de longevidad como entrenador del Valencia con seis temporadas consecutivas- tuvo un epílogo inmejorable: el rotundo triunfo ante el Barça (3-0) en la final de Copa de 1954 disputada en el estadio de Chamartín. En la fotografía previa al partido, junto al once inicial formado, Quincoces ocupa el centro de la fila superior, flanqueado por Sócrates y Pasieguito. Traje oscuro, camisa clara, gafas de sol, pelo engominado, esa aspecto de galán no era impostado. Hablamos de alguien que llegó a participar en seis largometrajes de la época. Antes de dar el salto a la gran pantalla, había sido elegido mejor defensa izquierdo del mundo en 1934 y esa tarde iba a dirigir al Valencia a la conquista de la tercera Copa de su historia.

Fichado por Santiago Bernabéu procedente del Deportivo Alavés, Jacinto Quincoces fue un zaguero de época. En Chamartín consiguió dos Ligas y dos Copas. Fue internacional en veinticinco ocasiones, incluyendo participaciones en los Juegos Olímpicos de Amberes en 1928 y el Mundial de Italia en 1934. Después de colgar las botas con 37 años y, tras pasar por el banquillo del Real Zaragoza, la selección española y el Real Madrid, en el verano de 1948 recibe una propuesta de Luis Casanova. El presidente le ofrece el cargo de entrenador del Valencia aprovechando que Jacinto se había instalado en la ciudad para montar un negocio en el sector de la construcción.

Ese equipo venía de una gran decepción. Siendo líder durante buena parte de la temporada 1947/48, había perdido la Liga anterior tras una dura derrota en Mestalla ante el Barça (1-3) el 4 de abril de 1948. La debacle le costó el cargo a Luis Casas Pasarín.

Hombre sabio, con muchísima experiencia a sus espaldas y enorme carisma entre sus jugadores, Jacinto Quincoces se gana la confianza del vestuario con rapidez. Sus dos primeras decisiones suponen dos aciertos rotundos. Por una parte, recuperar al veterano Mundo -que con 31 años venía de ser suplente el año anterior- y, en segundo lugar, darle galones a Puchades, capitán general de la parcela ancha esa temporada. Su excelente rendimiento con el nuevo técnico, por cierto, iba a permitir a *Tonico* debutar como internacional absoluto el 20 de marzo de 1949 en Lisboa en un empate (1-1) entre Portugal y España.



Cromo de Quincoces. Colección F. Rius

Puchades no es el único futbolista que crece gracias a Quincoces. Mundo, que venía de hacer tan solo cinco goles con Pasarín la campaña anterior, es uno de los mejores realizadores de la temporada, llegando a la cifra de diecinueve tantos. Lo mismo sucede con Seguí -dieciséis- y Epi -once-. En la medular, aumenta la importancia de Pasieguito, convertido en piedra angular del estilo de juego del Valencia. Los efectos de la tremenda mejora colectiva son inmediatos. El equipo de Mestalla está a punto de lograr el doblete, proclamándose campeón de Copa en la final de 1949 contra el Athletic y acabando segundo en Liga a tan solo dos puntos del Barça.

Además de los títulos de Copa conseguidos con Jacinto Quincoces -1949 y 1954-, la plantilla es enormemente regular en Primera División, concluyendo dos veces subcampeón, tres en tercer lugar y una en quinta posición. El técnico de Barakaldo, además, tuvo la destreza de hacer que no se notara la progresiva desaparición de numerosos integrantes del legendario Valencia

de la 'Delantería Eléctrica'. Grandes mitos como Eizaguirre, Epi, Igoa o Mundo se marchan a principios de los cincuenta sin que el grupo lo acuse en exceso. La salida del gran portero vasco, por ejemplo, fue suplida por Quique, que explicaba así a la Cadena SER la gran capacidad que tuvo Jacinto para convertir el vestuario de Mestalla en un bloque fuerte, unido: *"En aquella época éramos un equipo de amigos. Entre el entrenador y los jugadores no había ningún tipo de discusiones. Si tenía que cambiar a alguien, lo cambiaba. Nosotros a Quincoces lo teníamos como a un padre"*.

La transición entre generaciones se hace patente comparando la alineación en la final de Copa de 1949 con, por ejemplo, la siguiente disputada por el club en 1952. En ambos onces solo repiten Monzó, Puchades, Pasieguito, Seguí y Asensi. Ausentes los delanteros eléctricos, emergen de la mano de Quincoces jugadores igualmente excepcionales, como Fuertes y Badenes, que se combinan para anotar 31 goles en la temporada 1952/53, en la que el Valencia se proclama subcampeón.

Jacinto, que ya rumiaba la salida, aún se mantuvo un sexto año en la entidad, como él mismo explicaba tiempo después: *"En vista de los buenos resultados y de lo bien que me trataban, me quedé una temporada más. Tuve la suerte de vivir la conquista de otro título, la que sería mi última Copa"*. Así fue. El 20 de junio de 1954 es uno de esos días imprescindibles en la historia del murciélago. Tras golear al Barça (3-0), el regreso a casa es triunfal. La entrada a la ciudad se convierte en un baño de masas. En todos los pueblos había miles de personas deseando acercarse a sus ídolos, que tardaron horas en llegar al centro. *"En Contreras ya no podíamos pasar de la gente que había en la carretera. Fue una locura. Nos costó venir desde allí hasta a Valencia seis o siete horas"*.

El técnico vasco aún volvería a Mestalla en el transcurso de la temporada 1958/59. El cese de Luis Miró en la quinta jornada propicia su fichaje como revulsivo de lujo para el banquillo. La apuesta sería, una vez más, acertada. El Valencia consigue acabar esa Liga en cuarta posición tras una notable segunda vuelta.

Esta es la historia de Don Jacinto Quincoces, que se marchó al cielo de los entrenadores campeones el 10 de mayo de 1997. Falleció en Valencia a los 91 años, víctima de una repentina enfermedad. Pero nos dejó un legado de capacidad, experiencia, gestión de vestuario y, sobre todo, un récord que sigue vigente. Seis temporadas consecutivas como entrenador en Mestalla, con dos títulos de campeón de Copa y, casi más importante, su maravillosa labor para completar la transición entre el equipo de la 'Delantería Eléctrica' y el de Puchades.

086

∞ ALFREDO DI STÉFANO

Ningún jugador es tan bueno como todos juntos. La frase, enmarcada, sigue presidiendo el acceso al vestuario local de Mestalla, nada más bajar las escaleras que proceden del césped. Su autor, uno de los mejores jugadores en la historia del fútbol mundial: Don Alfredo Di Stéfano. El que todavía hoy sigue siendo el entrenador que más partidos de Liga ha dirigido al Valencia dejó su impronta única, genial, en las tres etapas que desempeñó la labor de técnico en la entidad valencianista. Además de tres títulos: la Liga de 1971, la Recopa de Europa en 1980 y el ansiado retorno a Primera División en mayo de 1987. Por todo ello, por su carisma inconfundible y por el cariño que siempre evidenció al escudo del murciélago, Don Alfredo siempre tendrá un lugar en nuestros corazones.

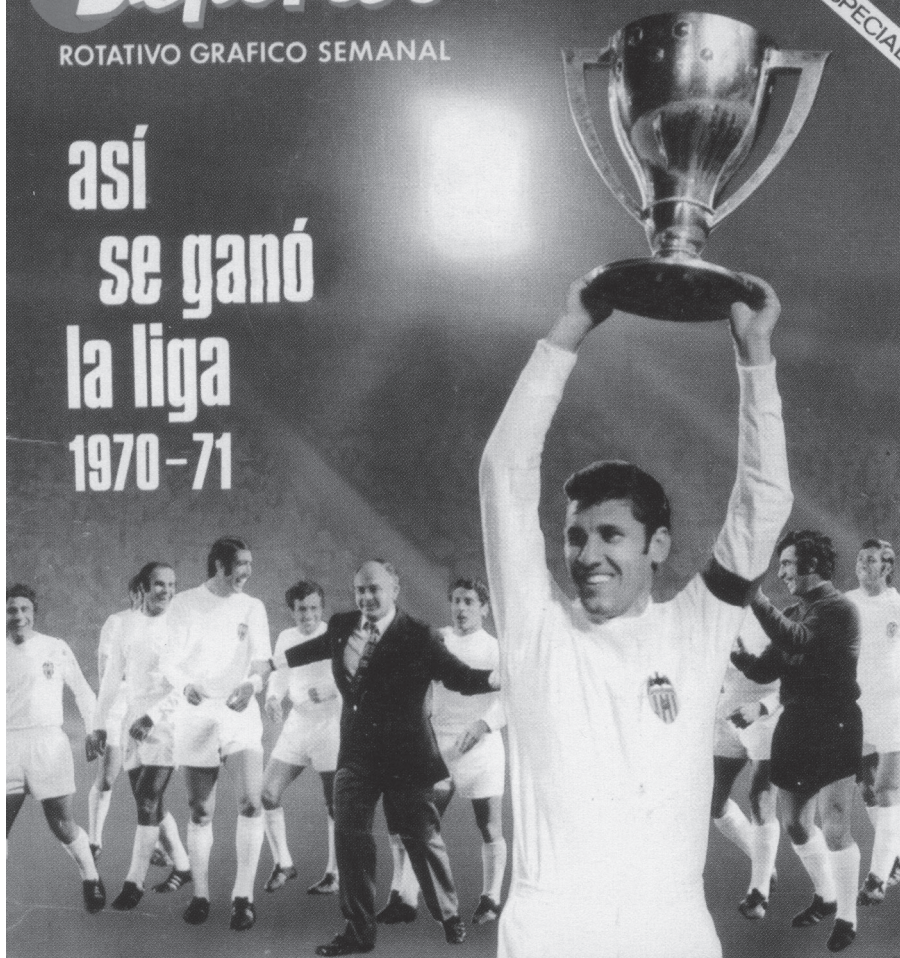
Un mes antes de ser nombrado gerente del Valencia en asamblea general ordinaria, Don Vicente Peris Lozar presentó en Benimar a su gran fichaje para la temporada 1970/71: Alfredo Di Stéfano. Apenas hacía cuatro años que había colgado las botas y se mantenía en un envidiable estado de forma. De personalidad arrolladora y una clarividencia única, el técnico argentino apenas tardó dos entrenamientos en meterse a todos sus jugadores en el bolsillo. Como explica Jesús Martínez, uno de los líderes defensivos de aquel equipo campeón, cuando dejaba el silbato y se ponía de corto para jugar algún *partidillo* con los futbolistas, “*defendía mejor que yo, organizaba el equipo mejor que Claramunt y seguía siendo mejor delantero que Óscar Rubén Valdez. Era un genio*”.

Deportes

ROTATIVO GRAFICO SEMANAL

NUMERO ESPECIAL

**así
se ganó
la liga
1970-71**



**¡EL VALENCIA
...CAMPEON!**



Portada revista deportes Liga 1971. Colección Valencia CF

Una de las instantáneas ancladas para siempre en el imaginario colectivo de Mestalla nos muestra al entrenador del Valencia con los dos índices alzados y la cara desencajada en el banquillo de Sarrià. La imagen corresponde al 18 de abril de 1971. En la última jornada de la temporada, el conjunto valencianista llegaba líder al partido contra el Espanyol. Se jugaba el título de campeón con Atlético de Madrid y Barcelona que, a la misma hora, se enfrentaban en el Manzanares. Aquella fue la tarde de ‘La Liga de los Transistores’.

Para cantar el alirón sin depender de terceros, el Valencia tenía que ganar en Sarrià... y perdió (1-0). Pero acabó alzando el título de Liga porque en Madrid se produjo, paradojas del destino, el único resultado que le valía: Atleti y Barça empataron. Dueñas adelantó al conjunto blaugrana en el inicio de la segunda mitad, pero Luis Aragonés hacía el 1-1 apenas cuatro minutos después. El marcador del Manzanares ya no se movería, de ahí el gesto inmortal de Di Stéfano con los dos índices alzados en busca de la confirmación oficial de la conclusión del encuentro entre sus rivales.

En las entrañas de Sarrià, durante la celebración eufórica de los campeones, el maestro Jaime Hernández Perpiñá lograba arrancar unas palabras al genio, que dedicaba la Liga a la afición del Valencia: *“Esto se lo brindamos cariñosamente a todos los aficionados valencianos, estamos muy contentos porque la labor de todo el año nos ha premiado justamente”*, aseguraba Don Alfredo Di Stéfano. Esa misma temporada, el club de Mestalla fue subcampeón de Copa. Y la siguiente, también con el técnico argentino en el banquillo, subcampeón de Liga y de Copa.

La segunda etapa de Di Stéfano como entrenador en Mestalla comenzaría como la primera: con un título de campeón para el Valencia, esta vez europeo. Don Alfredo dirigía en 1980 una plantilla formada por verdaderos mitos de la historia del club: Kempes, Arias, Saura, Carrete, Solsona... Ese equipo, con las intervenciones providenciales del gallego Carlos Pereira, iba a proclamarse campeón de la Recopa de Europa. El 14 de mayo, en el emblemático estadio de Heysel (Bruselas), volvieron a sonar las tracas.

Para llegar a la gran final contra el Arsenal, el conjunto valencianista había ido eliminando, por este orden, al Boldklubben de Copenhague, Glasgow Rangers, Barça y Nantes. El encuentro en Heysel, eso sí, no fue un prodigio estético. Poco fútbol, marcajes férreos y empate sin goles a la conclusión de los noventa minutos y la prórroga.

Tras finalizar la primera tanda de penaltis con empate a cuatro, Ricardo Arias tuvo las agallas necesarias para ser el primer jugador valencianista en afrontar la muerte súbita. Antes de encaminarse hacia Jennings, el portero

gunner, Arias escuchó de su entrenador, Alfredo Di Stéfano, exactamente las palabras que necesitaba: “¿Va a tirarlo usted, señorito? Muy bien, pues vaya tranquilo que lo va a meter. Seguro”. Y así fue. La posterior intervención de Carlos Pereira a lanzamiento de Graham Rix convertía al Valencia en campeón de la Recopa de Europa. Tras los festejos, Don Alfredo se marchó como solía, sin hacer demasiado ruido, cediendo el testigo en el banquillo de Mestalla a otro mito: Pasieguito.

En plena crisis económica y deportiva, camino del descenso a Segunda en 1986, el doctor Vicente Tormo recurrió de nuevo a Di Stéfano para tratar de evitar lo inevitable. Su reunión con el incombustible hombre de club Salvador Gomar en Motilla del Palancar fue una de las noticias del año. Sin embargo, el fichaje se produjo demasiado tarde. La tercera etapa en Mestalla del técnico argentino coincidía con la trágica pérdida de categoría.

Solo fue una pesadilla. Con Don Alfredo al frente, poco dinero, mucho compromiso y toda la cantera, el Valencia consiguió regresar a Primera tras un año en el infierno. Aquel equipo, en el que brillaron tremendamente Quique, Arias, Subirats y Fernando, consumaba el retorno a la élite doblegando al Recreativo de Huelva (2-0) en Mestalla el 30 de mayo de 1987. Di Stéfano, poco dado a las concesiones en público, era esa noche la viva imagen de la felicidad. Él y sus futbolistas se habían quitado una enorme carga de encima: *“Ustedes se tienen que imaginar que durante el transcurso de la temporada, el Valencia tenía que subir sí o sí a Primera División. La responsabilidad era muy grande. Para mí y para los jugadores. Pero a falta de tres fechas lo hemos conseguido”*.

Tres etapas en el club: una Liga, una Recopa de Europa y el deseado ascenso. Don Alfredo merecía -en vida- un homenaje del Valencia, de su Valencia. Y lo tuvo. En agosto de 2012, antes de un emotivo almuerzo con el consejo de administración del club, firmó una imagen suya que sigue luciendo en las entrañas de Mestalla. Con chándal de la época, se prepara para dirigir un entrenamiento del equipo campeón de Liga en 1971.

Don Alfredo Di Stéfano falleció en Madrid el 7 de julio de 2014 con 88 años recién cumplidos. Pero su legado pervive entre nosotros. Ningún jugador es tan bueno como todos juntos. Con esa máxima, el Valencia sigue discutiéndole temporadas a Real Madrid, Barça y Atlético de Madrid. Sigue renaciendo cada año con el deseo de arrebatarse títulos al poder establecido. Como ya ocurriera con Don Alfredo al frente. Uno de los pocos entrenadores que ha hecho a Mestalla gritar ‘Campeones’.

087

∞ LUIS ARAGONÉS

Unos años antes de Albelda y Baraja, antes del doblete, Mónaco, Göteborg y Sevilla, Mestalla estuvo a punto de tocar el cielo. Fue en la temporada 1995/96, un momento mágico en el que el Valencia tuvo opciones de ganar la Liga hasta la última jornada. Aquel equipo estaba dirigido por uno de los entrenadores españoles más importantes de la historia: Don Luis Aragonés.

Durante el tiempo que permaneció en la entidad valencianista, Luis tuvo como ayudante a su fiel escudero y gran amigo Jesús Paredes, que nos cuenta el mal sabor de boca que le dejó al sabio aquella campaña del subcampeonato. *“Siempre decía que ese título tenía que haber sido para el Valencia. Y es así. Nos costó empezar, pero luego acabamos muy bien”*.

Ese equipo venía de perder la Copa en la final del agua -con Rielo en el banquillo- y había dado bajas muy significativas en la plantilla como Giner, Roberto, Penev o Salenko. Para suplirles, la dirección deportiva firmaba a Patxi Ferreira, recuperaba a Javi Navarro tras su cesión al Logroñés e incorporaba al lateral Eskurza, al joven centrocampista José Ignacio y a un delantero que iba a convertirse en una de las debilidades de Mestalla, Paulo Sergio Rosa, ‘Viola’. Todos ellos dirigidos por Luis Aragonés, ya con más de veinte años de experiencia a sus espaldas. Así se dirigía a la afición en la presentación de la plantilla el 19 de agosto de 1995: *“Todo el trabajo y el condicionamiento de los jugadores lo vamos a poner al máximo para poder para conseguir estar entre los equipos de arriba”*.

La plantilla contaba con pesos pesados en el club, como Fernando Gómez o Camarasa, y jugadores con dilatada experiencia internacional -Zubizarreta o Mazinho-. Pero la estrella en aquella campaña fue, sin lugar a dudas, un mediapunta montenegrino que, con Luis, iba a hacer la mejor temporada de su vida. Pedja Mijatovic, con 28 goles, fue la gran sensación de la Liga. El sabio supo entender en qué posición del campo podía ofrecer mejor rendimiento, como nos cuenta Jesús Paredes: *“Recuerdo cómo le convencía cuando llegamos de que tenía que jugar más adelantado, que se olvidara de estar en el centro del campo. Darle libertad a Pedja fue una de las claves de ese gran año”*.

En cualquier caso, aquel equipo era mucho más que Mijatovic. Aragonés supo sacar partido y darle importancia a una segunda unidad plagada de currantes que rindieron, muy posiblemente, al máximo de sus opciones. Futbolistas como Javi Navarro, Eskurza, Engonga, Poyatos, Arroyo o Viola fueron determinantes para que el Valencia peleara la Liga hasta el final. Y eso que dejó escapar puntos clave en las primeras semanas de competición. Fundamentalmente, le costaron muy caras dos derrotas a domicilio contra Rayo Vallecano y Salamanca.

El club de Mestalla acabó la primera vuelta quinto, a trece puntos del Atlético de Madrid. En el segundo tramo de competición, eso sí, el Valencia fue el mejor. De largo. En veintiún partidos -había veintidós equipos en Primera aquella temporada 1995/96-, consiguió 47 puntos. Tres de ellos, los que de verdad le metieron en la pelea por ser campeón, el 27 de abril de 1996 en el Vicente Calderón. Una victoria (2-3) en el campo del líder dejaba al murciélago a cuatro puntos de la cabeza.

Desatado a nivel ofensivo desde enero, ese grupo de futbolistas anota 77 goles en Liga. Además de los veintiocho ya mencionados de Pedja Mijatovic, Fernando Gómez aporta diez. Y no debemos olvidarnos de la sociedad Gálvez-Viola. Entre ambos, suman veintidós dianas, la mayoría de veces saliendo desde el banquillo. El delantero brasileño, sobre todo, estalla en la segunda vuelta. Con una estadística muy reveladora: siempre que veía puerta, el Valencia ganaba su partido. Le hizo goles importantes, por ejemplo, al Barça, al Atlético de Madrid y al Athletic de Bilbao. Ese tanto en San Mamés sella una victoria (0-1) el 17 de marzo de 1996, en plenas Fallas. Con tendencia a la nocturnidad y la alevosía, Luis supo meterlo en cintura, a base -incluso- de montar guardias a la puerta de su casa. Así lo detalla Jesús Paredes: *“Iba a su chalet a esperarlo para ver las horas a las que llegaba. Conocía a su mujer y todo. No sé muy bien qué terapia le hizo, pero consiguió que rindiera”*.

Uno de los mejores partidos esa temporada se disputa en Mestalla el 9 de marzo de 1996. En la jornada 30, con el estadio abarrotado, el Valencia golea 4-1 al Barça con dos tantos de Mijatovic, uno de Fernando y otro de Viola. La victoria comienza a cocinarse en la charla previa al encuentro, con Luis Aragonés en

estado puro, sacando lo mejor de su lateral izquierdo. Quique Romero estaba preocupado porque el equipo blaugrana metía por su banda a Figo y De la Peña. Ante el planteamiento de qué hacer, el sabio se le acerca a un milímetro, nariz con nariz, y le dice: *“A los dos, marca usted a los dos”*. Romero fue uno de los mejores sobre el campo esa noche.

Tras imponerse (1-0) al Espanyol con gol de Arroyo la tarde del 19 de mayo de 1996, el grupo todavía podía soñar con cantar el alirón en la última jornada. La ecuación es simple de explicar, aunque no era sencillo que se produjera. El Valencia tenía que ganar en Vigo y esperar una derrota del Atleti en su propio estadio contra el Albacete. Ninguna de las dos condiciones se dieron en aquella tarde de transistores. El equipo de Mestalla empataba contra el Celta y el líder ganó, proclamándose campeón.

El rotundo éxito origina la continuidad de Luis en el banquillo valencianista para la temporada 1996/97, en la que tiene numerosos desencuentros con Paco Roig por la política de fichajes del presidente. Sobre todo, con uno de ellos, Romario. Aragonés no tolera la baja forma del brasileño, que se incorpora tarde a los entrenamientos de la primera plantilla. En la previa de un partido de Copa de la UEFA contra el Bayern Munich -9 de septiembre de 1996-, el sabio de Hortaleza no convoca al jugador. Tras verse fuera de la lista, el delantero carioca pierde los nervios y acude a sala de prensa asegurando que Roig debe elegir entre él y el entrenador. A Luis no le tiembla el pulso: *“Para mí es un jugador más. Y si considero que tiene que quedarse fuera, se queda. Porque ya llevo muchos años en esto”*. El Valencia, con Romario en el palco, se impone al Bayern (3-0) con goles de Engonga, Claudio López y Gabi Moya.

Pero la relación entre Aragonés y Roig estaba tan deteriorada que, después de otro triunfo europeo ante el Besiktas turco (3-1) -con emotiva dedicatoria de gol al técnico por parte de Patxi Ferreira-, Luis presenta la dimisión.

Mestalla siempre le recordó con cariño y respeto, valorando el excelente rendimiento que dio el equipo en su etapa como entrenador. Algo que la afición le hacía sentir cada vez que regresaba al estadio, como nos indica Paredes: *“En la época en la que estábamos al frente de la selección vinimos muchas veces. Desde que bajábamos del coche hasta la puerta del palco, los aficionados no le dejaban dar dos pasos seguidos. Le adoraban”*.

Esta es la historia de Luis Aragonés. Año y medio inolvidable en el que nos hizo creer a todos, sobre todo a sus jugadores, que el Valencia podía ser campeón. Año y medio en el que dignificó el escudo, apartando a los vagos y plantando cara a los déspotas. Año y medio en el que fuimos privilegiados, disfrutando con las lecciones del sabio.

088

∞ CLAUDIO RANIERI

Tras el experimento fallido con Jorge Valdano -al que cesó en la tercera jornada de la temporada 1997/98-, Paco Roig protagonizó uno de los bandazos más sonados que se recuerdan en la historia de Mestalla: traer a Claudio Ranieri. Resulta casi imposible nombrar dos entrenadores tan antagónicos, tan diferentes en la propuesta y el estilo, pero así era la institución en tiempos *roigistas*. El presidente, ya sobrepasado por los acontecimientos, incluso se equivocó en la puesta de largo del nuevo técnico, al que rebautizó llamándole Rinaldi. Ese preparador italiano, que había pasado por las divisiones inferiores del *Calcio* hasta alcanzar el estrellato en Cagliari, Nápoles y Fiorentina, iba a jugar un papel decisivo en el regreso del Valencia a la élite, convirtiéndole, de nuevo, en un club respetado. Todo el que no tuvo Roig el día de su presentación en sociedad, confundiendo su apellido.

Ranieri aterriza en un vestuario confundido. La plantilla se había transformado en un extraño engendro que transitaba entre las pervivencias de la época de Luis Aragonés y las ideas de Jorge Valdano. La mayoría de conceptos asimilados durante la segunda vuelta de la temporada 1996/97 constituían una evidente antítesis con todo aquello que había hecho al equipo subcampeón de Liga un año atrás. El vestuario, además, presenta un evidente *overbooking*. Demasiados jugadores para una campaña en la que la entidad únicamente debe afrontar la disputa de la Liga y Copa del Rey. La transición será compleja, como nos recuerda Gaizka Mendieta:



Ranieri. P. Martí /Colección Valencia CF

“Los inicios no fueron fáciles. Venía con una mentalidad de trabajar muy italiana y hubo que poner de parte de todos para entendernos. Pero supo ser flexible, incluso en la pizarra. Cambiábamos de sistema durante los partidos, del 4-4-2 al 3-5-2 y, poco a poco, el equipo empezó a funcionar”.

A pesar de las dificultades en sus primeros meses, el italiano logra sacar al Valencia del pozo. Entra al vestuario con el club en zona de descenso y acaba esa campaña en novena posición, alcanzando la clasificación para la Copa Intertoto, una suerte de fase previa que, en el mejor de los casos, suponía la

clasificación para Copa de la UEFA. De entrada, Claudio deja al margen a incorporaciones vendidas como rutilantes por parte de Paco Roig -Romario, Marcelinho Carioca- y apuesta por un bloque en el que maridan a la perfección jugadores veteranos -Angloma, Djukic, Carboni, Milla- con jóvenes hambrientos de gloria -Mendieta, Farinós, Piojo López, Angulo-. Precisamente el asturiano sería uno de los que más progresó con el preparador transalpino, del que conserva un emotivo recuerdo: *“Al principio, ni sabía el nombre de los que subíamos del filial o veníamos de cesiones. Nos llamaba ‘chavalín’ a todos. Pero hubo un día en el que me propuso jugar en banda derecha y yo le dije que, con tal de ser titular, podía ponerme en la posición que necesitara. Ese día empezó una maravillosa relación de complicidad entre ambos. Claudio nos hizo mejores, empleando una mezcla de experiencia y juventud que fue clave”.* La fórmula funciona. Y no solo eso. Se convierte en la base del éxito para la siguiente temporada.

Con la idea de juego de Ranieri completamente asimilada, unida a la llegada de grandes fichajes -Santi Cañizares- y futbolistas expertos para apuntalar la línea defensiva -Roche y Björklund-, el Valencia se proclama campeón de la Intertoto y concluye la Liga en cuarta posición, logrando así su primera clasificación para la fase de grupos de la Champions League.

Pero, sin lugar a dudas, esa plantilla ofrece su mejor versión en la Copa del Rey, firmando gestas que recordaremos toda la vida. En octavos de final, el equipo valencianista se deshace sin mayores complicaciones del Levante por un resultado global de 4-0. Tras el derbi, elimina al Barça en cuartos, imponiéndose en ambos encuentros gracias a un planteamiento excelso basado en el contragolpe y la pegada de Piojo López. Después, en semifinales, se produce una goleada apoteósica. El 9 de junio de 1999, Mestalla alcanza el delirio con un 6-0 ante el Real Madrid que jamás olvidaremos. Con doblete de Roche, y tantos de Claudio, Vlaovic, Angulo y Mendieta, el Valencia deja sellada su presencia en esa final de Copa del Rey con la que empezó todo.

Aquel equipo era una máquina perfectamente engrasada. Bien trabajado táctica y físicamente, superior al resto en piernas y pulmones. Con tremenda experiencia y calidad en la zona de retaguardia y el pasillo de seguridad, (Cañizares, Djukic, Angloma, Carboni, Luis Milla) y dos jugadores en un estado de forma excepcional, quizá el mejor de sus respectivas carreras: Mendieta y el Piojo. Ambos fueron determinantes en el partido del que Ranieri conserva mejor recuerdo: *“El mejor momento, sin duda, fue ganar la Copa en Sevilla. Regresar a Valencia y ver a la gente en las calles, todo el mundo loco de alegría. Es algo que no olvidaré jamás, tengo esas imágenes grabadas en mi memoria y en mi corazón”*.

Esta es la historia de Claudio Ranieri. Responsable de inocular en el vestuario de Mestalla el ADN ganador que se mantendría, curiosamente, hasta su regreso en el verano de 2004, semanas antes de la consecución de la Supercopa de Europa ante el Porto, cerrando un ciclo glorioso. Entrenador pasional, vivo, intuitivo, evidenció tacto e inteligencia para saber adaptarse a la plantilla que tenía -incluso traicionando su propio libro de estilo- en esa recta final de la década de los noventa. Un grupo de jugadores entre los que supo ver materia prima de centrocampista importante a Gaizka Mendieta, al que sacó del lateral derecho para convertirlo en alma, capitán y leyenda del Valencia. De su excelente simbiosis con Claudio López, que Ranieri explotó a la perfección, procede el primer gran triunfo de la era moderna. *Grazie, allenatore*.

089

∞ HÉCTOR CÚPER

A la conclusión de la final de la Champions League contra el Bayern de Munich el 23 de mayo de 2001, Héctor Cúper aseguró que, a pesar de la angustiosa derrota en la tanda de penaltis, volvería a disputar una final así aun sabiendo que iba a perderla. En aquel momento, la frase, además de impactante, sonaba descabellada. Hoy tiene todo el sentido del mundo. Casi dos décadas después, el Valencia no ha vuelto a un escenario mínimamente parecido. El tiempo debe hacerle justicia al técnico argentino. Un entrenador serio, perfeccionista, metódico que lideró a un club neófito hasta dos subcampeonatos de Europa. Un éxito indiscutible que debemos poner en valor.

Nacido en Chabás, un pequeño pueblo agrícola de la provincia argentina de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1955, el que después sería entrenador en Mestalla tuvo que convivir con la tragedia desde muy pequeño. Su madre fallecería con veinte años, en el alumbramiento de su hermano. Como consecuencia de ello, Héctor tuvo que criarse con su abuela, de la que aprendió el carácter ordenado, responsable y disciplinado que marcaría el resto de su vida. Su apellido, por cierto, tiene orígenes británicos. Un bisabuelo suyo emigró a Argentina en busca de una oportunidad. En el registro cambiaron su apelativo real -Cooper- por una nueva versión castellanizada -Cúper-, que ya mantuvo el resto de descendientes.

Con nueve años, deja la escuela y empieza a ganarse la vida limpiando cristales. Aunque, por su extraordinaria madurez, muy pronto siente que lo que de verdad le puede hacer convertirse en alguien importante es el fútbol, su gran obsesión desde que tiene uso de razón. Central zurdo, inteligente y buen cabeceador, siendo adolescente viaja a Buenos Aires para probar suerte en diferentes clubes de la capital. Mientras espera la llamada de alguno de ellos, *labura* en un restaurante lavando vasos y platos. La primera oportunidad sería le llegaría en Ferrocarril Oeste, con el que se proclama campeón nacional en 1982 y 1984. Además, militaría en otros dos equipos: Independiente de Rivadavia y Huracán.

Es precisamente en este último club donde comienza su carrera como entrenador en 1993. Su siguiente destino será Lanús, al que convierte en campeón de la Copa Conmebol. Tras este éxito indiscutible, se produce la llamada de Europa. En el verano de 1997, el Real Mallorca, que acababa de ascender a Primera, le contrata con el único objetivo de conseguir la permanencia. Superando todas las previsiones, el conjunto bermellón concluye la campaña en quinta posición, además de disputar la final de Copa, en la que cae ante el Barça tras los lanzamientos desde el punto de penalti.

En la temporada 1998/99, iba a convertirse en un mito de la isla balear, levantando el telón de la competición oficial con un triunfo en la Supercopa de España. Además, como subcampeón de Copa -el Barcelona ganó la Liga en el 98- el Mallorca disputa la Recopa de Europa, título que está a punto de conquistar en la gran final contra la Lazio. Por si todo esto fuera poco, el equipo se clasifica para Champions tras imponerse al Celta (2-0) en el Luis Sitjar el 13 de junio de 1999. Esa tarde, Héctor Cúper se despide de Palma. Queda una jornada de Liga que, caprichos del destino, tiene que disputarse en Mestalla, el próximo estadio en el que será entrenador. En la rueda de prensa posterior al encuentro, diferentes periodistas mallorquines le preguntan por el espinoso asunto: *“Nosotros iremos a Valencia a ganar. Y, si podemos, que lo vamos a dejar todo para poder conseguirlo, ser subcampeones. Para el Mallorca, ser segundo en Liga es algo fantástico. El que tenga dudas sobre mí, que las tenga. Yo trabajo con total transparencia y dando lo mejor de mí”*.

El Valencia golea en esa última jornada (3-0) del 20 de junio de 1999 y, por primera vez en su historia, se clasifica para la fase de grupos de la Champions League. El encuentro supone el adiós de Ranieri, que ya se había comprometido con el Atlético de Madrid. Fue el propio técnico italiano quien, avisando de su marcha un mes antes de la conclusión de la temporada, recomendó a la directiva valencianista el fichaje de Cúper.

El de Chabás convierte al murciélago en un conjunto rocoso, granítico, valiente y muy competitivo. Ese equipo, que debutaba en la competición, acaba primero en el grupo F, por delante de Bayern, Glasgow Rangers y PSV. En segunda ronda, elimina a Fiorentina y Girondins, clasificándose para la siguiente eliminatoria junto al Manchester United. Después llegaría el legendario 5-2 a la Lazio en cuartos de final el 5 de abril de 2000 y la semifinal en la que Piojo y Angulo trituraron al Barça. Solo faltó el broche oro en París. *“Recuerdo que, después de la primera final de Champions contra el Real Madrid, estando ya en mi casa, pensaba que nunca más tendría la oportunidad de dirigir en un partido así. Y resulta que al año siguiente se repite la historia”.*

Así es. El Valencia, además de proclamarse subcampeón de Europa, concluye en tercera posición la temporada 1999/2000. Circunstancia que le permite meterse en la fase de grupos de la Champions por segunda vez en su historia. Ya considerado como favorito, en primera ronda acaba campeón del grupo C, superando a Olympique de Lyon, Olympiakos y Heerenveen. En la segunda liguilla, también finaliza primero, siendo superior a Manchester United, Sturm Graz y Panathinaikos. Dos potentes rivales ingleses -Arsenal y Leeds- sucumben ante la mística de Mestalla en cuartos y semifinales.

A pesar de haber hecho méritos de sobra para levantar la orejona, el fútbol volvió a ser cruel con el murciélago. Y con Héctor Cúper que, no obstante, realiza una lectura tremendamente positiva de aquellos dos años: *“No cambiaría haber ganado una final por haber disputado todas las que perdí. Porque, de todas, de todas, guardo algo especial. Cada una de ellas supone una experiencia bárbara. De Valencia guardo un gratísimo recuerdo. Fue una maravillosa experiencia profesional que, además, a mí me sirvió para después fichar por el Inter. Llegamos a dos finales de Copa de Europa. Cuando lo recuerdo, todavía me cuesta creerlo”.*

Esta es la historia de Héctor Cúper. El alquimista de un sueño que hoy merece la consideración de proeza. Dos subcampeonatos de Europa consecutivos. El primero, como debutantes en la competición. Aquel fue un gran Valencia. Pasara lo que pasara en las finales. Y lo fue, en parte, por la brillante dirección técnica de un entrenador al que la historia no ha hecho justicia.

090

∞ RAFA BENÍTEZ

Rafa Benítez (Madrid, 16 de abril de 1960) es el único entrenador que, en un siglo de vida del club, ha logrado ser dos veces campeón de Liga. Ninguno de los grandes técnicos históricos que tuvo el Valencia lo consiguió. Ni Eduardo Cubells, ni Jacinto Quincoces, ni Alfredo Di Stéfano. Hombre metódico, un loco del fútbol, persiguió la perfección y el detalle durante sus tres temporadas en Mestalla. Circunstancia que despertó no pocos recelos al principio entre sus jugadores. Los mismos que, con el paso del tiempo, le han valorado y echado de menos al ser conscientes de que, gracias a Rafa, formaron parte de uno de los mejores equipos del mundo.

Enfrascado en la búsqueda de un recambio para Héctor Cúper, que abandona Mestalla tras la traumática final de la Champions League en Milán, el Valencia se plantea diferentes alternativas para el banquillo durante el verano de 2001. Una de ellas es la de un joven entrenador que acaba de ascender al Tenerife a Primera División. Javier Subirats es el responsable de plantear a la junta directiva del club el fichaje de Rafa Benítez. El propio técnico, desde la Ciudad Deportiva del Newcastle, Darsley Park, nos acompaña en este repaso por su gloriosa etapa en la Avenida Suecia. Una maravillosa aventura que arranca con un *casting*: *“Además de las otras opciones que había, es Javier (Subirats) el que propone mi fichaje. Me llama un día Pedro Cortés y me pregunta si me atrevo a entrenar al Valencia”*.

Rafa acepta el órdago del presidente y se atreve, pasando a dirigir un

vestuario liderado por jugadores que tienen mucha más experiencia en Primera que su nuevo entrenador. A pesar de ello, Benítez se encuentra con una magnífica respuesta de la plantilla: *“Tuve suerte porque eran jugadores acostumbrados a competir al máximo nivel durante muchos años, con una gran trayectoria. Y a mí, que venía de Segunda, me podían haber mirado un poco raro. Sin embargo, me encontré un grupo muy profesional. Chavales que vivían el fútbol, que hablaban de fútbol y que, sobre todo, querían ganar”*.

Tras el doble varapalo que supuso perder la final de la Champions y quedarse fuera de la siguiente edición con la chilena de Rivaldo en la última jornada de la temporada 2000/01, el técnico madrileño consigue recuperar mentalmente a la plantilla durante las semanas previas al inicio de la competición. En el estreno oficial de Benítez como técnico valencianista, el equipo de Mestalla se impone 1-0 al Real Madrid de Zidane con gol de Angulo.

Aun así, la marcha del Valencia es errática durante la primera vuelta. Elimina cómodamente a Chernomorets y Legia de Varsovia en Copa de la UEFA, pero no puede pasar del empate en casa contra Tenerife o Deportivo Alavés. Y, sobre todo, se produce la fea eliminación en Copa por la alineación indebida de cuatro extranjeros de forma simultánea en Novelda. Esta suma de circunstancias negativas provoca que algún consejero bocazas empiece a llamar a Benítez con desprecio ‘El Torero’. Estamos en la antesala del partido que iba a cambiarlo todo.

El 15 de diciembre de 2001, el Valencia juega en Montjuic. Llega al partido en octava posición y las cosas empiezan a torcerse muy pronto. Palencia y Álex Fernández adelantan al conjunto perico, que se marcha con ventaja (2-0) al descanso. En el intermedio, Rafa se la juega, quitando a Pablo Aimar y dando entrada a Salva Ballesta. Con tres delanteros sobre el césped casi congelado de la montaña mágica, se produce una remontada histórica, gracias a dos goles de Rufete y uno de Adrian Ilie. A pesar de todo lo que se ha



Rafa Benítez / Alberto Iranzo / Diario AS

dicho y escrito sobre aquella noche, el técnico madrileño no era consciente de estar jugándose el cargo: *“No tuve esa sensación en ningún momento. Ni antes de jugar ni, por supuesto, en el descanso. Mi única preocupación era hacer todo lo posible para que el equipo ganara”*.

Ese triunfo supone un punto de inflexión. En la segunda vuelta, el Valencia tan solo pierde tres partidos, sumando 42 puntos de 57 posibles. Una de las claves de esos cuatro meses fue la recuperación de Rubén Baraja, lesionado en el primer tramo de competición. Asistimos al nacimiento de una sociedad que ya es eterna: Albelda-Baraja. Para muchos, el mejor doble pivote en cien años de historia. Para Benítez, dos componentes básicos del pasillo de seguridad de aquel equipo legendario: *“Era una pareja que se compenetraba muy bien. David era duro en defensa, disputaba todos los balones divididos y Pipo ponía la pausa y la llegada de segunda línea. Posiblemente, como dicen los aficionados del Valencia, sea la mejor pareja. Porque son muy difíciles de mejorar”*.

Baraja, precisamente, iba a convertirse en el héroe la noche que el equipo da el paso definitivo para poder ser campeón de Liga. En la jornada 36, un 27 de abril de 2002, el Valencia remonta al Espanyol con dos goles de Rubén provocando el delirio en Mestalla. Los centros para los dos goles procedían de la izquierda. Explotando la enorme competencia que existía en esa demarcación, Rafa había sacado del campo a Vicente para dar entrada al Kily, inspirado asistente esa noche. Estamos ante otra de las señas de identidad inconfundibles en el ‘Código Benítez’, las rotaciones: *“A veces lo pongo de ejemplo aquí en Inglaterra porque era fantástico el nivel de competitividad que creamos. Todo el mundo rendía. Podía cambiar siete jugadores y el equipo seguía ganando”*.

Esa remontada épica contra el Espanyol hace que el Valencia dependa de sí mismo para ser campeón en la penúltima jornada. Y el murciélago no falla. Con goles de Ayala y Fabio Aurelio, el conjunto dirigido por Rafa Benítez hace historia el 5 de mayo de 2002 volviendo a llevar una Liga a las vitrinas de Mestalla 31 años después. La celebración del cuerpo técnico fue sencilla, tranquila, sin aspavientos. *“En ese momento, te aseguro que la alegría es enorme porque el título es el resultado de muchos meses de trabajo. Pero, ¿sabes qué ocurre?, no hicimos una gran celebración porque estábamos convencidos que el equipo iba a ganar. De ahí la tranquilidad al acabar el partido en Málaga”*.

La temporada siguiente al título de Liga, siendo notable, genera un desgaste interno evidente. La plantilla paga el esfuerzo del año anterior y acaba quinto en Primera, además de quedarse a las puertas de las semifinales de

Champions. En la previa del encuentro de vuelta de los cuartos de final contra el Inter, el 21 de abril de 2003, Rafa aprieta al vestuario en sala de prensa con una frase que pasaría a la historia: *“Y los jugadores que no empujan lo suficiente, que asuman la responsabilidad, que salgan y que demuestren. Y el que no esté contento, no le queda otra que seguir. Nos quedan dos meses, dos meses de aguantarnos”*.

Consciente de que hay plantilla para volver a ser campeones, pero deseoso de mejorar alguna demarcación concreta en la que el equipo había perdido competitividad, Benítez muestra su desencanto público por los fichajes de dos jugadores -el centrocampista uruguayo Canobbio y el goleador brasileño Ricardo Oliveira- que no se ajustan al perfil que había solicitado. Sus quejas provocan un posicionamiento masivo del entorno en favor del entrenador y en contra del consejo de administración presidido por Jaume Ortí, al que abuchean de forma desagradable en la presentación de la plantilla el 13 de agosto de 2003.

Esa temporada, que comienza con pitos y polémica, acaba convirtiéndose en la del doblete: Liga y Copa de la UEFA. La mejor campaña en la historia del club. Un año excepcional en el que el Valencia es superior a todos sus rivales en Primera. En Europa, se proclama campeón dejando en el camino a AIK Solna, Maccabi Haifa, Besiktas, Glençerbiligi, Girondins, Villarreal y Olympique de Marsella. La gestión de vestuario por parte de Rafa es excelsa, sublimando las rotaciones y haciendo equipos tremendamente difíciles de superar en ambas competiciones. *“Estoy muy orgulloso del crecimiento de jugadores como Albelda, que venía de una cesión en el Villarreal, Vicente, Mista, Marchena, que fue muy importante para nosotros, Javi Garrido, Fabio Aurelio, Rufete, David Navarro y Sissoko, al que el club fichó como delantero pero nosotros reubicamos en el centro del campo”*.

Fueron tres años maravillosos con un final triste. Como suelen ser la mayoría de los finales. Tras no llegar a un acuerdo para renovar su contrato con Manuel Llorente, el técnico madrileño, hecho un mar de lágrimas, se marchaba del Valencia el 1 de junio de 2004.

Esta es la historia de Rafa Benítez. Posiblemente, el mejor entrenador en casi un siglo de historia. Dos Ligas, una Copa de la UEFA y, muy importante, el responsable de obtener la mejor versión de la mayoría de jugadores que tuvo a sus órdenes. El hombre metódico, preocupado por el detalle, el loco de los vídeos al que siempre le faltaban horas para estudiar a los rivales. Y, por encima de todo, el que -en aquellos tiempos de pelucas y goles gritados al viento- nos hizo completamente felices. Gracias, Rafa.

CAPÍTULO 23

LEYENDAS

∞ Antonio Puchades
Pepe Claramunt
Mario Alberto Kempes
Ricardo Arias
Fernando Gómez
Claudio 'Piojo' López
David Albelda
Rubén Baraja
Santi Cañizares
David Villa

091

∞ ANTONIO PUCHADES

Referente para todas las generaciones de valencianistas, símbolo de una época, Antonio Puchades fue el centrocampista total. Con un despliegue físico sin precedentes y enorme calidad técnica para iniciar el juego ofensivo del equipo, fue campeón de Liga (1947) y dos veces campeón de Copa (1949, 1954) en el Valencia. Su liderazgo y nivel de rendimiento en Mestalla, además, le convirtieron en uno de los futbolísticas básicos la selección española, con la que fue internacional en veintitrés ocasiones, incluidas seis titularidades en el Mundial de Brasil 1950.

Puchades nació y creció entre arrozales, en Sueca, donde comenzó a forjarse un nombre en el fútbol regional cuando acababa la jornada como labrador. En su pueblo tenía como entrenador al que fuera gran jugador del Valencia, Carlos Iturraspe. Fue éste quien, meses después de retirarse, recomendó a Luis Colina el fichaje de *Tonico*, como le conocían cariñosamente sus paisanos: “*En el Sueca tengo un mediocentro que va a ser mejor de lo que era yo*”. Ante semejante sentencia, el secretario técnico agilizó los trámites pertinentes -el club pagó un taxi que recogió a Antonio en su domicilio en La Ribera y le llevó hasta la sede social en el centro de la ciudad- y se cerró la operación.

No tendría que esperar demasiado para debutar con el primer equipo en partido oficial. Antes de la segunda jornada de la temporada 1946/47, en la previa de un encuentro contra el Celta, una lesión iba a cambiar su historia



Puchades / Miguel Ángel López Egea/Biblioteca Suecana

y, con él, la del Valencia. Así explicaba Antonio Puchades la secuencia de los hechos: *“En un entrenamiento en Mestalla un jueves, el campo estaba embarrado. Monzó tuvo la desgracia de caer en mala postura y se dislocó el brazo. Entonces todos se movilizaron diciendo que, con la baja de Monzó, había que recuperar a Carlos (Iturraspe), que ese verano lo había dejado. Pero Pasarín se negó, diciendo que el ‘pelao’ que había jugado en el equipo de suplentes tenía posibilidades. Ese ‘pelao’ era yo”*.

El *fang*, el barro entre el que se había ganado los primeros jornales en los campos de arroz iba a resultar determinante en su estreno oficial. Pero, después de hacer el viaje a Vigo, para poder jugar, Puchades necesitaba la lluvia. Tenía que llover. *“Fuimos convocados Morera, un chaval que era de Silla, y yo. El entrenador nos dijo que, si hacía sol y el campo estaba seco, iba a jugar él. Y que, en cambio, si llovía y el terreno de juego estaba embarrado, saldría yo. Me pasé la noche rezando para que lloviera”*.

Y llovió. Llovió toda la noche y al día siguiente. Y Antonio Puchades disputó los noventa minutos en la victoria del Valencia contra el Celta (1-2) con doblete de Mundo. Pero no todo fueron alegrías. En el regreso a casa. Tónico tuvo que vérselas con su señora madre: *“Por ganar en Vigo, nos dieron una prima de 500 pesetas, que entonces era como dos o tres millones, y los llevé a casa. Al verlo, mi madre empezó a chillarme diciéndome que lo devolviera de donde lo hubiera robado. No se podía creer que ese dinero lo hubiera conseguido jugando al fútbol”*.

Esa temporada, con una plantilla de la que había desaparecido Gorostiza con respecto a los primeros años de la ‘Delantería Eléctrica’, Puchades completa los primeros cuatro encuentros -hasta que Monzó se repone de su lesión- y el último de Liga, en el que el Valencia, goleando al Sporting de Gijón (6-0), iba a proclamarse campeón. En la siguiente campaña, comienza como suplente pero, en la cuarta jornada, Pasarín apuesta por él como titular jugando en la media contra el Atlético de Madrid. El murciélago realiza un encuentro excepcional, imponiéndose con contundencia (3-1) y el pulmón de Sueca ya fue titular de por vida.

Convertido en imprescindible, Antonio Puchades imprime su personalidad a una plantilla plagada de jugadores veteranos como Eizaguirre, Monzó o Mundo. El eterno ‘6’ de Mestalla tenía clase y un físico privilegiado pero, sobre todo, tenía alma. Derrochaba kilómetros en la parcela ancha, recuperaba balones, dibujaba coberturas, llegaba desde segunda línea y, en una de sus especialidades, sacaba a la defensa cuando se aculaba en exceso. Así lo recordaba el mítico portero Quique: *“Si el equipo estaba muy atrás, levantaba los brazos y se ponía a chillar para que la defensa adelantara unos metros la línea al grito de ‘¡Amunt!’*. Fue un jugador único”.

El Valencia de finales de la década de los cuarenta -en el que seguían teniendo un protagonismo absoluto Mundo, Asensi o Epi-, iba a poner de moda una sociedad en la media que ya forma parte de la historia de Mestalla: Puchades-Pasieguito.

No tardaron en llegar las ofertas de otros grandes de España, como el Barça. Tras la conquista del título de Copa en 1949, tres emisarios del equipo blaugrana se presentaron en el Hotel Rialto -ubicado junto a la actual Plaza del Ayuntamiento- para llevarse a Tónico. Junto a él, en la reunión, Luis Casanova, Eduardo Cubells y Luis Colina. Antonio Puchades comió a dos carrillos, departió durante la sobremesa con educación pero, cuando la negociación se puso en marcha, lo tuvo claro: *“Les dije muy rápido que yo no podía moverme del Valencia, que era mi club, mi casa. Que cómo iba a marcharme tan lejos del casinet en el que jugaba la partida todas las tardes. El negocio me era muy favorable en lo económico, pero a mí no me sentaba nada bien que me sacaran de mi pueblo”*.

Líder del Valencia campeón, el centrocampista suecano pasa a ser fijo también en la selección española, con la que acude al Mundial de Brasil en 1950. La Roja consigue la cuarta posición, logro que durante décadas fue la mayor hazaña de nuestro combinado internacional. Puchades fue designado mejor centrocampista de aquella edición, en la que completó seis partidos con España. Tan importante llegó a ser, tan elevado su nivel de juego que Mestalla se quedó pequeño. Para verle a él y a Wilkes, uno de los primeros grandes ídolos del entorno en la historia del club.

En 1954, con el estadio en plena remodelación, Puchades iba a levantar su último título: la Copa, tras una memorable final en la que el conjunto valencianista supera al Barça sin paliativos (3-0). Cuatro temporadas y varios ataques de ciática después, Tónico disputaba su último encuentro oficial. Curiosamente, ante el Celta, el equipo contra el que había debutado aquella lluviosa tarde en Vigo. Era marzo de 1958, pero todavía no colgaría las botas. Le quedaba un último partido, uno de los más especiales, el de su homenaje. El presidente de la comisión organizadora del mismo fue Don Julio de Miguel, directivo en ese momento y presidente años después: *“Tuvimos una idea maravillosa. Colocar a varios chavales jóvenes sobre el césped que formaron la palabra ‘Puchades’. Y además económicamente salió muy bien, con el campo hasta arriba. La afición supo ser muy generosa con Antonio, en contrapartida a todo lo que había dado”*.

El Valencia goleó al Olympique de Niza (5-1) y, efectivamente, el estadio se llenó. Y eso que era un martes lluvioso de principios de diciembre. Pero nadie quería perderse el homenaje al mito. Al acabar el encuentro, con miles de pañuelos blancos flameando en las gradas, Puchades decía adiós emocionado, saludando con el brazo derecho al público de Mestalla. La despedida definitiva de Tónico se produjo en mayo de 2013, marchándose para siempre al cielo de las leyendas. Meses después, el club iba a inmortalizar su figura eligiendo su nombre para bautizar el estadio en el que juega sus partidos el filial.

Así fue Don Antonio Puchades, leyenda del Valencia. Fiel al equipo de su corazón, feliz con sus veraneos en El Perelló, con el Topolino de segunda mano que le compró a Eizaguirre y en el que iba a entrenar. El mito que pudo marcharse a Barça o Madrid pero no se vendió por dinero. El líder de un equipo campeón. El símbolo eterno.

092

∞ PEPE CLARAMUNT

Si hubiera que explicarle a un joven aficionado del Valencia quién era y cómo jugaba Claramunt, la forma más gráfica de hacerle entender su dimensión es plantear una mezcla imaginaria. Combinar en un solo futbolista a Albelda y Baraja. El oficio, el trabajo, el posicionamiento y la capacidad de recuperación de David. La llegada de segunda línea, el criterio con balón y la facilidad para la creación de Rubén. Así de completo, así de genial era el centrocampista de Puçol. Una leyenda de Mestalla que defendió el escudo del murciélago un total de doce temporadas.

Los inicios de Pepe en el fútbol no fueron sencillos. Pepe soñaba con llegar a ser jugador profesional, pero en su casa no lo tenían tan claro. Su padre le quería junto a él, en la huerta, ayudando en el negocio familiar. El propio Claramunt rememora aquellos años de juventud: *“Vengo de una familia de labradores, de gente de la huerta. Casi ni conocían el fútbol y no les gustaba demasiado que jugara, esa es la verdad”*.

A pesar de las reticencias familiares, Pepe Claramunt nace al fútbol en uno de los clubes de Puçol, el Cointra, donde se convierte en gran ídolo local. Medio organizador completísimo, evidencia una privilegiada capacidad física, consecuencia del trabajo que realiza en el campo junto a su padre: *“Entonces no había una preparación adecuada como ahora. La fuerza que yo pudiera tener es la que había heredado y la que desarrollé por haber ido al campo desde que tenía cinco o seis años, tanto con mi abuelo como con mi padre.*

Entonces no miraban la edad. Íbamos a labrar, a rascar, al arroz. Hacíamos de todo”.

El nombre de Claramunt se pone de moda en la provincia y empiezan a llegar ofertas de varios clubes. Las rechaza todas hasta que se produce la que esperaba: la del Valencia. Aunque persigue el sueño de debutar en Primera con el equipo de su corazón, se encuentra con dificultades logísticas. Los viajes a la ciudad desde Puçol no eran nada sencillos en aquella época... *“Entonces no había coches particulares en las casas y a Valencia iba en autobús. Tenía que estar muy atento a la hora porque pasaban muy pocos al día. El club, al menos, empezó a pagarme los viajes siendo juvenil”.*

Tras una cesión en el Saguntino, donde acudía a jugar en bicicleta desde su domicilio familiar, Pepe entra a formar parte del CD Mestalla en la temporada 1965/66. Allí iba a tener de entrenador a otro mito de la historia del Valencia: Mundo. Los comienzos son complejos. Su físico, poco peso y escasa altura generan dudas en los técnicos. *“Con él me pasó lo mismo que con Rino. Al principio no sabían si ponerme porque me veían endeble y con poca altura”.*

A pesar de su juventud -diecinueve años- y de la aparente -solo aparente- endeblez física, Pepe disputa treinta partidos de Liga en ese año iniciático. En Fallas se produce su debut con el primer equipo en partido amistoso contra el Arsenal inglés (0-0). Cuando acaba la temporada, Mundo pasa a dirigir el primer equipo y toma la decisión de llevarse a Claramunt a las dos giras americanas impulsadas por Vicente Peris. Viajes inolvidables a México, para la inauguración del Estadio Azteca, y Venezuela, donde el Valencia se proclama campeón de la Pequeña Copa del Mundo. Una experiencia maravillosa, que empieza con un susto morrocotudo: *“Esa fue la primera vez que subí en avión. Un avión grande, un DC-8. Y sucedió que, al despegar en Madrid, reventó una de las ruedas y no pudimos salir. Al principio, pensaba que era niebla. Pero Pesudo, que no podía creerse que no me hubiera enterado, me explicó lo del reventón”.*

En la gira americana, el centrocampista de Puçol rinde a un nivel muy alto, ganándose la confianza de Mundo. El técnico vasco le hace debutar en partido oficial en la primera jornada de la temporada 1966/67. El 11 de septiembre de 1966, Claramunt forma en la media junto a Roberto Gil y el Valencia gana en Riazor (0-1) con gol de Waldo. A pesar de su juventud, Pepe cumple con creces: *“En ese momento, era la última pieza del equipo. Debuté siendo casi un niño y me pesó un poco la responsabilidad, pero jugué bien. De hecho la prensa dijo que había tenido un estreno prometedor”.*

Con tan solo veinte años, completa una primera temporada de ensueño.



Claramunt / Colección P. Claramunt

Cuando llega el mes de junio de 1967, ha disputado un total de 44 partidos oficiales sumando Liga, Copa de Ferias y Copa, título que el Valencia acaba levantando tras imponerse en la final al Athletic de Bilbao. Un encuentro resuelto con goles de Jara y Paquito y en el que Claramunt exhibe grandes dosis de oficio, ejerciendo de veterano en los minutos finales. *“Cogía el balón y me iba al córner. Aguantaba la pelota, me hacían falta y la volvía a aguantar. Así todo el tiempo hasta que se acabó el partido y ganamos el título”.*

Su eclosión en el Valencia, título de Copa incluido, le permite debutar con la selección española el 28 de febrero de 1968. Tenía tan solo veintiún años. España se impone a Suecia (3-1) y Pepe disputa la última media hora, entrando en sustitución de Pirri. A partir de aquella primera oportunidad que le proporciona Domingo Balmanya, Claramunt tendría la confianza de todos los seleccionadores hasta 1975 jugando, atención, en diferentes posiciones: *“En todas las demarcaciones que jugaba en el Valencia, repetía con la selección. Me pusieron de extremo derecha, extremo izquierda, interior, mediocentro y hasta delantero”.*

A pesar del éxito indiscutible cosechado tanto en el Valencia como en la selección española, aún le quedaba margen de mejora. Ese peldaño hacia la excelencia iba a subirlo con la llegada a Mestalla del entrenador que más le ayudó en su carrera: el único e incomparable Don Alfredo Di Stéfano. El técnico argentino matizó su posición en el campo y le hizo jugar más retrasado, cerca de Paquito, junto al que completó una temporada mágica, consiguiendo el título de campeones de Liga. En 1971 comenzó a convertirse en líder y referente. *“Me dijo que tenía que ser el director del equipo. Me puso fijo en el*

centro del campo y ahí estuve toda la temporada. Esa continuidad me hizo adquirir mucha confianza. Además, él me permitía llegar arriba. Con Paquito y Poli en el medio, podía desarrollar mi juego”.

Claramunt marcó 90 goles en el Valencia. Era especialista desde el punto de penalti, aunque consiguió tantos mucho más complejos. Alguno de ellos todavía recordado por los abonados más veteranos del lugar. Uno en Córdoba, otro en el campo del Elche y, sobre todo, una obra de arte en Mestalla contra el Betis. El templo se llenó de pañuelos. *“Fue un gol espectacular, casi por casualidad. Cogí el balón en medio del campo y, después de regatearme a dos rivales, el tercer defensor toca la pelota y me la deja por detrás, botando a la altura de la espalda. Entonces la toco de espuela y me la paso por encima de la cabeza. Viendo que el portero del Betis estaba adelantado, le pego de parábola por arriba y entra. El estadio se caía”.*

Pudo haber hecho más goles como ese al Betis, pero una grave lesión de ligamentos de rodilla aceleró su declive. Tuvo incluso la posibilidad de renovar con el Valencia pero, sintiendo que ya no podía dar lo mejor de sí mismo, optó por colgar las botas. Tenía 31 años y recibió ofertas de mucho dinero, sobre todo del Castellón, pero no encontraba alicientes para seguir. Y lo dejó.

Con el tiempo, regresaría a Mestalla, a su casa, para ejercer de ojeador y director de cantera. Un tiempo en el que, lamentablemente, no se sintió escuchado a pesar de elaborar numerosos informes sobre jugadores hoy consagrados. *“Mi ilusión era ayudar a los jóvenes a llegar, a cumplir el sueño de jugar en Primera. Porque la mayoría de los jugadores de élite salimos de casas con pocas posibilidades económicas. Quería darle al Valencia los mejores jugadores del mundo. Pero acabé marchándome porque no me hacían caso. Aconsejé el fichaje de Cristiano Ronaldo, Mascherano, Drogba, Malouda... Me hacía 2.000 kilómetros para nada cada fin de semana y me cansé”.*

La parte final de la conversación con el mito nos enseña, ya por completo, el enorme corazón de Claramunt, que deja una enseñanza para los más pequeños. Los que ahora nacen al fútbol soñando con la posibilidad de llegar al Valencia: *“Parece que, por ser labrador o no tener mucho dinero, uno no puede tener la ilusión de llegar. Y eso no es así. Me gustaría que, esto que te estoy contando, sirva para que los más jóvenes sepan que, con ilusión y trabajo, se puede conseguir todo. Estoy pensando que nunca había hablado tanto de mi vida y de mi historia como en esta entrevista”.*

Y así acabó hora y media larga de charla con la leyenda de Puçol. El centrocampista total. Gracias por abrirnos las puertas de su corazón, señor Claramunt.

093

∞ MARIO ALBERTO KEMPES

En una época complicada para los secretarios técnicos, sin Internet, programas digitales para el seguimiento de jugadores ni antenas parabólicas, el genio Pasieguito consiguió el que, muy probablemente, fue el mejor fichaje que realizó durante su trayectoria como director deportivo del Valencia. A través de la revista 'El Gráfico', que coleccionaba con fruición, y de llamadas a personas de confianza en Sudamérica, se obsesionó con traer a Mestalla a uno de los delanteros de moda en Argentina: Mario Alberto Kempes.

Con tan solo veintidós años, se había proclamado en dos ocasiones consecutivas (1975, 1976) máximo goleador del Torneo Metropolitano, enrolado en las filas de Rosario Central. Tras una intensa negociación con dicho club argentino, el presidente valencianista, José Ramos Costa, acabó pactando el traspaso por 600.000 dólares, unos 34 millones de pesetas de la época. Kempes, un absoluto desconocido para la afición del Valencia, llega a la ciudad en la víspera del Trofeo Naranja 1976. Acompañado por Pasieguito, su descubridor, se somete al preceptivo reconocimiento médico. En mitad de las pruebas, un sobresalto: las radiografías revelan la existencia de una sombra preocupante en el estómago del futbolista. Preguntado por el asunto, Mario calma a los galenos. El oscuro objeto era una perdiz que se había metido entre pecho y espalda durante la parada para comer en Motilla del Palancar. Superado el momento de tensión, obtiene luz verde por parte del equipo médico del club y se prepara para su debut al día siguiente.

Un estreno que, por desafortunado, jamás olvidaría. Sin conocer todavía los

sistemas del equipo, juega de inicio ante el CSKA de Moscú y no da pie con bola, llegando incluso a mandar un penalti al cielo de Mestalla. Así recuerda la situación el propio Kempes: *“Todavía no me había adaptado a la gran diferencia horaria entre Argentina y España. Pasaba las noches sin dormir y me costaba mantenerme despierto durante el día. Me costó unos días conocer a mis compañeros y poder entrenar bien. A partir de ahí llegaron los goles”*.

Y además de verdad. En su estreno oficial, en la primera jornada de Liga, disputada en Mestalla el 5 de septiembre de 1976, el Valencia supera al Celta (2-0) con dos tantos de Mario. Esa misma temporada, lograría otros seis dobletes, ante Espanyol, Athletic de Bilbao, Atlético de Madrid, Racing de Santander, Sevilla y, en la última jornada, otra vez al Atlético de Madrid, partido en el que iba a coronarse como *Pichichi* de Primera. La campaña siguiente (1977/78), también se alzaría con dicho galardón individual, mejorando sus registros, viendo portería en 28 ocasiones. Ese año, protagoniza dos actuaciones que todavía recuerdan los más viejos del lugar, marcándole cuatro goles a Hércules (6-1) y Rayo Vallecano (7-0), en apabullantes victorias del murciélago.

Pero aquel vestuario estaba capacitado para mucho más que meterse en Copa de la UEFA o hacer que su delantero centro fuera el máximo realizador del país. *“Éramos un grupo de jugadores con mucha calidad. Solsona, Bonhof, Felman... Creo que ha sido uno de los mejores equipos que ha tenido el Valencia”*. En su tercer año en la ciudad, ya convertido en símbolo albiceleste tras el Mundial de 1978, Kempes iba ser el héroe determinante para que el club de Mestalla consiguiera el primer título después de la Liga en Sarrià en 1971.

La tarde del 30 de junio de 1979, en el Vicente Calderón, el Valencia superaba al Real Madrid (2-0) con doblete del *Matador*. Los dos goles, curioso, con su pierna menos divina, la derecha. El primero, aprovechando una asistencia de Solsona, tras regatear a Del Bosque y batir a García Remón por bajo. El segundo, después de un rápido contragolpe lanzado por Castellanos, eludiendo la marca de los defensores madridistas para fusilar a Maté con un disparo a media altura. Aquel equipo, ataviado con la inmortal *senyera*, consiguió esa tarde un lugar en la eternidad, comandado por el gran Kempes. *“De ese partido, además de los dos goles con la derecha, recuerdo lo que trabajó Bonhof. Era impresionante la capacidad física que tenía. Él y Stielike corrieron el doble que todos los demás juntos”*.

Delantero total, era un torbellino cuando arrancaba en tres cuartos de campo. Zancada poderosa, melena al viento, medias caídas, avanzaba con el balón pegado al pie, *fumándose* rivales con un indescifrable regate corto. Y, además de todo ello, Mario era letal a pelota parada. Su golpeo seco era imposible para los porteros de la época y un mal trago para los desafortunados rivales que tenían que colocarse en la barrera. Especialista asimismo desde los once metros, acostumbraba a enchufar



Kempes. / E. Viña / Colección P. Vaello

penaltis disparando fuerte y al centro, sabiendo que el guardameta contrario acabaría venciéndose a uno de los costados. Uno de los pocos días que eligió un *modus operandi* diferente, marró una pena máxima decisiva.

Fue el 14 de mayo de 1980, durante la tanda de penaltis posterior al Arsenal-Valencia que iba a decidir el campeón de la Recopa en Heysel. *“Di Stéfano me pidió que esa tarde saliera de nueve y ya hacía muchos años que no jugaba ahí. La idea era fijar a los dos centrales ingleses y salió bien. Pero yo apenas entré en juego. Me quedé frío y acabé fallando el penalti”*. A pesar de la parada de Jennings a Kempes, Saura acabó levantando el trofeo, gracias a las intervenciones decisivas de Pereira. Lo contrario hubiera sido injusto. Mario había sido determinante para llevar al equipo a la gran final en Bruselas, haciendo nueve goles. Dos al Copenhague, tres al Glasgow Rangers, uno al Barça y otros dos, ya en semifinales, al Nantes. El cetro continental y la posterior conquista de la Supercopa de Europa le convirtieron en un símbolo de Mestalla que trascendió al paso de las generaciones. Autor de 146 goles en 247 partidos, ocupa el trono de los artilleros valencianistas junto a Mundo y Waldo.

También pasó, obviamente, por momentos de tremenda dificultad. En marzo de 1981, arrastrando los efectos de una lesión en el hombro que se produjo en una durísima eliminatoria de Recopa contra el Karl Zeiss Jena alemán, el Valencia

decidió traspasarle a River Plate por 300 millones de pesetas, casi diez veces más de lo que costó su fichaje. Mario volvió a Argentina afectado a nivel emocional. Incluso llegó a recibir llamadas anónimas de aficionados que le insultaban por su bajo rendimiento.

Pero, año y medio después, y ante la imposibilidad de hacer frente a la operación económica, el conjunto bonaerense -que dejó a deber más de la mitad del importe negociado previamente- planteó que Kempes se reintegrara a la disciplina de Mestalla. Y el hijo pródigo regresó, para seguir haciendo lo que mejor sabía: marcar goles. Quince en la temporada 82/83 y veinticuatro al año siguiente. Un empate en Murcia (3-3), el 29 de abril de 1984 iba a convertirse en su último partido en Primera con el murciélagos en el pecho. Esa tarde en La Condomina, el Matador anotó su último tanto con la casaca del Valencia. Finalizada la competición oficial, el club le dio la baja y se marchó al Hércules de Alicante.

Esta es la historia de Mario Alberto Kempes Chiodi, nacido en Bell Ville (Córdoba, Argentina) el 15 de julio de 1954. Sin lugar a dudas, uno de los grandes jugadores en un siglo de historia del Valencia. Con una zurda letal, provocó el delirio de una afición, que, cuarenta años después, le sigue venerando. El próximo día 24, cuando salte al terreno de juego, lloraremos recordando aquella cabalgada a trompicones en el Manzanares que nos hizo campeones, senyera al viento. Será el momento de recordar la frase que marcó su paso por Mestalla: *'No diga Kempes, diga gol'*.

094

∞ RICARDO ARIAS

Mediada la década de los setenta, una de las canteras futbolísticas con mayor prestigio en la provincia de Valencia era la de Benimar. Dirigida, curioso, por un sacerdote. Que, además, oficiaba como capellán en Mestalla: Don Elías Llagarí. Una de las personas del club con la que tenía mayor afinidad era Manolo Mestre. El legendario defensa valencianista durante quince temporadas, ya retirado, se ocupaba en aquel entonces de captar jóvenes talentos para el murciélagos y acudía con cierta frecuencia a las instalaciones de Benimar. Allí descubre a un espigado centrocampista -nacido en Catarroja- que responde al nombre de Ricardo Penella. Aunque, con el tiempo, acabaría convertido en leyenda del Valencia como Arias.

Por el vínculo y la enorme confianza que se tenían, Mestre es el primero en comunicar a Don Elías la intención de la entidad valencianista de fichar a Ricardo. Ambas partes llegan a un acuerdo con rapidez. El jugador pasa una temporada en el filial y, nada más acabar el servicio militar, ya entrena con el primer equipo.

En 1976, con tan solo diecinueve años, Arias inicia la temporada en un vestuario comandado por la vieja guardia, los responsables de transmitirle el legado de aquel grupo cargado de compromiso y valores. Uno de ellos, como nos explica el propio Ricardo, era, además, su ídolo: *“Mi aprendizaje fue cortísimo. ¿Tú sabes lo que era jugar al lado de mi ídolo, que era Pepe Claramunt? Yo entré en el vestuario temblando y hablándole de usted a todos. Española me sienta entre Cerveró y Claramunt, imagínate”*.



Ricardo Arias / Familia Penella

En las dos primeras temporadas, Ricardo Arias va alternando suplencias con titularidades, creciendo en importancia con el paso de las jornadas. Pero casi siempre actuando como centrocampista. Hasta que llega el 8 de abril de 1979. Haciendo de la necesidad virtud, uno de los nombres legendarios en la historia del Valencia, Pasieguito, en aquel momento entrenador del primer equipo, iba a hacerle cambiar de posición. La decisión

supone un punto de inflexión en la historia del murciélago. Así recuerda Arias la secuencia: *"Pasiego me mete atrás porque no teníamos defensas. Esa semana me advierte que esté preparado porque voy a jugar de libre. Yo no sabía ni lo que era eso, nunca había jugado de defensa. Además el partido era contra el Atlético de Madrid de Pereira, Leivinha... Tenían un equipazo"*. La apuesta de Pasieguito no puede salir mejor. El equipo de Mestalla consigue la victoria (2-0) con goles de Bonhof y Castellanos. Ricardo Arias cuaja una actuación soberbia. Tanto, que ya nunca más abandona la posición de líbero.

Actuando precisamente en esa demarcación, apenas dos meses después, el Valencia consigue otra victoria por 2-0, aunque en esta ocasión el triunfo es mucho más significativo. Con dos goles de Kempes, el murciélago -con aquella senyera inolvidable- se proclama campeón de la Copa del Rey superando al Real Madrid en el Vicente Calderón. Un título muy especial para Arias. Por dos motivos: *"Fue el primero que conseguía en mi carrera con el Valencia y, además, acababa de ser padre de mi primera hija, Irene. Jamás lo olvidaré"*.

En aquel tiempo, y así fue hasta que la UEFA decidió suprimir la competición, los campeones de Copa en cada país se enfrentaban la temporada siguiente en la Recopa de Europa. En 1980, tras dos eliminatorias frenéticas contra Barça

y Nantes en cuartos y semifinales respectivamente, el Valencia -formando en defensa con la mítica pareja Arias-Tendillo- disputa la gran final en el estadio de Heysel (Bruselas). El 14 de mayo, Ricardo iba a levantar su primer título europeo. El portero gallego Pereira fue determinante con sus intervenciones, pero Arias acierta en el último penalti valencianista. Cómo lo metió, eso sí, es algo que todavía sigue sin tener muy claro: *“Di Stéfano me dijo que estuviera tranquilo, que seguro que iba a hacer gol. Y yo sentí que no iba a fallar. No me preguntes cómo lo hice, pero sabía que no iba a fallar”*.

Después de Heysel llegaría la Supercopa de Europa contra el Forest y, lamentablemente, la decadencia. Las decisiones erróneas en la ejecutiva del club y los problemas económicos acabaron provocando el temido descenso en 1986. La temporada en Segunda fue durísima, de enorme desgaste interno y tremenda presión. Sobre todo, para Arias, el gran capitán y líder de aquel vestuario. *“Teníamos que subir sí o sí. No había un duro y las exigencias eran todas. Arturo Tuzón nos metía caña día sí, día también. No te puedes imaginar la tensión, la responsabilidad que sentía. Y fueron meses difíciles. No teníamos sponsor, no teníamos ni chándal”*. Faltaba dinero, pero sobraba calidad y hambre. Jugadores jóvenes como Quique, Voro, Giner, Fernando o Arroyo dieron un paso al frente. Unidos al liderazgo que ejercían Ricardo Arias y Javier Subirats, el Valencia regresaba a Primera tras un año en el infierno.

Y lo hacía comandado por su capitán. Aquel mediocentro espigado y con el pelo corto que llegó al club con temblor de piernas se había convertido en un defensa imponente, el cuatro a la espalda, melena al viento. Un líbero inteligente al cruce con una salida de balón inconfundible. Posiblemente, el defensa más elegante que jamás pisó Mestalla.

Siguió en la entidad hasta 1992. Tras el fichaje del defensa rumano Miodrag Belodedici, el club pensó que era mejor no renovarle. Ricardo, que se sentía todavía con fútbol en las piernas, aceptó con el corazón roto y, al menos, consiguió un partido de despedida. Un merecido homenaje que se disputó ante el Barça el 12 de junio. Arias se marchó, dando entrada a Camarasa -su heredero-, entre lágrimas, sin poder articular palabra. Dejaba el Valencia. Su casa. Su vida. *“Ten en cuenta que yo llegué al club con diecinueve años. Yo no he conocido otra cosa. Todos los jugadores que han pasado, todos los presidentes. Me lo he mamado todo. Primero aprendiendo de la vieja guardia y, después, enseñando todo lo que sabía a los jóvenes que iban llegando”*.

Aprender y enseñar. El legado de Mestalla que se transmite de generación en generación. De padres a hijos, de abuelos a nietos, de Claramunt a Arias, de Arias a Camarasa. Leyendas, símbolos, que hacen del Valencia una forma de vida. Para toda la eternidad.

095

∞ FERNANDO GÓMEZ

Si hubiera que designar a los cinco jugadores con mayor calidad técnica que han defendido el escudo del murciélago durante el siglo que tiene de vida, uno de ellos sería Fernando. El centrocampista más goleador en la historia del Valencia perteneció a la institución diecisiete años, quince de ellos en el primer equipo. En ese periodo de tiempo, disputó 702 encuentros, consiguiendo 209 tantos. Símbolo eterno de Mestalla, fue capitán, referente y se marchó a Inglaterra, superada la treintena, convertido en leyenda.

Nacido en Valencia el 11 de septiembre de 1965, el maestro de la medular comienza a forjar su camino en el fútbol disputando partidos interminables en su barrio, San Marcelino. *“Donde yo vivía había unos bloques de fincas con patios interiores. Y ahí jugábamos, unos bloques contra otros. Y además recuerdo ir a los bancales que había a las afueras, poner cuatro piedras como postes y jugar también allí. Yo jugué mucho en la calle”.*

Ya desde sus inicios en el Colegio Salgui, destaca como mediocentro con mucha llegada a portería contraria. Vicente Guillot, responsable de la escuela del Valencia, tenía una gran relación con el director del centro escolar al que pertenecía Fernando. El fichaje no se le podía escapar. *“A punto de cumplir dieciséis años, Vicente consigue llegar a un acuerdo con mi colegio, que me da la baja federativa en marzo de 1981”.* El documento, recogido en estas páginas, tiene un valor simbólico tremendo. Supone el primer paso del eterno '10' en el club de Mestalla.

En categoría juvenil, entrenado por Óscar Rubén Valdez, Fernando Gómez cuaja un segundo año en el que pulveriza todos los registros: *“Jugaba de mediocentro organizador pero, a mi derecha, actuaba un centrocampista defensivo, Timoner, que era mallorquín, muy trabajador. Valdez me dio la orden de incorporarme al área siempre que íbamos al ataque y Timoner cerraba por si había contragolpe. Me fue muy bien. Hice 33 goles en 32 partidos”*.

Ante semejantes registros, el jugador de San Marcelino se incorpora a la primera plantilla para la temporada 1983/84, antes de cumplir la mayoría de edad. Su estreno se produce en Zorrilla, a las órdenes de Paquito, el 15 de enero de 1984. Apenas dos meses después, Fernando consigue su primer gol en la élite. Un precioso golpeo durante un Valencia-Atlético de Madrid disputado en Mestalla el 24 de marzo. Así recuerda la acción: *“Fue un rechace que recoge Castellanos y me pasa de cabeza. Hago un control no muy ortodoxo con el pecho, aunque consigo que el balón se me quede botando delante. Le pegué muy bien y salió a la escuadra de Pereira. Significó mucho para mí. Acababa de cumplir dieciocho años”*.

En aquel tiempo, el club atraviesa por enormes dificultades económicas. Se trata de una época en la que los jugadores de la cantera casi son mayoría en el vestuario. El equipo transita varias temporadas al filo del abismo hasta que desciende en mayo de 1986. Un año que Fernando pasó en blanco a causa de una grave lesión. Ausente del terreno de juego, sufre enormemente por la impotencia de no poder ayudar: *“Desde fuera veías que, incluso jugando bien, no conseguíamos ganar. Recuerdo un partido que dimos un nivel espectacular aquí en casa contra el Atlético de Madrid que, sin embargo, después de una falta que metió Marina acabó en empate a uno”*.

Ya restablecido, se convierte en una de las claves para el ascenso del Valencia en la temporada 1986/87. Completa 38 encuentros, marcando nueve goles. Aunque los inicios con Di Stéfano no fueron fáciles. *“Piensa que yo me lesiono estando Valdez de entrenador. Alfredo no me conocía. No tuve minutos hasta la tercera jornada, contra el Castilla. A partir de ahí ya fui titular siempre”*. El técnico argentino fue uno de los referentes que más le marcó, incluso a nivel personal. *“Valoraba mucho mi trabajo y siempre tuvimos una gran relación. Estando él enfermo, me acerqué a verle a La Fe. Que transcurrido tanto tiempo siguiera recordándome fue algo muy especial. Se me pone la piel de gallina al contarlo”*. De la mano de Don Alfredo, ese vestuario caracterizado por la juventud, el hambre y el talento conseguía el ascenso a Primera en tan solo una campaña. *“Nos divertíamos jugando. Y, desde muy pronto, se demostró que éramos muy superiores a los demás. Eso nos dio fuerza para seguir trabajando con mucha ilusión e implicación”*.



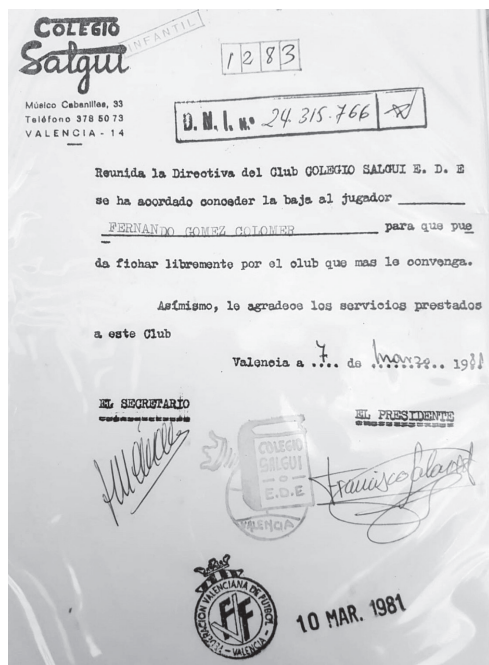
Fernando Gómez Colomer. Autor desconocido
Colección B. Navarro

A partir del regreso a Primera en 1987, Fernando Gómez crece en importancia dentro de la plantilla. Desde ese año y hasta 1996, no baja de catorce goles en ninguna temporada, siendo indiscutible para los tres entrenadores de referencia en aquel tiempo. *“Víctor Espárrago fue el técnico perfecto en el momento que llegó. Éramos muy jóvenes y necesitábamos seriedad, mano dura. Guus Hiddink, junto a Cruyff y Beenhakker, cambió el fútbol en España. Ellos consiguieron que el balón pasará a ser lo más importante. No se valora lo que hizo Hiddink aquí. Competíamos con Real Madrid y Barcelona y, casi siempre, le ganábamos al resto. Se le pasó factura por lo de Karlsruhe cuando fuimos nosotros, los jugadores, quienes perdimos ese partido. Y Luis Aragonés era Di Stéfano a la enésima potencia. Nos*

daba mucha libertad a los de arriba e introdujo en la Liga la recuperación tras pérdida. Era un genio”.

Entre los 209 tantos que consiguió en Mestalla, recuerda especialmente dos de ellos: *“Aunque los aficionados siempre me nombran el que hice aquí contra el Murcia, a mí me gusta uno que conseguí en Bilbao, al palo largo de Valencia, después de recortar desde fuera del área. Y luego también me quedo con un remate de cabeza en Pamplona tras centro de Álvaro, fue una acción difícilísima porque rematé de espaldas”.* En un gesto inconfundible, marca de la casa, todos los goles de Fernando tenían dedicatoria. Dedo índice de la mano derecha arriba, se dirigía a la zona alta del anfiteatro que colinda con el Gol Norte. Allí estaba siempre su mujer, Alicia. *“Para mí, ha sido muy importante tenerla al lado siempre. La vida de un futbolista supone momentos de dificultad. Hay lesiones, partidos en los que no estás bien... y mi familia siempre ha sido una ayuda muy grande”.*

Una de esas situaciones difíciles fue, sin duda, la final de Copa contra el Deportivo en 1995. El partido que llegó tras la mayor alegría que experimentó el centrocampista de San Marcelino en sus diecisiete años



Documento de la baja de Fernando en Salgui

como valencianista: “El momento más feliz fue la eliminatoria de semifinales contra el Albacete. Porque ahí sí veía realmente la posibilidad de conseguir un título con el Valencia”. Paradojas del destino, Fernando Gómez no pudo levantar ningún trofeo en Mestalla. En un ejercicio de lealtad al escudo, siempre antepuso el hecho de ser campeón en casa. “Si hubiera querido ganar más dinero o algún título, lo tuve fácil. Pude irme siete veces. Pero quería conseguir algún título en mi club”.

Al concluir la temporada 1997/98, sintiéndose menos importante de lo que merecía para Claudio Ranieri, tomó la difícil decisión de marcharse del Valencia, el equipo de su corazón, el único para el que había jugado desde que era juvenil.

“Tenía 32 años y quería seguir. El fútbol es para divertirse, para ser feliz. Y yo sentía que aquí ya no podría serlo. Tuve la suerte de poder marcharme a Inglaterra y continuar dos temporadas más”.

Esta es la historia de Fernando Gómez Colomer. Centrocampista goleador, de tremenda inteligencia, levantaba la cabeza y ponía el balón donde quería. Siempre con un pase preparado, fue el gran canalizador del ataque valencianista durante más de una década. Disfrutando cada uno de sus más de 700 partidos, el mejor admirador que tuvo: su padre. Con él empezó a ir a Mestalla, regaliz en ristre, para ver partidos del filial y el primer equipo desde el Gol Norte. En vida, disfrutó orgulloso del fútbol esplendoroso de su hijo que, con el tiempo, se convertiría en una de las grandes leyendas en la historia del Valencia.

096

∞ CLAUDIO 'PIOJO' LÓPEZ

Hubo un tiempo, mucho antes de Twitter, Instagram y los *millennials*, en el que los adolescentes forrábamos las carpetas de la universidad con recortes de periódico de nuestros ídolos. A finales de la década de los noventa, éramos muchos los que teníamos imágenes de Claudio López por todas partes, fundamentalmente celebrando goles contra el Barça. El Piojo fue el símbolo de la recuperación del Valencia para el primer nivel competitivo, después de casi dos décadas sin levantar un solo trofeo. Sus lágrimas en La Cartuja de Sevilla celebrando el tercer gol ante el Atlético de Madrid siguen poniéndonos la piel de gallina.

Tras la marcha de Pedja Mijatovic al Real Madrid, Paco Roig buscó dar un golpe de efecto en el verano de 1996 cerrando el fichaje de Romario. Además de la incorporación del brasileño, Jesús Martínez -director deportivo en aquel momento- apostó por Claudio López, un delantero zurdo, menudo pero eléctrico, que venía de hacer veinte goles en Racing de Avellaneda esa temporada.

Ídolo en La Academia, el Piojo (Río Tercero, 17 de julio de 1974) se despidió por todo lo alto. En su último encuentro, fue el autor del tanto del triunfo (1-0) ante Boca Juniors, que esa noche del 7 de agosto de 1996 alineó, por ejemplo, a Maradona, Verón o el Kily González. La hinchada le obligó a decir adiós subido al travesañó, convertido en leyenda. Le agradecían la valentía de jugar. Su traspaso al Valencia estaba cerrado en cuatro

millones de dólares y, esa misma noche, su avión salía hacia España. Un viaje que emprendía con las ideas muy claras: *“Yo venía a Europa con la esperanza y el pensamiento de no volver en mucho tiempo a Argentina. Quería quedarme aquí, hacer las cosas bien y tratar de triunfar. Ese fue el pensamiento con el que llegué a Mestalla”*.

Claudio López aterriza en un club en plena marejada. Luis Aragonés, que había estado a punto de llevar al equipo al título de Liga, no quería a Romario -prefería al croata Suker- y se enfrenta abiertamente a Paco Roig. La guerra entrenador-presidente afecta al equipo que, sin embargo, es capaz de doblegar al Bayern de Munich en la primera eliminatoria de Copa de la UEFA. La noche del 10 de septiembre de 1996, el Valencia golea (3-0) con tantos de Engonga, Gabi Moya y el Piojo, que se estrena de soberbio zurdazo tras asistencia de Karpin.

Al mes siguiente, el delantero argentino marca su primer gol en Liga. Una obra de arte inolvidable. El 20 de octubre, sorprende a Molina desde el centro del campo para sellar otra victoria valencianista (3-1). Mestalla se llena de pañuelos y, por primera vez -después vendrían otras muchas- se arranca a corear el nombre de Claudio. A pesar de ello, su temporada de estreno no es del todo completa. Con problemas para encontrar su mejor versión, se atolondra con facilidad y pierde balones, empeñado en regates imposibles. *“El primer año fue difícil. La vara estaba muy alta. El equipo venía de un subcampeonato de Liga, Pedja Mijatovic, que era el gran ídolo se había marchado al Madrid... Pero a partir de ahí todo salió muy bien. Logramos colocar al Valencia de nuevo en Europa”*.

Tras un incomprensible baile de entrenadores -Luis Aragonés, Rielo, Valdano-, la vida le cambia al Piojo con el fichaje de Claudio Ranieri. El técnico italiano aprovecha sus dos principales virtudes -rapidez e inteligencia en el desmarque- para desarrollar un sistema de juego fundamentado en el contragolpe. En la temporada 1998/1999, Claudio anota 37 goles, siete de ellos al Barcelona. Indudablemente, su víctima predilecta. *“En esa época, teníamos una forma de jugar que se adaptaba perfectamente a la propuesta que hacía el Barcelona. La fórmula que utilizábamos, muy basada en la presión, la rapidez y el contragolpe nos daba resultado prácticamente en cada partido. Encontramos el punto e hicimos disfrutar mucho a la afición en aquellos clásicos”*. Cuatro de esos siete tantos al conjunto que entrenaba Van Gaal se producen durante una inolvidable eliminatoria de cuartos de final de la Copa del Rey, competición que acabaría ganando el Valencia. El 26 de junio de 1999, con doblete del atacante de Río Tercero, el murciélago se impone al Atlético de Madrid (3-0) desatando la felicidad absoluta en el entorno.

Era el primer título que gritaba Mestalla desde la Supercopa de Europa en diciembre de 1980.

Esos dos goles en el encuentro decisivo, como broche de oro a una campaña excepcional, encumbran al Piojo López, que se convierte en una de las piezas más codiciadas del fútbol europeo. A pesar de las numerosas ofertas que llegan al club, la junta que preside Pedro Cortés logra retenerle un año más. Una temporada en la que, a las órdenes de Héctor Cúper, resulta determinante para meter al equipo en la final de la Champions League. En la máxima competición continental, Claudio ve portería contra Hapoel Haifa, PSV, Glasgow Rangers, Lazio y Barça. Aprovechando la labor realizada por su antecesor en el cargo, Cúper también explota a la perfección las virtudes del argentino: *“Entendió lo que éramos como equipo y nosotros supimos entender lo que él nos pedía. La verdad es que fue una lástima no haber ganado esa Copa de Europa. Nos faltó poner la cereza al postre, pero creo que el camino que se recorrió fue fantástico”*.

Aquel Valencia era un bloque sin fisuras. Un grupo de jugadores que, durante un lustro, defendieron la importancia del colectivo por encima de todo. *“Éramos un equipo. No había individualidades. Teníamos corazón y siempre tirábamos para adelante, superando cualquier situación. Nos fijábamos objetivos importantes y los conseguimos casi todos”*. A la conclusión de la temporada 1999/2000, la entidad valencianista acordó su traspaso a la Lazio a cambio de 23 millones de euros. Una cifra que hoy suena irrisoria. Cuánto ha cambiado el fútbol.

Esta es la historia de Claudio López. Ídolo de toda una generación. Símbolo de una época que era sinónimo de vértigo y goles gritados al viento. Sus lágrimas en Sevilla fueron las de todo el valencianismo, exultante al reencontrarse con el inconfundible sentimiento que provoca un título. 76 tantos en 196 partidos durante cuatro campañas que debieron ser muchas más. Pero así es la vida. A pesar de los pesares, el Piojo jamás olvidará ese escudo del murciélago. Como aquí, en ningún sitio. *“Se me hace difícil recorrer el estadio de Mestalla. Porque uno quisiera poder volver atrás en el tiempo y seguir jugando. Fueron unos años maravillosos, un tiempo muy feliz. Sentí a la afición del Valencia como si fuera mi familia. Guardo en un lugar muy cerrado de mi corazón lo que viví”*.

097

∞ DAVID ALBELDA

Teniendo en cuenta sus antecedentes familiares, lo lógico hubiera sido que el jugador más emblemático del Valencia campeón de principios del siglo XXI, un portentoso centrocampista de posición, digno heredero de Puchades, acabara siendo una estrella del ciclismo. El padre y el tío de Albelda fueron corredores profesionales. Ambos trataron de inculcarle, sin éxito, la pasión por el mundo del pelotón y la serpiente multicolor. David eligió otro referente y, con él, otro deporte: *“Me apasioné por el fútbol viendo jugar a mi hermano Pepe en mi pueblo, La Pobla Llarga. Es cuatro años mayor que yo y, acompañándole al campo a verle, quise empezar a hacer lo mismo”*.

Las escuelas de fútbol municipales no estaban tan dotadas como en la actualidad. No existía la diversificación de categorías inferiores ni tampoco el nivel de instalaciones del que ahora disponen los niños. Por no tener, en la localidad de David Albelda no tenían ni uniformes: *“Cada uno se compraba aquella senyera de lana que se puso tan de moda en la época. Pero no todas eran iguales. El modelo variaba en función del lugar en el que se comprara. Esa era nuestra camiseta. Con ese equipaje empecé a jugar yo al fútbol”*.

Pero, ¿fue siempre David un centrocampista defensivo posicional? ¿De qué jugaba antes de formar aquel doble pivote legendario junto a Rubén Baraja? Él mismo nos lo explica: *“Cuando era más pequeño, hasta los diez o doce años, siempre me ponían de centrocampista ofensivo, con mucha llegada. De hecho, acababa máximo goleador casi todas las temporadas. Era pequeñito y muy*



Albelda / Alberto Iranzo / Diario AS

rápido. Era tan pequeñito que incluso mi padre me llevó al médico porque en casa pensaban que no crecía al ritmo debido”.

La falta de jugadores motiva el cierre de la escuela de fútbol de La Pobla Llarga y Albelda busca oportunidades en Alzira. Con la plantilla profesional en Segunda B -eran los tiempos de Luis Suñer y el imperio Avides-, se trata de la cantera más potente de la zona en la que vive. Su nuevo club será el que le catapulte hacia la conquista del primer título importante de su carrera. *“Teníamos la ventaja de que la selección valenciana solo podía elegir tres jugadores por equipo. Así que, después de escoger a tres del Valencia y tres del Levante, los que pertenecíamos a pueblos también podíamos entrar. Me seleccionaron estando en el Alzira y fuimos campeones de España en categoría sub’15”.*

En ese torneo a nivel nacional le descubre el Valencia. Los responsables de su llegada a la entidad son Juan Mercé y Manolo Macià. En esos primeros meses en el club tiene como entrenador a Javier Subirats. Una época, por cierto, marcada por los nervios y la incertidumbre. *“Venía a Paterna muerto de miedo, sobre todo los primeros días. Porque veía que, como yo, que me habían hecho un contrato por objetivos, había otros cincuenta jugadores. Y todos los días había dos o tres que pasaban por el despacho de Enguñados, en aquel*

momento director de la escuela, y al día siguiente ya no volvían”.

David, en cambio, va cubriendo etapas y llega al Mestalla. Del que saldría cedido en la temporada 96/97 destino Villarreal. Con diecinueve años, disputa 34 partidos en Segunda formando pareja en la parcela ancha del submarino con Roberto Fernández, del que aprende y con el que crece en oficio y posicionamiento. Acabado el periodo de préstamo, en el verano de 1997 regresa al Valencia. Pero sus posibilidades de establecerse en el primer equipo se truncan al romperse el cruzado en un enfrentamiento contra el Palmeiras en el Trofeo Naranja.

Siete meses después de la lesión, y tras superar un exigente proceso de recuperación, Claudio Ranieri le hace debutar en partido oficial. El 15 de marzo de 1998, el equipo de Mestalla se impone al Zaragoza en La Romareda (0-2) con goles de Adrian Ilie y el Piojo López. Albelda entra al terreno de juego a falta de catorce minutos -con 0-1 en el marcador- sustituyendo, precisamente, al delantero rumano. La incorporación del técnico italiano supone un punto de inflexión, tanto para el club como para el mediocentro de La Poble Llarga. *“Su fichaje, y la llegada después de Cúper y Benítez, marca un cambio en la forma de jugar del Valencia. Pasamos a un equipo más rocoso, físico, táctico. Yo soy de los que piensa que mantener esa línea hizo que se consolidara el equipo y que fuéramos campeones”.*

A pesar de que llega a debutar con Ranieri, en la temporada 98/99 vuelve a marcharse cedido a El Madrigal. Cuando regresa, el entrenador ha cambiado. Ahora es Héctor Cúper quien ocupa el banquillo del Valencia. Y el futuro de David se decide en julio de 1999. *“Llegó a haber negociación entre clubes, pero el Villarreal no aceptó las condiciones económicas y me quedé. En esa pretemporada del 99 convencí a Cúper, que no me conocía demasiado”.*

Uno de los partidos en los que Albelda se gana la confianza del argentino se produce el 15 de agosto del 99. El Valencia empata el Camp Nou (3-3) y se proclama campeón de la Supercopa de España. Los goles procedían de la cantera: Sánchez, Farinós y el primer tanto en partido oficial del mediocentro de La Poble Llarga: *“Recuerdo perfectamente la jugada. A la salida de un córner, me llega un balón a la frontal, le pego fuerte, veo que pasa entre las piernas de varios jugadores y acaba entrando. Habíamos ganado 1-0 en la ida.”.*

Con Cúper se adapta al rol de jugador número doce. Cuando no forma parte de la alineación titular, es de los primeros en actuar desde el banquillo. Esa es la situación que se da, por ejemplo, en la final de Champions League contra el Bayern disputada en San Siro. Al descanso, con 1-0 para el Valencia, David Albelda entra al terreno de juego en lugar de Pablo Aimar. *“Cúper buscaba más*

control en el doble pivote porque en la primera parte, a pesar de ir ganando, habíamos sufrido mucho. Creo que lo conseguimos. El árbitro les mete a ellos en el partido con un penalti en el que hubo una clara falta previa a Carboni”.

Ese doble pivote que acabó jugando en Milán se iba a convertir en legendario. Sobre todo, con la llegada a Mestalla de Rafa Benítez. El entendimiento perfecto entre Albelda y Baraja fue una de las claves de aquellos maravillosos años. *“Yo abarcaba la parte derecha del campo y él la izquierda. Pero, como él tenía una versión más ofensiva, había momentos que, si él llegaba arriba, yo le cubría. Era algo mecánico para nosotros”.*

El gran rendimiento de esa sociedad en la sala de máquinas fue determinante para la excelente segunda vuelta del Valencia en la temporada 2001/02. Como consecuencia de ello, el club de Mestalla se proclamaba campeón de Liga el 5 de mayo en La Rosaleda de Málaga. Posiblemente, el momento más especial para David como jugador valencianista: *“Siempre digo que ese es el título más celebrado de todos los de aquella década. Porque veníamos de mucho tiempo sin ganar la Liga y porque, siendo sinceros, ni dentro del vestuario soñábamos con poder conseguirlo ese año. Al acabar el partido, me encontré en el césped con mis padres, mi hermano, mis amigos. Acabé llorando”.*

Fueron tiempos de gloria, en los que el murciélago era temido en todos los estadios de Europa. Incluido el Santiago Bernabéu, en el que sufrió arbitrajes descaradamente parciales. Algo que pesaba en el ánimo de la plantilla siempre que había que visitar al Real Madrid. *“Era un tema que nos quemaba por dentro. Así de memoria, recuerdo una expulsión injusta de Aimar en Copa del Rey, un gol legal anulado a Ilie en Liga, el famoso ‘Ushiro Nage’, otro partido que me expulsó a mí Pérez Lasa... Era así la mayoría de partidos, incluso después del doblete”.*

Un doblete que llega en 2004. Liga y Copa de la UEFA. El título europeo, que Albelda levanta al cielo de Göteborg, conquistado ante el Olympique de Marsella el 19 de mayo. Con goles de Vicente -de penalti- y Mista, el murciélago supo sobreponerse a un inicio de encuentro complejo. *“Teníamos una mentalidad muy fuerte. Después de ganarle dos Ligas al Madrid de los galácticos, nos sentíamos capaces de superar a cualquiera. En esa final de UEFA no hicimos un fútbol extraordinario. De hecho, ellos tuvieron más posesión al principio. Pero ese equipo era capaz de soportar incluso bombas. Si venían mal dadas, nos adaptábamos y salíamos adelante”.*

Gran capitán de aquel Valencia campeón, dejó para la historia imágenes con una fuerza simbólica tremenda. Como la llegada al aeropuerto de Manises con medio cuerpo fuera del avión que traía a la plantilla desde Sevilla, donde

había ganado la Liga. O, esa misma tarde, la salida a Mestalla con una senyera gigante ante el delirio de la afición.

No se prodigó en exceso a la hora de hacer goles, pero firmó alguna que otra obra de arte. Su favorita, el 30 de octubre de 2005 contra el Racing: *“Fue suerte. A veces lo hablo con mis amigos. Por la posición en la que estaba cuando golpeé, tenía que acabar jugada, como hacía siempre. A veces la sacaba de Mestalla, otras hacía un ensayo de rugby y ese día, que además le pegué con la izquierda, la puse en la escuadra”*.

Ídolo y leyenda para la afición, su trayectoria en el club sufrió un punto de inflexión en diciembre de 2007 tras ser apartado -junto a Cañizares y Angulo- por Ronald Koeman. El técnico holandés fue el cómplice necesario del matrimonio Juan Soler-Consuelo Rubio, al que los marginados no bailaban el agua, provocando un cisma en el entorno y un drama personal y familiar, por ejemplo, a David Albelda: *“Todavía hoy sigo sin entender qué pasó. Fue muy duro. Estaba en la selección, jugaba todo. La prueba es que, después de irse ellos, yo seguí jugando cinco años más”*. Sin opciones reales de salir del club y perdiendo el tren de la Eurocopa de 2008 que después ganaría España, tomó la polémica decisión de denunciar a Juan Soler, como presidente del Valencia. Una maniobra que, a día de hoy, trataría de evitar. *“Si volviera a pasarme lo mismo, posiblemente me plantearía buscar otro tipo de soluciones. Pero te digo una cosa, la gente que estaba al frente del club no me dejaba mucho margen para hacer algo diferente”*.

Todo cambió a partir de aquella denuncia. David, tan valencianista como el que más, tuvo que sufrir los pitos y las iras de un sector de aficionados que fue menguando con el paso de los años hasta desaparecer. Pero el sufrimiento ya no se lo quitó nadie. Ni a él, ni a sus padres, que tuvieron que dejar sus abonos en el sector 5 cansados de escuchar barbaridades dirigidas a su hijo. En una de esas contradicciones inexplicables que a veces tiene la vida, el centrocampista de La Pobla Llarga se marchó del club en 2013 sin haber recibido el homenaje que se ganó a puro huevo. Una verdadera lástima.

Esta es la historia de David Albelda. A quien el tiempo debe colocar en el lugar que merece. Entre Puchades y Claramunt. En la cúspide del Olimpo de Mestalla. Así le recordaremos. Brazaletes con la senyera en ristre, dibujando coberturas, recuperando balones a ras de césped, ordenando al equipo en cualquier circunstancia, hostigando al trencilla de turno que se empequeñecía en el Bernabéu, plantándole cara a la estrella del momento, se llamara Zinedine, Ronaldinho o Xavi. El alma de aquel Valencia gigante que hizo historia ganándolo casi todo.

098

∞ RUBÉN BARAJA

En un siglo de historia del murciélago, no ha habido goles gritados con más pasión que los dos que Baraja consiguió la noche del 27 de abril de 2002. Con un jugador menos, el Valencia completaba una remontada épica en apenas diez minutos. Un triunfo apoteósico ante el Espanyol que encendió Mestalla. Aquel 2-1 memorable dejaba sentenciada la primera Liga de colores. Tras el segundo tanto, un derechazo desde la frontal que se le coló bajo el cuerpo a Argensó, Rubén entró en la leyenda valencianista. Su imagen con los brazos al cielo, exultante, loco de alegría, permanecerá para siempre en nuestra retina. *Quan arriba la nit...*

El que después se convertiría en uno de los grandes centrocampistas en la historia del club nació en Valladolid el 11 de julio de 1975. Tras iniciarse al fútbol en el barrio pucelano de Las Delicias -donde también estaba ubicado su colegio, el Pablo Picasso- Baraja se estrena como federado a los nueve años, en un equipo que sustentaba un conocido comercio de la ciudad. *“Lo patrocinaba Chocolatería ‘El Castillo’, muy famosa. Arrancamos con los amigos y la gente del barrio. Cuando le ganábamos a algún rival importante, íbamos allí a celebrarlo”.*

Es precisamente en ese primer equipo de barrio donde le descubre el Real Valladolid. Tras ser convocado por parte de la entidad albivoleta, Rubén -con tan solo diez años- realiza las pruebas de acceso en un escenario muy especial: *“Recuerdo con mucho cariño que fueron en el viejo estadio de*

Zorrilla. Era un sitio espectacular. Un campo viejo, pero coqueto, pegado al río. Nos juntaríamos, como mínimo, unos sesenta niños”.

Desde sus inicios, en todas las categorías inferiores del club pucelano, Baraja cubre la misma demarcación que mantendría hasta la retirada. *“Nunca ocupé otra posición que no fuera esa. Siempre he jugado ahí, de ocho. Siempre con un medio más de corte defensivo y yo por delante”.*

Como centrocampista ofensivo saldría de Zorrilla y, en ese mismo rol, realizaría el Valencia su fichaje tras el descenso del Atlético de Madrid a Segunda en la temporada 1999/2000. Javier Subirats, director deportivo en aquel momento, recomendó su incorporación, que la entidad de Mestalla rubricó abonando el importe de su cláusula de rescisión: 2.000 millones de pesetas. Hasta la llegada de Pablo Aimar meses después, ‘el Pipo’ se iba a convertir en la operación de mayor coste en la historia del murciélago. Toda una responsabilidad: *“Venía sin recorrido, había jugado en el Valladolid y el Atleti, pero todavía no tenía esa fiabilidad cien por cien como futbolista. Entendí que era una apuesta muy fuerte de Subirats y tenía que responder. La verdad es que fue un año muy bueno en cuanto a participación y minutos dentro del equipo”.*

En su campaña de estreno, Rubén disputa 57 partidos. El más importante, en la final de la Champions contra el Bayern de Munich (23 de mayo de 2001). A pesar de su condición de debutante en la plantilla, asume la responsabilidad de patear -y meter- el quinto penalti de la tanda. Así lo recuerda: *“Tal y como iba todo, pensaba que iba a ser el lanzamiento que nos convertiría en campeones de Europa. Lo recuerdo con respeto, delante tenía un gran portero. Pensé en ir a por el balón y centrarme en el sitio que me daba más seguridad para el golpeo”.*

La siguiente temporada (2001/02), empieza con problemas. Una lesión en la rodilla le obliga a estar parado hasta la jornada 17. Su reaparición coincide con la remontada en Montjuïc que supuso el punto de inflexión para aquel Valencia que, meses después, sería campeón de Liga. Talismán indiscutible, su influencia fue absoluta en la segunda vuelta. Hasta llegar a la noche memorable contra el Espanyol. Un encuentro que se complicó muy pronto, con el gol de Tamudo y la expulsión de Carboni en la primera media hora. Al descanso, los pesos pesados del vestuario se dirigen al grupo: *“Hablamos ahí para que todo el mundo viera que teníamos una oportunidad increíble, que estábamos a tres puntos de ser campeones. Teníamos que dejarnos todo. Y creo que la segunda parte fue espectacular, con la gran ayuda de Mestalla. Nunca he visto Mestalla como esa noche”.*



Baraja / Alberto Iranzo / Diario AS

Esa remontada, con doblete de Baraja, dejaba sentenciada la Liga. El primer título de los cinco que consiguió como valencianista. Sin duda, el más celebrado. *“Para mí, fue algo totalmente novedoso. El Valencia campeón de Liga después de 31 años. Y además superando a Real Madrid y Barcelona, que tenían plantillas muy potentes. Lo conseguimos sin que nadie contara con nosotros. Aparecimos arriba y arrasamos”*.

El dominio de aquel grupo de jugadores se hizo extensivo a las competiciones europeas. Además de las dos finales de Champions, el club de Mestalla se proclamó campeón de la Copa de la UEFA el 19 de mayo en Göteborg. Tras el partido, Baraja y su compañero de habitación apenas podían conciliar el sueño, fascinados con todo lo conseguido: *“Cuando llegamos al hotel, estaba concentrado con Mista y él tenía el premio de MVP de la final encima de la mesita. No podíamos dormir de la emoción. Sentíamos que habíamos hecho algo histórico: conseguir un doblete con el Valencia”*.

Esa victoria ante el Olympique de Marsella tenía como recompensa la disputa de la Supercopa de Europa. Competición en la que, de nuevo, gritamos campeones. El conjunto dirigido por Claudio Ranieri se deshizo del

Oporto (2-1) con tantos de Di Vaio y Rubén. Sin duda, uno de sus goles más bonitos en Mestalla: *“Si le preguntas a Curro, te dirá que fue una asistencia buenísima. Pero lo cierto es que era un balón que venía muy tocado. Tuve la suerte de conectar con la cabeza en el momento justo para que la pelota saliera recta hacia la portería”*.

Hablamos de una época en la que ‘el Pipo’ era un ídolo absoluto para la afición valencianista. Una pieza básica de un equipo campeón que, además, formaba también el doble pivote en la selección española junto a David Albelda. Convertido en referente de Mestalla y ‘la Roja’, Rubén Baraja incluso llegó a protagonizar un spot televisivo cuya frase principal ha trascendido al paso de los años. Seguro que lo recuerdan. *Quan arriba la nit... “Mahou buscaba hacer algo que pegara, con fuerza, que tuviera gancho. Había que atreverse, claro. Y lo consiguieron con aquella frase que todavía siguen recordándome cuando entro a algún sitio a cenar o a tomar algo. Fue muy especial, la verdad”*.

Jugador con marcada personalidad, líder indiscutible del vestuario, la leyenda urbana cuenta que, en la final de Copa del Rey en 2008, Ronald Koeman hizo la alineación, pero Baraja fue el encargado de ordenar al equipo dentro del terreno de juego con el partido en marcha. Su versión de los hechos está más centrada en lo que sucedió antes del encuentro: *“Hicimos una Copa buenísima, eliminando a Atlético de Madrid y Barcelona. Y, aún así, se decía que el favorito era el Getafe. Yo alucinaba. Así que, en la charla previa, le dije al equipo que, en las finales, hay que olvidarse de todo, de los rumores, de lo que se diga del entrenador... Que son partidos para los jugadores. Y el grupo lo entendió. Competimos a un nivel altísimo, hicimos uno de los mejores partidos de la temporada”*.

Esta es la historia de Rubén Baraja. El ‘8’ eterno. Componente del legendario doble pivote junto a David Albelda. Uno de los centrocampistas más completos en un siglo de murciélago. Trabajo, orden, personalidad, creación y, sobre todo, llegada. Mucha llegada. Fue así, apareciendo desde segunda línea, cómo el Valencia sentenció aquella primera liga en color. Desde esa noche del 27 de abril de 2002 y, para siempre, Pipo es una de nuestras leyendas. Ahora, convertido en entrenador de prestigio, se despide dejando un deseo: *“Me encantaría que los actuales jugadores del Valencia ganaran un título, como nosotros. Así podrían entender lo grande que es este club, todo lo que supone para cientos de miles de personas”*. Ojalá que ese anhelo se haga realidad en los próximos meses. Sería un Centenario maravilloso e inolvidable.

099

∞ SANTI CAÑIZARES

Formado en los Salesianos de Puertollano, que promovían el deporte y contaban con un campo de tierra para los alumnos, Santiago Cañizares nace al fútbol acudiendo junto a su padre a ver partidos del Calvo Sotelo, club de su ciudad natal. A pesar de probar suerte en otras disciplinas, el que con el tiempo se convertiría en el mejor guardameta en la historia del Valencia supo desde niño que quería ser portero: *“Tuve licencia de judoka, de ciclista, en el colegio probé a jugar de delantero o de centrocampista... pero lo que realmente me apasionaba era ponerme en la portería. La sensación de tirarme al suelo para buscar la pelota me seducía”*.

Con quince años, siendo titular en el juvenil del Calvo Sotelo, aparece en escena un entrenador que iba a ser clave en diferentes etapas de su vida deportiva, Eduardo Caturla: *“Era el técnico del primer equipo, que estaba en Segunda B y, a pesar de mi juventud, me subió para entrenar con ellos. Caturla fue la primera persona que me dijo que yo podía vivir del fútbol. Fui a la selección española sub’16 y se interesaron por mí el Real Madrid y el Barcelona”*.

Por la proximidad con Puertollano, Santi elige al club de Chamartín, en el que entra con dieciséis años. Una experiencia muy dura para un adolescente que ni siquiera había alcanzado la mayoría de edad. *“Fue complicado. Los inviernos eran muy duros lejos de casa. Lloré mucho, lo pasé muy mal, pero todo se me pasaba cuando jugaba un partido a un nivel que en el pueblo era imposible, cuando me cruzaba con Juanito y Santillana o cuando tenía la*

oportunidad de ver entrenando a Drazen Petrovic en el antiguo pabellón del Real Madrid”.

Acabada la etapa como juvenil, sufre dos temporadas horribles -descensos incluidos- en el Real Madrid Castilla y en el Elche. Con grandes dificultades para encontrar una portería libre en Segunda División, vuelve a surgir la figura del primer entrenador en asegurarle a Cañizares que estaba hecho para la élite: Eduardo Caturla. *“Con calzador, me consiguió un puesto en la plantilla del Mérida. Y ahí todo cambia. Llegué con mucha energía, muy responsabilizado para no hacer otro año malo. Y la verdad es que completé una muy buena temporada. Por ejemplo, el diario AS me designó como mejor jugador de Segunda. Fui a los Juegos Olímpicos de Barcelona y, ese verano, el Real Madrid me traspasa al Celta”.*

El equipo vigués, que se había proclamado campeón en Segunda esa temporada, contrata a Santi pagando 75 millones de pesetas con la idea de otorgarle la titularidad. Y Cañizares responde, consiguiendo el trofeo Zamora en su primera temporada en la élite (1992/93). Meses después, debutaría en la selección española durante un partido mítico. En plena batalla por conseguir la clasificación para el Mundial de Estados Unidos, España recibe a Dinamarca en Sevilla el 17 de noviembre de 1993. Tras la expulsión de Zubizarreta a los diez minutos, el de Puertollano salta al césped en frío pero completa una actuación soberbia, dejando la portería a cero y siendo determinante en la victoria de La Roja (1-0) con gol de Hierro.

A pesar del reconocimiento y la fama que generan actuaciones como esa, la familia Cañizares venía de pasar momentos de tremenda dificultad. *“La crisis del 91 había dejado muy tocada la economía en casa. Mi padre tenía una deuda sobre la única vivienda que teníamos en Puertollano. Chechu Rojo, en un gesto que le agradeceré toda la vida, me prestó el dinero que no quiso dejarme el señor Núñez, presidente del Celta. Por eso, cuando el Real Madrid volvió a por mí no me lo pensé. A finales del 93, entonces podía hacerse, firmo un precontrato. Recuerdo que esa Nochebuena le dije a mi padre que habíamos acabado de sufrir”.*

Tras cuatro temporadas, dos Ligas, una Champions y mucha competencia (Buyo, Illgner) en el Santiago Bernabéu, las prioridades de Cañizares cambian durante 1998. *“Venía de sufrir mucho y quería disfrutar. El dinero era secundario y lo que deseaba era un equipo en el que poder jugar”.* A pesar de contar con ofertas de clubes como Tenerife y Zaragoza, el 1 de mayo de 1998 firma con el Valencia. En una sala del hotel Eurobuilding en Madrid, Manolo Llorente y una de las personas más influyentes en la carrera de Santi: Alberto Toldrá. *“No le conocía de nada. Un día vino a verme a Vigo y, en el segundo plato, ya había*

decidido que sería mi representante. Nadie me había mirado ni hablado como él. No me equivoqué”.

Jugador con cierta experiencia -llega a Mestalla con 28 años-, Cañizares cuenta que en su primera pretemporada en la entidad ya advirtió que ese grupo de jugadores podía alcanzar cotas destacadas. *“Me gustó mucho cómo entrenamos los primeros días. Mucha seriedad, gente calladita, tíos de más de treinta años como Angloma, Milla, Björklund, Carboni, Schwartz... ¿Cómo iban a hacer el indio los jovencitos teniendo esos ejemplos? Aquello no podía salir mal”.*

Y salió muy bien. De hecho, esa campaña el Valencia ya consigue el título de Copa del Rey en la gran final de Sevilla contra el Atleti (3-0). Cañizares, titular indiscutible, recuerda así la trayectoria del equipo en la competición copera: *“Ganamos ese título y lo ganamos de ley. Eliminando al Barcelona, al que superamos en los dos partidos. Metiéndole seis al Real Madrid. Y luego pudiendo con un muy buen rival en la final”.*

Después llegarían las dos finales de Champions League. A la conclusión de la segunda en 2001, dramática, terrible, con esa hiriente tanda de penaltis en la que Santi se agigantó para convertirse en leyenda, una imagen que, todavía hoy, sigue partiendo el alma. Roto de dolor, llorando sin consuelo, Cañizares maldecía medalla de plata en ristre. *“Futbolísticamente hablando, me había criado pensando en ser campeón de Europa, porque eso es lo que interioricé en la cantera del Real Madrid. Y te digo una cosa: sabiendo que iba a perderlas, volvería a jugarlas. Te lo digo reconociéndote que ha pasado el tiempo y sigo soñando con aquella final”.*

Los títulos que llegarían a partir de la temporada siguiente servirían para restañar, en parte, el dolor que habían generado París y Milán. El vestuario, eso sí, no acababa de confiar en sus propias posibilidades de ser campeón en 2002. *“Esa Liga no nos la creíamos. Al empezar la segunda vuelta, estando lejos de Real Madrid y Barcelona, un día llega Rafa Benítez y nos dice que podemos ser campeones, que somos más fuertes que nuestros rivales. Rafa no sabe lo que nos reímos de él. Y resulta que todo lo que nos dijo se acabó cumpliendo”.*

Después de conseguir la proeza de ganarle una Liga a los dos transatlánticos, el vestuario se libera, sintiendo la seguridad de poder repetir y, sobre todo, la capacidad de competir con cualquiera. *“El equipo de 2004 era más maduro, más eficiente, más centrado. Te diría incluso que, por la inercia que llevábamos, no nos resultó difícil ganar la Europa League comparándolo con las batallas de las que veníamos”.*



Santi Cañizares / Alberto Iranzo / Diario AS

En aquellos años, el Valencia cuenta con un sistema defensivo primoroso. Todos los técnicos con los que coincide Cañizares -Ranieri, Cúper y Rafa Benítez- disponen de un entramado de fortificación que le ayuda en su tarea como guardameta. Con dos de sus compañeros en la línea de retaguardia formaría, además, un triángulo de extraordinaria complicidad: Pellegrino y Ayala. *“El Flaco, que era un jugador lento, era muy inteligente, siempre estaba bien colocado, poniendo su experiencia al servicio de los demás. Fabián, en cambio, era otro tipo de jugador. Si había que meter la cabeza debajo de una excavadora, la metía. Si había que pelearse con el más fuerte del equipo rival, lo hacía. Y nunca, nunca se escondía. Imponía una ley defensiva que al atacante no le apetecía”.*

Entre tanta gloria (quince títulos, cuatro trofeos Zamora, 46 partidos como internacional), el desagradable asunto Koeman en 2008. ¿Fue el peor momento de su carrera? Así responde Santi: *“No, en absoluto. No podía serlo porque me pagaban sin trabajar. El peor momento fue la época en la que no tenía dinero ni equipo para jugar. Lo de Koeman fue algo desagradable, sin más. Una piedra en el camino”.* Ese episodio provocó una salida de la entidad que estuvo muy por debajo de la grandeza que el mito merecía. Pasado el tiempo, resulta indignante y surrealista que futbolistas de su nivel y rendimiento abandonaran Mestalla sin un homenaje por todo lo alto.

Esta es la historia de Santiago Cañizares Ruiz. Posiblemente, y aunque a él no le guste, el mejor portero en la historia del Valencia. Un mito viviente que sigue despertando admiración allá donde va. *“Lo de ser el mejor o no en cien años es algo secundario. Lo que a mí me produce satisfacción es recordar todo lo que viví en las calles de esta ciudad subido a ese autobús descapotable. Padres que me presentan a sus hijos contando quién fui y lo que conseguimos en aquel tiempo. Cuando pasan los años, eso es lo que realmente tiene valor”.*

100 ∞ DAVID VILLA

Analizando con detenimiento los registros de David Villa en el Valencia (125 goles en 208 partidos oficiales), es inevitable preguntarse qué hubiera ocurrido si *'El Guaje'* llega a coincidir en el tiempo con la plantilla que se quedó a las puertas de levantar dos Copas de Europa de forma consecutiva. Delantero completísimo, rápido, letal al espacio, buen cabeceador, insaciable con ambas piernas, defendió el escudo del murciélago durante cinco temporadas, logrando una Copa del Rey en 2008.

Tras la decepción que supuso el regreso de Claudio Ranieri después del doblete, Javier Subirats -director deportivo del club de Mestalla en aquella época- hizo dos apuestas importantes en el verano de 2005. Una para el banquillo, Quique Sánchez Flores, y otra para la línea de ataque. A pesar de las dudas en algún sector del consejo de administración, *Subi* recomendó a Juan Soler el fichaje de David Villa, procedente del Real Zaragoza, por el importe estipulado en su cláusula de rescisión: doce millones de euros.

El '7' había llegado a La Romareda desde la cantera de Mareo. Nacido en Tuilla (Asturias), el 3 de diciembre de 1981, en su paso por las categorías inferiores del Sporting de Gijón aprendió de uno de los grandes. *"Yo tuve la suerte de recibir consejos del que, sin lugar a dudas, para mí, es uno de los mejores delanteros de todos los tiempos: Quini. Le estoy muy agradecido y es parte importante de mi trayectoria dentro del fútbol"*.



David Villa/ Alberto Iranzo/ Diario AS

Depositado el dinero en la sede de la LFP, el Valencia presenta al Guaje por todo lo alto en un acto celebrado en Mestalla la tarde del 24 de junio de 2005. A punto de cumplir 24 años, David se muestra exultante: *“Es uno de los días más felices de mi carrera deportiva. El club apuesta muy fuerte por mí ahora que no se hacen traspasos*

multimillonarios. Trabajaré mucho para refrendar que la decisión que toman es acertada”. Pero, sin lugar a dudas, es Javier Subirats quien, en el turno de los parlamentos, deja la frase que se convierte en una premonición de lo que está por venir. *“Va a aportarnos velocidad en ataque, buenos desmarques y, sobre todo, goles. Villa va a ser un jugador muy importante en los próximos años”*.

Y así fue. Desde el primer día. David Villa debuta en Mestalla el 23 de julio de 2005, en la tercera ronda de la Copa Intertoto. A los seis minutos, consigue su primer tanto como valencianista para abrir el triunfo local (2-0), que sellaría Patrick Kluivert en la recta final del partido. En esa temporada de estreno, se marcharía hasta los 28 goles, contribuyendo de forma indudable a la tercera posición del Valencia en Liga, que le clasificaba para disputar Champions League. Uno de esos 28 goles sigue formando parte del imaginario colectivo valencianista. El 4 de febrero de 2006, en Riazor, bate a Molina desde 50 metros ante el asombro, primero, y aplauso entregado, después, del respetable coruñés.

Ese golazo desde el centro del campo es, simplemente, el primer capítulo de una colección fascinante que el Guaje va ampliando con el paso de las temporadas. Seguimos pudiendo recordar casi de memoria el *hat trick* que firmó en la catedral de San Mamés el 23 de abril de 2006, la falta directa con la que enmudeció el Giuseppe Meazza en la Champions de 2007, una preciosa vaselina a Víctor Valdés durante un Valencia-Barça que metía al equipo en la pelea por la Liga o una chilena imposible contra el Mallorca. Son solo algunos ejemplos. Necesitaríamos decenas de páginas para hacer

justicia a su interminable arsenal realizador.

Caprichos del destino, Villa no lograría ningún tanto en el partido que supuso la conquista de su único título con el murciélago en el pecho. El 16 de abril de 2008, en medio de una grave crisis deportiva que tiene al equipo muy cerca de la zona de descenso, el Valencia se proclama campeón de la Copa del Rey superando al Getafe (3-1) con goles de Mata, Alexis y Morientes. En cualquier caso, el delantero asturiano resultaría clave para que el conjunto entrenado por Ronald Koeman eliminara al Barça en semifinales, marcando en la ida disputada en el Camp Nou, que concluiría con empate (1-1). A pesar del título conseguido, ese fue un año muy complicado para todo el vestuario. *“Lo pasamos realmente mal porque no nos salían las cosas. Además, no fue agradable ver la situación por la que tuvieron que pasar tres compañeros. Esas circunstancias nunca son sencillas para un vestuario”.*

El paso de las temporadas evidencia que, lamentablemente, su rendimiento está muy por encima del que el Valencia puede ofrecerle a nivel colectivo. En los veranos de 2008 y 2009, su nombre se vincula con insistencia a Real Madrid y Barcelona. Aún así, y percibiendo el tope salarial fijado por Juan Soler para la primera plantilla valencianista, sigue en la entidad hasta junio de 2010, semanas antes de proclamarse campeón del Mundo con la selección española en Sudáfrica. En esa última campaña, ya a las órdenes de Unai Emery, anota 29 goles que facilitan el regreso del club a la Champions League.

Manuel Llorente pactaría su traspaso al Barça por 40 millones de euros. En su momento, fue la segunda operación más cara en la historia de la institución, solo por detrás de la venta de Gaizka Mendieta a la Lazio. A pesar de su comportamiento profesional defendiendo los intereses de otros equipos (FC Barcelona y Atlético de Madrid), nunca le fue sencillo enfrentarse al Valencia: *“Cuando me tocaba jugar en Mestalla con otro equipo, era una situación extraña, parecía que venía a robar a mi casa. Así lo sentí siempre”.*

Esta es la historia de David Villa, uno de los cinco máximos goleadores en cien años de murciélago. Posiblemente, el delantero más completo que ha pisado Mestalla en el siglo XXI. Un asturiano de pura cepa nacido para el gol, forjado en Mareo, con la ayuda inestimable del Brujo. El ‘7’ del Valencia. Una leyenda para toda la eternidad.

∞ AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin el esfuerzo y la comprensión de todos mis compañeros de redacción (Pedro Morata, José Manuel Alemán, Carlos Martínez y Chimo Masmano), que han tenido que adaptar sus horarios, tiempos y rutinas a mis necesidades durante cinco meses. La obra ve la luz por la apuesta decidida del director regional de Radio Valencia Cadena SER, Bernardo Guzmán, apoyo incondicional para el autor desde el momento mismo del nacimiento de la idea. Quiero agradecer el esfuerzo logístico y de organización a cargo de Lydia García, mucho más que una creativa, y las facilidades y buen pulso de Nacho Company y Xavi Fernández, los genios de ByPrint. Para la elaboración de contenidos, ha sido fundamental la colaboración incondicional y desinteresada de Alberto Iranzo, Álex Navarro, Alfonso Gil, Arturo Ballester, Bernardo Españeta, Conrado Valle, Fernando Gómez, Francisco Rius, Irene Penella, José Moros, Loles Ruiz, Merchina Peris, Miguel Ángel Polo y Walmar Machado. Mi eterna gratitud de corazón a todos los protagonistas y a sus familiares, dispuestos a concederme una parte de su valioso tiempo con una sonrisa. Y, por supuesto, gracias a Carol, mi mujer, por entenderme siempre y leerse cada una de las letras que componen estas 400 páginas. Afortunadamente, tardé menos de cien años en encontrarte.

Escanea y descubre
“100 años, 100 historias”



SER Radio
Valencia

SER Radio
Valencia

Colaboran:

